

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

NUNCA BESES A UN ROQUERO

KYLIE SCOTT

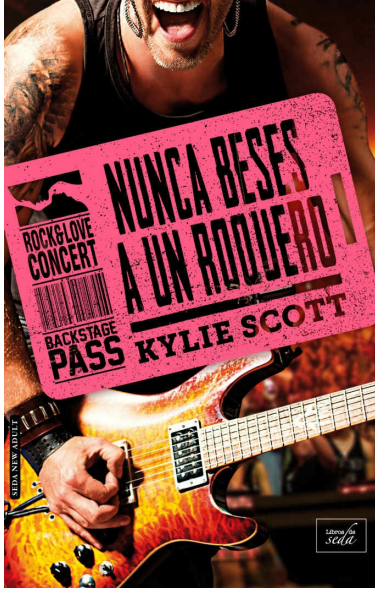
SEDA NEW ADULT

Libros de
seda



© *Jenny Ruddle Photography*

Kylie Scott es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.



Una noche de desliz con una estrella de la música unirá sus destinos. ¿Llevará eso a que sus corazones se unan también?

Positivo. Dos rayitas en un test de embarazo y la vida de Lizzy Rollins cambiará para siempre. Solo por un error, uno de los grandes, cometido en Las Vegas con Ben Nicholson, el irresistible y sexi bajo del grupo Stage Dive. Pero ¿qué pasa si Ben es el único hombre capaz de hacer que se sienta segura, querida y al mismo tiempo le hace perder el control? Lizzy sabe que el roquero no busca nada serio, solo pasar un buen rato, y no importa cuánto ella desee que eso no sea así.

Ben sabe que Lizzy está fuera de su alcance. Es la hermana pequeña de su mejor amigo, así que no importa lo fuerte que sea la química entre ellos, ni lo dulce que sea ella. Se resistirá. Pero cuando se ve forzado a sacarla de un lío en Las Vegas, es incapaz de controlar su deseo. Las consecuencias de ese desliz van a unirles, pero... ¿para siempre?

Nunca beses a un roquero, libro 4 de la serie *Stage Dive*

Título original: *Deep, Stage Dive 4*

Copyright © Kylie Scott, 2015

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: © Kiselev Andrey Valerevich/Shutterstock

Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: abril de 2017

ISBN: 978-84-16550-99-9

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kylie Scott

NUNCA BESES A UN ROQUERO

Libros *de*
seda

Para Hugh, como siempre.

PRÓLOGO

Positivo.

Volví a leer las instrucciones, intentando alisar con la mano el arrugado trozo de papel. Dos líneas significaban positivo. Y la prueba de embarazo mostraba precisamente eso: dos líneas. No. Imposible. Miré a una y a otra, deseando que alguna de las dos cambiara. Agité la prueba y la giré de un lado a otro, contemplándola una y mil veces, pero al igual que había sucedido con la primera que me hice (que había tirado en el lavabo) el resultado seguía siendo el mismo.

Positivo.

Estaba embarazada.

—Mierda.

La palabra resonó en el pequeño cuarto de baño, rebotando en las paredes de azulejos blancos para regresar de nuevo a mi cabeza. Aquello no me podía estar pasando. No a mí. No había infringido ninguna ley, no tomaba drogas (al menos desde aquel breve período salvaje después de que se marchara mi padre). Estaba esforzándome mucho en la universidad para graduarme en psicología y estaba siendo una buena chica. Casi siempre. Pero ahí estaban esas dos líneas de color rosa en la pequeña ventana de la prueba de embarazo, tan precisas y claramente visibles, burlándose de mí. Una prueba irrefutable, por mucho que quisiera obviarlas o mirarlas solo de reojo.

«Mierda.»

¿Yo como la madre de alguien? Ni hablar.

¿Qué narices iba a hacer?

Con la piel de gallina y vestida solo con mi sencilla ropa interior negra, me senté en el borde de la bañera. Fuera, una rama yerma se balanceaba sacudida por el viento. Al fondo se extendía el interminable cielo gris de Portland en febrero. Todo se había ido al traste. Mis planes, mis sueños... mi vida entera, por un estúpido trozo de plástico. Solo tenía veintiún años, por el amor de Dios. Y ni siquiera mantenía una relación.

Ben.

Oh, vaya. En los últimos meses apenas habíamos cruzado una palabra. Aunque tenía que reconocer que había hecho todo lo posible por evitar cualquier situación en la que él pudiera estar presente. Las cosas estaban un poco tensas desde que le eché de mi habitación en el hotel de Las Vegas... sin pantalones. Sí, había terminado con él. Fin de la historia. Punto.

Por lo visto, mi útero no estaba de acuerdo.

Nos habíamos acostado una vez. Solo una vez. Un secreto que había decidido llevarme a la tumba hacía tiempo. Y no me cabía duda de que él tampoco se lo contaría a nadie. Aun así, su pene había estado en el interior de mi vagina en una ocasión. Y yo había visto con mis propios ojos cómo se ponía el preservativo. ¡Vaya que si lo había visto!, allí, tumbada en esa cama extra grande, temblando de excitación mientras él me sonreía. Sus ojos me habían mirado con dulzura. Contemplar la evidente tensión que despedía su enorme cuerpo me había resultado extraño y maravilloso a la vez. Nunca me había mirado nadie de esa forma, como si yo fuera todo su mundo.

El recuerdo trajo una incómoda calidez a mi pecho. Hacía mucho tiempo que pensar en Ben no despertaba en mí una sensación distinta al disgusto.

Pero parecía que alguien había metido la pata hasta el fondo en la fábrica de preservativos y esta era la consecuencia. Embarazada. Eché un vistazo a los *jeans* ajustados que estaban tirados en el suelo. Claro que me cabían. O por lo menos había podido subir la cremallera hasta la mitad, aunque fui incapaz de cerrar el botón. Además, la presión que ejercían sobre mi vientre los hacía inviables.

Las cosas estaban cambiando demasiado deprisa. Yo estaba cambiando.

Siempre había tenido más trasero que delantera. Ahora, por primera vez en mi vida, tenía lo que podía considerarse un amago de pecho. No lo suficiente como para trabajar de camarera enseñando el escote en Hooters, aunque sí algo de lo que presumir. Y a pesar de que me hubiera gustado creer que por fin Dios había escuchado mis oraciones de adolescente, todas las pruebas apuntaban a otro motivo. Una personita estaba creciendo dentro de mí. Un bebé del tamaño de una lenteja que habíamos hecho entre Ben y yo.

Alucinante.

Lo que llevara puesto esa noche era la menor de mis preocupaciones. Si al menos pudiera librarme de ir. Ben y sus casi dos metros de dura estrella del *rock* también estarían allí. Me puse nerviosa solo de pensar que tendría que verle. Se me revolvió el estómago y las náuseas tomaron el control de mi cuerpo. Sentí el vómito ascendiendo por mi garganta y produciéndome una arcada. Me precipité hacia el baño justo a tiempo de expulsar lo poco que había ingerido en la comida. Dos Oreo y medio plátano me salieron por la boca hacia la taza del váter en medio de un chorro caliente.

Qué asco.

Gemí en voz alta, me limpié la boca con el dorso de la mano, tiré de la cadena y me tambaleé hacia el lavabo. Madre mía. La chica al otro lado del espejo tenía un aspecto pésimo con esa cara tan pálida y el pelo largo y rubio mojado y enredado. Vaya un desastre. Ni siquiera me atrevía a mirarme a los ojos.

No me di cuenta de que se me había caído la prueba de embarazo hasta que la pisé sin querer. El sonido del plástico triturándose bajo el talón me produjo una extraña satisfacción. Volví a pisarla una y otra vez, machacando a la muy desgraciada contra el suelo de madera. Dios, qué bien me sentó hacer aquello. Después, la primera prueba corrió la misma suerte y no paré hasta verla reducida a trozos pequeños diseminados por el suelo. Sí, ahora me encontraba mucho mejor.

De modo que me había quedado embarazada de una estrella del *rock*.

Menuda historia.

«Tranquila. Respira hondo.»

Me enfrentaría a todo aquello como una mujer adulta. Me calmaría e iría a hablar con Ben. Al fin y al cabo hubo un tiempo en que fuimos amigos. O algo parecido. Podíamos mantener una conversación civilizada. Sobre todo si la conversación versaba sobre nuestra prole llegando al mundo en... unos siete meses.

Sí, podía y lo haría.

En cuanto se me pasara el berrinche.

—Llegas tarde. Venga, entra —dijo mi hermana, Anne, agarrándome de la mano y arrastrándome por la puerta. Por supuesto que no me había pasado un rato fuera, dando vueltas, indecisa sobre si entrar o no. Al menos no mucho tiempo.

—Lo siento.

—Creí que ibas a dejarme plantada. Otra vez. —Me dio un rápido y cálido abrazo antes de quitarme el abrigo, que terminó en una silla cercana sobre unas cuantas americanas y cazadoras—. Ya han llegado todos.

—Estupendo —murmuré.

Lo cierto era que se oía un montón de ruido dentro del multimillonario apartamento del distrito de Pearl. Anne y yo no veníamos de una familia adinerada. Todo lo contrario. De hecho, si no hubiera sido por ella, que me animó a solicitar becas y me apoyó económicamente para comprar los libros y todo lo necesario, nunca hubiera podido ir a la universidad. El año anterior, sin embargo, mi normalmente tranquila y sensata hermana terminó formando parte de la realeza del rocanrol.

No está mal, ¿verdad? No me preguntéis, porque todavía no tengo muy claro cómo pasó. De las dos, yo siempre he desempeñado el papel de la hermana alocada y alegre. Cuando Anne se encontraba baja de ánimo, yo me encargaba de alentarla, llenando los silencios de nuestras conversaciones y poniendo al mal tiempo buena cara. Pero aquí estaba ella, encantada de la vida y enamorada hasta las trancas. Por primera vez se la veía realmente feliz.

Apenas conocía los detalles de cómo se desarrolló aquel apasionado

romance, pero justo antes de Navidad, ella y Malcolm Ericson, el batería de Stage Dive (probablemente el mejor grupo de *rock* de toda la historia) habían pasado por el altar. Y ahora yo formaba parte del séquito oficial de la banda. Para ser sinceros, desde el primer momento me acogieron con los brazos abiertos. Eran buena gente. Sin embargo, la sola idea de verle a «él» me había convertido en un manojito de nervios con una recién adquirida habilidad para vomitar.

—Ni te imaginas lo que ha pasado. —Anne enlazó su brazo con el mío y me llevó hacía la mesa en la que ya estaban todos sentados.

Hacia mi condena.

Allí se encontraban unas siete personas, bebiendo, riendo y charlando alegremente. Me pareció reconocer a The National sonando en el equipo de música. La luz de las velas resplandecía por toda la estancia y pequeñas luces parpadeantes colgaban del techo. En cuanto me llegó el delicioso olor de la comida *gourmet* que había en la mesa, se me hizo la boca agua, a pesar del estómago revuelto. Vaya, Anne y Mal habían tirado la casa por la ventana para celebrar los dos meses que llevaban casados. De pronto, las mallas negras y la túnica azul claro que llevaba (una de punto suelto que no se ceñía para nada a la cintura) me parecieron demasiado sencillas para la ocasión. Aunque es muy difícil ir glamurosa cuando llevas una bolsa de plástico en el bolsillo por si tienes que ponerte a vomitar como una posea.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, arrastrando un poco los pies.

Anne se inclinó y susurró un tanto melodramática:

—Ben ha traído a una chica.

Todo se detuvo. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Mis pulmones, mis pies... Todo.

Mi hermana frunció el ceño.

—¿Liz?

Parpadeé, regresando poco a poco a la vida.

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. Entonces... mmm... ¿Ben ha venido con alguien?

—¿Te lo puedes creer?

—No. —Y era cierto. No podía.

Mi cerebro había sufrido un colapso, como todo lo demás. En los planes que había hecho para hablar con Ben esa noche, no entraba el que viniera acompañado.

—Lo sé. Supongo que hay una primera vez para todo. Todavía estamos alucinando un poco pero parece bastante maja.

—Pero Ben nunca tiene citas. —Mi voz sonó hueca, como si se tratara de un eco que resonara a lo lejos—. Si ni siquiera cree en las relaciones.

Anne ladeó la cabeza y me miró con una ligera sonrisa en los labios.

—Lizzy, ¿no seguirás colada por él?

—Por supuesto que no. —Solté una carcajada para dar más énfasis a mi declaración. Ya se había encargado él de extirpar cualquier ilusión que pudiera tener al respecto en Las Vegas—. Y es un «no» como una catedral de grande.

—Bien. —Anne suspiró aliviada.

—¡Lizzy! —retumbó un vozarrón.

—Hola, Mal.

—Saluda a tu tía Elizabeth, hijo. —Mi recién estrenado cuñado sostuvo un cachorro negro y blanco frente a mi cara; inmediatamente después, una pequeña lengua me dio un lametazo en la boca. El cálido jadeo del animal, junto con el fuerte olor de galletas para perros, me invadió las fosas nasales. Aquello no presagiaba nada bueno.

—Vaya. —Me eché hacia atrás al instante, intentando respirar aire fresco y conteniendo la oleada de náuseas que amenazaba con hacerme vomitar de un momento a otro. Estar embarazada era una maravilla—. Hola, *Killer*.

—Dámelo —ordenó Anne—. No a todo el mundo le gusta que un perro le dé un beso con lengua, Mal.

El hombre rubio y lleno de tatuajes sonrió de oreja a oreja y le pasó al cachorro.

—Pero si besa muy bien. Yo mismo le enseñé.

—Eso es cierto, por desgracia. —Anne se metió al cachorro bajo el brazo y le rascó la cabeza—. ¿Cómo estás? El otro día por teléfono me dijiste que te encontrabas un poco mal.

—Mejor —mentí. O medio mentí. Al fin y al cabo no estaba enferma.

—¿Has ido al médico?

—No hace falta.

—¿Por qué no te pido una cita mañana por si acaso?

—No hace falta, en serio.

—Pero...

—Relájate, Anne. Te estoy diciendo que no estoy enferma. —Esbocé mi mejor sonrisa—. Me encuentro bien, te lo prometo.

—De acuerdo. —Dejó al cachorro en el suelo y retiró una silla del centro de la mesa—. Te he guardado un sitio a mi lado.

—Gracias.

Y así (luchando con todas mis fuerzas por no vomitar mientras me limpiaba baba de perro de la cara) fue cuando volví a verle. Sí, ahí estaba Ben, sentado frente a mí, al otro lado de la mesa, mirándome fijamente. Aquellos ojos oscuros... Bajé al instante la mirada. Ese hombre no provocaba ningún efecto en mí. Ninguno en absoluto. Lo que sucedía era que no estaba preparada para enfrentarme a toda esa situación. A lo que habíamos hecho en aquella habitación de Las Vegas y la consecuencia que en ese momento crecía en mi vientre.

No podía. Al menos por ahora.

—Hola, Liz —me saludó con voz tranquila.

—Hola.

Sí. Lo había superado. Que hubiera venido acompañado me había supuesto un mazazo momentáneo, pero me había recuperado. Solo tenía que fragmentar cualquier sentimiento no deseado que tuviera por él y archivarlo para siempre.

Me acerqué a la mesa y me atreví a echar un vistazo en su dirección, solo para encontrarle observándome con recelo. Le dio un sorbo a su cerveza, dejó la botella y se pasó el pulgar por la boca para limpiar una gota que se le había quedado en los labios. La primera vez que le besé en Las Vegas, me supo a cerveza, a lujuria y deseo. Una mezcla que me había dejado fuera de combate. Tenía unos labios magníficos, perfectamente enmarcados por aquella barba corta. El pelo le había crecido y ya no lo llevaba con el

moderno corte estilo *hipster* de antes, afeitado por los lados y más largo en la parte superior. Si os soy sincera, ahora tenía un aspecto más salvaje.

Y grande. Aunque Ben siempre se veía enorme.

Llevaba un aro de plata en un lateral de la nariz y una camisa de cuadros verde con el botón superior abierto que revelaba su ancho cuello y el borde del tatuaje de una rosa negra. Me apostaba lo que fuera a que debajo iba vestido con unos *jeans* y un par de botas negras. Nunca le había visto con nada distinto a aquello, salvo en la boda de Las Vegas y en la visita que me hizo más tarde, esa misma noche, a mi habitación del hotel. Os aseguro que no puedo decir nada malo de él desnudo. Todo está como debería, o incluso más grande. De hecho, es como un sueño hecho realidad.

Mi sueño.

Tragué saliva con dificultad, haciendo caso omiso de mis pezones enhiestos mientras llevaba aquel recuerdo de vuelta al lugar donde pertenecía. Sepultado entre las letras de las canciones de Hannah Montana, los personajes de *Crónicas vampíricas* y el resto de información inútil y potencialmente dañina que había ido acumulando con el paso de los años. Nada de aquello me importaba ya.

De pronto me di cuenta de que la estancia se había quedado en silencio. Qué violento.

Ben tiró del cuello de su camisa y se movió inquieto en su asiento.

¿Por qué demonios me estaba mirando? Tal vez porque yo también le miraba. Mierda. Se me doblaron las rodillas y me dejé caer en la silla con un golpe seco tan delicado como de costumbre. Bajé la vista; me pareció que así estaría más segura. Mientras no le mirara a él o a su acompañante estaría divinamente. Una cena no podía durar más de tres o cuatro horas, ¿verdad? Sin problema.

Medio alcé una mano en señal de saludo.

—Hola a todos.

Me respondieron con unos cuantos «eh», «holas» y similares.

—¿Cómo va todo, Liz? —preguntó Ev al otro lado de la mesa. Estaba sentada junto a su marido, David Ferris, el guitarrista y compositor de Stage Dive.

—Estupendamente. —«Hecha un asco»—. ¿Y tú?

—Bien.

Tomé una profunda bocanada de aire y sonreí.

—Genial.

—¿Has estado muy liada en la universidad? —Sacó una goma para el pelo y se recogió el cabello rubio en una sencilla coleta. Gracias a Dios que no era la única que había venido vestida tan informal—. No te hemos visto desde Navidad.

—Sí, he estado bastante ocupada. —«Vomitando y durmiendo la mayor parte del tiempo. Es lo que tiene gestar un bebé»—. Estudiando y todo eso, ya sabes.

Casi siempre tenía alguna historia interesante que contar relacionada con mis estudios de psicología. Hoy, nada de nada.

—Claro. —Su marido le pasó un brazo alrededor del hombro y ella se volvió para mirarle con los ojos llenos de amor, olvidando nuestra conversación.

Lo que me vino de perlas.

Arrastré por el suelo la punta de la bota hacia delante y hacia atrás, miré a mi derecha e izquierda y a cualquier lugar salvo al frente. Jugué con el dobladillo de mi túnica, sacando un hilo suelto que había y me lo enrollé alrededor del dedo hasta que se puso morado. Pero entonces me di cuenta de que tal vez no era bueno para el bebé y dejé de hacerlo. Decidí que al día siguiente me pondría al día con todo el asunto del embarazo. Tendría que aprender todo lo posible, porque deshacerme de la lentejita... sencillamente no se me pasaba por la cabeza.

Cuando oí a la cita de Ben reírse por algo que este dijo sentí una punzada de dolor en mi interior. Seguro que eran gases.

—Toma. —Anne llenó la copa que tenía en frente con vino blanco.

—Oh. Gracias.

—Pruébalo —me animó con una sonrisa—. Es dulce pero con un toque ácido interesante. Creo que te gustará.

Se me revolvió el estómago de solo pensarlo.

—Puede que más tarde. He bebido agua justo antes de llegar y... ahora no

tengo mucha sed.

—De acuerdo. —Me miró con ojos entrecerrados y esbozó una sonrisa de curiosidad que muy pronto se transformó en un apretón de labios llenos de preocupación—. Estás un poco pálida. ¿Seguro que estás bien?

—¡Estoy perfecta! —Hice un gesto de asentimiento y me volví a la mujer que tenía al otro lado antes de que Anne continuara acribillándome a preguntas—. Hola, Lena.

—¿Qué tal, Lizzy? —La curvilínea morena agarraba la mano de su pareja, Jimmy Ferris, el cantante de Stage Dive, sentado en la cabecera de la mesa y con un aspecto imponente con ese traje, sin duda hecho a medida. Cuando me vio, hizo uno de esos gestos con la barbilla que tan bien se les da a los hombres y con el que parecen decirlo todo. O al menos dicen todo cuando solo quieren saludar.

Le respondí con un gesto similar.

Durante todo ese tiempo pude sentir a Anne pendiente de mí, con la botella en la mano, cada vez más preocupada y dispuesta a saltar en cualquier momento. Estaba jodida. Anne se había encargado de mí desde los catorce años, cuando nuestro padre se marchó y nuestra madre decidió meterse en la cama y no salir de ella. Tanto antes como ahora, el instinto maternal de mi hermana tendía a descontrolarse un poco. No quería ni pensar en lo que diría sobre la lentejita. Aunque seguro que nada agradable.

Tendría que ir afrontando los problemas uno a uno.

—Muy bien, Lena —respondí—. ¿Y tú?

Ella abrió la boca para contestar, pero fuera lo que fuese lo que tenía que decir se perdió bajo el súbito y ensordecedor sonido de una batería y guitarra. Parecía como si el mismísimo infierno se hubiera desatado a nuestro alrededor. El Armagedón llamando a nuestra puerta.

—Nene —gritó Anne a su marido—. ¡Nada de *death metal* durante la cena! Ya hemos hablado de eso.

El «nene» en cuestión, Malcolm Ericson, dejó de sacudir la cabeza frenéticamente al ritmo de la música.

—Pero, calabaza...

—Por favor.

El batería puso los ojos en blanco y, con un simple movimiento de dedo, silenció el rugido de los altavoces.

Me zumbaron los oídos ante el súbito silencio.

—Por Dios —masculló Jimmy—. Hay un lugar y un momento para este tipo de basura. Intenta no volver a ponerla cuando esté yo, ¿de acuerdo?

Mal miró despectivamente a su elegante compañero.

—No seas tan crítico, Jim. Creo que los chicos de Nutria Hemorrágica serán unos teloneros excelentes.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿De verdad se llaman así? —preguntó David.

—Es de lo más original, ¿verdad?

—Si tú lo dices —repuso David con cara de asco—. Aunque Ben ya ha escogido teloneros.

—Pero si nadie me ha pedido opinión —se quejó Mal.

—Mira, amigo —Ben se pasó la mano por la cabeza irritado—. Todos vais a querer pasar más tiempo con vuestras chicas. Necesito a gente que quiera salir conmigo a beber unas cervezas después de los conciertos. Así que tomé la iniciativa y elegí a un grupo. Hazte a la idea y punto.

Mal no pudo evitar mostrar su descontento.

—Vaya —intervino Ev, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Nutria Hemorrágica. Desde luego es un nombre único.

—¿Qué te parece, cariño? —preguntó Jimmy a Lena.

—Es asqueroso. Creo que voy a vomitar. —Lena tragó saliva sonoramente. Se estaba poniendo pálida por momentos—. Lo digo en serio.

Puf. Conocía perfectamente esa sensación.

—Mierda. —Jimmy empezó a frotarle la espalda como loco.

Sin decir nada, le puse en la mano la bolsa de plástico que llevaba. Solidaridad entre mujeres y todo eso.

—Gracias —señaló ella, por suerte demasiado distraída como para preguntar por qué llevaba una bolsa encima.

—Tuvo gastroenteritis antes de Navidad. —Jimmy llenó un vaso de agua con la mano que tenía libre y se lo dio a Lena—. No ha debido de recuperarse del todo.

Me quedé helada.

—Creí que ya estaba curada —comentó Lena.

—Vas a tener que volver a ir al médico. Y déjate de excusas, no estamos tan ocupados. —Jimmy la besó con ternura en la mejilla—. Mañana sin falta, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Es lo más sensato —dijo Anne mientras me daba una palmadita en el hombro, que tenía muy tenso.

Joder.

—¿También has estado mala, Lizzy? —preguntó Lena.

—Deberíais beber un poco de té verde con jengibre —dijo una voz al otro lado de la mesa.

Una voz de mujer.

Mierda, era ella. La cita de Ben.

—El jengibre genera calor y ayuda a calmar el estómago. ¿Qué otros síntomas habéis tenido? —preguntó.

Me hundí en la silla al instante.

Ben se aclaró la garganta.

—Sasha es naturópata.

—Creía que dijiste que era bailarina —dijo Anne con expresión ligeramente irritada.

—Artista de *burlesque* —corrigió ella—. Me dedico a ambas cosas.

Sí, no tenía nada que hacer.

Oí una silla arrastrándose por el suelo y cuando quise darme cuenta Sasha estaba de pie, mirándome fijamente. Cualquier esperanza de evitar o no hacer caso de su presencia se esfumó al instante. Llevaba un peinado estilo años cincuenta, pero con el pelo de un brillante tono azul muy actual. Dios, ¿por qué tenía que parecer tan intelectual? Una Barbie con la cabeza hueca no me habría supuesto ningún problema; esta, sin embargo, era guapa y tenía toda la pinta de ser lista. Y yo solo era una imbécil que se había quedado embarazada. Qué empiece el drama.

Esboqué una triste sonrisa.

—Hola.

—¿Algún otro síntoma? —insistió ella, mirándonos a Lena y a mí.

—También ha estado muy cansada —dijo Jimmy—. Siempre se queda dormida frente al televisor.

—Tienes razón. —Lena frunció el ceño.

—Lizzy, me comentaste que habías faltado a algunas clases, ¿verdad? —preguntó Anne.

—Sí, a algunas —reconocí. No me hacía ninguna gracia el giro que había tomado la conversación. Había llegado la hora de cambiar sutilmente de tema—. Y bueno, ¿cómo van los preparativos para la gira? Seguro que estáis entusiasmados. Yo lo estaría. Anne, ¿has empezado a hacer las maletas? —Mi hermana me miró sorprendida—. ¿Todavía no? —Puede que un repentino estallido de diarrea verbal no fuera la mejor solución.

—Un momento. ¿Has estado enferma, Liz? —preguntó Ben. Su voz, normalmente grave, sonaba un poco más suave. O quizá solo fuera mi imaginación.

—Pues...

—Tal vez has pillado el mismo virus que Lena —comentó él sin dejarme responder—. ¿A cuántas clases has faltado?

Se me hizo un nudo en la garganta. No podía hacerlo. No allí, delante de todo el mundo. Me habría ido mucho mejor si hubiera tomado el primer vuelo a Alaska en vez de acudir a esa cena. No estaba preparada. Punto.

—¿Liz?

—No, estoy bien —jadeé—. Perfectamente bien.

—Esto... ¿Hola? —intervino Anne—. Dijiste que estas últimas semanas te habías encontrado un poco mal, con muchas náuseas. Si no hubiera estado fuera, hace tiempo que te habría llevado yo misma al médico.

Y menos mal que había estado con Mal en Hawái, disfrutando de una segunda luna de miel. Descubrir lo de la lentejita con Anne presente habría sido igual que ver llegar a la ciudad a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Terror, lágrimas, caos... Todo eso y mucho más. Justo lo contrario de una experiencia agradable.

La acompañante de Ben, Sasha, clavó su inquisitiva mirada en la todavía indispuesta Lena.

—¿Alguien más se ha encontrado mal? —preguntó.

—Creo que no. —Anne recorrió toda la mesa con la mirada y todos respondieron negando con la cabeza—. Solo Lena y Lizzy.

—Sí, todos estamos bien —señaló Ev.

—¡Qué raro! —reflexionó Anne—. Lizzy y Lena no han estado juntas desde la boda. Y de eso hace ya dos meses.

Un coro de murmullos corroboró el comentario.

Se me aceleró el corazón. El mío y el de la lentejita.

—En ese caso, creo que ambas deberíais haceros una prueba de embarazo —concluyó Sasha, sentándose de nuevo.

Durante un instante, se produjo un silencio sepulcral.

—¿Qué? —farfullé. Empezaba a tener un ataque de pánico. No allí, no en ese momento y desde luego no de esa forma. La bilis se me subió por la garganta. Tragué saliva y busqué a tientas la otra bolsa que había llevado por si me ponía a vomitar.

Ben frunció el ceño y el resto se puso a toser o emitir jadeos de sorpresa.

Pero antes de que nadie pudiera hacer ningún comentario, Lena soltó un extraño gritito.

—¡No! —exclamó con voz resuelta y aguda—. No lo estoy. Retira lo que has dicho.

Ahora Jimmy le frotaba la espalda como si le fuera la vida en ello.

—Tranquila, nena.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, señaló con un dedo tembloroso a la ahora no tan bienvenida recién llegada.

—No tienes ni idea de lo que dices. No sé, tal vez te has dado un golpe en la cabeza con uno de esos abanicos enormes que usáis o lo que sea. Da igual. Pero no... no puedes estar más equivocada.

—Está bien, vamos a calmarnos un poco. —Ben alzó las manos, intentando apaciguar los ánimos.

Sasha se había quedado callada.

—¿Lizzy? —Mi hermana me clavó un dedo en el hombro y me hizo daño—. No cabe la menor posibilidad, ¿verdad? Sabes cómo evitarlo. No serías tan tonta.

Abrí la boca, pero no conseguí emitir sonido alguno.

De repente, Lena se tocó el vientre.

—Jimmy, en la boda de mi hermana, fuera, en tu automóvil.... No usamos nada.

—Lo sé —dijo en voz baja completamente pálido—. Y cuando lo hicimos contra la puerta, la noche antes de que te marcharas. También nos olvidamos.

—Sí.

—Últimamente has tenido los pechos más sensibles. —Jimmy se llevó una mano a la boca, pensativo—. Y el otro día te quejaste de que no podías abrocharte el vestido.

—Creí que era por haber comido demasiada tarta.

Se miraron el uno al otro mientras todos les observábamos. Estaba convencida de que hacía un buen rato que se habían olvidado por completo de que tenían público presente como para comentar todos esos detalles íntimos. La cena se estaba transformando en un melodrama por momentos. Qué horror. La cabeza empezó a darme vueltas y más vueltas.

—¿Lizzy? —volvió a preguntar Anne.

De acuerdo, aquello no podía terminar bien. No tenía que haber ido a esa cena. Pero ¿cómo demonios iba a saber que Ben se presentaría con una ginecóloga clarividente? Se me nubló la visión y noté cómo los pulmones se ponían a trabajar a toda máquina. Me costaba un montón respirar. No quiero resultar paranoica, pero me hubiera jugado el cuello a que la asquerosa de Sasha se había apoderado de todo el aire de la estancia. Daba igual. Lo más importante era no dejarse llevar por el pánico.

Tal vez podría escaparme saltando por una ventana.

—Liz —dijo una voz. Una voz muy diferente de la anterior. Una voz profunda e intensa.

De todas las formas posibles en que me había imaginado esa conversación con Ben, ninguna tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo. No, no se lo diría esa noche, cuando ni siquiera yo misma lo había asimilado del todo. Hora de marcharse.

—¿Lizzy?

Además, si esa era la consecuencia de disfrutar de sexo del bueno, no

volvería a hacerlo jamás. Ni siquiera sexo mediocre. Castidad total. Y, por si acaso, tampoco me masturbaría. Nunca se es demasiado precavido. Los espermatozoides pueden estar al acecho en cualquier lugar, esperando para atacar por sorpresa a una chica inocente.

Me puse de pie como pude y apoyé las manos sudorosas en la mesa para no perder el equilibrio.

—Será mejor que me vaya.

—Oye. —Una mano grande me sostuvo la barbilla. Ben tenía el ceño fruncido y unas arrugas de preocupación le enmarcaban los labios, aunque costaba vérselos a través de la barba. Se notaba que no estaba contento, y con razón—. Está bien, Liz, sea lo que...

—Estoy embarazada.

Silencio.

—¿Qué?

—Estoy embarazada, Ben.

El mutismo que siguió a continuación me retumbó en los oídos como un eterno y siniestro sonido sacado de una película de miedo.

Ben continuó inclinado sobre la mesa, respirando con dificultad. Supongo que lo miré en busca de fuerza, pero en ese momento me pareció tan nervioso como yo.

—¿Estás embarazada? —La voz de Anne puso fin al silencio—. Lizzy, mírame.

Obedecí, aunque no fue nada fácil. No podía mover la barbilla en la dirección deseada, ¿quién podía culparla?

—Sí —respondí—. Lo estoy. —Mi hermana se quedó petrificada—. Lo siento.

—¿Cómo has podido? Oh, Dios mío. —Cerró los ojos durante un segundo, pero volvió a abrirlos inmediatamente después—. ¿Y por qué se lo estás diciendo a él?

—Buena pregunta. —Mal se puso de pie muy lentamente y se acercó al otro lado de la mesa—. ¿Por qué te lo ha dicho precisamente «a ti», Benny?

—Lizz y yo tenemos que hablar. —Ben dejó de sostenerme la barbilla y miró a Mal—. ¿De acuerdo?

—No —respondió Mal con un tono de voz tan bajo y peligroso que la tensión que se respiraba en el ambiente se hizo aún más patente.

—Tranquilo.

—Te dije que te mantuvieras alejado de ella, ¿no? ¡Por Dios Santo! Es la hermana pequeña de mi chica.

Ben se irguió todo lo alto que era.

—Puedo explicarlo.

—Mierda —masculló David.

—No. No puedes, Benny. Te pedí que la dejaras en paz, hombre. Me prometiste que mantendrías las distancias.

Detrás de Ben, David Ferris se puso de pie, igual que Jimmy al final de la mesa. Todo estaba sucediendo demasiado rápido.

La acompañante de Ben, Sasha, la artista de *burlesque* de pelo azul, por fin pareció comprender la tormenta de mierda que había desatado gracias a su maravilloso anuncio. Quizá no fuera tan clarividente después de todo.

—Será mejor que nos vayamos, Ben.

Él no se molestó en mirarla, tenía la vista clavada en Mal.

—Eres como un hermano para mí, Benny. Uno de mis mejores amigos. Pero ahora Lizzy es mi hermana pequeña. Dime que no lo hiciste.

—Mal, verás...

—No después de haberme dado tu palabra. No serías capaz. No me harías algo así.

—Venga, Mal, cálmate —intervino David, interponiéndose entre ambos—. Vamos a hablarlo tranquilamente.

Ben era casi una cabeza más alto que Mal, y desde luego mucho más grande y fuerte. Dio lo mismo. Con un grito de rabia, Mal se abalanzó sobre él. Un segundo después, ambos cayeron al suelo y rodaron, enzarzados en una pelea a puñetazos. Un auténtico lío. Di un salto hacia atrás con la boca abierta. Alguien gritó. Una mujer. El peculiar olor metálico de la sangre inundó el ambiente y de nuevo me entraron unas ganas inmensas de vomitar, pero ahora no tenía tiempo para esa nimiedad.

—¡No! —grité—. Parad, por favor.

Estaban peleándose por mi culpa y sería yo la que lo solucionaría. En

cuanto coloqué una rodilla sobre la mesa, unas manos me agarraron de los brazos, deteniéndome a pesar de lo mucho que luché por lo contrario.

—¡Mal, no!

David y Jimmy separaron a Mal de Ben y se llevaron a mi enfurecido cuñado al otro extremo del salón.

—¡Te voy a matar! —gritó Mal con el rostro rojo mezcla de la ira que sentía con la sangre que la pelea le había provocado—. ¡Soltadme!

Ben también tenía la nariz llena de sangre que le caía hasta la barbilla, pero no hizo nada por limpiársela. Cuando se puso de pie, su expresión me partió el corazón.

—Dijiste que no intentarías nada con ella.

—Y no lo hizo —grité, todavía con una rodilla en la mesa y la mano de Anne en mi brazo—. Él no quería nada conmigo. Yo fui detrás de él. Soy la única responsable. Lo siento.

El salón volvió a quedarse en silencio y me vi rodeada de rostros estupefactos; dos de ellos todavía sangrando.

—Prácticamente fue un acoso y derribo por mi parte. No le dejé otra opción.

—¿Qué? —Mal frunció el ceño. Se le estaba hinchando el ojo a una velocidad alarmante.

—Es culpa mía, no de Ben —insistí.

—Liz... —Ben agachó la cabeza con un suspiro.

Los dedos que me sujetaban el brazo dieron un pequeño tirón. Me volví para hacer frente a mi hermana.

—Cuéntamelo todo.

CAPÍTULO 1

CUATRO MESES ANTES

Las buenas chicas no se enamoran de estrellas del *rock*. Así de simple.

—¡Calabaza! ¡CALABAAAZA!

—Oh, Dios. —Mi hermana, la «calabaza» en cuestión, soltó una risita.

Y yo los miraba con la boca abierta; era lo único que parecía saber hacer ese día.

Solo Dios sabía la de veces que me había quedado pasmada desde que entré en el apartamento de Anne esa misma mañana. Como vivía en el campus, todos los domingos quedábamos para desayunar juntas. Era como una especie de ritual entre hermanas que instauramos cuando vinimos a vivir a Portland hacía unos pocos años. Pero esa mañana, en vez de estar lista para freír unos huevos con beicon, me había encontrado a mi hermana dormida en el sofá, encima de un tipo lleno de tatuajes. Menos mal que ambos estaban prácticamente vestidos.

Desde luego había sido toda una sorpresa. Ni siquiera sabía que mi hermana saliera con alguien. Creía que su vida social se limitaba a las pocas fiestas universitarias a las que conseguía arrastrarla de vez en cuando.

—Vamos, mujer —dijo Mal, su flamante novio—. No podemos llegar tarde a los ensayos o Davie se pondrá hecho una furia. No os podéis ni

imaginar lo históricos que pueden llegar a ser los guitarristas. Os juro que la semana pasada le dio una rabieta de cuidado solo porque se le rompió una cuerda. Se puso a gritar y a tirar cosas a la gente. En serio.

—Eso no es cierto —le regañó Anne, moviendo la cabeza—. David es un chico adorable. Deja de asustar a Lizzy.

—Nooo. —Mal puso su cara de cachorro inocente (incluso batió las pestañas)—. ¿Me crees capaz de mentir a Lizzy, mi dulce futura cuñada?

Anne negó con la cabeza.

—¿Nos vamos o qué?

—No puedo creer que hayas dudado de mí, calabaza.

Seguimos al demente batería rubio hasta un enorme y antiguo edificio junto al río; el lugar idóneo para que una banda de *rock* pudiera ensayar a su antojo, ya que los únicos edificios colindantes eran fábricas y empresas que cerraban durante el fin de semana. El interior no era precisamente cálido, pero sí nos resguardaba de ese viento frío de octubre que te congela hasta los huesos. Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo de lana gris, nerviosa porque estaba a punto de conocer al resto del grupo. El único contacto que había tenido con los ricos y famosos se había producido esa misma mañana, con Mal. Si los demás eran como él, no conseguiría seguirles el ritmo.

—Ha sido como si el mundo entero dudara de mí. Estoy muy dolido —se quejó Mal—. Pídeme perdón.

—Lo siento.

Mal le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Estás perdonada. Hasta dentro de un rato.

Estiró los dedos, giró las muñecas y se fue hacia el escenario situado en un extremo. Me fijé en los instrumentos, amplificadores y otros equipos de sonido esparcidos por la zona y en el personal y técnicos de sonido trabajando.

Todo aquello era fascinante. Ese sitio, él... Había tenido una mañana de infarto. Mal y Anne parecían llevarse de maravilla. Puede que mi hermana y yo nos hubiésemos precipitado a la hora de rechazar la idea del amor romántico. Sí, con mis padres no había funcionado. Ambos habían dejado la relación de pareja y el matrimonio por los suelos. Tal vez Anne y Mal fueran

un mejor ejemplo a seguir.

Fascinante.

—Tu novio está como una cabra —dije en voz baja—. Es un auténtico maníaco.

—Sí. Es estupendo, ¿verdad? —Anne sonrió de oreja a oreja.

Asentí, porque cualquiera que le hiciera sonreír de esa manera tenía que serlo. Me encantaba el brillo de esperanza que iluminaba sus ojos, la felicidad que irradiaban.

En cuanto al tipo en cuestión, no era otro que Malcolm Ericson, el batería de Stage Dive, uno de los grupos de *rock* más famosos del mundo, que se había ido a vivir con mi hermana. Mi tranquila y sosegada hermana mayor que nunca se saltaba las reglas. Anne no se había explayado en los detalles, pero los hechos eran los hechos. Su nuevo novio me había dejado completamente anonadada. Tal vez alguien le había echado algo al café que me había tomado en el campus. Sí, eso explicaría toda esa locura.

—No me puedo creer que le contaras lo colada que estaba por él de adolescente. —Anne me dio un codazo en el costado y yo solté un gruñido de dolor—. Muchas gracias.

—De nada. ¿Para qué están las hermanas?

Nos dirigimos hacia a un par de mujeres que estaban sentadas en unas cajas en la parte trasera de la sala. Era una pasada poder ver al grupo ensayando. Anne había sido una de sus seguidoras acérrimas, hasta el punto de tener todo su dormitorio empapelado con pósteres de Stage Dive. Sobre todo de Mal, razón por la que los últimos acontecimientos me resultaban todavía más increíbles. Pero si alguien se merecía que le pasara algo tan alucinante, esa era mi hermana. No tendría tiempo suficiente para enumerar lo mucho a lo que tuvo que renunciar para llegar hasta dónde estábamos.

La mujer rubia nos saludó con una sonrisa en cuanto nos acercamos. La morena curvilínea, sin embargo, continuó con la vista clavada en el teléfono móvil.

—Hola, compañeras fanáticas y parásitos de Stage Dive. ¿Cómo lleváis la mañana del domingo? —preguntó la rubia.

—Bien —dijo Anne—. ¿Y tú cómo estás, señora Ferris?

—Muy, muy casada, gracias por preguntar. ¿Qué tal te va con Mal?

—Oh, bien. Todo bien. —Anne se unió a ellas y se sentó en una de las cajas—. Os presento a mi hermana, Lizzy. Estudia en la universidad de Portland. Lizzy, estas son Ev, la mujer de David, y Lena, la... no sé qué de Jimmy.

—La asistente de Jimmy. Hola. —Lena me ofreció una pequeña sonrisa y alzó la barbilla a modo de saludo.

—Hola.

—Encantada de conocerte —dijo Ev—. Anne, corre, antes de que empiecen a tocar. Cuéntame todo lo que ha pasado entre Malcolm y tú. Todavía no me he enterado bien de cómo habéis terminado juntos. Pero Lauren mencionó que prácticamente invadió tu apartamento.

Recordé que esa misma mañana, en el susodicho apartamento, había oído una extraña conversación entre mi hermana y Mal. Algo así como que tenían un «acuerdo». Cuando pregunté a Anne sobre el tema, vino a decirme más o menos que me metiera en mis asuntos, eso sí, en la forma tan suave que ella siempre tenía de decir las cosas. Así que no me quedó otra que confiar en su palabra de que todo iba bien e intenté no preocuparme. Aun así, me interesaba mucho saber cuál sería la respuesta de Anne a esa pregunta y su reacción, de modo que, con sutileza, me acerqué un poco más a ella.

A Anne le brillaron los ojos.

—Ah, bueno, nos conocimos en tu casa la otra noche y nos caímos bien.

—¿Eso es todo? —inquirió Ev.

—Sí... A grandes rasgos, sí —respondió Anne, aunque no pude evitar fijarme en que su sonrisa vaciló un poco—. ¿Qué es esto, Ev, un interrogatorio?

—Sí, lo es. Cuéntame más cosas, por favor.

—Es un tipo estupendo y sí, se ha venido a vivir conmigo. Y me encanta tenerlo allí. Es maravilloso.

Enseguida me di cuenta de que no iba a sonsacarle más información de la que yo misma había conseguido. Lo que no me supuso ninguna sorpresa. Anne era una persona muy reservada.

Ambas continuaron charlando.

Clavé la vista en el escenario, donde solo quedaban ya los componentes del grupo; el resto se había retirado a un lateral para encargarse de los distintos equipos. Los miembros del grupo estaban de pie, alrededor de Mal y su batería, manteniendo una conversación. Así que esos eran los archiconocidos Stage Dive. Estaba claro que su uniforme consistía en *jeans*, camisetas, pelo despeinado y un montón de tatuajes. Uno de ellos superaba en más de media cabeza al resto y eso que ninguno era precisamente pequeño. Tenía que ser un gigante. Sé que es una tontería, pero la forma en la que estaba allí parado, la fuerza que emanaba de él... Ese tipo tenía algo difícil de explicar. Ni siquiera una montaña me había parecido nunca tan sólida e imponente. Estaba allí plantado, con los pies separados embutidos en unas botas enormes y la mano sujetando el mango del bajo como si estuviera a punto de blandirlo y neutralizar a un oso. Ver aquellos hombros anchos y los brazos tan musculosos llenos de tatuajes hizo que me dolieran los dedos por la necesidad de explorar cada centímetro de su cuerpo. Os juro que en ese momento se me paró el corazón; algo nada saludable. Cada célula de mi ser vibró con una especie de tensión sexual hiperactiva ocasionada por su simple presencia. Jamás me había quedado tan embobada mirando a un hombre.

Era incapaz de apartar los ojos de él.

El grupo se dispersó y él dio varios pasos atrás. Alguien comenzó a contar y de repente, ¡bum! Los primeros acordes intensos y profundos de su bajo penetraron en mi interior, sacudiendo todos y cada uno de mis huesos. No hubo ninguna parte de mí que no se viera afectada. La melodía que estaba tocando era como un hechizo, cautivándome, adueñándose de mí por completo. De pronto volví a creer en el amor, en la lujuria o lo que fuera ese sentimiento. La sensación de haber conectado con él me pareció tan real. No había tenido muchas certezas a lo largo de mi vida, pero él... nosotros... sea lo que fuera lo que había pasado, lo era. Tenía que serlo.

Por fin se dio la vuelta y pude verle el rostro, o el medio rostro que no estaba oculto bajo su barba corta. ¿Estaría dispuesto a afeitársela? Estaba mirando su instrumento, llevaba una camiseta roja desteñida y unos *jeans* azul oscuro, muy a tono con el uniforme del grupo. Mientras tocaba se balanceaba hacia delante y atrás sobre sus talones, asintiendo o sonriendo de

vez en cuando al cantante, al guitarrista o a cualquier otro.

Estaba convencida de que cada uno de ellos tocaba como los dioses del *rock* que eran, pero ninguno me importó. Solo pude prestarle atención a él.

Por supuesto que sabía quién era. Ben Nicholson, el bajista de Stage Dive, aunque su presencia en los vídeos musicales o en la extensa colección de pósteres de mi hermana nunca me había afectado de ese modo. Pero verle en carne y hueso fue totalmente diferente. La sangre me hirvió en las venas y me quedé en blanco. Mi cuerpo, por el contrario, se puso alerta, conectado a cada uno de sus movimientos, por pequeño que fuera.

Ese hombre era magia en estado puro. Despertaba en mí un sinfín de sensaciones.

Puede que el amor, el compromiso y el matrimonio no fueran estructuras sociales arcaicas que solo servían para asegurar la supervivencia de los más jóvenes. Tal vez comportaban mucho más. No sé. No obstante, cualquiera que fuera la naturaleza de esa emoción, deseaba a ese hombre más de lo que jamás había deseado a nadie.

La música siguió sonando y yo continúe mirándole ensimismada.

Horas después, por fin dejaron de tocar. Los técnicos y otros miembros del equipo invadieron el escenario, le quitaron al grupo los instrumentos y le dieron palmaditas en la espalda felicitándoles y hablando con ellos. Todo el mundo parecía saber a la perfección lo que tenía que hacer; me resultó fascinante observarlos trabajar. Al poco rato, los cuatro se acercaron hasta nosotras con el pelo chorreando. Gotas de sudor caían por sus cansados pero sonrientes rostros. Mi fantasía sexual hecha realidad se llevó una bebida energética a los labios y el líquido de la botella fue desapareciendo a una velocidad de vértigo mientras tragaba. Cuanto más cerca lo tenía, más lo deseaba mi cuerpo. Verle con esa camiseta pegada al torso, con parches más oscuros por la transpiración, me dejó sin aliento. El aroma salado del sudor que desprendía me puso a cien. En ese momento me hubiera encantado averiguar qué otras aficiones tenía que le hicieran ponerse a sudar.

Oh, sí, me hubiera apuntando para participar al instante.

Ahora que lo tenía a tan poca distancia, pude ver unas incipientes arrugas en las comisuras de sus ojos oscuros. Así que era un poco mayor que yo. Pero no debía de tener más de treinta años. ¿Qué eran diez años de diferencia entre almas gemelas? Sí, lo reconozco, estaba un poco sobreexcitada. No podía evitarlo, los sentimientos que despertaba en mí eran tan fuertes que era incapaz de contenerme.

No presté atención a la conversación, solo a él. Si en ese momento el resto del mundo hubiera desaparecido, no me habría dado cuenta. Podría haberme quedado allí de pie, contemplando embobada a Ben Nicholson durante horas. Días. Semanas.

Se llevó una de sus enormes manos a la cabeza y se frotó el pelo corto; una imagen que hizo que mi sexo se humedeciera de gratitud. Estaba fuera de control. Como empezara a acariciarse la barba me desmayaría ahí mismo.

—Me muero de hambre —dijo con una voz profunda que me sonó absolutamente deliciosa—. ¿Buscamos algún sitio para tomar algo?

—Sí.

Se volvió hacia mí, mirándome, percatándose por primera vez de mi presencia. Oh, Dios mío. Sentir sus ojos sobre mi persona fue como una epifanía. Como si empezaran a estallar fuegos artificiales a mi alrededor y todas esas chorradas románticas de las que me había burlado durante años gracias al ejemplo de mis padres. La existencia de ese hombre me trajo esperanza, amor y mucho más. Hizo que recuperara la fe.

Entonces me miró de arriba abajo muy despacio. Me quedé inmóvil, sonriendo, esperando... y aceptando su escrutinio. Al fin y al cabo era lo justo, yo llevaba horas comiéndomelo con los ojos. Y aunque no llevaría al paro a ninguna supermodelo (tenía una estatura media, no mucha delantera y un trasero generoso, como mi hermana) al bajista de Stage Dive le costaría encontrar una chica que me superara en simpatía y entusiasmo. Puede que solo le llegara al hombro, pero vaya si conseguiría que le mereciera la pena agacharse.

Sus labios empezaron a esbozar una lenta sonrisa, haciendo que mi corazón saltara de alegría. Ese hombre me había transformado en una

adolescente deslumbrada dispuesta a aceptar cualquier proposición que me hiciera.

—Pues venga, vamos —dijo él.

—¿No tenías que volver a la universidad, Lizz? —me preguntó alguien. Anne. Sí. Me dio lo mismo.

Madre mía, Ben Nicholson era divino. Tal vez sí que existía Dios después de todo. Quizá tuviera que replantearme la posición que tenía sobre algunos asuntos, además del amor. Menudo día de revelaciones estaba teniendo.

—No, puedo quedarme.

—Creía que tenías que hacer un trabajo. —La voz de mi hermana adquirió un tono que, en circunstancias normales, habría despertado todas las alarmas en mi cerebro, pero por mucho que hoy lo intentara, no me haría cambiar de opinión.

—No.

—Lizzy —dijo, apretando los dientes.

—Tranquilas, señoritas —intervino Mal—. ¿Algún problema?

Ninguno en absoluto. No mientras Ben siguiera mirándome, poniendo mi mundo patas arriba. Mi sonrisa empezó a vacilar mientras nuestro particular duelo de miradas lujuriosas continuaba. Entonces él esbozó una medio sonrisa y un sinfín de mariposas empezó a revolotearme en el estómago. Mierda, no podía apartar la mirada. Podía ganarle y lo haría.

Pero de repente algo perturbó ese estado de felicidad. Una mujer se había pegado a Mal como una lapa y estaba hablando con él mientras soltaba unas risitas de lo más tontas. Y el problema era que esa mujer no era mi hermana. Clavé la vista en Anne, estaba allí parada, contemplando la escena con el rostro pálido y la boca apretada en una adusta línea de resignación.

Ni de coña iba a permitirlo.

Cualquier pensamiento que tuviera sobre Ben desapareció al instante, como si acabara de despertarme de un sueño. El deber fraternal me llamaba alto y claro.

—Oye, Mal —dije, intentando parecer lo más alegre posible, aunque seguro que fallé estrepitosamente—. ¿Por qué no le decimos a Reece, el amigo de Anne, que se venga a comer con nosotros? Suele acompañarnos los

domingos.

Reece era el jefe de mi hermana y el hombre por el que suspiraba. Al menos hasta que Mal entró en escena. No tenía el más mínimo escrúpulo en usar los celos para promover la causa.

Anne frunció el ceño.

—Creo que Reece me dijo que hoy estaría ocupado.

Le lancé mi mirada más cándida.

—No. ¿En serio? ¿Por qué no le llamas y te aseguras?

—Tal vez en otro momento...

—Joder no, Lizzy. Me refiero a que no creo que haya espacio suficiente.

—El muy capullo miró a su alrededor en busca de aprobación y por fin se dio cuenta de las caras de desconcierto (de sus amigos) y de mi mirada asesina.

La zorra llamó su atención haciéndole una oportuna caída de ojos.

—¿Pasa algo?

—Nada —respondió Anne—. ¿Por qué no te vas a tomar algo con tu amiga y os ponéis al día?

—Pensaba que íbamos a salir a comer.

Puede que Mal estuviera como un tren, pero estaba claro que no era el batería más inteligente del mundo.

—Sí, pero... —dijo mi hermana.

—Lo siento, ¿tú eres...? —preguntó la zorra con su vocecilla estridente.

Ev se aclaró la garganta y anunció sin rodeos:

—Ainslie, esta es la nueva novia de Mal, Anne. Anne, esta es Ainslie.

—¿Novia? —se rio Ainslie.

En ese momento me entraron unas ganas locas de matarla. Despacio. Provocándole mucho dolor. Ya me entendéis.

—Solo estaba saludando a una amiga —sentenció Mal, continuando con ese aire de «no sé qué narices he hecho mal» tan propio del género masculino—. ¿Qué problema hay?

—Ninguno. No pasa nada.

—Sí claro, es evidente que pasa algo o no estarías mirándome de ese modo.

—No me hables en ese tono —espetó Anne—. Y menos delante de otras

personas. Sal con tu amiga y divértíos. Podemos hablarlo más tarde.

—Ah, sí, ¿podemos?

—Sí.

Su boca se curvó en una sonrisa forzada.

—A la mierda.

Todo el mundo se miró entre sí, pero mi hermana se limitó a quedarse allí parada, apretando y aflojando los puños a los costados, igual que yo. Mierda, esto no podía estar pasando. No a Anne. No ahora. ¿Acaso la vida no podía ser justa, aunque solo fuera una vez?

Muy pronto, el furioso estruendo de la batería llenó el ambiente. Fin de la discusión. Que el roquero aporree su instrumento.

Parecía que nadie tenía nada más que decir.

Casi nadie.

—¡Mierda, me he olvidado! —Ev se llevó una mano a la cabeza de forma dramática—. Chicas, tenemos que irnos a buscar a Lauren. Toca noche de mujeres.

Su marido, el guitarrista, la miró inexpresivo.

—¿En serio?

—Sí. Vamos a empezar pronto.

¡Aleluya!

Cualquier cosa que permitiera que Anne saliera con el orgullo intacto de esta terrible situación me parecía una idea estupenda. Hice caso omiso del conflicto interno que me carcomía por dentro. La idea de perder una oportunidad para estar cerca de Ben me deprimía de veras y estaba convencida de que mi corazón y mi vagina nunca me lo perdonarían. Pero Anne parecía hundida. ¡Si hasta le temblaban las manos! La agarré del brazo y la llevé hacia la puerta. Fuera, un tipo musculoso vestido de negro, que debía de pertenecer al equipo de seguridad, nos esperaba junto a un nuevo y resplandeciente Escalade. En el interior, todo era de cuero. En serio, el automóvil era una pasada. Aunque no tanto como para hacer desaparecer el regusto amargo que me había dejado el comportamiento de Mal.

—No lo entiendo. —Me volví hacia mi hermana, que se había quedado extrañamente silenciosa en el asiento trasero. Tenía todo el cuerpo tenso,

estaba pensativa, con los hombros caídos y las manos entrelazadas en el regazo. Era como si estuviera esperando un nuevo ataque, que le hicieran más daño. Si Mal Ericson hubiera dado una patada a un cachorro no me hubiera sentado peor que aquello.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Esto —continué, agitando una mano—. Te hace más feliz de lo que te he visto nunca. Es como si fueras otra persona. Te mira como si hubieses hecho el descubrimiento del siglo. ¿Y luego lo otro? No lo entiendo.

Anne se encogió de hombros.

—Ha sido uno de esos romances relámpagos. Empieza pronto y termina igual de pronto.

Abrí la boca para decir que eso era una tontería, pero no pude articular palabra. Conocía demasiado bien a mi hermana. Nos quedamos mirándonos la una a la otra durante un buen rato hasta que el lujoso vehículo se puso en marcha. Los últimos siete años nos habían unido muchísimo. Más de lo que nos hubiera gustado, si os soy sincera. El amor y la esperanza implicaban sufrimiento. Te amargaban la vida y luego te dejaban en la estacada.

Era absurdo creer lo contrario. Esa era la verdad que había regido nuestro hogar y que habíamos aprendido de la peor forma cuando se marchó nuestro padre. El amor era un asco y los hombres, por lo visto, seguían siendo tan poco fiables como siempre.

Aun así no podía quitarme a Ben de la cabeza. La intensidad con que me habían mirado sus ojos marrón oscuro, sin vacilar ni un instante... Aunque siendo realistas, también podía no significar nada.

Nada, o todo, o algo intermedio.

No tenía ni idea.

—No lo necesito —anunció Anne subida a la mesa de café, alzando un martini de chocolate en el aire. Lauren se puso a aplaudir—. ¡Lo digo en serio!

—¡Amén, hermana!

—De hecho, ¡no necesito a ningún hombre! Soy una... Soy una... —
Chasqueó los dedos con impaciencia, parecía sumamente concentrada en algo
—. ¿Cómo se dice?

—Eres una mujer moderna.

—*Essso* —siseó mi hermana—. Gracias. Soy una mujer moderna.
Además, los penes son muy raros. ¿Quién coño inventó una cosa así?

En el suelo, Lauren empezó a reírse con tanta fuerza que tuvo que llevarse las manos al estómago. A mí no me estaba haciendo tanta gracia. ¿Por qué no podía mi hermana soltar su discurso con los pies en el suelo?

—No, de verdad. Pensadlo un momento. Están bien cuando están duros, pero en reposo... —Con el ceño ligeramente fruncido, Anne torció el dedo meñique y lo contoneó—. Están tan arrugados y tienen un aspecto tan extraño. Las vaginas tienen mucho más sentido.

—Oh, Dios mío. —Cerré los ojos durante unos segundos.

Por fin habíamos llegado al apartamento de mi hermana al caer la tarde, tras varias paradas que tuvimos que hacer a petición de Ev. Primero, a una licorería. Luego, a una conocida tienda de rosquillas. Y finalmente, aunque no menos importante, a una pizzería en el distrito de Pearl. El tipo enorme de seguridad nos llevó a todos los sitios tomándose con filosofía y subió las innumerables bolsas, cajas y botellas por las escaleras hasta la diminuta vivienda de dos dormitorios de mi hermana. Estaba claro que cuando se trataba de dar una fiesta improvisada de «odio a un hombre», Evelyn Ferris no dejaba nada al azar.

La furia que sentía contra el batería en cuestión, Mal Ericson, había disminuido hasta un nivel tolerable. Ahora lo que más me preocupaba era el precario equilibrio de mi hermana.

—Por favor, no te caigas de la mesa y te rompas algo.

—Mierda. —Un chorrito de líquido oscuro se derramó por el borde de la copa y cayó sobre el deteriorado suelo de madera a escasos centímetros de Lauren, que todavía tenía la cara roja por el ataque de risa—. Deja de hacerte la adulta, Lizzy. Yo soy la hermana mayor. Tú, la pequeña. Compórtate como tal.

Abrí la boca para decirle lo que pensaba sobre aquella brillante idea pero

una mano me tapó los labios.

—Déjala —me susurró Ev al oído, con el brazo rodeándome los hombros y la palma todavía silenciándome—. Está como una cuba y discutir con ella no te llevará a ninguna parte.

Retiró la mano, aunque dejó el brazo donde estaba.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —dije yo.

No debería haberme resultado tan normal estar hablando con ella como si fuéramos amigas de toda la vida en el nuevo y cómodo sofá de terciopelo de Anne. Al fin y al cabo acababa de conocer a Eve. Pero esa chica tenía algo. Ella y Lauren (con la que solo había coincidido brevemente en una ocasión anterior). Ambas exudaban un aire de confianza muy especial. Fuera lo que fuese lo que pasara con el imbécil de Mal, esperaba que ellas se pusieran del lado de mi hermana. Anne necesitaba amigas de verdad; no esas chupópteras que había atraído durante años gracias a su naturaleza maternal y que se habían aprovechado de su dinero, tiempo y energía.

—Corrígeme si me equivoco, pero tengo la impresión de que tu hermana no se desahoga a menudo. Puede que esto sea justo lo que necesite.

Fruncí el ceño, pensativa.

—Puede.

Sobre la mesa, Anne tarareó la canción que sonaba en el equipo de música, perdida en su mundo. Por lo menos había desaparecido la expresión de tristeza que había mostrado las últimas horas. Había contemplado esa expresión tantas veces, que tenía suficiente para el resto de mi vida. Aun así, hice una nota mental para dar una buena paliza a Mal Ericson si volvía a verlo. Debía de ser la enésima vez que lo pensaba ese día.

—¿Te gustó el ensayo antes de que todo se torciera? —preguntó Ev.

—Sí. La verdad es que me lo pasé muy bien. —La miré disimuladamente—. El bajista... ¿cómo se llamaba?

—¿Ben?

—Ajá. —Asentí e intenté continuar con la conversación con mucho cuidado—. Tiene pinta de ser alguien... interesante. Es una pena que no pudiéramos salir a tomar algo.

—Sí que es una pena. No pude evitar fijarme en que no le quitaste ojo

durante todo el ensayo —dijo ella, terminando con cualquier intento de sutileza.

Estupendo.

—Tranquila —continuó—. No le voy a decir nada a tu hermana. —La mujer de David Ferris suspiró—. Ben, Ben, Ben. ¿Cómo podría describírtelo? Es un buen tipo, de esas personas que se toman la vida con calma. —No dije nada—. Aunque tengo que advertirte que no es de los que tienen citas. —La miré de soslayo y ella esbozó una tenue sonrisa—. Claro que tampoco lo era David hasta que nos casamos. Pero bueno... Entonces, ¿te interesa mucho Ben?

—¿Me estás preguntando cuáles son mis intenciones?

Se rio.

—Sí, supongo que sí. Ahora que tengo pareja, tengo que entrometerme en la vida de los demás y hacer de casamentera. Por lo visto eso es lo que hacemos las mujeres. En serio, no estoy precisamente preocupada porque él salga herido.

—¿Vas a decirme que soy muy joven para él?

—Teniendo en cuenta que me casé a los veintiún años, sería una hipócrita si te dijera algo así. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Casi veintiuno. —Cambié de postura.

—Bueno, que sepas que él tiene casi veintinueve.

Ocho años de diferencia. No estaba mal.

Miré en los turbios posos de mi segundo martini, en busca de alguna señal. No, para predecir el futuro se utilizan hojas de té. El vodka, la crema de cacao y el licor de chocolate no servían.

—Lo más probable es que no vuelva a verle así que...

—¿Te vas a rendir tan pronto? —preguntó ella—. A juzgar por la forma en que lo mirabas, pensé que serías un poco más obstinada.

—Es una estrella del *rock*. ¿Me estás diciendo que debería acosarle?

Se encogió de hombros.

—Las estrellas de *rock* también son personas. Aunque no creo que pasarse horas bajo la lluvia, frente a la puerta de un hotel, sea muy divertido.

—No, seguramente no. —Sin embargo, por triste que pareciera, no me

resultaba muy difícil imaginarme haciéndolo. La idea tampoco era tan descabellada. Hasta podía funcionar. Estaba claro que había llamado su atención. O por lo menos eso creía por la forma en que me miró y esa medio sonrisa que esbozó...

De acuerdo, tenía que saberlo.

—¿Qué hotel? Solo por curiosidad.

Los ojos de Eve brillaron.

—¡Eh! —gritó una voz. Tardó una eternidad, pero después de unos cuantos movimientos tremendamente lentos, Lauren logró ponerse de pie—. Deja que te ponga otra copa, amiga.

—Pero si todavía... —Antes de que me diera tiempo a terminar, la autoproclamada camarera de la fiesta me quitó el vaso y fue hacia la cocina.

—Será mejor que la ayude o terminará sirviéndote vodka a palo seco. — Ev se inclinó hacia delante y sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de los *jeans*. Después, movió los dedos por la pantalla y lo dejó en el sofá, a su lado, antes de mirarme de forma significativa—. Voy a dejarlo aquí. Espero que no se te ocurra cotillear el número de ningún bajista mientras estoy en la cocina.

—Por supuesto que no. No tengo la más mínima intención de mirar en la «N» de Nicholson de tus contactos.

—Mejor intenta por la «B» de Ben. —Me guiñó un ojo.

—Gracias —dije en voz baja.

—De nada. He visto antes esa forma de mirar embobada con los ojos como platos a una estrella del *rock*. —Se puso de pie—. En concreto en mi propia cara. Usa el número con sensatez.

—Oh, lo haré. Confía en mí.

CAPÍTULO 2

YO: Hola, soy Lizzy. La hermana de Anne. Nos conocimos el otro día en el ensayo del grupo, ¿te acuerdas?

BEN: Hola. Sí me acuerdo. ¿Qué tal?

YO: Bien. ¿Y tú?

BEN: Bien. ¿Cómo has conseguido mi número?

YO: Por medio de un conocido común.

BEN: Tu hermana y Mal no quieren que intimemos.

YO: ¿Así que me has mandado a la zona de amigos sin más? ¡Ay!
Pero si todavía no he hecho nada inapropiado...

BEN: Jaja. Sabes a lo que me refiero. No me di cuenta de que solo tenías veinte años o que estabas relacionada con Mal. No es buena idea que hablemos.

YO: Menos mal que solo nos estamos enviando mensajes.

BEN: Adiós, Liz.

BEN: ¿Acabas de enviarme una foto de tu comida?

YO: No. Solo es una representación artística de la profunda

tristeza que siento al ver que no haces caso de mis mensajes.
¿Ves la cara de en medio?
BEN: ¿Qué es eso verde?
YO: Lágrimas de pepinillo. Los he robado de la hamburguesa de un amigo.
BEN: Qué adorable.
YO: ¿Te he emocionado?
BEN: Por supuesto.
YO: ¿Entonces vas a hablar conmigo?
YO: Jaja. ¿Estás comiendo *pizza*?
BEN: ¿La ves triste o feliz?
YO: La veo lasciva. ¿Cómo te atreves a mandarme una imagen tan explícita con ese *pepperoni*? No soy ese tipo de chica.
BEN: Ja. Tengo que volver al trabajo. Hasta luego, preciosa.

BEN: No tengo a nadie que quiera tocar conmigo un rato y el ambiente musical de tu ciudad un lunes por la noche es un asco.
YO: Pero qué dices. Inténtalo en The Pigeon. Un amigo suele ir a sus sesiones de música en directo.

BEN: Voy para allá 😊

YO: ¿Qué tal anoche?
BEN: Bien. Gracias por la información. No es Nashville, pero no estuvo mal. Puede que vaya a Seattle unos días. Un amigo está tocando allí. De todos modos, gracias.
YO: De nada. ¿Has tenido un día muy ajetreado?
BEN: Mal acaba de entrar. No puedo hablar.
YO: Ok. Hasta luego.
BEN: Me siento como la mierda haciendo esto a sus espaldas.
YO: Hablamos después.

YO: ¡Hola! ¿Qué tal el día?

BEN: Ahora mismo estoy liado.

YO: Ok.

YO: Por tu silencio, he llegado a la conclusión de que no estás muy a gusto con esto de que seamos amigos vía mensajes. No era mi intención crear ninguna situación incómoda entre Mal y tú. Borraré tu número.

BEN: No.

YO: ¿?

BEN: Quiero que sepas que, si necesitas cualquier cosa, puedes llamarme cuando quieras.

YO: Gracias. Pero no quiero crearte ningún problema.

BEN: El problema es que me gusta hablar contigo. ¿Y si no se lo decimos a nadie?

YO: Ok. Me gusta la idea.

BEN: A mí también.

BEN: Te mando una foto de una puesta de sol en Red Rock.

YO: Alucinante. ¿Qué haces allí?

BEN: Echando una mano a un amigo con el teclado. Su teclista se ha roto una mano.

YO: Joder. No sabía que tocabas el piano.

BEN: Me enseñó mi abuela. Pero Dave quería un bajista, así que no me quedó otra que aprender.

YO: Vaya. ¿Podrías tocar algún día para mí?

BEN: ¿Qué te parece ahora mismo?

YO: ¿Por teléfono? Eso estaría genial.

BEN: Te llamo.

BEN: Voy a estar en el estudio de Los Ángeles unos días. ¿Qué tal todo?

YO: Estudiando para un examen. Deséame suerte.

BEN: Seguro que te irá fenomenal, preciosa. No te distraigo más. Hasta luego.

YO: Adiós.

YO: Las rosas son rojas, el mar es azul. Ben, me gustas. Dime, ¿qué sientes tú?

BEN: Eres una poetisa pésima.

YO: Cierto. Creo que seguiré intentándolo con la psicología. ¿Qué tal el día?

BEN: Lento. He tenido una reunión de trabajo. Puro aburrimiento.

YO: Tú lo único que quieres es tocar, ¿verdad?

BEN: Me has descubierto. ¿Y a ti cómo te ha ido?

YO: He tenido un ejercicio práctico súper interesante. Después he estado trajinando en la librería y luego he terminado unas tareas que tenía que entregar de una asignatura.

BEN: ¿Solo sabes trabajar?

YO: Más o menos. Pero me gusta. E intercambiar mensajes contigo me ha alegrado el día.

BEN: Joder, eres un encanto. Dime algo malo sobre ti. Algo que me ayude a mantenerme alejado.

YO: No veo en qué me beneficiaría eso...

BEN: Venga. Estoy esperando.

YO: Se me dan muy mal los deportes y soy desordenada.

BEN: Me resulta difícil imaginarte desordenada.

YO: Mi apartamento parece un campo de batalla. Anne siempre era la que se encargaba de recogerlo todo. Me ha consentido demasiado. ¿Y tú?

BEN: Me dedico a seducir a chicas con las que se supone que no debería intentar nada. Salvo eso, soy perfecto.

YO: Míralo, tan famoso y ganando un dineral y no es para nada egocéntrico.

BEN: Exacto.

Yo:

BEN: Tengo que irme. Jim está esperándome. Luego hablamos, preciosa.

YO: Hasta luego, Ben.

BEN: ¿Qué cojones es esa foto?

YO: Adivina.

BEN: Un montaje con un león, una cerveza y los ojos de una chica (¿los tuyos?).

YO: ¡Bingo!

BEN: ¿Y qué significa?

YO: Estoy usando mis conocimientos de psicología para manipular tu cerebro. Hay estudios que demuestran que la sensación de miedo fomenta los pensamientos románticos.

BEN: Qué lista. ¿Has descubierto que tengo miedo a la cerveza?

YO: Jaja. El león representa el miedo.

BEN: Está bien. ¿Y la cerveza?

YO: ¿Te suena eso del «efecto visión» de las cervezas?

BEN: ¿Que cuando vas borracho todas las chicas te parecen guapas?

YO: Exactamente. Pero resulta que no hace falta ir borracho para que se produzca el efecto. Basta con pensar en una cerveza. Incluso una foto.

BEN: O sea que si miro una foto de una cerveza, ¿te veré más guapa?

YO: No puedes luchar contra las pruebas científicas. ¡Pobre hombre! Nunca tuviste la más mínima oportunidad.

BEN: Liz, creo que eres preciosa. Guarda las imágenes de cervezas para alguien que de verdad las necesite.

YO: Joder, eso ha sido muy bonito.

BEN: ¿Te ha gustado?

YO: Mucho.

BEN: Bien. ¡Pobre mujer! Nunca tuviste la más mínima oportunidad.

YO: 😊

BEN: ¿Qué te parece?

YO: Me parece una foto de un banjo. ¿Es tuyo?

BEN: Es un Deering Black Diamond. Estoy pensando en comprarlo.

YO: ¿También tocas el banjo? Madre mía.

BEN: Quiero aprender.

YO: Y yo quiero oírte tocarlo. Eres un virtuoso de la música. ¿Cantas?

BEN: Ja. Te aseguro que no te gustaría oírme cantar. ¿Crees que debería comprarlo?

YO: Hazlo 😊

BEN: Hecho 😊

YO: ==v^=@}

BEN: ¿Otra prueba psicológica?

YO: No. Es una rosa. He estado practicando toda la mañana.

YO: Bueno... más bien un par de minutos entre clase y clase.

BEN: Muy bonita.

YO: ¿Por qué no tomamos un café?

YO: ¿La falta de respuesta es un «no» o es que te sientes un poco intimidado?

BEN: Intimidado de que Mal me pegue un tiro. Mejor nos limitamos a los mensajes de texto.

YO: Me parece bien.

BEN: He estado pensando en ti. Dime algo.

YO: Me encantaría. ¿Te llamo?

BEN: ¿Estás bien? Últimamente no sé nada de ti.

YO: No quería ser demasiado obvia. El manual de la acosadora dice que hay que tomárselo con calma.

BEN: Sé que no eres una acosadora. Eres peligrosa de otra forma.

YO: Me encanta eso que acabas de decir.

YO: Entonces, ¿has tenido acosadoras de verdad?

YO: Además de mí, por supuesto.

BEN: Tú no eres una acosadora de verdad. Las acosadoras acampan al otro lado de la calle con prismáticos.

YO: Qué tontería. Con un telescopio consigues mejor resolución.

BEN: Eres una gansa.

YO: Me encanta nuestra sinceridad.

YO: Desde un punto de vista psicológico, la mayoría de las relaciones fracasan por la falta de crítica constructiva. Es evidente que estamos hechos el uno para el otro.

BEN: Una auténtica gansa. En serio.

YO: ¿Lo ves?

YO: Pero estábamos hablando de acosadoras.

BEN: No, no tengo. En ese aspecto, he tenido mucha suerte. Los otros no pueden poner un pie en la calle sin que les molesten. Yo no acaparo tanta atención. No soy tan reconocible.

YO: ¿Estás de coña? Pero si eres igual de grande que King Kong.

BEN: Jaja. Jimmy ha tenido acosadoras que ponían los pelos de punta. Hace unos años, una se coló en su casa y le robó algunos objetos personales.

BEN: Mal tuvo uno que terminó con una orden de alejamiento.

YO: Vaya. ¿Y qué hizo el tipo para que se la pusieran?

BEN: No, el acosador fue el que obtuvo una orden de alejamiento contra Mal. Se presentó en su puesto de trabajo e intentó

abrazarle, le dejó mensajes raros en el móvil, etc.

YO: Qué bueno.

BEN: Tengo que irme. La música me llama.

YO: Hago un pan de maíz con queso que está de muerte.

BEN: ¿En serio?

YO: Sí. Y justo ahora estoy haciendo uno. Mi plan para esta noche: pan de maíz con queso y pelis malas de zombis. ¿Te apetece?

BEN: No te imaginas cuánto.

YO: Pero ¿estás ocupado con los chicos?

BEN: No, los chicos están ocupados con sus novias. Yo estoy liado matando gente.

YO: *Online*, espero.

BEN: Claro.

YO: Entonces te dejo que sigas a lo tuyo.

BEN: Puedo disparar y hablar contigo al mismo tiempo. ¿Qué tal el día?

YO: No ha estado mal. He estado casi todo el tiempo en clase. ¿Y tú?

BEN: Grabando. Bastante frustrante. Jim estaba de mal humor. Esto queda entre nosotros, ¿de acuerdo?

YO: Por supuesto.

BEN: Bien. Vaya noche más aburrida. Portland no es Los Ángeles.

YO: Ven. Podemos tirar pan de maíz a los muertos vivientes. Así veo si tienes o no buena puntería.

BEN: No sabes lo mucho que me gustaría.

YO: A mí también.

BEN: Algún día.

YO: ¿Estás despierto? No puedo dormir.

BEN: Cuenta ovejitas como una buena chica.

YO: No puedo. Estoy demasiado ocupada pensando en ti.

BEN: Joder, Liz. No.

YO: ¿No, qué?

BEN: No me digas que estás en la cama a las dos de la mañana pensando en mí, ¿de acuerdo? No puedes decirme algo así. Es demasiado tentador.

BEN: ¿Qué llevas puesto?

YO: ¿De verdad quieres que te responda?

BEN: Sí.

BEN: No.

BEN: Mierda. Me estás matando. Lo sabes, ¿no?

YO: Dices las cosas más tiernas del mundo. Buenas noches, Ben.

BEN: Buenas noches, preciosa.

YO: Lo siento, no vi tu llamada de antes. Buena suerte esta noche en tu cita con Lena.

YO: No, te he mentado. No quería decir eso.

YO: Me refiero a la cita, no a la llamada perdida.

YO: Ahora me siento culpable porque Lena es una chica súper maja. Voy a dejar de comportarme como una lunática y voy a salir un rato. He quedado con una amiga en el Steel. Cambio y corto.

BEN: ¿Ese antro que hay en el centro? ¡Pero si es un puto mercado de carne!

YO: Acabo de llegar. Supongo que lo comprobaré con mis propios ojos.

BEN: Ese sitio es un tugurio. Mete el trasero en un taxi y vuelve a casa. No tienes edad suficiente para beber alcohol.

YO: Tengo un carné falso. No te preocupes. Todo irá bien.

BEN: Lo digo en serio. No vas a entrar a ese sitio. Está lleno de salidos.

YO: Qué te diviertas con Lena. Te mereces una chica tan estupenda como ella. De verdad.

Ben seguía sin responder a mi último mensaje.

Música *emo indie* tronaba por los altavoces mientras Christy, mi hasta hacía poco compañera de habitación, bailaba como podía a mi lado.

—Qué sitio más genial, ¿verdad? —gritó.

—Sí. Genial.

Era asqueroso. Y lo digo en sentido literal. La suela de los zapatos se te quedaba pegada al suelo de la cantidad de suciedad que había. Tenía una falta de higiene absoluta. Estaba atestado de gente y apestaba a décadas de bebidas derramadas, rollos cuestionables y corazones rotos. Seguramente en ese orden. Mi ropa olería durante días. Y si alguien más volvía a pisarme los dedos de los pies, expuestos gracias a unos monísimos *peep toes* negros de tacón estilo años cincuenta, me pondría a gritar como una loca. Había decidido ponérmelos porque necesitaba un estímulo, quería sentirme sexi. Pero ahora estábamos en medio de una multitud y el sudor me caía por la columna y humedecía la parte trasera de mi camiseta negra y la cinturilla de los *jeans*.

Qué asco.

Quería llamar a uno de esos equipos de riesgo tóxico para que me descontaminaran de los efluvios de ese antro de cerveza y desesperación. Ben tenía razón sobre aquel sitio, pero nunca lo admitiría delante de él. No, me lo iba a pasar bien aunque me dejara la vida en ello. Me saqué el teléfono móvil del bolsillo para pasar el rato y eché un vistazo a la pantalla verde. Nada. Menuda sorpresa. Había llegado la hora de volver a montar en mi viejo caballo de la desesperanza y seguir adelante.

—¿Todavía no te ha contestado? —preguntó Christy, inclinándose sobre mí y gritándome para que pudiera oírla por encima de la música.

Hice un gesto de negación.

Mi antigua compañera de habitación bebió un sorbo de cerveza.

—Que le den.

—Sí, eso es lo que intento.

—¿Qué?

—¡Sí! —grité. Esbocé una sonrisa para infundirme valor—. ¡Que le den!

—Te mereces algo mejor. —Frunció el ceño ligeramente—. En serio.

—Gracias. —Tenía serias dudas al respecto, aunque agradecí que intentara animarme.

Di un buen sorbo a mi tercer Moscow Mule; el vodka era la única opción viable para superar aquello. Lo que sentía por Ben era una especie de trastorno obsesivo compulsivo o algo similar. No, mejor aún, era estrés postraumático ocasionado por haber conocido al trastornado de Mal. Estaba claro que mi subconsciente se había sentido atraído por el primer hombre atractivo, con barba y sobre todo mentalmente estable, que había aparecido. Oh, sí, era un análisis totalmente plausible. Freud y su barba estarían impresionados.

Aunque nunca se me ocurriría exponer semejante teoría en mis exámenes finales.

De hecho, mis libros de psicología no ayudaban mucho a la hora de entender en qué consistía exactamente eso del amor. Sí tenía que reconocer que gracias a ellos había aprendido algunos datos curiosos. Por ejemplo, una rata macho y una rata hembra, ambos vírgenes, se pueden poner a fornicar nada más conocerse con una eficiencia pasmosa. Aquí te pillo, aquí te mato; nada de pararse a pensar en lo que hay que hacer. Sin embargo, no sucede lo mismo con los primates superiores, como los monos. Ellos se complican un poco más, yendo a tientas al principio e intentando entablar una relación previa. En cierto modo me supuso un alivio saber que no era la única. Ni solo los seres humanos. Los monos también meten la pata en las primeras citas. Y eso que no tienen que lidiar con preservativos o tirantes de sujetador.

En todo caso, mis libros me proporcionaron un montón de información sobre el comportamiento sexual de los animales, pero ningún dato en particular sobre el amor o esa lujuria a primera vista que me atormentaba cada minuto de los días y buena parte de las noches desde que conocí a Ben.

La nueva compañera de habitación de Christy, Imelda, me taladró con la mirada a través de su copa llena de un brillante líquido azul. Solo Dios sabía

lo que podía contener ese brebaje para tener un color así. Hacía tan solo dos semanas que me había mudado al viejo apartamento de Anne. Por lo visto tiempo suficiente para que aquellas dos se hubieran convertido en amigas tan íntimas como para despertar una actitud posesiva que rayaba lo patológico.

Había sido Imelda la que eligió el bar.

—Chris dice que conoces a los miembros de Stage Dive —dijo.

Mi ex compañera de habitación se movió nerviosa.

Me limité a encogerme de hombros. Se habían publicado unas cuantas fotos de Anne y Mal juntos y en ese momento casi era un secreto a voces en Portland. Pero no iba a hablar de la vida privada de mi hermana. Nunca. Y Christy lo sabía perfectamente.

—Creo que es mentira —continuó la chica. Se puso tan cerca de mí que sentí su aliento caliente en la oreja.

Intenté con todas mis fuerzas no retroceder.

—Puedes creer lo que quieras.

Me miró con ojos entrecerrados.

—¿Por qué no bailamos un poco? —sugirió Christy con una alegría excesivamente forzada—. ¡Venga, terminaos ya la bebida!

Ambas obedecimos y entonces, de repente, Imelda levantó las manos en el aire y empezó a agitarlas frenéticamente. Después, agarró a Christy y la arrastró entre la multitud. Mi antigua compañera de habitación logró atrapar mi muñeca y también tiró de mí, con lo que tuve que seguirlas a trompicones. Nuestro paso por el gentío no fue precisamente fluido. Recibí codazos y varios golpes que consiguieron que me tambaleara de un lado a otro; incluso alguien me tocó el trasero.

—¡Oye! —me quejé, dándome la vuelta al instante. Con la escasa iluminación y la marea de personas que había, podía haberse tratado de cualquiera—. ¡Gilipollas!

Cuando volví a girarme, Christy y su nueva mejor amiga habían desaparecido. Las luces estroboscópicas apenas me dejaban ver. Las multitudes siempre me habían puesto muy nerviosa y ese lugar estaba hasta los topes. No era exactamente una fobia, solo una aversión que me había costado mucho superar.

Seguro que en breve Christy me echaría en falta e iría a por mí. Sí, seguro. Esperé y esperé. Una chica me dio tal pisotón que los ojos se me llenaron de lágrimas. Intenté apoyarme en una sola pierna para frotarme los dedos y aliviar el dolor, pero perdí el equilibrio y casi terminé con el trasero en el suelo. Ahí fue cuando me di cuenta de que Christy no iba a volver y que, aunque puede que nunca me hubieran gustado las multitudes, en ese momento las odiaba con todas mis fuerzas.

A la mierda.

Era absurdo. Estaba a punto de cumplir los veintiuno y había tenido mi buena cuota de diversión en los bares, no tenía por qué seguir allí. Lo mejor sería que volviera a mi apartamento de chica soltera. Por mucho que me gustara tener mi propio espacio, nunca había vivido por mi cuenta. No era que me sintiera sola, solo tenía que acostumbrarme al hecho de que no había nadie más que yo. Seguro que Ben y Lena se lo estaban pasando de maravilla. ¿Cómo no iban a hacerlo? Lena era una chica estupenda y muy divertida y Ben... era el gran Ben.

Alguien chocó contra mí en la oscuridad. Trastabillé hacia un lado. ¿Desde cuándo hacía falta llevar una armadura de cuerpo entero a un bar? Tal vez debería volver a la barra, donde habíamos estado mucho más cómodas instantes antes. No, mejor quedarme allí, donde Christy me había visto por última vez. Miré a mi alrededor indecisa. Ninguna opción me atraía. En realidad no me apetecía nada seguir allí.

Parpadeé con furia. Sin llorar, solo... ya sabéis, me dolía el pie.

Puede que hubiera llegado el momento de buscar un taxi. Estaba convencida de que en casa tenía todos los ingredientes necesarios para preparar unos nachos de emergencia de esos que te levantaban el ánimo. Ese era uno de los beneficios de vivir sola, no tenías que compartirlo con nadie. Llámame glotona, no me importa, pero no dejes de pasarme el queso fundido.

De pronto, dos manos enormes se posaron sobre mis hombros y me obligaron a darme la vuelta. Ante mí apareció una especie de montaña. Una montaña hecha hombre.

—¡Ben! —chille feliz, arrojándome sobre él (por supuesto que no conseguí desplazarle ni un solo centímetro). Su cuerpo grande y cálido me

resultó divino, como estar en el mismo cielo. Le rodee la cintura con los brazos y me aferré a él levemente—. Me alegra tanto verte.

Sentí sus manos tensándose sobre mis hombros, pero sus dedos me frotaron la piel.

—Te dije que no vinieras a este antro.

—Lo sé. —Sorbí por la nariz, apoyé la barbilla en su pecho y alcé la vista, mirándole con adoración—. Pero te habrás dado cuenta de que tomo mis propias decisiones como una verdadera adulta.

—No me digas. —Me miró taciturno y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Un gesto simple y dulce que para mí significó un mundo. Claro que todo lo que conllevara a él tocándome lo hacía.

—¿Qué tal tu cita con Lena?

No me respondió.

—¿Así de bien? Vaya.

—Ya veo lo afectada que estás —repuso con una sonrisa.

—Sí, siento un dolor insoportable. En serio, me alegro mucho de verte.

Se quedó mirándome durante un buen rato.

—Sí, yo también. Aunque todavía sigo cabreado porque vinieras a un sitio como este.

Pero qué estupidez. Alcé ambas cejas y le lancé una mirada de «¿de verdad me vienes con estas?». Ben tenía que saber desde el principio cómo iba a funcionar aquello, porque no tenía ninguna intención de darle explicaciones de a dónde iba ni lo que hacía. Ya sabéis, confianza, respeto y todas esas cosas.

Ben se encogió de hombros, nada impresionado.

—No te hizo gracia que saliera con Lena y a mí no me gustó que vinieras aquí.

—Tienes razón, en ambos casos —dije, dando el brazo a torcer solo un poco—. Pero la cuestión es: ¿qué vamos a hacer al respecto?

—Mmm. —Me agarró de la mano y me dio un ligero apretón—. Venga, te llevo a casa.

—Me gusta la idea.

Sin decir nada más, me condujo a través de la multitud, despejando el

camino con su enorme cuerpo. Vestido como iba, con unos *jeans* y una camisa de cuadros, nadie pareció reconocerle. En Portland solo era un tipo más con tatuajes y barba de los muchos que había. Lo que sí noté fue que, yendo con él, nadie se metió conmigo. No más empujones, ni pisotones, ni toqueteos, gracias a Dios. Ah, estar con alguien. Qué sensación más extraña y agradable a la vez. Si así era como se sentía Anne al lado de Mal, ahora entendía por qué estaba tan colada por él. Caminar al lado de Ben me produjo tal euforia que creí que terminaría volando de la emoción y dándome con la cabeza en el techo.

—Hasta otra —se despidió el portero de la entrada mientras nos abría la puerta para que saliéramos.

—Gracias, Marc.

Fuera hacía un frío considerable. Me acurruqué en mi abrigo. Ben parecía no haberse traído nada. Se limitó a meterse las manos en los bolsillos y se encogió de hombros. En la esquina, vi una destartada camioneta Chevy que tenía todo el aspecto de haber salido, como poco, de los años ochenta y que antaño debió de ser de un tono azul claro. Aunque era difícil de decir con todos esos parches de pintura y las manchas de óxido.

—¿Es tuya? —pregunté sorprendida.

En lugar de responder, Ben abrió la puerta del copiloto y la sostuvo así para que entrara.

—Entiendo.

Subí y me senté con cuidado en el agrietado y helado asiento de vinilo. Vi unos cuantos casetes esparcidos por la guantera. Sí, casetes de verdad. Me quedé de piedra. ¿Cómo era posible, si el tipo debía de estar forrado?

Ben cerró la puerta y rodeó la camioneta hasta el asiento del conductor. Antes de darme cuenta, el motor cobró vida sin apenas dificultad. Estaba claro que se mantenía en muy buen estado.

—¿Esperabas un Porsche? —preguntó él.

—No. Solo algo con algún año menos que yo.

Soltó un bufido.

Nos metimos en el tráfico al ritmo de una antigua canción de Pearl Jam. Casetes. ¡Dios bendito!

—Era de mi abuelo —explicó él—. Me enseñó cómo mantenerlo y me dio las llaves en cuanto me saqué el carné.

—Qué tierno. —Me miró de soslayo—. Lo digo en serio, Ben. Digamos que no he tenido una experiencia familiar muy positiva. De modo que sí, me parece un gesto muy tierno.

Esbozó una leve sonrisa.

—Sí. No teníamos mucho dinero...

Me resultó fascinante contemplar su rostro bajo todas esas sombras que se proyectaban sobre él mientras pasábamos las farolas de las calles y las luces del tráfico. Tenía unos pómulos perfectos; unos pómulos que casi podían pasar desapercibidos bajo la barba. Sus rasgos eran duros, pero hermosos a la vez. Y esos labios... Podría mirarle absorta durante horas.

—¿Por qué no me hablas un poco más de tu familia? —pregunté.

—No hay mucho que contar —dijo después de unos segundos—. Mis padres tenían una empresa de limpieza y estaban fuera la mayor parte del tiempo. Se pasaban todo el día trabajando. El negocio lo era todo para ellos. Mis abuelos vivían al lado y se encargaban de nosotros.

—Tuvo que ser una gozada tenerlos con vosotros. Una figura tan estable como esa puede ejercer una influencia muy importante en un niño.

—¿Me está analizando, doña Estudiante de Psicología?

—No. Lo siento. Sigue, por favor. ¿Mencionaste un «nosotros»?

—Mi hermana y yo.

—¿Tienes una hermana? ¿Cómo es?

Me miró, unas pequeñas arrugas aparecieron en las esquinas de sus ojos.

—Marta es... Marta. Ahora vive en Nueva York. Le gusta la vida nocturna.

—Eso está muy lejos. —No me podía imaginar vivir al otro lado del país, tan separada de Anne, la única persona que realmente consideraba mi familia—. Debes echarla mucho de menos.

—Creo que es mejor así —señaló él—. La lio hace poco. Y yo tampoco ayudé mucho.

Me quedé callada, esperando a que continuara. La gente casi siempre se siente obligada a llenar los silencios. Solo hay que tener paciencia.

—Marta y David empezaron a salir en el instituto y continuaron juntos cuando el grupo empezó a despegar. Entonces mi hermana cometió una estupidez. —Hizo un gesto de negación—. Metió la pata hasta el fondo.

—¿Qué hizo?

Enarcó una ceja.

—¿No lo sabes?

—No.

—Vaya. Pensaba que Ev te lo habría contado.

—Solo la he visto un par de veces.

—Ah, entiendo. —Tamborileó con los dedos sobre el volante—. A Marta no le gustaba estar lejos de Dave mucho tiempo. Trabajábamos muchas horas y cuando no estábamos grabando en el estudio nos íbamos de gira. Creí que ella lo entendería...

En ese momento pasó un camión de bomberos con las sirenas sonando y nos distrajo durante unos segundos.

—Por fin lo estábamos consiguiendo. Empezábamos a ser alguien, tocábamos en sitios grandes, cada vez se hablaba más de nosotros... —Exhaló un sonoro suspiro—. El caso es que Marta creyó que, estando tanto tiempo fuera, Dave debía de estar engañándola y una noche se cabreó y se lió con otro.

—Oh.

—Dave estaba loco por ella. Nunca le vi mirar a ninguna otra chica. Estaban muy unidos. Intenté decírselo a mi hermana, pero se le había metido esa estupidez en la cabeza y... sí. —Soltó una risa amarga que me resultó difícil de oír—. Consiguió que una historia tan bonita como la que compartían se fuera a la mierda. Después de aquello todo se complicó.

—Lo siento.

—Yo también. Creía que lo lograrían, que se casarían, tendrían hijos y todo eso. Que vivirían su propio cuento de hadas. Estuvo una temporada trabajando como asistente del grupo, pero cuando Dave y Ev se casaron no se lo tomó muy bien.

—¿Por eso se fue a vivir a la otra punta del país?

—Sí. —Se quedó callado un instante—. Después de un último intento por

recuperarle. Y yo fui lo suficientemente imbécil para ayudarla. Como te puedes imaginar no fue bien, y las cosas entre Dave y yo estuvieron tensas durante un tiempo. Lo que no fue nada positivo para el grupo.

—Lo siento. —Tomé una profunda bocanada de aire mientras elegía mis próximas palabras con cuidado. Era obvio que aquello le dolía. Se notaba por el tono de su voz, por su semblante. Además, no quería tratarlo como a un paciente o un sujeto de estudio. Me importaba demasiado—. Tengo la impresión de que tenéis una relación que va más allá de la amistad. Sois como hermanos, aunque él y Marta no terminaran juntos. Siento que te vieras en medio de un fuego cruzado. Tuvo que ser bastante difícil.

—Sí. No sé por qué te estoy contando todo esto. —Me miró por el rabillo del ojo—. ¿Sabes?, me resulta muy fácil hablar contigo.

Sonreí.

—Lo mismo digo.

—Pero todavía no me has contado nada de ti.

—Ah, sí, cierto. —Froté las palmas contra los costados de los *jeans* para calentarlas un poco. ¿Qué podía contarle? El que se hubiera mostrado tan abierto y honesto conmigo me obligaba a no ofrecerle menos. Tal vez podía soltarlo todo sin más—. Mis padres se divorciaron cuando tenía catorce años. La cagué durante una temporada, pero Anne me puso de nuevo en el buen camino y me ayudó a graduarme en el instituto y a entrar en la universidad.

—Tienes una hermana muy buena.

—Sí, es una hermana increíble.

Alternó la mirada entre la carretera y yo.

—Pero tú también te has esforzado mucho.

—Sí. Pero la universidad es muy cara y ella ha hecho muchos sacrificios para que yo esté allí. Así que la mayor parte del mérito es suyo.

—Parece que ambas os habéis dejado la piel para salir de una situación complicada.

—Mmm. —Recosté la cabeza contra el respaldo del asiento. Sí, me resultaba demasiado fácil hablar con él. Y eso me gustaba. —Se puede decir que sí. Trabajo a tiempo parcial en la misma librería que Anne.

Ben esbozó una medio sonrisa que, por desgracia para mí, hizo que me

diera vueltas la cabeza. Dios, qué guapo que era. No quería que aquel viaje en su Chevy acabara nunca. Por mí como si quería conducir hasta Wisconsin. Que pusiera rumbo al este y no parara hasta que nos quedáramos sin gasolina.

—¿La cagaste en qué sentido? —preguntó.

Mi estado de felicidad se desvaneció al instante.

—No es un asunto del que me guste hablar.

Se quedó esperando, tentándome, dándome de mi propia medicina. Qué listo.

—Me junté con unos cuantos perdedores. Bebí, coqueteé con las drogas. Porros y anfetaminas, nada demasiado duro. Dejé el instituto e hice cosas que no debería haber hecho. Cosas peligrosas. Salí con el tipo equivocado durante una temporada. —Clavé las uñas en la tela de los *jeans*. Aquello me traía tantos y tan malos recuerdos. Era joven e idiota—. Entonces me descubrieron robando. El dueño de la tienda se empeñó en llamar a la policía, pero Anne habló con él y consiguió convencerle de lo contrario. Aquello me puso los pelos de punta. Y por si fuera poco, vi lo decepcionada que estaba Anne. Al final me di cuenta de que no era la única que lo estaba pasando mal por el divorcio de nuestros padres. Dejé de salir de juerga y hacer el tonto y volví al instituto. Estaba tan cabreada con ellos... por no haber sido capaces de solucionar sus problemas y comportarse como unos padres normales.

—Me imagino.

—¿Aunque qué es lo normal? Hoy en día todas las parejas terminan divorciadas.

—Sí. Casi todas.

—No es un gran ejemplo, ¿verdad?

Él asintió con un murmullo.

—Por eso estoy estudiando psicología. En un futuro me gustaría ayudar a otros niños a sobrellevar los momentos difíciles. —Ben sonrió—. Bueno, dejemos ya mi dramática adolescencia. —Crucé las piernas y me giré en el asiento para mirarle—. ¿Cuándo empezaste a tocar el bajo?

—A los catorce más o menos. A Dave siempre le chiflaron las guitarras. Entonces la madre de Mal le regaló una batería y Jimmy decidió que sería el cantante. Yo tenía un tío que tenía un bajo viejo y mi abuelo le convenció

para que me lo regalara.

—¿El mismo abuelo que te dio la camioneta? Seguro que era un hombre estupendo.

—Lo era, Lizzy. De verdad.

Nos detuvimos en la puerta de mi edificio. Qué curioso, nunca antes había detestado ver mi hogar, pero en ese momento no quería que aquel viaje terminara. Estar allí a solas con Ben, hablando, fue especial. Entrelacé las manos en el regazo y me quedé contemplando su rostro. Un segundo después, Ben apagó el motor.

—Gracias por traerme a casa —dije.

—Cuando quieras. Y lo digo en serio. —Dejó una mano en el volante y se volvió ligeramente para mirarme.

Al instante, mi cuerpo se puso a liberar endorfinas, lujuria y otras cuantas cosas locas que me gritaban que me abalanzara directamente sobre él, trepara por todo su cuerpo y cubriera de besos su magnífico rostro. Que frotara mi mandíbula contra su barba y comprobara si era suave o áspera. Que le dijera con todo lujo de detalles el efecto que producía en mí y lo mucho que podía llegar a quererle.

—Me matas cuando me miras de ese modo —murmuró.

Me limité a sonreír. Tenía la lengua demasiado trabada para soltar cualquier respuesta ingeniosa. El problema era que no podía mirarlo de otra manera. Era incapaz de disimular. No cuando lo tenía tan cerca.

Soltó un sonoro suspiro y miró a través del parabrisas.

—Voy a ese bar un par de veces por semana para enrollarme con alguien. En un lugar como ese es lo más fácil del mundo. La mayoría de la gente solo va allí para emborracharse y acostarse con alguien.

—Entiendo.

—Lo digo en serio.

—Está bien, Ben. No eres virgen. Lo he entendido. Yo tampoco, por cierto.

Sus sublimes ojos oscuros me inmovilizaron, poseyéndome por completo. Se lamió los labios. Cada vez que hacía ese gesto, mis hormonas entonaban el *Himno de la Alegría*, con orquesta incluida y su correspondiente coro. Todo

el tinglado al completo. Menuda idiotez.

—Joder, eres preciosa. —Volvió a suspirar—. Haces que desee un montón de cosas que no debería.

—¿Y quién dice que no deberías? —pregunté, acercándome un poco más.

—Mal. Tu hermana.

—Esto no tiene nada que ver con ellos. Solo nos concierne a ti y a mí.

—Cariño. Liz... —La voz tan profunda con la que dijo mi nombre, con ese tono tan erótico... ¡Madre mía! Reverberó en todo mi ser, incendiándome y provocando un caos absoluto en mi interior. Después de aquello nunca volvería a ser la misma.

—¿Sí? —Me acerqué más. Y después otro poco más. El corazón me iba a mil. Le ofrecí un beso. Jamás en la vida me había parecido tan transcendental besar a alguien. Necesitaba su boca sobre la mía. Su aliento, su cuerpo... Lo necesitaba todo de él.

Nada más importaba.

Me di la vuelta para apoyarme sobre una rodilla y disminuir así la diferencia de altura. Luego, con una sonrisa vacilante pero llena de esperanza, puse la mano en su hombro y volví a acercarme. A la mierda con eso de esperar a que él diera el primer paso. Había llegado la hora de pasar a la acción y conseguir lo que quería.

—Liz.

—¿Sí?

Ahí fue cuando me percaté de que su lenguaje corporal no era el adecuado. No se estaba arrojando a mí, no respondía del mismo modo que yo. Estaba sola en aquello.

—Es que no... —Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta seca. Retiré la mano.

—No puedo.

—¿Qué?

Ben clavó la vista al frente.

—Deberías irte.

Cualquiera que fuera la cara que puse, seguro que no era de felicidad.

—¿Quieres que me vaya?

—Es mejor así.

—Es mejor así —repetí como un loro mientras miraba perpleja las sombras de su cara.

—No puedo, Liz. No puedo hacerle eso al grupo.

—¿Acaso tienes que dar explicaciones al grupo sobre con quién sales?

—No estamos saliendo.

Me aclaré la garganta.

—Cierto, no estamos saliendo. Pero anda que no nos hemos pasado horas hablando y enviándonos mensajes.

Me miró atormentado.

—Lo siento. No puedo.

—Muy bien. —Los sentimientos que bullían en mi interior eran tan grandes, tan abrumadores. Aun así, mi cerebro no se paró ni un instante, examinando todas las pruebas para tratar de averiguar en qué momento había perdido la pista. Cómo demonios podía haberme equivocado tanto—. ¿Sabes? Creo que estabas un poco aburrido, que tal vez te sentías un poco solo y que te has dedicado a jugar conmigo.

Hizo una mueca y se volvió.

—Dime que no es verdad.

Nada.

Por lo menos ahora sabía qué esperar. Como si eso fuera a reportarme algún consuelo. Abrí la puerta del copiloto y salí de la camioneta.

—Liz.

Cerré de un portazo, sintiendo el helado metal en las palmas. Fin. Había terminado con él. El frío aire nocturno me golpeó en el rostro, despertándome de golpe de la ensoñación en la que había estado sumida. Qué vergüenza. Había sentido tanto por él y había estado tan segura... Ya veis lo mucho que sabía de asuntos del corazón.

Nada.

Absolutamente nada.

Había llegado el momento de poner mis esperanzas y mi corazón a buen recaudo.

CAPÍTULO 3

BEN: Hola, ¿qué tal?

BEN: ¿Todo bien? ¿Cómo van los estudios?

BEN: Venga, Liz. Dime algo. Sigo siendo tu amigo.

BEN: Supongo que nos veremos en la boda, ¿no?

—No irá a ponerse uno de esos monos de raso blanco de Elvis, ¿verdad?

Mi hermana se encogió de hombros.

—Si eso le hace feliz.

—Sí, pero es tu boda.

—«Nuestra» boda —me corrigió ella. Se aplicó una capa final de pintalabios y retiró el exceso presionando con cuidado un pañuelo papel contra su boca.

—Dios, Anne. ¡Estás espectacular!

Y lo estaba. El vestido de encaje estilo *vintage* era sublime. Y con el cabello pelirrojo brillante peinado hacia atrás de forma magistral se la veía tremendamente elegante. Tuve que parpadear un par de veces para alejar las lágrimas que humedecían mis ojos. Teniendo en cuenta todo el tiempo que me había dedicado la maquilladora, no quería arruinar su arduo trabajo.

—Gracias. —Extendió la mano y agarró la mía para darme un apretón—.

Tú también estás impresionante, cumpleañosera.

En realidad, mi cumpleaños había sido el día anterior. Anne había insistido en esperar a que tuviera la edad legal para poder disfrutar al máximo de una boda en Las Vegas. Lo que supuso una grata e inesperada sorpresa, ya que tratarme como una adulta no era algo que se le diera muy bien a mi hermana.

Ev, Lena, Anne y yo habíamos celebrado mi cumpleaños dentro del *jacuzzi* de una de las villas del hotel Bellagio, comiendo aperitivos exquisitos y bebiendo un sinfín de cócteles mientras nos trataban como auténticas reinas. Porque obviamente la villa incluía mayordomo privado. Ah, y la chimenea exterior estaba encendida, ya que en el desierto, en diciembre y por la noche, también hace frío. Y por último, aunque no menos importante, también tuvimos *cake pops*, ¿qué puede haber en este mundo mejor que una bola de bizcocho pinchada en un palo y decorada con esas coberturas tan deliciosas?

Soy adicta a esos dulces.

Me alisé la falda del vestido, un Dior azul oscuro hasta la altura de la rodilla, también de estilo *vintage*, que encontramos hacía unas semanas un sábado que salimos de compras. Era precioso. Muy femenino pero nada recargado. El atuendo lo completaba con un sencillo y elegante recogido.

Me pregunté qué le parecería a Ben.

No era que me importase mucho. A mí me gustaba y eso era lo importante. Mi mundo no se reducía a esperar la aprobación de ningún hombre. Aunque hasta que mis sentimientos por Ben se enfriaran un poco, prefería evitarlo en lo posible, o por lo menos no tener contacto visual con él. Incluso un corazón tan terco como el mío terminaba dándose por vencido tarde o temprano. Había estado muy liada con las clases y el trabajo. Con Anne enfrascada en los preparativos de la boda, Reece me había pedido que hiciera horas extra en la librería, lo que me había mantenido bastante ocupada. Ben Nicholson apenas había sido un pensamiento esporádico en mi cabeza. Más o menos. Esa noche me apetecía salir y desmelenarme un poco. Ver qué me podía ofrecer Las Vegas.

Sam se puso de pie y me hizo un gesto con la cabeza. Había llegado la

hora. Cualquier pensamiento que tuviera sobre Ben se esfumó, dando paso a una vibrante emoción. Desde el salón nos llegó el murmullo de conversaciones y el leve sonido de una melodía.

—Está bien, futura señora Ericson. Ya ha llegado todo el mundo, así que...

—¡Calabaza! —gritó una voz demasiado familiar—. Calabaza, ¿dónde estás?

Mi hermana, la imagen perfecta de la tranquilidad, se volvió hacia el umbral y respondió también a voz en grito:

—Aquí.

Las puertas se abrieron de golpe y entonces apareció Mal, vestido con un increíble traje negro y con unas Converse a juego. Estaba soberbio. A petición de la novia, llevaba el pelo rubio suelto, cayendo sobre los hombros. Aunque ya le consideraba como mi hermano, tenía que reconocer que ese hombre era un dios andante.

—Se supone que no tienes que verme antes de la ceremonia —dijo Anne.

—No me gusta seguir las reglas.

—Sí, me he dado cuenta.

Se acercó hacia mi hermana esbozando una leve sonrisa.

—¿Sabes? Esta noche estoy que te cagas de bueno. Pero tú, Calabaza, estás mil veces mejor.

Anne le devolvió la sonrisa.

—Gracias.

—¿Te vas a casar conmigo?

—Cómo lo sabes.

Y sin más, enterró la cara en el cuello de mi hermana que, segundos después, soltó un chillido y le dio un golpe en la espalda.

—No se te ocurra hacerme un chupetón antes de la boda, Mal, o te mato.

—Una risa maníaca inundó la estancia—. ¡Lo digo en serio!

—Te amo. ¡Venga, vamos a casarnos! —Como si estuviéramos en medio de una película, la alzó en volandas y se fue hacia la puerta, pero antes de salir hizo una breve pausa—. Tú tampoco estás nada mal, Lizzy. ¡Qué empiece la fiesta!

Recogí el ramillete de Anne y el mío y les seguí con una sonrisa en los labios. Esa boda tenía toda la pinta de ser de las que hacían historia.

Fuera, en el salón súper lujoso, habían retirado todos los muebles para dejar el espacio suficiente para la ceremonia y al Elvis con el atuendo de Santa Claus que iba a celebrarla. El tipo llevaba un cinturón con tanta pedrería que era increíble que todavía llevara los pantalones en su sitio. Esa cosa tenía que pesar una tonelada. Todas las superficies estaban llenas de jarrones con rosas rojas, cuyo aroma impregnaba el ambiente. Un fuego crepitaba en un rincón. Todo era perfecto y alrededor solo se veían rostros conocidos, llenos de felicidad, que querían compartir aquel momento tan especial. Mi hermana por fin tenía la familia que se merecía.

En otro rincón, un cuarteto empezó a tocar y Santa Elvis se dispuso a cantar. Su interpretación de *Love Me Tender* fue espectacular. O eso me dijeron más tarde.

Ben estaba a un lado junto con Jimmy y David, todos vestidos con trajes oscuros similares. El único que no llevaba americana y corbata era Ben. Se había remangado la camisa blanca, dejando expuesta parte de los tatuajes que tenía en sus musculosos brazos. Dios, era magnífico. Tan... masculino, a falta de una palabra mejor. A mi alrededor, todo se desvaneció. Estaba tan atractivo. Cómo dolía. Estuviera enfadado o no, tendría que habérselo dicho, pero mi lengua se negó a cooperar.

En ese momento alzó la vista y me sorprendió mirándome. No vi ningún rastro de reproche en sus ojos, pero me avergoncé igualmente y enseguida sentí cómo se me ruborizaban las mejillas. Entonces él también me miró. Si me hubieran dicho que en ese instante nuestros corazones latían al mismo ritmo, no me hubiera sorprendido. Sí, era una tontería. A esas alturas ya debería saberlo.

Pero ahora solo estábamos él y yo.

Oí de fondo cómo alguien decía algo y luego la risa de mi hermana.

Ben bajó la mirada hacia mi vestido y luego volvió a centrarse en mi cara. Varias arrugas aparecieron en las esquinas de sus ojos y su expresión se endureció. En cuanto a mí, me dolía horrores la mandíbula por todo lo que quería decirle, por todas esas palabras no pronunciadas. O tal vez era más de

lo mismo, la imperiosa necesidad de convencerle de que entre nosotros había algo real; algo por lo que valía la pena arriesgarse. Una mezcla de atracción sexual, amistad y Dios sabía qué más. La famosa conexión de la que todo el mundo hablaba.

Aunque, con toda probabilidad, a él no le gustaría oírlo. Ese hombre me producía un tremendo dolor de cabeza... y de corazón.

—No, no lo estás haciendo bien.

Aquella declaración interrumpió mis pensamientos. Miré al frente. Algo estaba pasando en el paraíso de las bodas.

—Lo haré yo mismo —dijo Mal a Santa Elvis.

El Rey hizo un gesto de indiferencia. Le daba igual con tal de que le pagaran.

—Por supuesto que tú, Anne, me tomas a mí, Mal como esposo —procedió el novio con mi hermana todavía en brazos—. Eres mi calabaza, todo mi mundo. Entiendes mi música y mis extraños estados de ánimo, crees que soy divertido cuando otros se ponen a mover la cabeza, preguntándose qué demonios me pasa. Me pareces adorable cuando te cabreas, pero si necesitas que te escuche o que me lo tome en serio, te prometo que lo haré. Estás conmigo en los buenos y en los malos momentos, y yo contigo. Pase lo que pase, lucharemos codo con codo para que esto funcione, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió mi hermana antes de limpiarse una lágrima que le caía por la mejilla.

—Eres la única mujer que quiero o necesito y evidentemente nunca vas a sentirte atraída por ningún otro hombre porque me tienes a mí que soy la leche. ¿Estamos?

—Estamos.

—Muy bien —concluyó Mal—. Pues ya estamos casados.

—¡Ya son marido y mujer! —gritó Santa Elvis, haciendo un giro de cadera.

La música volvió a sonar y la estancia se inundó de aplausos y felicitaciones, mientras las bocas de Anne y Mal se fundían en un apasionado beso. Quería eso, quería lo que tenían juntos y no me cabía la menor duda de que la espera terminaría mereciendo la pena. Después de pasar siete años

creyendo que el amor era una mierda, ahora que volvía a creer en él no podía darme por vencida. Sí, esa era la verdad. Un día encontraría a alguien que me haría sentir lo mismo que Ben.

Solo tenía que ser paciente.

Santa Elvis empezó a moverse al ritmo de *Viva Las Vegas* y todos los presentes se volvieron locos. Todos menos Ben y yo. Joder. Me había perdido casi toda la ceremonia. Menos mal que el padre de Mal parecía haberlo grabado todo. Era la peor hermana del mundo. Me dispuse a aplaudir, igual que los demás, hasta que recordé que tenía los dos ramilletes en las manos. Sí, mejor no.

Estaba rodeada de rostros felices y sonrientes... excepto uno. Oh, perfecto, mi madre estaba allí. La vi al otro lado del salón con los labios apretados y el ceño fruncido. Por lo visto, la falta de atención que había prestado a los novios no había pasado del todo desapercibida. Su mirada voló de Ben a mí y puso peor cara todavía. Sería mejor que evitara a mi madre el resto de la noche. O quizá toda la década, por si acaso. Lo último que necesitaba era que Jan decidiera volver a entrometerse en mi vida justo ahora.

No, gracias.

—¡Hermanita! —gritó Mal, acercándose a mí con los brazos abiertos.

Por fin había dejado a Anne en el suelo, que ahora estaba ocupada recibiendo sendos abrazos de David y Ev. Mi nuevo cuñado me atrajo hacia sí y me levantó por la cintura, dándome un abrazo de oso. ¿Quién quería respirar, con lo pasado de moda que estaba?

—Nos lo vamos a pasar en grande. Siempre he querido tener una hermana pequeña. Las hermanas mayores están bien, no me malinterpretes. Pero las hermanas pequeñas siempre han sido más divertidas, ¿verdad?

Asentí prácticamente sin aliento.

—Y espera a ver lo que te tengo preparado por tu cumpleaños. El-mejor-regalo-del-mundo.

—Será mejor que la bajes antes de que te la cargues —indicó Ben con cierta urgencia.

—¿Qué? —Mal me dejó en el suelo.

Gracias a Dios.

Me froté las costillas, intentando recuperar la respiración.

—Ha sido un abrazo demasiado cariñoso.

—Ups. Lo siento, hermanita.

—No pasa nada. —Aunque todavía me costaba respirar, esboqué una sonrisa de oreja a oreja—. Enhorabuena.

—Eso, hombre, felicidades —dijo Ben. Se dieron un caluroso apretón de manos, seguido de unas cuantas palmadas en la espalda.

—Gracias, amigo.

Sin más preámbulos, Mal se fue hacia otra víctima a la que dedicar sus «amorosos» abrazos y me dejó sola con Ben. Nos volvimos a mirar. Nada extraño.

—Estás muy guapa, Lizzy.

—Tú también. —No podía seguir contemplando sus ojos oscuros por más tiempo, así que bajé la vista a sus zapatos. Un lugar mucho más seguro. Las enormes botas negras contrastaban considerablemente contra el suelo de mármol color crema.

No dijo nada.

Recordé que no quería saber nada de él.

—Buenas noches, Ben.

—Liz, espera...

—Tengo que atender a los invitados.

Me sujetó del brazo.

—Espera. Quiero hablar contigo.

—No creo que sea una buena idea. —Me zafé de su mano.

—Por favor.

Esas dos simples palabras me hicieron dudar. Era una blandengue sin remedio.

—De acuerdo. Quizá más tarde.

—Sí, más tarde.

En esta vida es bueno desear cosas. Aunque eso no implica necesariamente que termines consiguiéndolas. Aun así, la idea de oír lo que tuviera que decirme despertó en mí una intensa sensación de ansiedad. Pero las damas de honor siempre están muy ocupadas y esa noche tenía muchas

responsabilidades. Ben Nicholson podía esperar. Ese no era mi momento, ni el de él, ni el de la situación sin resolver que nos traíamos entre manos. No. Sin contar con Santa Elvis ni el cuarteto de cuerda, en ese salón había unas veinticinco personas. La familia de Mal, su padre, sus hermanas y los maridos e hijos de estas, mi madre (a partir de ahora conocida como «La que no debía ser nombrada»), los miembros de Stage Dive y sus parejas y, por supuesto, Lauren y Nate. Un montón de gente a la que tenía que saludar y relacionarme.

Pero primero quería hablar con mi hermana. Darle un abrazo enorme para celebrar que a las buenas personas también les pasaban cosas maravillosas y que ahora tenía toda la felicidad que siempre se había merecido.

Y eso fue lo que hice.

Después de cinco horas charlando y haciendo todo lo posible para ser la dama de honor perfecta, la recepción iba llegando a su fin. Me había ganado con creces mi noche de fiesta en Las Vegas. Había evitado a Ben y a mi madre gracias a que no me quedé mucho tiempo en ningún lugar en concreto, aunque he de reconocer que también ayudó el intento de mantener bajo control a los sobrinos y sobrinas de Mal.

Después de aquello me juré a mí misma que nunca, jamás de los jamases, tendría hijos. Sí, seguro que trabajar con ellos estaba fenomenal, pero también quería descansar al terminar mi jornada laboral. Podían ser un encanto, pero también unos auténticos psicópatas. Estaba convencida de que a Mal le incluirían en la factura al menos una de las preciosas sillas forradas con tela de Jacquard. Traté de quitar, sin suerte, el dibujo que uno de ellos hizo con el dedo lleno de paté. El «artista» todavía seguía escondido debajo de una mesa del pasillo.

Debido a la hora tardía, la deliciosa comida que habían servido y el carísimo alcohol que corría libremente, algunas de las parejas empezaban a mostrarse excesivamente cariñosas. En cuanto a mí, ¡estaba lista para salir de marcha!

—Estamos a punto de escaparnos —me informó Anne, agarrándome del codo con una mano. La otra mano la tenía ocupada alrededor del cuello de su marido.

—Ya me lo imaginaba —ironicé—. El tipo que tienes pegado como una lapa me ha abierto los ojos.

Mal no se molestó en detenerse un segundo para tomar aire, sino que siguió mordisqueando la oreja de Anne. Aunque sí que es cierto que masculló unas palabras absolutamente incomprensibles.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Dice que tenemos que ir a consumir nuestro matrimonio —explicó Anne.

—Por supuesto. Pasadlo bien.

—Lo haremos.

Más incoherencias del hombre pegado a la oreja.

—Creía que sería una sorpresa para cuando volviera —replicó Anne.

Por fin Mal se separó de la oreja de mi hermana.

—Pero es tan increíble. «Yo» soy tan increíble. Se merece saber lo que es.

—Es tu regalo, así que tú decides. Díselo si quieres —se rio Anne.

Mal esbozó una sonrisa tan deslumbrante que temí terminar ciega.

—Te he comprado un Mustang GT de 1967 azul celeste por tu cumpleaños.

—¿En serio? —grité extasiada.

—Por supuesto. ¿A que soy el mejor? ¡Oh, Dios mío! ¡Soy la hostia! Nunca dejo de sorprenderme a mí mismo. Choca esos cinco, hermanita. —Levantó la mano.

Chocamos las palmas con entusiasmo.

—¡Vaya pedazo de regalo, Mal!

—Lo sé.

—Muchas, muchas gracias.

—No es nada —dijo moviendo la mano para restarle importancia—. De verdad.

Anne era la que parecía menos contenta.

—¿Le has comprado a Lizzy un vehículo tan potente? A mí me compraste

un Prius.

Mal le enmarcó el rostro con las manos y le hizo un puchero.

—Porque tú eres mi Princesa Calabaza Prius. Las chicas como tú no conducen vehículos de gran cilindrada.

—¿Las chicas como yo?

—Las chicas preciosas, inteligentes y buenas como tú que nunca se saltan un semáforo y todo ese rollo. Además, me tienes a mí. No necesitas más potencia en tu vida.

Anne no parecía precisamente convencida, pero después de otro beso apasionado, terminó cediendo.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —me preguntó al cabo de unos segundos.

—Había pensado en salir a bailar y divertirme un rato —dije emocionada, balanceándome sobre los talones. «Las Vegas, allá voy»—. Quiero hacer buen uso de mi carné de adulta.

La sonrisa se desvaneció un poco.

—Sí, es verdad. Mira, Sam también está pensando en ir a un par de bares a tomar algo. ¿Te importaría mucho que te acompañara?

Oh, oh.

—¿Sam, el de seguridad?

—Sí. —Durante un instante, echó un vistazo a su alrededor para no tener que mirarme a los ojos—. Te prometo que no te molestará. Es un gran hombre. Además, salir sola por Las Vegas tampoco es muy buena idea. No te importa, ¿verdad? No hará nada que te incomode, en serio.

—No, tranquila, no me importa.

—Bien. —Que aceptara la dejó mucho más tranquila. Se apoyó contra Mal—. Por cierto, creo que ya han subido tu equipaje a la *suite* del ático. ¿Tienes la llave?

—Sí. Está todo controlado.

—Y si tienes que ir a cualquier sitio, ten cuidado no te vayas a perder en el hotel. Es gigantesco.

—Estaré perfectamente. Ve a divertirte con tu marido. —Le di un ligero beso en la mejilla—. Felicidades. Ha sido una boda maravillosa. Estabas guapísima.

—¿Y yo? —preguntó Mal.

—Preciosísimo. —Le di una palmada en la cabeza—. ¡Hasta luego!
Tenía un hombre que olvidar y toda una ciudad para descubrir.

CAPÍTULO 4

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Liz.

—¿Lisa?

—Casi. —Sonreí al rubio borracho y tomé otro sorbo de mi margarita. Puede que fuera guapo, pero aquello no compensaba su estupidez sin límites o los niveles estratosféricos de alcohol que a esas alturas debía de tener en sangre. Ahora estaba intentando ofrecerme una versión de su sonrisa «derrite bragas» que, no me cabía la menor duda, le funcionaba cuando estaba sobrio. O cuando la chica objeto de su lujuria estaba igual de borracha que él.

Por desgracia, el estado de felicidad que me habían proporcionado los dos margaritas y medio que me había tomado no llegaba, ni de lejos, a esa cuota de ebriedad.

Habíamos estado bailando durante una hora, riéndonos y divirtiéndonos, pero no le había tocado, no me había insinuado ni enviado ninguna señal que le diera a entender que quería enrollarme con él.

Porque conocía mis límites, ¿verdad? Claro que sí.

El hotel tenía una considerable selección de bares y discotecas a los que ir. Por no mencionar los otros que había en los alrededores. Empezamos en un local al otro lado de la carretera antes de regresar a otro situado más cerca del hotel. Buena música, un montón de bailes y un par de copas. Sí, había

conseguido divertirme. Hasta me había desmelenado un poco.

Lástima que lo echara todo a perder intentando acostarse conmigo. Miré por encima del hombro y me encontré a Sam, el de seguridad (que no tenía el más mínimo interés en bailar) con la misma postura de hacía tres horas: apoyado en la barra con un vaso de *whisky* en la mano. ¿Que Sam quería ir a un par de bares a tomar algo? Y unas narices. Obviamente le habían dicho que me echase un vistazo. Por enésima vez, miró a mi compañero de parranda con ojos entrecerrados y movió la cabeza, como si no pudiera creerse lo que estaba contemplando. Me limité a sonreírle. Esa noche no había lugar para la seriedad. Solo risas, baile, algunas copas y celebrar que era joven y estaba soltera.

Entonces mi compañero borracho me rodeó la cintura con un brazo y se lamió los labios.

—Y bueno, Lila...

—¿Sí, Mike?

Frunció el ceño.

—Mark. Me llamo Mark.

—Oh, qué vergüenza, lo siento Mark. Qué cabeza la mía.

—No te preocupes, nena. —Volvió a esbozar una sonrisa bobalicona mientras se inclinaba para entrar a matar.

Ni de broma.

Aparté la cara y me hice a un lado para escapar de cualquier intento que conllevara un boca a boca por su parte. En cuanto terminara con la mitad del tequila helado que me quedaba, saldría de allí como alma que lleva el diablo. Seguro que Sam y yo encontrábamos algún otro lugar en el que divertirnos. Si supiera que bebérmelo del tirón no me congelaría el cerebro, me lo hubiera tomado de un solo sorbo.

—Bueno, me lo he pasado muy bien.

—Pero si la fiesta solo acaba de empezar —dijo, arrastrando las palabras.

El muy imbécil se acercó a mí, sin duda queriendo ejecutar un movimiento sensual, pero se tropezó e hizo que me golpeará la espalda contra la barra. Y lo que fue peor, tiró toda mi bebida. Joder, esas copas no eran nada baratas y no estaba dispuesta a dejar que Mark me pagara ninguna. Con lo idiota que

era seguro que se lo tomaba como una insinuación.

—Mierda. —Le empujé en el pecho—. Apártate.

Como si mi voz se hubiera convertido de repente en un superpoder, el tipo salió volando hacia atrás, cayéndose de culo unos cuantos metros más atrás. ¡Vaya! ¿Cómo lo había logrado? Me quedé boquiabierta, completamente estupefacta, hasta que frente a mí apareció Ben.

Joder.

—Hola —le saludé, antes de dejar mi vaso, ahora vacío, sobre la barra.

Tenía el ceño fruncido y los labios apretados en una severa línea. Estaba enfadado. Entre la barba y la cara que ponía, parecía un auténtico bárbaro. Solo le faltaba ir vestido con pieles y ofrecerme el jabalí que había cazado para la cena. La Edad de Piedra, ¡qué época tan romántica!

—¿Qué tal? —pregunté.

Nada.

—¿Quieres tomar algo? Estaba a punto de irme a otro bar, pero si quieres quedarte aquí un rato no me importa.

Colocó las manos sobre la barra, a ambos lados de mis costados, encerrándome entre sus brazos. Por Dios.

—¿Te lo estás pasando bien esta noche?

—No. He estado buscándote.

—Qué detalle. Pero no tenías por qué hacerlo.

—Sabías que quería hablar contigo.

—Cierto.

—Dijiste que hablaríamos más tarde.

—Lo sé. ¿Pero no te has parado a pensar que tal vez no quiero hablar contigo, Ben? ¿Que quizá solo quiero olvidar lo que pasó y seguir adelante con mi vida?

A su espalda, dos miembros del personal de seguridad del bar escoltaban a mi ex pareja de baile hasta la salida con el exquisito tacto que siempre les caracteriza.

—Adiós, Mike. —Me despedí moviendo los dedos.

—¿Y qué demonios estabas haciendo con ese tipo? —gruñó.

—Bailar hasta que estuvo borracho como una cuba. Pero no he corrido

peligro en ningún momento. Si me meto en algún problema, tengo a mi amigo Sam para echarme una mano. —Hice un gesto hacia el hombre.

Pero la presencia de Sam pareció cabrearle aún más.

—Entonces, ¿por qué no ha movido un dedo mientras ese gilipollas se abalanzaba sobre ti?

—Porque seguramente sabía que lo tenía todo bajo control.

Ladeó la cabeza.

—¿Y lo tenías?

—Sí.

—Me hace mucha gracia, preciosa. Porque juraría que cuando he entrado aquí tenías a un puto borracho encima, intentando meterte mano. —Estaba que echaba humo por las orejas, con las mejillas rojas y los ojos brillantes. Impresionaba verlo así, la verdad.

—Sé que parecía otra cosa, pero de verdad que lo tenía todo controlado.

—Sí, ¿no? —Se puso a reír, aunque no porque aquello le pareciera gracioso—. Dios. Venga, vámonos de aquí.

—Ah, no. Ni lo sueñes. Mira, aquí es donde tenemos un problema. —Me crucé de brazos, aunque volví a bajarlos inmediatamente después, porque no quería parecer muy a la defensiva. Él era el que se equivocaba, no yo—. No estás preparado para tomarme a mí, ni a mis sentimientos en serio. Lo que quieres es escudarte en la fachada de don «soy demasiado estupendo para comprometerme» y jugar conmigo cuando te apetece. Está bien, lo he aceptado. Pero eso no implica que puedas presentarte aquí y ponerte a darme órdenes. Ni lo sueñes.

—¿Ah, sí? —preguntó, inclinándose hasta que nuestras narices prácticamente se tocaron.

—Sí, bonito. —Le di un puñetazo de broma en el hombro; un puñetazo que debería haber notado, pero que apenas percibió. Está bien, puede que el alcohol con el estómago prácticamente vacío me volviera un poco (mucho) más valiente (inconsciente)—. Así que, ¿por qué no te vas con tu numerito de cavernícola celoso a otra parte? Mira, soy muy feliz con esto que yo llamo «hago lo que me sale de las narices». ¿Entendido?

Se quedó mirándome en silencio.

—Y por muy cañón que estés con tu barba y todos esos músculos, eres demasiado difícil y complicado para mí.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Empiezas a darte cuenta de por dónde voy?

—Desde luego.

—Estupendo. Ahora, si es tan amable, señor, haga el favor de apartar todo su atractivo de mis ojos. ¡No quiero verlo ni en pintura!

Ja. Por fin lo había soltado. La bravuconería que te proporcionaba el alcohol era lo mejor.

Ben hizo un gesto de asentimiento, no tanto por lo que acababa de decirle, sino como si acabara de tomar una decisión. No tardé mucho tiempo en averiguar cuál. En un abrir y cerrar de ojos me agarró de las caderas con fuerza mientras inclinaba el hombro para apretarlo contra mi cintura.

—No...

Y arriba que fui. Aunque inmediatamente después, la mitad superior de mi cuerpo volvió a bajar, quedando colgada sobre su hombro.

—Ben, bájame ahora mismo.

Me envolvió las rodillas con un brazo y colocó una mano sobre mi muslo, a una altura un tanto incómoda. Aunque en realidad toda aquella situación ya era incómoda de por sí. A continuación, la tierra empezó a moverse debajo de nosotros.

—¡Ben!

Ni siquiera se molestó en aminorar el paso.

—Supongo que da por finalizada su salida nocturna, señorita Rollins — señaló Sam.

—Dile que me baje —grité.

—Me temo que no puedo interferir. Verá, el señor Nicholson, es uno de mis jefes.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Me pone en una situación muy comprometida. Espero que lo entienda.

No lo entendía en absoluto.

—Si le soy sincero, el señor Nicholson me envió un mensaje preguntándome dónde estaba... hace unas horas —explicó Sam—. Pero no se

lo dije.

—Oh, eres un encanto, Sam.

El hombre esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Menudo capullo.

—Ya me ocupo yo —masculló el neandertal que me tenía colgando del hombro.

—Muy bien —repuso el hombre de seguridad que había demostrado no servir para nada—. Entonces tal vez me vaya a perder un poco de dinero a alguna mesa de juego. Buenas noches.

Ben se despidió con un gruñido.

Le di un golpe en el trasero.

—Estás haciendo el ridículo. Bájame.

—No.

—¿Tienes idea de que haciendo esto estás quedando como un tarado?

—Me da igual.

—Pues a mí no me da igual. Dios, Ben. Me pones de los nervios.

Otro gruñido. ¡Qué original!

Me eché a reír, pero el sonido que salió de mis labios era demasiado agudo, como si estuviera en pleno ataque de histeria. Vaya una noche que estaba teniendo.

Por muy tentador que me resultara perder la paciencia, no cedería. Tenía que ejercer mis conocimientos sobre resolución de conflictos. Al fin y al cabo era una profesional.

—Ben, ¿por qué no me bajas y así hablamos sobre lo que tengas que decirme tomándonos una copa? Es evidente que ahora voy a prestarte toda la atención.

—No me lo creo.

—Mira, siento no haberte tomado en serio cuando dijiste que querías hablar conmigo. Déjame que te resarza.

No me hizo ni caso.

Por desgracia, todo lo contrario a lo que sucedía con el resto de personas a nuestro alrededor, que se reían y nos señalaban como si estuviéramos en medio de una comedia. ¿Intentó alguien ayudarme? Nadie.

Qué gente.

—¡Estoy tratando de ser razonable!

—Lo sé.

—Lo que demuestra una enorme madurez por mi parte, teniendo en cuenta que ahora mismo estoy hablando con tu trasero. ¡Ben! —Chillé de frustración y volví a darle un azote, solo por darme el gusto. ¿Existiría algún hombre en el mundo tan cabezota y con unos glúteos tan firmes como el bajista de Stage Dive? Seguramente no.

—Como sigas dándome voy a empezar a hacer lo mismo —me advirtió—. Y tengo las manos bastante más grandes que las tuyas, Liz.

—Eres un capullo.

—¿Sabes? Te comportas como un encanto de niña, pero menuda boca tienes cuando te cabreas.

—Que te den.

—Es tarde, Liz. Hora de que las chicas malas se vayan a la cama.

—Pobre Ben. ¿Te ha costado encontrar una chica esta noche? Tenías que habérmelo dicho, podríamos haber dado con una solución a tu problema.

Dejó escapar una risa grave y muy seductora.

—Qué detalle por tu parte, preciosa.

—No te preocupes. Me parece una vergüenza que un roquero musculoso y varonil como tú tenga que ir secuestrando mujeres de los bares para tener sexo.

Sentí una ráfaga de aire frío en la parte posterior de los muslos. ¡Me había levantado la falda! Después, me dio un ligero mordisco a modo de advertencia. ¿Era mi imaginación o noté su aliento demasiado cerca de una parte muy sensible de mi cuerpo? Daba igual, ahora sí que había agotado mi paciencia.

—¡Ni se te ocurra! —grité, retorciéndome como una posesa.

Apretó el agarre y reemplazó los dientes por los labios.

—Deja de moverte.

—Y tú deja de ser un capullo y bájame ahora mismo.

—¿No dijiste que era un cavernícola? Pues me estoy comportando como tal. —El muy desgraciado se echó a reír.

Lógico, a la gente de mente simple les cuesta menos divertirse.

Mierda, llevaba demasiado tiempo en volandas. Estaba un poco asustada. Nos metimos por un lujoso pasillo; el sonido de las máquinas tragaperras y el leve olor a tabaco me indicaron que la enorme sala de juegos tenía que estar cerca. A continuación, entramos en un reluciente ascensor con una pantalla en la que anunciaban algún espectáculo una y otra vez. Me di cuenta de que el idiota llevaba la cartera en el bolsillo trasero. Bueno, al menos podría entretenerme un poco. Al fin y al cabo, no me quedaba otra.

—¿Quién es Meli? ¿Y...? —Me acerqué el trozo de papel para poder verlo mejor—. Uf, creo que pone Karen. Deberías pasar de Karen. La pobre apenas sabe escribir su nombre. Oye, ¿te importa si tomo prestada tu tarjeta de crédito?

El neandertal se inclinó y por fin toqué el suelo con los pies. Menos mal que me sujetó el codo con su fuerte mano, porque de pronto todo a mi alrededor empezó a dar vueltas.

—Devuélvemela —gruñó, antes de quitarme su cartera y metérsela de nuevo en el bolsillo—. Deja de comportarte como una cría.

—Vaya, ¿soy yo la que se comporta como una cría? ¿Lo dices en serio?

—Dijiste que hablaríamos más tarde y luego desapareciste.

Resoplé.

—Porque no me apetecía oír otra más de tus innumerables excusas.

—No se trataba de eso.

—Tonterías —dije con las manos en las caderas—. Ve a buscarte a otra con la que jugar, Ben.

—Joder. —Se volvió contrariado—. Quería disculparme, ¿de acuerdo?

Me quedé esperando.

—Te he echado de menos, Liz. No quise hacerte daño. —Con esa mirada atormentada que me dirigió, hasta parecía sincero—. Lo siento.

—Está bien. Pero sigo sin poder hacerlo.

Sus ojos volaron a mi rostro.

—¿Qué no puedes hacer?

—Ser tu amiga. —Silencio—. Lo siento. Sé que estás solo y que echas de menos Los Ángeles. Pero siento algo por ti y no puedo pasarlo por alto simplemente porque tú no estás preparado para estar conmigo.

Apretó los labios con tanta fuerza que se le pusieron blancos. Entonces se dio la vuelta, dándome la espalda.

—¿Ben? —Otra vez silencio—. Si te sirve de algo yo también te he echado de menos.

El ascensor sonó, avisando de su llegada, y las puertas se abrieron suavemente.

—Gracias por el trayecto. —Salí del ascensor y busqué con discreción la llave de la habitación que me había guardado en el sujetador. Ben tenía razón. Era mejor que diera por finalizada mi juerga nocturna. Por lo menos había bailado un poco y me había tomado un par de copas. Había salido un rato por Las Vegas y Anne y Mal estaban felizmente casados. En resumen, podía decirse que aquel viaje había sido un éxito. Entonces, ¿por qué volvía a sentirme completamente destrozada por culpa del mismo hombre?

Ben me siguió en silencio. Que hiciera lo que le diera la gana. Era cerca de la medianoche. Había tenido un día bastante duro con todos los preparativos de la boda y la noche anterior tampoco había descansado mucho, pues trasnochamos por la celebración de mi cumpleaños. Lo único que me apetecía en ese momento era meterme en la cama.

Abrí la puerta de la *suite* y entré. Era un derroche de opulencia, espejos y mármol. Las cortinas estaban abiertas de par en par, mostrando la franja más conocida de la ciudad en todo su esplendor. Era una vista increíble.

—Guau.

El malhumorado gigante se sentó en una mesa con las piernas abiertas y los musculosos brazos cruzados sobre el pecho. Una imagen que despertó mi libido al instante. Sí, con él no tenía la más mínima posibilidad de salir victoriosa. Mi corazón empezó a latir a toda pastilla y el calor inundó mi cuerpo. La tentación de abalanzarme sobre él, acariciar y saborear cada centímetro de su piel era tan intensa, que supe que tenía que conseguir que se marchara de allí como fuera.

—¿No deberías estar llamando a Karen o a Meli o a cualquier otra que te haya pasado su número? —pregunté.

—¿Estás celosa?

Intenté sonreír, aunque seguro que no fui muy convincente.

—¿Qué sentido tendría?

La forma inexpresiva en que me miró me resultó un misterio. En realidad todo él era un misterio; uno que nunca lograría resolver.

—Puedes irte —dije sin más—. No voy a volver a salir.

Ben acercó al sofá y se dejó caer en él.

—Déjame descansar un rato. Me he pasado las últimas horas persiguiéndote por toda la ciudad.

Otra vez con lo mismo.

Al otro lado del salón-comedor, había una habitación con una cama tan grande que uno necesitaría entrenarse si quería atravesarla de lado a lado. Por lo demás, estaba decorada con lujosos muebles y varios arreglos florales. El baño era igual de enorme y majestuoso y, por razones que se escapaban a mi comprensión, tenía dos bañeras. Fui hacia uno de los lavabos y miré en el espejo la imagen de la chica que tenía delante. No estaba mal. Era resultona, hasta guapa. Y esperaba que con la cabeza lo suficientemente bien amueblada y un futuro prometedor.

Pero en ese momento lo primero que tenía que hacer era quitarme el recogido, desmaquillarme y puede que hasta me animara a probar una de las bañeras.

Ben apareció en el umbral con una cerveza abierta en la mano. Me fijé en que se había desabrochado otro botón de la camisa. Tenía el cuello de un toro. Y yo no tenía ni idea de por qué ese rasgo de pronto me excitaba tanto.

—Entiendo que has decidido quedarte, ¿verdad? —Me llevé las manos a la cabeza, quitando la primera de las, no me cabía duda, muchísimas horquillas que quedaban.

—¿Te importa?

—No, me rindo. ¿Pero cómo crees que se lo tomará Mal?

—Dormiré en el sofá —dijo, obviando por completo mi pregunta.

Continué con lo que estaba haciendo.

—Déjame ayudarte —se ofreció él. Se acercó y dejó la cerveza. Arqueó las cejas mientras me miraba detenidamente el pelo. Después de unos segundos, con mucho cuidado, me quitó una horquilla y la dejó en la encimera.

—Gracias.

Sin decir nada, prosiguió con su tarea mientras le miraba. Incluso con mis buenos tacones, apenas le llegaba a los hombros. Su fuerte complexión me hacía parecer una enana, y eso que no era precisamente pequeña, sino más bien de estatura media. Pero a su lado se me veía como alguien frágil, delicado. Estaba segura de que podría aplastarme con una sola mano. Tal y como ya había hecho, y muy bien por cierto, con mi corazón.

—No sé por qué te pones todas estas cosas —comentó—, si con el pelo suelto vas muy guapa.

Enarqué ambas cejas asombrada.

—Pensé que no te habías dado cuenta.

Otra vez silencio.

Di un sorbo a su cerveza; una de una marca alemana de moda que venía en grandes botellas de un verde brillante. Tenía un sabor amargo que no estaba nada mal.

—Tampoco necesitas toda esa mierda en la cara. —Me quitó la cerveza y le dio otro trago antes de continuar con mi pelo.

Nuestras miradas se cruzaron un instante en el espejo, pero él apartó la suya enseguida. A continuación, tomó una profunda bocanada de aire y siguió con las horquillas.

—Gracias... creo.

Se encogió de hombros.

Jugueteé con los dedos con el borde de la encimera, dando golpecitos con las uñas; algo que solía hacer cuando estaba nerviosa. Ben cambió de postura y se acercó un poco más. Ahora podía sentir en la espalda el calor que irradiaba su cuerpo, la fuerza que emanaba de él.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Entonces te quedarás toda la puta noche aquí. ¿Pero cuántas horquillas te han puesto?

—Dejé de contar después de la primera docena.

Continuó quitándomelas en silencio durante un rato. Estupendo. Hagamos todo lo posible para que la chica no se sienta incómoda.

—Felicidades por ayer —murmuró con voz áspera antes de dejar más

horquillas en la encimera.

—Gracias.

Con cuidado, fue sacando uno a uno mechones de pelo y dejando que me cayeran por la espalda. La intensidad de su mirada, la absoluta concentración con que lo hacía, casi consiguió que me diera un infarto. ¿Qué demonios estaba pasando? Hablando de señales confusas. Decidí que al final sí que me daría un baño. Un baño de agua fría, con hielo a ser posible. Lo necesitaría para apagar el fuego que me ardía entre las piernas.

—Felicidades por los veintinueve años antes de Navidad —dije con tono vacilante—. Sé... sé que estuve en la cena que diste por tu cumpleaños, pero...

—Pero me evitaste todo el rato. —Torció la boca en una sonrisa amarga. Como si no le hubiera hecho mucha gracia.

—Sí.

Me miró a través del espejo. Y luego siguió mirándome más y más. Dios, cómo me hubiera gustado poder leerle el pensamiento. Aunque solo fuera un segundo. Pero me hubiera gustado mucho más poder tocarlo.

—Qué curioso —comentó—. Solo nos mandábamos mensajes de texto, pero me acostumbré a ellos.

—Yo también.

—¿Qué quieres por tu cumpleaños? —preguntó, cambiando de tema de repente.

—Ah, nada. No tienes que comprarme nada.

—Quiero hacerlo. Así que dime lo que quieres. ¿Qué necesitas?

«Él» quería hacerlo. Ben y su facilidad para transmitir sus emociones.

—El otro día se me rompió la correa de la cartera que llevo a la universidad. Supongo que no me vendría mal una nueva, si quieres comprarme algo. Pero de verdad que no es necesario, Ben.

—Una cartera. De acuerdo. ¿Qué más?

—Nada más. Gracias. Una nueva cartera me sobra y basta.

Negó con la cabeza.

—La mayoría de las mujeres querrían un diamante.

—Ben, no me gustas porque tengas dinero. Me gustas por cómo eres.

Me acarició la nuca con el dedo pulgar, pero se detuvo antes de que me diera tiempo a disfrutar de la sensación. Tal vez solo lo hizo por casualidad.

—Gracias.

Me quité una horquilla, decidida a terminar con aquello de una vez por todas.

—Démonos prisa. Es muy tarde.

—Yo me encargo. —Volvió a concentrarse en mi pelo.

—Está bien. —Dios, era tan guapo. ¿Por qué tenía que perder la cabeza cada vez que se acercaba a mí? No hubiera estado mal, aunque solo fuera por una vez, no parecer una imbécil en su presencia—. Creo que deberías irte. Por mi propio bien.

Sus gruesos dedos me quitaron otra horquilla, como si no hubiera oído lo que acababa de decirle.

—¿Por qué has venido? —Levanté las manos y le agarré de las muñecas—. ¿Ben?

—Porque por lo visto se me da fatal mantenerme alejado de ti.

—Entonces supongo que tenemos un problema.

Entrelazamos nuestros dedos con fuerza.

—Eso es quedarse corta.

Sin saber muy bien por qué, me puse a parpadear como una loca.

—Te advertí que no te pusieras a ligar conmigo si no ibas en serio.

No contestó, solo soltó los dedos y volvió a jugar con mi pelo, deslizándolo por su mano para terminar colocándomelo por encima del hombro. Tenía una expresión absolutamente severa, con un ceño fruncido que realzaba sus angulosos rasgos. Bajé las manos.

Llamadme tonta, pero estaba a punto de volver a tropezar con la misma piedra. Obviamente no era de las que aprendía. Llevaba la mitad del pelo aún recogido, la otra mitad suelta y el efecto de los margaritas se desvanecía demasiado rápido como para alimentar mi valor. Joder. Parecía una loca. Y, bueno, seguramente lo estaba. ¿A quién pretendía engañar?

—Eh. —Me volví y le acaricé la mejilla con una mano. La sensación de esa barba corta contra mi palma, casi suave, pero no del todo, me resultó asombrosa. Aunque todavía me resultó más asombroso que no me detuviera o

intentara retirarse—. Dime algo.

—No te imaginas lo mal que me sentó verte con ese tipo.

—¿Con quién? ¿El del bar?

Percibí un ligero movimiento de su barbilla y después volvió a examinar mi cabello, extrayendo con cuidado otra horquilla.

Bajé la mano, rozando con los dedos su cálido cuello. Tenía una piel tersa y suave.

—Si te hace sentir mejor, te confieso que me encantaría sacar los ojos a Karen y Meli con mis propias manos. Pero eso no cambia lo que está pasando entre nosotros.

Apretó los labios.

A la mierda todo. Me acerqué más a él y me apoyé en su pecho.

No.

«No.»

Estaba claro que debía de encantarle mi pelo, porque noté en el estómago un bulto que sobresalía de sus pantalones. El fuego que bullía entre mis piernas se transformó en un infierno. Me sorprendió que no sufriéramos un caso de combustión espontánea. Se me tensó el vientre. Tenía los muslos como flanes. De modo que eso era lo que se sentía cuando estabas tan excitada que creías que morirías si no tenías sexo en ese mismo instante. Pero al mismo tiempo, allí, envuelta en todo su calor y su fuerza, también me sentí completamente a salvo.

Aunque seguía temiendo su rechazo.

—¿Ben?

—¿Mmm?

—¿Qué está pasando? ¿Eres consciente de lo que estás haciendo?

—Lo que no debería hacer bajo ningún concepto.

Bajó una mano una por mi espalda y me apretó contra su erección. Oh, sí. Me aferré a su cuello con tanta fuerza que le clavé las uñas. Como en ese momento se le ocurriera deshacerse de mí, lo mataba. Y no bromeada. El arma homicida serían las horquillas. Un crimen no muy agradable, pero necesario.

Por suerte para él, no lo hizo.

—Voy en serio —dijo en voz muy baja pero claramente comprensible. Maravillosa y perfectamente comprensible.

—Está bien.

Cubrió mi mano con la suya y la sostuvo contra su piel. Que aceptara mis caricias me excitó casi tanto como el calor de su cuerpo. Me froté contra su erección.

Ben maldijo en voz alta.

—Joder, Lizzy.

—Me parece una idea estupenda. —Sentía la cabeza pesada, así que la dejé caer a un lado. Un segundo después tenía su boca en el cuello, besando, lamiendo, mordisqueándome. La sangre empezó a hervirme, corriendo por mis venas a la velocidad de la luz. Me clavó los dientes lo suficiente como para que soltara un gemido. Después continuó bajando la mano hasta llegar a mi trasero. Noté sus dedos hundiéndose en la tela de mi vestido.

Sí, aquello era placentero, muy placentero. Pero me moría por besarle.

—Deja que... —Le rodeé el cuello con los brazos, arrastrando su boca hacia la mía. Me rozó los labios una vez, dos veces. Estaba jugando conmigo y yo no tenía ningún control porque... —¡Eres demasiado alto!

Se rio. Un sonido profundo y sensual. Me agarró el trasero, ahora con ambas manos y me levantó. Era un genio. Un increíble y enorme hombre con barba, que tocaba el bajo como nadie y, además, un puto genio. Le rodeé la cintura con las piernas. Entonces me fijé en su sonrisa y... Joder. Era una sonrisa absolutamente presuntuosa. Bueno, por esta vez se la pasaría por alto. Y que conste en acta, le sentaba de miedo.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí. —Pegué los labios a los suyos, le metí la lengua y besé a aquel cabezota como llevaba ansiando hacer desde hacía mucho tiempo.

Soltó un gruñido. Con una mano me agarraba el trasero y con la otra me acariciaba la nuca, no sé si para animarme o para sostenerme en esa postura. Qué más daba, fue igual de sublime. Y lo que sucedía entre mis piernas mientras tanto, la dura longitud de su pene frotándose contra mí, me llevó hasta el punto de perder el sentido. ¿Desde cuándo el sexo era tan maravilloso? Mis seis años (más o menos) de abstinencia me debían muchas

explicaciones, aunque estaba encantada de haber esperado.

Lo besé apasionadamente, saboreando, explorando. La sensación de su barba contra mi cara, su suave pelo deslizándose por mis dedos. Aunque no había mantenido una relación sexual de verdad en los últimos años, sí que me había morreado con unos cuantos chicos. Pero nadie besaba como Ben. Y pese haber sido yo la que comenzó y llevado el control de ese beso, ahora estábamos en igualdad de condiciones. Me colaba la lengua en la boca, jugueteando conmigo y excitándome aún más.

No me di cuenta de que nos estábamos moviendo hasta que noté la pared contra mi espalda. La pared del baño. Al ritmo que íbamos, no llegaríamos a la habitación ni de broma. No me importaba. Bajó la mano que tenía sobre mi cuello hasta la cremallera de sus pantalones. Noté sus nudillos contra la tela empapada de mis bragas, aumentando mis niveles de lujuria hasta límites insospechados. Entonces retiró con un dedo el satén y frotó su pene directamente contra mi vulva. Justo en el punto exacto. Sí, sí, sí.

—Ben.

—Liz. Mierda. Estate quieta.

—Eso intento.

Se hundió en mí. Mis labios vaginales se abrieron para recibirle y os aseguro que había mucho que recibir. Arqueó las caderas y yo solté un pequeño grito de sorpresa. No pasó mucho tiempo antes de que ambos estuviéramos gimiendo, tanto por razones buenas como no tan buenas. Había conseguido meter del todo su grueso glande, pero no avanzaría un centímetro más. No sin un dolor considerable, al menos por mi parte. Joder, ¿tan grande la tenía?

Ben apoyó su sudorosa frente contra la mía jadeando.

—Esto no va bien.

—No soy virgen. Solo ha pasado mucho tiempo desde la última vez. ¡Tiene que entrar! —Me aferré a él con fuerza y hundí el rostro en su cuello. No iba a ponerme a llorar, a pesar de tener los conductos lagrimales a punto de estallar tanto por el dolor como por la necesidad de tenerlo dentro de mí. Qué tontería.

Una mano me acarició la espalda en grandes círculos para calmarme.

—No debí apresurarme tanto —dijo. Yo sollocé—. Tranquila. —Me alzó un poco para retirarse. Incluso ese ligero movimiento me incomodó—. No pasa nada.

—No te imaginas cuánto deseaba esto —confesé contra su cuello—. Cuánto te deseo a ti.

—Y me tendrás. Cálmate.

Volvimos a movernos. Esta vez hacia la habitación.

—De todos modos, no tenía ningún derecho a hacerlo sin protección.

—Estaba siendo muy placentero... hasta que dejó de serlo.

—Lo sé.

Me bajó la cremallera del vestido. El aire acondicionado me dio de lleno en la espalda, haciendo que un escalofrío me recorriera la columna. O quizá fue por la forma en que me miró, con una mezcla de agresividad y ternura. Me tumbé sobre el colchón y Ben se apresuró a desvestirme.

—¿De verdad no vamos a parar? —pregunté. Otra vez esa lujuria apremiante. Aunque en realidad nunca había desaparecido. Era imposible con él al lado. Por desgracia, mis partes íntimas eran así de predecibles.

—Joder, pues claro que no.

Sonreí y empecé a cambiar de posición una y otra vez para ofrecerle toda la ayuda posible en su tarea. Sin vacilar ni un instante. Fuera sujetador, adiós a los tacones de aguja y a las medias hasta los muslos. Pero cuando llegó a mis braguitas de seda, se detuvo.

—¿Qué? —pregunté casi sin aliento.

Me acarició con los dedos la curva de las caderas, los muslos. Seguro que estaba acostumbrado a acostarse con modelos y actrices; mujeres despampanantes que parecían cualquier cosa menos del montón. No podía haber escogido un mejor momento para tener un ataque de nervios. Crucé los brazos sobre mis pechos desnudos y me mordí por dentro la mejilla, insegura.

—Ben, ¿qué pasa?

—No pasa nada. —Me miró y se dio cuenta de que me estaba cubriendo el pecho—. No lo hagas.

Moví las manos, sin saber muy bien qué hacer.

Me agarró de ambas muñecas y me colocó los brazos sobre el colchón, por

encima de la cabeza.

—Déjalos ahí —indicó con voz ronca y entrecortada. Me miró muy serio—. ¿Entendido?

—Entendido.

Sus manos trazaron un sendero por mis brazos, las axilas, por los costados... La tensión que había acumulado en mi interior era insoportable. Estaba tan excitada y aturdida que todo a mi alrededor empezó a dar vueltas. ¿Qué pasaría a continuación?

Metió los pulgares a ambos lados de la única prenda que me quedaba y la deslizó lentamente por mis piernas. Entretanto, su áspero mentón bajó por mi esternón, entre mis pechos y sobre mi vientre. Con mucha suavidad, me besó el ombligo y tiró al suelo mi ropa interior.

—¿Todo bien? —preguntó.

—S...sí.

Sin dejar de acariciarme los muslos, se puso de rodillas a un lado de la cama.

—Dios.

Y entonces, sin más preámbulos, me agarró de las caderas y me arrastró hasta el borde del colchón en dirección a su ansiosa boca. Y sí, tenía las piernas bien abiertas. No os imagináis cuánto. Con su cabeza en medio, no me quedaba más remedio. En cuanto sentí sus ardientes y anhelantes labios sobre mi sexo... No hay palabras para describirlo. O al menos no las suficientes para resumirlo.

—Joder, Ben.

Arqueé la espalda. Demasiado placer para mi cuerpo. Cada fragmento de mi conciencia se centró en el hormigueo que se iba acumulando a un ritmo vertiginoso entre mis piernas. Apoyé los talones en su espalda, sobre la fina tela de su camisa. Me envolvió los muslos con los brazos, inmovilizándome contra él. Su boca invadió mi vulva, lamiéndome y jugueteando con sus dientes. Con esa barba que le seguía a donde quiera que fuera, se me contrajo el estómago y mis terminaciones nerviosas alcanzaron el punto de no retorno. Demasiado, pero no lo suficiente a la vez. Necesitaba más. De vez en cuando me daba un ligero mordisco en algún lugar estratégico, por ejemplo en la

parte superior del muslo, para que no me olvidara de quién estaba al mando.

Quién le estaba haciendo qué y a quién.

Entonces enterró la cara entre mis piernas, comiéndome con avidez. Dios, aquello era increíble. Alucinante. Todo. Ahora lo tenía todo. Decidí que las barbas eran lo mejor del mundo. Su lengua era como una llama abrasadora, sus labios suaves como la seda y extremadamente intensos. Pero esa barba. Madre mía. Demasiadas sensaciones, demasiadas... Y lo único que podía hacer era aceptar gustosa todo lo que me ofrecía. Ese hombre era todo un portento en la cama, aunque lo que menos me apetecía en ese momento era pensar con cuántas mujeres había estado practicando para adquirir esas habilidades. Sí, mejor no pensarlo. Lo único que importaba era el ahora.

Joder, ¡estaba tan mojada! Me penetró con dos de sus anchos dedos, moviéndolos para prepararme mejor. Todo mi cuerpo se tensó de tal forma que creí que terminaría rompiéndome, explotando por la mezcla de caos y deseo que se desataba en mi interior. Entonces se dedicó a lamerme el clítoris con avidez, deteniéndose de vez en cuando para succionar los hinchados y sobreexcitados labios.

No podía soportarlo más. Estallé en mil pedazos.

Llegué al orgasmo soltando un grito de placer, con los ojos abiertos pero sin ver nada. Ese hombre había teñido mi mundo con un sinfín de coloridas chispas. Multitud de pequeñas luces invadiendo mi cabeza e iluminándome por completo. Estaba flotando, perdida en una bruma hormonal que él se había encargado de inducir. El sexo pésimo y mediocre que había tenido durante mi juventud no podía compararse lo más mínimo con lo que acababa de experimentar. No se parecía en nada a lo que Ben me había hecho, al placer que me había proporcionado. Dios, era un maestro del sexo oral.

Cuando la neblina de luces parpadeantes se desvaneció, pude oír cómo se quitaba la camisa por la cabeza. Habría perdido demasiado tiempo en desabrochársela. Sin apartar su intensa mirada de mí, se limpió la boca con la mano. Después, se quitó las botas y se deshizo de los pantalones —cinturón, botones y cremallera— sin contemplaciones. A través de los sencillos *boxer* negros se marcaba el contorno de una monstruosa erección. No me extrañaba que no encajara. Y la forma en que me miraba, como si estuviera dudando

entre comerme entera o... No sé. Lo que sí que noté es que sus ojos despedían una tremenda ternura, que contrastaba con la avidez de su mirada.

Entonces los *boxer* también desaparecieron y lo siguiente que supe es que lo tenía encima de mí, rodeándome la cintura con un brazo para arrastrarme al centro de la cama.

—¿Vamos a...?

—Sí —respondió antes de romper el envoltorio de un preservativo con los dientes. A continuación lo deslizó sobre su miembro con una mano y el suave látex me acarició la entrepierna.

—Bien. Eso... Eso está bien.

Sus labios húmedos cubrieron los míos, besándome con ímpetu.

—Confía en mí —dijo, colocando el ancho glande en la entrada de mi vagina.

Asentí.

—Pon los brazos y piernas alrededor de mí.

—Sí. —Hice lo que me dijo, aferrándome a él con fuerza.

—Eso es, preciosa —murmuró, arqueando las caderas.

Sus labios jugaron con los míos, lamiéndome la mandíbula, mientras empezaba a penetrarme. Había apoyado los brazos alrededor de mi cabeza. Tenía su hermoso rostro tan cerca que sentí su áspera mejilla contra la mía mientras me mordisqueaba la oreja. Ahora que estaba empapada, las cosas fueron mucho mejor. Pero aun así, no era precisamente un hombre pequeño. Se sentía bien, aunque... sólido. Grueso. Tardaría un rato en acostumbrarme a él.

Y no existen palabras suficientes para explicar las ganas que tenía de acostumbrarme a él, de todas las formas posibles.

—Espera. —Me retorcí bajo su peso, cambiando de ángulo las caderas para tomarlo con mayor profundidad—. Oh, Dios, sí. Así...

—¿Así? —Embistió contra mí, llenándome, empujándome con las caderas sobre el colchón. Gemí y jadeé de placer, mientras se hundía en mí sin misericordia.

—Sí.

—Joder, Liz me siento tan bien dentro de ti —dijo, con la cara enterrada

en mi pelo—. Tan inmensamente bien.

Contraje los músculos de los muslos, para agarrarle con más fuerza. Si de mí dependía, nunca lo dejaría ir. A cambio él gruñó, se retiró un poco y volvió a hundirse en mí, despacio y sin ninguna dificultad, con un movimiento suave y preciso. Ben me estaba haciendo el amor con mucha dulzura, penetrándome hasta el fondo con envites firmes y constantes. Haciendo que me habituara a su presencia. El cuerpo le temblaba por el esfuerzo que hacía al contenerse; el sudor le perlaba la frente. Jamás había experimentado nada tan perfecto como acostarme con él, ser el centro de toda su atención.

Fue como si solo estuviéramos nosotros en el mundo. Como si no existiera nada más allá de esa cama.

Su boca tomó posesión de la mía. Deslizó una mano al lugar donde nuestros cuerpos se unían y empezó a acariciarme el sexo, justo por encima de mi todavía sensibilizado clítoris. Solté un gemido y él sonrió, cambiando de posición para poder frotarse contra él. Entonces empezó a follarme con más fuerza, conduciéndome al clímax una vez más.

—Ben —jadeé.

Apretó los brazos, aprisionándome entre ellos, manteniéndome a salvo. Me metió una mano debajo de la nalga y trazó un sendero por mi pierna, por encima de la piel sudorosa. Después me sujetó el muslo, clavando los dedos en él. La excitante tensión con la que ya estaba tan familiarizada se propagó en mi interior, apoderándose de mí. Estaba fuera de control. Todo lo relacionado con Ben y el sexo escapaba a mi control. La forma en que frotaba su musculoso pecho contra mis senos, la intensidad con la que me miraba, pendiente de cada una de mis reacciones. Estaba cubierta por su enorme cuerpo, invadida por su pene. El placer era la única respuesta posible.

Alcancé el orgasmo entre temblores, mordiéndole el hombro. Me estremecí una y otra vez, mientras él me abrazaba con más fuerza. Volvió a penetrarme hasta el fondo y se corrió, con una mano en mi pelo y la otra todavía clavada en mi muslo.

No había nada en el mundo que pudiera compararse a esa sensación.

Ben se desplomó a mi vera, hundiéndose en el colchón con tanta fuerza

que reboté contra él y me quedé allí hundida, acurrucada a su lado. Nos quedamos así un buen rato, recuperando la respiración y esperando a que todo a nuestro alrededor dejara de girar.

Me vibraban las entreñas. En realidad me vibraba todo el cuerpo. Escondí el rostro en su piel, sonriendo como una tonta. Me resultaba increíble estar allí con él, compartiendo esa dicha postcoital. Nunca me había sentido tan feliz en toda mi vida, tan segura de algo. No sería fácil, pero podíamos hacer que funcionara. Mal y Anne tendrían que hacerse a la idea, porque ocho años de diferencia tampoco eran para tanto.

Me puse de lado y volví a acurrucarme junto a él. A pesar del aire acondicionado, Ben despedía suficiente calor corporal para ambos. Entonces, desde algún lugar cercano, me llegó un zumbido.

Ben estiró el brazo hasta sacar el móvil del bolsillo de sus *jeans* y los tiró de nuevo al suelo. Cuando vio el nombre en la pantalla se quedó inmóvil. El zumbido continuaba. Deslizó el pulgar para contestar y se llevó el aparato a la oreja.

—Hola.

Oí una voz apenas perceptible al otro lado.

—No, no. La dejé en su habitación.

Más palabras de la persona que le llamaba.

—No me jodas, hombre. ¿Cuándo te va a entrar en la cabeza que no hay nada entre nosotros? Ella no es mi tipo.

Se me partió el corazón. Dolía.

—Jaja. Sí, que te den. Vuelve con tu novia. Ahora mismo voy a un bar que hay en el centro. Shilly está tocando. Me dijo que fuera con ellos un rato.

Más charla.

—Sí, le daré recuerdos de tu parte. Hasta luego.

Por encima de mí, el techo se volvió borroso, se me estaba empañando la visión. Qué tonta era, nunca las veía venir. ¿Cuándo aprendería?

—No tenías pensado contárselo, ¿verdad? —pregunté en voz baja.

—¿Qué? —Se sentó a un lado de la cama, con la cabeza entre las manos. Estaba abstraído, el sexo había sido muy intenso y cada uno digería las emociones a su manera—. ¿Quieres beber algo?

—No. Quiero la verdad. —Me sentía extrañamente tranquila. Me incorporé y me tapé con la sábana. Estar desnuda ya no me parecía tan buena idea—. ¿Alguna vez te has planteado hablarle a Mal de lo nuestro?

—Acabamos de acostarnos y él está empezando su luna de miel. Es su noche de bodas. ¿De verdad quieres que me ponga a hablar de esto con él en este preciso momento?

—No. Lo que te he preguntado es si piensas contárselo alguna vez.

Ben apartó la mirada y se frotó el rostro con una mano.

—Es complicado.

—Sí. Y no creo que mentirle ayude mucho.

—Pues yo no creo que ayude mucho contarle que me acabo de follar a su cuñada —soltó con brusquedad—. Mierda, Liz. No quería decir eso.

—Lo sé. Es complicado. —Mi voz sonaba tan débil.

Me miró con cuidado por encima del hombro.

—Espera...

—Ha sido un descuido. Cuando me viste con ese tipo te pusiste celoso, reaccionaste de forma exagerada. Lo entiendo.

—No fue mi intención...

—Nunca lo es. —Sin más, salí de la cama envuelta en la sábana—. Quiero que te vayas.

—Lizzy... —Estaba ahí, en su cara, en sus ojos. En la posición de sus hombros, en cómo se curvaban sus dedos. Se arrepentía de lo que habíamos hecho.

—Vete, por favor. En el fondo es lo que quieres.

Sus *jeans* estaban tirados dentro del baño. Los hice a un lado de una patada y me encerré dentro.

—Preciosa. —Llamó un par de veces con los nudillos tímidamente—. Venga, abre.

Con la espalda apoyada en la puerta, me resbalé hacia abajo sin parar hasta que sentí el duro y frío mármol bajo el trasero. Desde luego no podía decirse que el algodón egipcio de la sábana tuviera unas cualidades térmicas excepcionales. Las lágrimas empezaron a resbalarme por las mejillas, pero no hice caso. Me daba igual todo.

—Déjame explicarte...

Ni de broma.

—Es que... me entró un ataque de pánico cuando vi que era él. Joder, Lizzy. —Otro golpe en la puerta, ahora furioso—. No te imaginas lo duro que es esto. Me gustas, pero...

Pero. Para mí no había peros. Mierda.

—No te estoy diciendo que no se lo habría contado pasado un tiempo.

Sí, claro. Ni tampoco decía que lo haría.

—Jesús, ¿puedes darme por lo menos los pantalones? —masculló.

No. No podía. De hecho no volvería a darle nada más. Ya le había dado todo lo que tenía que darle.

Más lágrimas cayendo de forma incontrolada. Mi cuerpo todavía vibraba por el sexo compartido, pero ahora tenía el corazón destrozado. Qué desconcertante. Bueno y malo al mismo tiempo. Sí que era complicado. Al otro lado de la puerta se hizo el silencio. Ben no dijo nada más. Supuse que, a la postre, no era el tipo de chica a la que le fuera lo «complicado». No quería dramas en mi vida. No era de las que solo eran felices cuando llovía. Así que me senté en el suelo helado y me puse a llorar.

Después de un rato, oí a lo lejos un portazo.

Todo había terminado.

CAPÍTULO 5

AHORA

—No.

—¿A qué te refieres con «no»? —preguntó Anne con cara de incredulidad.

—Que no voy a contarte todo lo que ha pasado entre Ben y yo.

Parpadeó sorprendida.

—Es privado —continué sin amedrentarme, a pesar de que por dentro estaba aterrorizada—. Solo quería que supierais que fui yo la que le perseguí, no al revés. Sentía algo por él y actúe en consecuencia. Fin de la historia.

Supongo que eso explicaba lo que había sucedido entre nosotros. Al menos parte de la trágica historia. Con un poco de suerte, lo suficiente para salvar al grupo. Aunque mi orgullo quedaba por los suelos.

Mal evitaba mirarme a los ojos y Ben seguía sangrando por la nariz. Estupendo. Menudo lío. La cena había degenerado en una especie de combate de lucha libre a lo roquero, con sangre de por medio, y sorprendivos anuncios de embarazo. Y todo por mi culpa. Tendría que haber manejado la situación de otra forma. Tampoco sabía cómo podría haberlo hecho mejor, pero daba igual. Dudaba mucho que a las dos de la mañana mi cabeza fuera capaz de producir ideas brillantes.

Miré a mi alrededor. Un montón de pares de ojos estaban clavados en mí,

juzgándome. Todos mis nuevos amigos y mi familia estaban allí, presenciando aquel desastre. Mierda.

—Lo siento —dije antes de salir corriendo hacia la puerta. Agarré mi abrigo y me marché.

Golpes.

Abrí un ojo. En la oscuridad, la brillante luz verde de mi despertador marcaba las tres y dieciocho de la madrugada. ¿Qué narices? Los golpes continuaron, acompañados del sonido de voces amortiguadas. Una era más alta y beligerante que la otra, bastante más calmada. Me levanté, encendí la luz de la sala de estar y me tambaleé hasta la puerta de entrada. Recibiría a quien quiera que fuera en calcetines, unos viejos pantalones de chándal y una camiseta enorme. Sin el calor de la cama, se me puso la piel de gallina en los brazos.

—¿Liz? —exigió una voz ronca y familiar—. Abre.

Hice lo que me pidió mientras bostezaba y me frotaba los ojos somnolientos.

—Vaya. Estás hecho un desastre.

—Sí —dijo Ben, balanceándose ligeramente.

Me di cuenta de que estaba en posición vertical gracias a la ayuda de David, pues le había pasado su enorme brazo bajo los hombros. El pelo le caía desordenado por la cara y, junto con la barba, parecía un cruce entre el yeti y el personaje cubierto de pelo de la familia Addams. Me miró con ojos inyectados en sangre a través de los mechones oscuros. Por cierto, ¿os he dicho ya que olía como si se hubiera bañado en un barril de cerveza usando un gel hecho de *whisky* escocés? Encantador.

—Lamento todo esto —señaló el guitarrista antes de arrastrar a Ben dentro de mi apartamento—. Insistió en venir.

—No pasa nada.

—¿Le dejo en el sofá? —preguntó con rostro tenso.

—Oh, no, mejor en la cama, por favor. Es demasiado grande para el sofá.

—No le vendría mal a este capullo despertarse con el trasero en el suelo —suspiró David.

—Deja que te ayude. —Me metí debajo del otro brazo de Ben, tratando de cargar con parte de su cuerpo. Jesús, ese hombre podría avergonzar a un oso en la categoría de pesos pesados.

—Hola, preciosa —dijo el gigante borracho.

—Hola, Ben —Le agarré de la mano y se la apreté—. ¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente. —Se puso a reír.

—Yo primero —indicó David, colocándonos a los tres de lado para poder atravesar sin problema la puerta de mi dormitorio.

—De acuerdo. Ve despacio.

—Sí.

La operación «Metamos al futuro papaíto alcoholizado en la cama» iba viento en popa. Hasta que Ben se tropezó a mitad de camino y cayó hacia delante, golpeándose con la frente en el marco de la puerta. Os juro que sentí temblar todo el edificio. Incluso dejó una grieta en el marco.

—Ay —se quejó él, como si no supiera de dónde le venía el dolor.

David se echó a reír.

—Mierda. ¿Estás bien? —pregunté. Sin dejar de sostenerle, intenté quitarle algunos mechones de la cara para ver si se había hecho alguna herida —. ¿Ben?

—Está perfectamente. Aquí el amigo tiene la cabeza más dura que nunca he visto. Una vez, de críos, nos fumamos unos porros y nos pescamos un colocón en el tejado de mi casa. Ben se fue directo hacia el borde y se cayó. Nos llevamos un susto de muerte, pero cuando bajamos ya se había montado en la bici y se estaba yendo a su casa. El grandullón es prácticamente indestructible. —David nos llevó hacia un lado de la cama—. Muy bien, soltémosle.

Obedecí y el padre de mi hijo todavía por nacer se desplomó de bruces sobre el colchón. Por lo menos esta vez tuvo un aterrizaje suave. Después, se quedó allí completamente inmóvil y el único sonido que oímos fue el de los muelles, recuperándose del impacto. Dios, esperaba no haberle matado. Si lo

hubiéramos hecho, desde luego no fue adrede.

Agarré una de sus zapatillas y le sacudí.

—Ben, ¿sigues respirando?

Desde la cama me llegó un gemido. Una prueba de que estaba vivo, al fin y al cabo.

—No te preocupes —dijo David—. Está bien. Solo déjale dormir hasta que se le pase la borrachera.

Asentí, aunque no me quedé tranquila del todo.

—¿Estás cómoda con él aquí? —preguntó el guitarrista con las manos en las caderas—. Si quieres, puedo llamar a Sam. Por lo que me han dicho, ya ha terminado de hacer de niñera de Mal.

—No hace falta, gracias. ¿Está bien? Me refiero a Mal.

Su mirada se suavizó.

—Por lo visto se ha quedado frito, igual que este.

En serio, qué lío. Seguro que Mal y Anne no volvían a hablarme en la vida. Bueno, Anne era mi hermana, así que al final tendría que perdonarme. Mal era otra cuestión completamente distinta. La idea de perder su cariño y la buena opinión que tenía de mí me dejaba deshecha. Eso de que todo acto trae sus consecuencias era una putada. Aunque, para ser sinceros, si hubiera sabido que Mal y Anne se cabrearían tanto, tampoco habría actuado de forma distinta. En realidad sí que lo sabía y no me detuve en ningún momento. Incluso a los amantes más desventurados debería permitirseles salir con quien quisieran.

Quizá si hubiera sabido que aquella noche traería como resultado la lentejita... No lo sé. Lo único que sí tenía claro era que el sexo solo conllevaba caos y confusión. Era una verdad como una catedral de grande.

Cerré los ojos con fuerza.

—Debes de odiarme.

David frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por haber organizado todo este lío. —Necesitaba hacer algo, pero me contuve. Por el momento. En su lugar, me dediqué a descalzar a Ben. Ni en sueños permitiría que esas zapatillas entraran en contacto con mis sábanas.

—Supongo que no tuviste que apuntar a Ben con una pistola para que se acostara contigo, ¿verdad? —Me miró sin parpadear, completamente serio.

—Mmm, no, claro que no.

David se encogió de hombros.

—Pues ya está.

—¿No te parece que eso es simplificar mucho las cosas?

Sonrió.

—Según mi experiencia, todo es muy simple cuando llega. Y cuando se trata de asuntos del corazón, lo único que uno tiene que hacer es decidir dónde pertenece e ir hasta allí. Así de sencillo. Ben quería estar aquí. No creas que no traté de disuadirle, pero el muy capullo insistió.

Tal vez.

—Me pregunto qué le parecerá a su nueva novia esta teoría tuya.

—Sí. —Hizo una mueca—. Pero eso mejor os lo dejo a vosotros. Intenta no estresarte mucho. No es bueno para el pequeño Ben.

—Cierto. —Puse los ojos en blanco y dejé caer una zapatilla de Ben al suelo—. ¿Cómo crees que afectará al grupo que se hayan peleado?

Tardó un rato en responderme.

—Sinceramente, no tengo ni idea. —Joder—. Bueno, me marchó. Buenas noches. Cierro yo la puerta cuando me vaya. —Levantó una mano a modo de despedida—. Si necesitas algo llama a Ev.

—Gracias, David.

La puerta principal se cerró con un clic y allí me quedé, sola, con Ben inconsciente atravesado en mi cama de uno sesenta. Madre mía. No estaba soñando. Ben estaba en mi cama de verdad. Aunque no sabía muy bien qué hacer con aquella información. Qué lástima que en la habitación de invitados solo hubiera cajas y trastos. No es que no quisiera estar cerca de él (por desgracia mi corazón no era tan sensato), es que, en lo que a él respectaba, ya iba siendo hora de que escogiera la opción más segura para mi persona. Me hubiera ido mejor si lo hubiera hecho antes.

—Eh. —Me incliné sobre el colchón y le moví una pierna—. Hazte a un lado.

Un gemido.

—Venga, chicarrón. Déjame sitio. Estás ocupando toda la cama.

Un murmullo incoherente.

Aquello no estaba funcionando y no estaba dispuesta a dormir en el sofá. Le quité un calcetín y le tiré del dedo gordo del pie.

—Ben. Despierta.

Empezó a moverse con la misma rapidez que un caracol. Levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—Hazte a un lado.

—¿Qué...? —Se volvió y me hizo sitio tal y como le había pedido. Después, parpadeó un par de veces, hizo una mueca y puso cara de disgusto, como si estuviera enfadado con el mundo en general. Me fijé en que tenía una pequeña hinchazón en la frente. Por mucho que dijera David, el golpe tenía que haberle dolido—. ¿Lizzy?

—Bingo.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te ha traído David, ¿no te acuerdas?

Se rascó la barba.

—Ah. Está bien.

—Tienes que moverte un poco más, apenas me has dejado espacio.

Se apoyó sobre los codos desconcertado y volvió a mirar a su alrededor.

—¿Esta es tu cama?

—Sí.

—¿Hemos...? —Enarcó una ceja de forma sugestiva.

—No, ya aprendí la lección, muchas gracias.

—¿Estás segura? —Esbozó una medio sonrisa—. Podría ser divertido.

—Sí, por la pinta que traes, creo que esta noche te has divertido bastante por los dos.

—Puede. —Contempló durante unos segundos la fina tela de mi camiseta de algodón y medio sonrió de nuevo—. Eh, no llevas sujetador.

—Cierra el pico y muévete, Ben.

Un gruñido.

—De acuerdo.

Tardó una eternidad en darse la vuelta y desplazarse, hasta que recostó su

descomunal cabeza en la almohada. En mi lado favorito, mierda. Daba igual. Me tumbé a su lado, manteniendo una prudente distancia de celibato por si al final decidía intentar algo. En ese momento me venía muy bien un poco más de sueño. Necesitaba descansar para que la lentejita creciera como era debido. Sentía como si las extremidades me pesaran una tonelada y tenía la mente saturada.

—Podemos acurrucarnos —sugirió, arrastrando las palabras en lo que sin duda era una descabellada idea producto del alcohol. Si hubiera estado un poco más sobrio me habría abalanzado sobre él sin dudarlo. En ese instante me hubiera venido de perlas uno de esos abrazos de oso en el que me asegurara que todo iba a salir bien. Sí, lo sé, era un deseo de lo más cursi e infantil. Las cosas ya eran lo suficientemente complicadas—. No voy a intentar nada raro, te lo prometo.

—Buen intento, pero no, Ben.

Un gruñido de disgusto.

—Duérmete, anda —insistí.

El mundo pareció congelarse, sumiéndose en un silencio casi perfecto. Fuera un vehículo atravesó la calle y el viento golpeaba las paredes del edificio. A esas horas todo el mundo dormía. Miré la humedad del techo, las sombras que proyectaba la vieja y destartalada lámpara de mi mesita de noche. Por alguna extraña razón, me pareció peligroso quedarme a oscuras con él. Sí, dejaría encendida la luz.

—Voy a ser padre —murmuró él con los ojos cerrados.

Todo mi cuerpo se tensó de repente.

—Eso he oído.

—No tenía pensado tener hijos.

—¿No?

—No.

Borracho o no, me sonó tan categórico... tan determinado. Sentí un dolor abrumador, como si me clavaran un cuchillo en el corazón. Hasta respirar me hacía daño.

—¿Ni siquiera dentro de unos años?

Negó terminantemente con la cabeza.

Estupendo.

No sabía qué decir. Se me había hecho un nudo en la garganta y me escocían los ojos. Había tenido la misma opción que yo en eso de ser padre. Ambos nos habíamos visto envueltos en la paternidad no planificada del mismo modo y mis planes de futuro no eran los únicos que iban a trastocarse. No obstante, a él no le habían secuestrado el cuerpo. Literalmente hablando. Tampoco era como si no hubiera podido poner fin a mi embarazo. Tuve la oportunidad, pero no lo hice. Mi corazón tomó la decisión y no había vuelta atrás. Aun así, no pude evitar sentirme resentida y traicionada por su declaración. Ni siquiera podía permitirme el lujo de emborracharme hasta perder la cabeza. Y creedme, tener que pasar por todo aquello sobria era un asco. La parte más racional de mi cerebro me presentó mil excusas para su comportamiento: le había tomado por sorpresa, estaba bebido, tenía que darle tiempo para que lo asimilara, blablablá...

A la mierda todas ellas. Que le dieran a Ben,

En el fondo me había esperado lo peor; que tendría que enfrentarme sola al embarazo. Ahora lo sabía. Me había decepcionado dos veces; ¿de qué me sorprendía? Nada había cambiado. Nada. Me llevé una mano al vientre, extendiendo los dedos sobre la casi inapreciable protuberancia. Seguro que solo era mi imaginación, pero podía sentir algo ahí dentro, crecer y todas esas cosas que hacen los fetos. Todo iba a salir bien. Nos las apañaríamos.

—No quería sentar la cabeza —continuó él—. Y los niños necesitan estabilidad. Tiempo, energía y toda esa mierda.

—Cierto. —Mi voz sonaba vacía, hueca, carente de emociones.

Al menos tenía el apartamento pagado durante los próximos meses. Reece podría darme más turnos en la tienda. En ese aspecto tenía suerte. Lo mejor sería que aparcara temporalmente la universidad y me pusiera a ahorrar. Teniendo en cuenta la cantidad de clases que había perdido debido a mis náuseas matutinas no obtendría muy buenas notas este semestre.

Tragué saliva.

—Me gusta mi vida tal y como es ahora —dijo con voz inarticulada.

—Sí, a mí también. —Me di una palmadita en el vientre—. Lo siento, lentejita.

—Me gusta la libertad que tengo. Poder subirme en un avión de un día para otro e ir a tocar con algún amigo o colaborar en los discos de otros grupos. Todo es perfecto.

—Mmm.

—Pero no puedo estar lejos de ti.

—¿Por qué no? —pregunté. Sentía muchísima curiosidad por escuchar su respuesta.

—No sé. Simplemente... no puedo dejar de pensar en ti.

—¿Y no te ha pasado lo mismo con otras chicas?

—No como contigo.

Puede que don Ebrío estuviera intentando volver a camelarme para que nos acostáramos. Teniendo en cuenta lo estúpido que se volvía mi corazón en cuanto lo veía, era difícil de saber.

Soltó un sonoro suspiro.

—Quería estar contigo, pero... también eras mi amiga. Mi amiga de verdad. No querías nada más que a mí. Hablar conmigo, pasar un rato juntos...

Silencio.

—Sabía que querías que llegáramos a más, pero no me presionaste. Te eché de menos cuando te alejaste, no podía contarte nada, hablar de nuestras cosas.

Ahora fue mi turno de suspirar.

—¿Liz?

—¿Sí?

—¿Qué vamos a hacer? —Sonaba aterrado.

Me rendí y me puse de lado para mirarlo. Si por lo menos fuera feo de perfil. Pero no, esa nariz prominente y sus generosos labios tenían un aspecto casi majestuoso vistos desde ese ángulo. El muy desgraciado. Me acerqué un poco más y le observé un rato. Tenía los ojos y los labios cerrados. Su ceño se veía relajado y los pómulos se le marcaban aún más. Nunca había podido contemplarlo a mi antojo. De pronto, todo lo que sentía por él regresó con más intensidad, pero ahora había algo más. Mucho más. Una diminuta parte de él estaba creciendo en mi interior, creando una conexión entre ambos que

duraría toda la vida. Daba bastante miedo. Me pregunté si tendría su boca o sus ojos.

La habitación seguía en silencio.

—¿Ben?

Esperé, pero no dijo nada más. Su respiración se hizo más profunda y acompasada... hasta que comenzaron los ronquidos. Me eché hacia atrás sorprendida. Dios bendito. Tenía que tratarse de una broma. Me tapé la cabeza con una almohada, conteniendo el impulso de asfixiarle con la suya. Un duelo a muerte con una motosierra sería menos ruidoso que el estruendo que salía por su región nasal.

—¡Ben! —me quejé contra la almohada antes de lanzar un grito de frustración, o dos por si acaso, y unas cuantas lágrimas.

Ese hombre y yo estábamos condenados al fracaso desde el principio.

—Hora de despertarse. —Di una patada a la cama con mi dulzura habitual.

El hombre que estaba acostado en mi cama, con los brazos extendidos como si fuera un águila, ni siquiera se inmutó. Lo sentía por él, pero estaba decidida a poner fin a su estado de Bella Durmiente.

—¡Ben!

Levantó la cabeza al instante, con los ojos abiertos y mirando aturdido.

—¿Eh?

—Despierta. Son casi las once.

Dejé una taza de café en la mesita de noche antes de ir al otro lado del dormitorio a por la mía. También descorrí las cortinas, porque la falta de sueño y que me rompieran el corazón me transformaban en una criatura cruel.

Ben parpadeó, bostezó y se protegió de la luz del sol como si fuera un vampiro. Aunque no destellaba ni olía precisamente a limpio.

De todas las fantasías que había tenido con él, que se despertara en mi habitación con el mismo aspecto que un animal atropellado no encabezaba la lista. A pesar de todo, incluso con la ropa arrugada, despeinado y apestando a sudor y a cerveza, ese hombre tenía algo especial. Un magnetismo que me

instaba a acercarme más y más a él.

Qué tontería. Seguro que eran las hormonas del embarazo o algo similar.

—¿Lizzy?

—¿Sí?

—Ah, joder —gruñó—. Davie al final me hizo caso. Debíó de llevarme directamente al hotel.

Sin comentarios.

—Ahí tienes un café.

—Gracias. —Se sentó despacio y se frotó la cabeza. Entonces estudió detenidamente la habitación, como si de verdad la viera por primera vez. Lo que seguramente era cierto. Sus ojos se detuvieron en los grabados japoneses tirados de precio que había encontrado en el mercadillo y la atestada estantería. Una pila de ropa sucia esperaba a que tuviera un día en el que no deseara vomitar hasta las entrañas. En general una estancia que tenía que ser todo lo contrario a lo que estaba acostumbrado. Podía imaginármelo entre candelabros, mármol y un montón de opulencia. Atractivos modelos en vez de la cría que tenía delante con la cara pálida, el pelo mojado y vestida con unos viejos *jeans* y un suéter desgastado que había encogido de tanto lavarlo.

Daba igual.

—Tenemos que hablar —dije.

Se quedó paralizado. No me extrañaba. Esas tres palabras tenían que ser lo que más odiaban decirse dos personas. Eran como una sentencia de muerte, a la misma altura que el «pero podemos seguir siendo amigos». Salvo que él y yo nunca habíamos llegado tan lejos.

—Sí. —Tomó un buen sorbo de café mientras me miraba por encima del borde de su taza—. ¿Por qué mantienes tanto las distancias? ¿Tienes miedo a que te toque o algo por el estilo?

—No. —Me senté en el borde de la cama—. Solo quiero mantenerme apartada de tu camino por si te da por volver a salir corriendo.

Se echó a reír.

—Eso ha dolido. —Me encogí de hombros. Entonces me sentí culpable, pero inmediatamente después recordé los ronquidos y recuperé la compostura—. Mira. —Volvió la cabeza para poder mirarme de frente—. Cualquier cosa

que necesites de mí, solo tienes que pedirlo, ¿entendido?

Abrí la boca, pero volví a cerrarla.

—Gracias.

Apretó la taza de café.

—Quieres quedártelo, ¿verdad?

—Sí.

Hizo un gesto de asentimiento.

Respiré hondo, tratando de infundirme el valor necesario. Había llegado el momento de dejarle marchar y seguir con mi vida. Sin lágrimas, sin dramas. Ahora estábamos por encima de esas tonterías.

—Sé que no querías tener hijos, Ben. Que te gusta tu vida tal y como es. Así que, si...

—Nunca he dicho eso —farfulló.

—Sí que lo dijiste. Anoche.

—Lizzy. —Me taladró con sus ojos oscuros—. Espera un momento. Lo que digo cuando estoy hasta arriba de alcohol no significa una mierda, ¿entendido?

Teniendo en cuenta las cosas tan interesantes que había dicho no lo tenía muy claro.

—Entendido.

—Pues no lo uses en mi contra. —Sus fosas nasales se ensancharon mientras tomaba una profunda bocanada de aire—. Anoche... todo esto me ha tomado absolutamente desprevenido.

—Sí, a mí también —dije, haciendo acopio de todas mis fuerzas para no perder los nervios y ponerme a gritarle como una histérica—. No quería decírtelo en esas circunstancias, Ben. Simplemente sucedió. Puedes agradecerérselo a esa nueva novia tan «discreta» que tienes. —Hizo una mueca de dolor. Toma gol por toda la escuadra. Diez puntos para mí—. Mira, lo que intento decirte es que he sido yo la que ha decidido tener este bebé y que entiendo que no quieras que esto interfiera en tu vida. —Me rodeé la cintura con un brazo en un intento por protegerme—. Eso es todo.

Ben se puso de pie muy despacio. A continuación dejó la taza sobre la mesita.

—¿Crees que te haría algo así?

—Sinceramente, no tengo ni idea de qué esperar de ti en esta situación.

—Siempre esperas lo peor.

—Anoche...

Hizo un gesto con la mano, cortando el aire.

—No se te ocurra repetir lo que dije anoche.

Me quedé callada.

Entonces debió de darse cuenta de lo mal que parecía todo aquello y se calmó. Sus ojos ya no despedían la ira de hacía unos instantes.

—Mierda. Lo siento. No quería levantarte la voz de ese modo.

—¿Qué quieres que haga con esto, Ben? —Elevé las manos al techo—. Dame una pista. Estoy embarazada. Ninguno de los dos lo planeó. Si apenas hemos intercambiado una palabra desde esa noche en Las Vegas. Y encima ahora estás saliendo con alguien. ¿Qué hago?

—Dame una oportunidad para hacerme a la idea.

Simplemente lo miré, intentando mantener la calma. Se necesitaban dos personas para bailar el tango.

—En serio —continuó. Levantó y bajó los hombros—. Solo deja que lo asimile y te prometo, Lizzy, que te apoyaré en todo.

Parecía tan creíble. De verdad.

—¿Qué pasa con tu novia?

—Ella no tiene nada que ver con esto. —No lo dudó ni un instante—. Solo nos afecta a ti a mí.

—Cierto. —Cualquier problema que tuviera con ella y con el lugar que ocupaba en la vida del padre de mi hijo, era mío y solo mío. Qué suerte ser yo—. Está bien.

Agarró de nuevo la taza. No pude evitar fijarme en el movimiento de su nuez de Adán mientras bebía.

—Yo... eh... voy a pedir a los abogados que empiecen con el papeleo.

—¿Abogados?

Asintió bruscamente con la cabeza.

—Necesitarás dinero, gastos de manutención o lo que sea. Ellos se encargaran de todo. Se asegurarán de que no te falte de nada.

—Oh. —Clavé la vista en la cama deshecha. Estaba confundida.

—¿Te parece bien?

—En realidad esperaba resolver esto entre nosotros. Pero tienes razón. Tienes que protegerte.

—Lizzy, no estoy diciendo que crea que vas a por mi dinero ni nada parecido.

—Espero que no, ya que no te he pedido absolutamente nada.

Vaya. Ahora sí que se le veía incómodo. Se pasó la lengua por el interior de la mejilla mientras miraba a través de la ventana. El árbol de fuera debía de haberle hecho algo muy malo.

—El alquiler del apartamento ya está pagado y tengo trabajo, así que por ahora estoy bien. Pero llama a tus abogados o a quien quieras. —Me froté la frente al sentir una súbita punzada de dolor entre los ojos. Estaba claro que la conversación terminaría con una jaqueca, al menos por mi parte—. Supongo que yo también tendré que conseguirme uno.

Se metió las manos en los bolsillos traseros de los pantalones. Luego debió de cambiar de opinión, se sentó y empezó a ponerse las zapatillas.

—Es mejor que arreglemos cuanto antes todos los detalles legales. Lo entiendes, ¿verdad?

No. No lo entendía. Acababa de demostrárselo. Entonces mi estómago decidió hacer un salto mortal especialmente nauseabundo y tragué saliva, tratando de contener las ganas de vomitar que me entraron. Por Dios. Necesitaba una galleta. Una galleta lo solucionaría todo. Fui corriendo a la diminuta cocina y empecé a comer. Al menos aquello sí lo tenía bajo control. En cuanto a Ben, sus abogados y todo lo demás... ahí no podía hacer nada. ¿Pero tomarme una galleta? Mis deseos eran órdenes.

La lentejita y yo estaríamos bien.

Que le dieran al resto del mundo.

—Tengo que irme —anunció Ben ahora en el salón, evitando mirarme. Qué bien. En cuanto se largara se buscaría un nuevo pasatiempo. Tal vez olvidar mi nombre o algo similar—. Tengo un ensayo al que no puedo faltar. Estamos bastante ocupados ahora que la gira está a punto de comenzar. Gracias por no montarme una escena por presentarme anoche en ese estado y

dejar que me quedara. No volverá a pasar.

—Claro —dije.

—Y no te preocupes por el dinero o por tener que hacer horas extras en el trabajo. Yo me encargo de todo eso.

—Estupendo. —Y en realidad lo era. Pero también lo hacía parecer muy frío y formal—. Gracias.

Me dijo otras cuantas cosas pero a esas alturas yo ya había desconectado. No quería oír nada de lo que tuviera que decirme. Ese día se estaba volviendo de lo más deprimente. Estaba hasta las narices de todo y de todos. Excepto de la lentejita. Ella era la única inocente en todo aquel lío.

Dios, el sexo era un asco.

Nunca, jamás de los jamases, volvería a acostarme con alguien. Ni siquiera un poquito.

Pero ya bastaba de tanta autocompasión. Tenía que terminar con toda esa mierda. Recuperar mi encanto. Se suponía que las mujeres embarazadas resplandecían. Debía encontrar mi luz. Tal vez saliera a dar una vuelta y a tomar un poco el aire. Sí, era una idea estupenda. En ese momento, lo que más me apetecía era alejarme todo lo que pudiera de allí y mi automóvil era una pasada. Me había estado esperando en el aeropuerto cuando volvimos de Las Vegas. Tal y como Mal me había prometido, me había conseguido un Mustang GT de 1967 azul celeste por mi cumpleaños. El mejor regalo del mundo. Era la bestia con cuatro ruedas más hermosa de todo el edificio.

Sí, mi Mustang era increíble.

Lástima que no sirviera para llevar a un bebé, ya que solo tenía dos puertas. Tendría que disfrutar de esa belleza mientras pudiera. Y ya que tenía todo el día libre, eso solo significaba una cosa: haría un viajecito a la costa.

—Hasta luego, Liz.

—Adiós. —Cuando levanté una galleta a modo de despedida, ya se había ido. Y, por primera vez, a mi corazón no le importó.

CAPÍTULO 6

Oí las voces en cuanto llegué a la puerta de entrada del edificio. Voces altas. Un montón de ellas. Qué raro. Lauren no me había comentado nada de ninguna fiesta esa noche. Un momento. Estaba equivocada. Esas voces no provenían de una fiesta. Eran voces enfadadas y que no parecían estar bajo la influencia del alcohol.

Subí las escaleras corriendo mientras me desabrochaba el abrigo. Para tener más años que yo, el Mustang corría de lujo. La calefacción dejaba un poco que desear, sobre todo si te gustaba bajar de vez en cuando la ventanilla para sentir el aire frío en el rostro. Sí, ya lo sé, una tontería. Pero de vez en cuando me gustaba darme un capricho.

El pasillo brillaba un poco más de lo habitual, no en vano lo bañaba una luz que provenía del segundo apartamento. Apresuré el paso.

Oh, Dios mío. La puerta de entrada a mi casa no estaba en sus goznes.

—... esperar que una chica de veintiún años se encargue ella sola de un bebé. —Esa era la voz de mi hermana.

—Como te he dicho antes, no va a estar sola. —Y esa la de Ben.

—Porque vas a arreglar todo el desastre que has montado y te vas a casar con ella, ¿verdad, papaíto? —Mierda. Ese era Mal y parecía mucho más enfadado que la noche anterior—. Vas a hacer lo correcto y renunciar a tirarte a una mujer distinta cada noche, ¿no? Porque eres el puto amo en lo que a

responsabilidades se refiere.

—Oye, ya hemos hablado de eso...

—Sí. Y todavía sigues sin pronunciar las palabras mágicas. ¿Lo entiendes?

Lo que sí tuve claro nada más asomar la cabeza fue que mi salón estaba atestado de gente. Ben, Anne y Mal estaban en el centro. Dos contra uno. Sam, el de seguridad, y Lauren se habían hecho a un lado, no sabía muy bien por qué, y se dedicaban a contemplar la escena.

—Chicos —dije.

Continuaron discutiendo como si nada.

—¡Chicos! —grité esta vez.

Ni caso.

Al final me metí dos dedos en la boca y los deleité con mi silbido ensordecedor; una habilidad que había perfeccionado durante mi adolescencia, principalmente para sacar de quicio a mi hermana. El sonido hizo que me temblara hasta la cabeza.

Ahora sí que conseguí mi propósito. Todo el mundo se quedó en silencio.

—Hola. ¿Qué tal estáis? —Me detuve bajo el astillado marco bajo el que solía estar mi puerta—. Me gustaría saber qué le ha pasado a mi puerta.

—Lizzy —dijo Ben antes de soltar un sonoro suspiro—. Gracias a Dios. Me tenías muy preocupado.

—¿Dónde has estado? —Mi hermana se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza—. He estado llamándote todo el día. Hemos preguntado a todo el mundo por ti, pero no conseguíamos localizarte.

—Lo siento, solo necesitaba estar un rato sola. —Le devolví el abrazo. No podía dejar de sonreír. Aunque me costara admitirlo, la idea de Anne dándome la espalda me aterrorizaba.

—Bueno, te entiendo. —Retrocedió un poco—. Pero podías habérselo dicho a alguien.

—No puedes desaparecer de buenas a primeras. —Y Ben no podía dejar de fruncir el ceño—. Joder, Liz, estás embarazada.

—No le hables así —dijo mi hermana molesta.

Ben no le hizo caso.

—No sé qué demonios se te ha pasado por la cabeza, pero tienes que

decirme dónde vas.

Alcé las cejas y abrí la boca, dispuesta a decirle dónde podía meterse aquel comentario.

—Ella no tiene que darte ninguna explicación. Te lo dirá si quiere y cuando le salga de las narices —sentenció Mal, dejándole a su compañero de grupo las cosas claras antes de volverse hacia mí—. La próxima vez que decidas irte por ahí todo el día, le enviarás un mensaje a tu hermana para que sepa dónde vas.

Todavía seguía con la boca abierta.

—Venga, hombre. —Ben abría y cerraba los puños sin parar—. Puedes cerrar la boca y dejarme en paz aunque solo sea por un puto minuto.

—No le hables en ese tono. —Mi normalmente razonable y tranquila hermana empujó a Ben con un dedo en el pecho—. Tú eres el que ha organizado todo este lío, muchas gracias. Puede que ella sea joven e ingenua, pero tú eres lo bastante mayor para haber actuado con dos dedos de frente.

—Tiene razón. —Mal se irguió todo lo alto que era, a pesar de que solo le llegaba a Ben a la nariz y bajó la mirada para enfrentarle. O la levantó. O lo que fuera—. Esto es un asunto familiar. Puedes irte, gracias.

Por la expresión que tenía, Ben debía de estar intentando no perder el control con todas sus fuerzas.

—¿Que puedo irme? —preguntó con los dientes apretados.

—Sí.

Aquello era una locura.

Alguien tenía que poner un poco de cordura y, por desgracia, esa era yo.

—Está bien. ¿Por qué no nos tranquilizamos todos un poco? —sugerí.

Pero con la misma velocidad y habilidad que un *stripper* experimentado, Mal giró sobre sus talones y me miró.

—¡Y tú, jovencita, estás castigada hasta nuevo aviso!

—¿Estoy castigada?

—Cariño. —Anne hizo una mueca—. Eso no va a funcionar.

—Y nunca volverás a hablar con Ben. Es evidente que es una mala influencia para ti —continuó el batería imperturbable, mirando despectivamente a su antiguo amigo—. ¿Te ha quedado claro, Elizabeth?

Lauren se rio.

—Sí. Cristalino —repuse.

—Bien.

—Marchaos —dije, con un tono de voz calmado. También un poco cansado, pero es que el día había sido muy largo.

—¿Qué? —preguntó Anne.

—Os quiero muchísimo a los dos —expliqué—. Pero ahora me gustaría que os fuerais, por favor.

Vi cómo se le demudaba el rostro. Se acercó un poco más a mí.

—No tienes que enfrentarte a esto tú sola. Sé que anoche las cosas se pusieron un poco tensas, pero tenemos que hablarlo. Me tienes muy preocupada.

—Lo sé y te prometo que hablaremos.

Mi hermana soltó un profundo suspiro.

—¿Me llamarás mañana?

—Sí.

Anne asintió despacio.

—Está bien.

Sam esbozó una tenue sonrisa, se levantó del sofá y pasó a mi lado a través de la puerta, o lo que quedaba de ella. Todavía necesitaba que alguien me explicara qué había sucedido.

—En breve mandaré a alguien a arreglarla, señorita Rollins.

—Gracias.

—Llama si me necesitas. —Lauren también se marchó.

—Gracias.

—Pero yo no quiero irme —se quejó un indignado Mal. Ahora estaba discutiendo entre murmullos acalorados con mi hermana, incluso le apartó la mano con la que le estaba acariciando los brazos, que tenía cruzados en una posición que dejaba ver toda la tensión que sentía—. No sabe lo que es mejor para ella. No como nosotros. Sobre todo no como yo.

Más murmullos.

—Bueno, ¿pero Ben también se va? No me voy hasta que no se marche él.

—Mal —refunfuñé—. Por favor. ¿Si prometo ir a veros mañana y hablar

con vosotros, te irás ahora? —Me miró con ojos entrecerrados y los labios apretados—. Porfa, porfa.

—Está bien. —Pasó un brazo por el cuello de mi hermana y la atrajo hacia sí—. Sabemos cuándo no somos bienvenidos, ¿verdad, Calabaza?

—Sí, al final sí. —Mi hermana me miró con una tenue sonrisa en los labios.

—Gracias. —Le di un apretón a la mano que tenía libre antes de volver a dirigirme a Mal—. Y necesito saber que no he roto el grupo.

Mal frunció el ceño y soltó un resoplido.

Las acciones y sus consecuencias. Había aprendido demasiado bien la lección.

—Por favor —insistí.

—Sí, bueno. Pero solo porque lo has pedido de esa forma. Eso sí, fuera de todo lo referente al grupo, Ben está muerto para mí. —Se volvió hacia su examigo y se pasó un dedo por la garganta.

—Venga, hombre —suspiró Ben.

—Hablo en serio. Estoy muy cabreado contigo, joder. Has dejado embarazada a mi cuñada. Esto es mucho peor que la vez que me rompiste la bici tratando de hacer ese salto en el colegio. Y mira que me mosqueé con aquello. —Los recién casados se fueron hacia la puerta—. Te veo mañana en el ensayo.

—Sí —dijo Ben, dejándose caer en el sofá de dos plazas. Apoyó la cabeza contra la pared y me miró con ojos cansados—. ¿Me vas a echar también?

—Es lo que debería hacer. ¿Eres el culpable de que mi puerta esté así?

Se frotó el rostro con la mano.

—Sí. Lo siento.

—No he podido evitar darme cuenta de que no está donde se supone que debería estar.

—Sí, creo que me la he cargado.

—Sí. —Me acerqué y me senté sobre el sillón de cuero que había frente a él. Mal y Anne me habían dejado algunos muebles bastante buenos cuando dejaron el apartamento—. ¿Por qué? Si puede saberse.

—Anne me llamó y me dijo que no sabía dónde estabas y que no

respondías al teléfono. —Cambió de posición y apoyó el tobillo sobre la rodilla opuesta. No dejaba de mover el pie—. Me preocupó que estuvieras aquí sola, volviéndote loca por la discusión de esta mañana y que no quisieras hablar conmigo.

—Ah.

—Actué de forma exagerada. —Llevaba sus habituales *jeans* y camiseta. Le sentaban de miedo. Ahora que estaba embarazada, esperaba que las hormonas se me calmaran un poco, pero las muy desgraciadas se ponían a saltar de alegría en cuanto lo tenían cerca. Era ridículo. Necesitaba encontrar la manera de contenerlas. Ponerme un cinturón de castidad o algo parecido.

En vez de eso, me puse las manos entre las piernas, apretando los muslos para que no se separaran ni un centímetro.

—Tenemos un problema —comentó de pronto.

—Sí.

—No, me refiero a un problema nuevo.

—¿Cuál?

Se puso derecho y apoyó ambos pies en el suelo.

—Sasha no se ha tomado demasiado bien que rompiera con ella y ha amenazado con contarle a los medios lo del embarazo.

—¿Has roto con ella? —Se me aceleró el corazón.

Una pausa.

—Sí, bueno.

—¿Por qué? —Mierda. Mi boca. Había soltado la pregunta antes de que me diera tiempo a pensarla—. No, espera, no es un asunto mío. No quiero saberlo.

¿De verdad era esperanza lo que revoloteaba en mi estómago? Imposible, no podía ser tan tonta. Tenía que tratarse de otra cosa. Tal vez la lentejita había decidido pasar el rato haciendo *aquagym*.

Ben simplemente se quedó mirándome en silencio, hasta que al cabo de un rato dijo:

—Da igual. Lo que quería decirte es...

—¿Sí?

—Que no es buena idea que te quedes aquí sola. Sobre todo con una

puerta rota.

—Cierto.

—De todos modos las medidas de seguridad en este edificio no valen para nada, así que estaba pensado que sería mejor si...

—¿Si qué? —Estaba en el borde del asiento, mirándole con enorme expectación. No era posible que estuviera a punto de pedirme que me fuera con él, que compartiera su espacio personal. Nadie había estado nunca en su habitación de hotel o donde fuera que viviera. Tenía que reconocer que me picaba muchísimo la curiosidad. Además, la idea de vivir con él me provocaba un intenso sudor frío—. ¿Si qué? —insistí.

—Si te mudas con Lena y con Jim hasta que empecemos la gira. —Sus ojos oscuros no dejaron de mirarme en ningún momento—. Es decir, suponiendo que vengas a la gira, aunque puede que no te apetezca.

—¿Quieres que vaya a la gira? —Pero no quería que me fuera a su casa. Qué desconcertante y decepcionante a la vez. O quizá solo quería que fuera a la gira para echarme un ojo con la manida excusa de «la joven y alocada Lizzy que no sabe ni cuidar de sí misma». En ese momento me di cuenta de que iba a ser madre de verdad. Y que, por lo visto, iba a ser madre soltera, a pesar de lo conciliador que ahora parecía Ben. Pasara lo que pasase, solo dependía de mí misma.

—Me he imaginado que tal vez vendrías. Como Anne tiene la intención de acompañarnos y Lena también está embarazada... El personal se encargará de hacer tus maletas y todo ese rollo. Tú solo tienes que subirte a un avión privado cada dos días y después relajarte. En los sitios a los que vamos hay masajistas y tonterías así. También hay médicos que podrán hacerte las revisiones necesarias. Me encargaré de que no te falte de nada.

—No sé...

No me hacía mucha gracia quedarme sola en la ciudad con Anne y el resto de las chicas en la gira. Supongo que hacer amigas no era mi punto fuerte. Tras la etapa alocada que pasé durante los primeros años de adolescencia, me volví una persona bastante reservada. Anne y yo fuimos unas maestras a la hora de fingir que vivíamos en un hogar idílico por temor a que a alguien se le ocurriera investigar un poco más allá de las apariencias, ya que nuestra

madre era de todo menos una adulta responsable. Cuando Anne se fuera de gira, me quedaría prácticamente sola. Pero tenía que considerar más cosas a parte de mi posible soledad a la hora de tomar aquella decisión. Había oído muchas historias sobre lo que pasaba en las giras. Sobre Ben y otras mujeres. Y en este momento no necesitaba ser testigo de nada de eso. Ni este año, ni al siguiente. Verlo con Sasha me había supuesto un mazazo. ¿Por qué la habría dejado?

—No quiero estorbarte. —Entrelacé las manos sobre el regazo—. Podría resultar incómodo vernos las caras todos los días.

Recibí un gruñido cavernícola como respuesta. Sonaba bastante grave, como uno de esos que se sueltan cuando estás en medio de una reflexión profunda.

—¿Qué opinas? —pregunté.

Me miró con una expresión difícil de descifrar, con el ceño fruncido y los labios ligeramente entreabiertos. Parecía estar a punto de decir algo.

Esperé.

—Ben, dime algo.

Se puso tenso.

—Quiero que vengas.

—¿Por qué?

—Para asegurarme de que te encuentras bien, así podré ver cómo estás y no tendrás que pasar por esto tú sola. Por muchas razones.

Razones muy comprensibles. Pero como Mal había señalado antes, a Ben no se le daba muy bien eso de asumir responsabilidades. Todo apuntaba a que, con el tiempo, terminaría cambiando de opinión y me defraudaría. ¿Qué tipo de padre sería? Que Dios le ayudara si alguna vez decepcionaba a la lentejita. Daba igual lo grande que fuera, desataría sobre él las siete plagas.

—Vamos —dijo con la voz más firme—. Tenemos que empezar a resolver todo esto juntos. Cómo llevarnos bien, cómo ser padres, ya sabes. No quiero ser el tipo de persona que Mal me ha acusado de ser. Dame una oportunidad, Liz.

—Sinceramente, ahora mismo no sé qué es lo mejor.

Agachó la cabeza.

—Mira, si te quieres quedar y terminar el semestre, organizaré el asunto de la seguridad. Me ocuparé de todo. Tú decides. No quiero obligarte a hacer nada.

—¿Seguridad?

—Sí, claro.

—Vaya. —Me di una palmadita en el estómago y esboqué una sonrisa vacilante—. Se me había olvidado que llevo al bebé de un famoso. La próxima generación de Stage Dive.

Extendió las manos y me lanzó una mirada de impotencia. Por lo menos lo estaba intentando.

Ahora me tocaba a mí.

—Está bien, iré. De todos modos estaba planteándome dejar temporalmente la universidad. Me he perdido muchas clases por las náuseas matutinas y todavía hay mañanas en las que me levanto un poco revuelta. No creo que a estas alturas pueda ponerme al día.

Hizo un gesto de asentimiento y me sonrió. Relajó los hombros, como si acabara de luchar en una guerra.

—¿Quieres que me quede con Lena y Jimmy?

—Quiero que tú y el bebé estéis bien y cuidados. No es que no quiera ser yo el que te cuide. Es solo que...

—No te preocupes. Entiendo que al no ser pareja es un poco complicado. —Me recosté en el respaldo del sillón, reflexionando sobre lo que estábamos hablando—. Agradezco la oferta, no me malinterpretes...

Sus ojos serios tampoco revelaban nada.

—Liz...

—¿Sí?

Esperé, pero se quedó callado. Gracias a Dios la lentejita sería una niña. (Lo sentía. Intuición materna o como queráis llamarlo.) Los hombres eran un absoluto misterio y en ese momento lo que menos me apetecía era desentrañar ninguno en particular. Bastante lío tenía ya en mi vida. Por lo menos no había vuelto a mencionar el asunto de los abogados. Íbamos progresando.

—Creo que puedo apañármelas por mi cuenta. Iré a casa de Anne y Mal.

Falta poco para que empiece la gira y no creo que mi cuñado pueda sacarme de quicio tan rápido.

Volvió a fruncir el ceño.

—¿Estás segura?

—Sí.

—De acuerdo, pero dejarás que te ayude económicamente, ¿verdad?

—Mira, hoy he estado haciendo cálculos mentales. Teniendo en cuenta que el alquiler de los próximos meses está pagado y que puedo hacer horas extras en el...

—No sé dónde quieres ir a parar, pero la respuesta es no —me interrumpió con una mirada tajante. O eso intentó.

—¿Perdón?

—No, no puedes hacerte cargo tú sola. Y lo que es más importante, no tienes que hacerlo. Me tienes a mí.

—Pero no te tengo, Ben. Esa es la cuestión. —Me incliné hacia delante en el sillón, rezando para que me entendiera. Abrió la boca, pero yo fui más rápida—. Por favor, escúchame. Voy a tener un hijo y eso es algo enorme. Tan grande que cada vez que me paro a pensarlo tengo la impresión de que me va a explotar la cabeza. Pero me voy a ocupar de él porque es lo que debo hacer, porque este bebé cuenta conmigo. De lo que no puedo ocuparme es de ti, o de tu vida y de cómo te afectará todo esto. Porque, a pesar de lo que digas, sé que tener este niño nunca será tu prioridad. Cuando lo pienso me siento culpable, y luego me enfado por sentirme así y todo termina convirtiéndose en un embrollo al que no sé cómo hacer frente.

—Liz. —Se frotó la cara con ambas manos—. Mierda. No era mi prioridad, pero tampoco lo era para ti tener un hijo en este momento de tu vida.

—Pero...

—No —volvió a interrumpirme, clavando los dedos con fuerza sobre sus muslos—. Ahora me toca a mí hablar y a ti escuchar. Por favor.

Me detuve y asentí. Se lo debía.

—De acuerdo. —Tomó una profunda bocanada de aire con movimiento de sus anchos hombros incluido—. Estamos hablando de nuestro hijo. Tuyo y

mío, lo hicimos juntos quisiéramos o no. Es un hecho. Da igual cómo me hubiera gustado que fuera mi vida, esta es ahora la realidad. Y ni mucho menos voy a ser uno de esos padres gilipollas que se pierden la vida de sus hijos o dejan que otro hombre críe al niño.

—O a la niña.

—O a la niña. —Me lanzó una mirada de reproche—. Sí.

De acuerdo, me pondría una cremallera en la boca.

—Gracias. —Sí, su tono no rezumaba nada de sarcasmo—. Y tampoco voy a dejar que hagas esto tú sola. Da igual lo que Anne y Mal piensen de mí en este momento, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para apoyarte. No estamos juntos, pero ya veremos cómo solucionamos eso. Ahora la mejor manera que tengo de ayudarte es asegurarme de que no tienes que preocuparte por el dinero.

Respiré hondo, intentando asimilar lo que acababa de decir. Tenía razón. Estaría muy bien tachar los problemas económicos de mi lista de preocupaciones. Lo que me inquietaba eran las ataduras y complicaciones que podían venir con esos fondos. Pero era el padre de la lentejita. Y si quería estar al pie del cañón, como había dicho, no me quedaba más remedio que aceptarlo, incluso alegrarme por ello.

Tenía que darle la oportunidad que me había pedido.

—Me has tenido preocupado todo el día. No sabía dónde estabas o si te pasaba algo... Y eso me ha dado mucho que pensar. Esto va a afectar a tu vida un poco más, por no decir un montón más, que a la mía. No necesitamos meter a los abogados de por medio, con tu relación con Mal y todo eso. No hace falta que nos compliquemos tanto.

—Mmm.

—Deja de fruncir el ceño.

Podía aplicarse el cuento.

—Estoy pensando —repliqué.

—No hay nada que pensar. Ya está hecho.

—¿El qué?

Se rascó la barba.

—He hecho una transferencia a tu cuenta.

—¿Cómo has conseguido mi número de cuenta?

—Anne me lo dio. Creo que lo hizo como una especie de desafío, para ver si iba en serio.

Abrí los ojos como platos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De lo suficiente para que no tengas que preocuparte por nada durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

Simplemente me miró.

Oh, Dios mío. Algo en mi interior me dijo que lo que un roquero millonario entendía por «un tiempo» era muy distinto a la idea que yo tenía. Aquello me produjo un ataque de pánico. Retorcí los dedos sobre el regazo. El papeleo legal me asustaba, pero la idea de que me enviara una suma desorbitante de dinero era aún peor.

—¿Pero qué pasa con los abogados y los papeles y todo lo que dijiste esta mañana?

—Lo solucionaremos por nuestra cuenta, como querías. —Parecía tan calmado... No como yo que estaba a punto de ponerme histérica—. No va a haber ningún problema, Liz. Ya lo verás.

—Estás depositando un montón de confianza en mí.

—Vamos a tener un hijo. Por algo hay que empezar, ¿no crees?

Mis botas favoritas estaban muy desgastadas. Casi todo mi calzado. Por lo menos el embarazo no afectaría a mi número de pie. La ropa era otra cosa. En breve tendría que cambiar todas mis prendas de vestir. La mayoría estaban muy usadas o eran de segunda mano. No me hacía mucha gracia tener que pedir dinero a Mal o a mi hermana para un nuevo guardarropa premamá, ya me habían ayudado demasiado. Me iba a resultar muy raro no tener que preocuparme por el dinero. Nos habíamos criado sin muchos medios y no podía recordar ningún momento en el que las finanzas no nos hubieran supuesto un problema.

—Tienes razón —reconocí.

—No es para tanto.

No lo veía tan claro.

—Te agradezco la ayuda monetaria. Me va a venir muy bien —admití con la vista clavada en el suelo, porque ahora era incapaz de mirarle a la cara—. Me has quitado un gran peso de encima.

—Mira. Siento lo de anoche. Y lo de esta mañana. Solo... solo estoy tratando de hacerlo lo mejor posible.

—Por supuesto —esboqué la sonrisa más deslumbrante que pude—. Vamos a ser amigos por el bien de la lentejita.

—¿Lentejita?

Ahora sí que sonreí de verdad.

—En las primeras etapas del embarazo el feto tiene una forma y un tamaño parecido al de una lenteja.

—Ah. Es verdad. —Movía los dedos nervioso. Durante un segundo, sus ojos se posaron en mi vientre, pero enseguida apartó la mirada—. Déjame que me haga a la idea y ya hablaremos tranquilamente de todos los detalles.

—De acuerdo.

—Y por supuesto que seremos amigos. «Ya» lo somos.

—Claro.

Me sonrió. Aunque no creo que en ese instante ninguno sintiera nada más que miedo.

CAPÍTULO 7

Mientras los chicos estaban en el lujoso Chateau Marmont de Los Ángeles, concediendo una entrevista a la revista *Rolling Stone*, en Portland una completa extraña se dedicaba a hurgar en mis partes íntimas. Los títulos que colgaban de la pared de su consulta en sofisticados marcos no ayudaron a paliar la incómoda sensación de que alguien estuviera hurgándome ahí dentro con sus dedos enguantados.

Sí, ir al ginecólogo era lo más.

La buena noticia era que la lentejita estaba perfectamente. Y oír por primera vez los latidos de su corazón cambió mi vida para siempre. Era real. Iba a ser madre de verdad.

Alucinante.

Con el grupo de gira y la prohibición hecha a Ben de entrar en el apartamento de Mal y Anne (aunque también estaba segura de que, a pesar de sus bonitas palabras, estaba evitándome) pasaron cuatro semanas completas hasta que volvimos a vernos después de que prácticamente reventara mi precaria cuenta bancaria con su transferencia. Como me pasaba la mayor parte del día con la cabeza metida en la taza del váter, me perdí los conciertos de Vancouver, Seattle, Portland, San Francisco y Los Ángeles. Anne y yo quedamos en reunirnos con ellos en Phoenix y, debido a un retraso en el vuelo por una tormenta, llegamos cuando estaban a punto de finalizar su

actuación.

Sam nos recogió y nos llevó a una lateral del escenario. Me encantó volver a ver a Stage Dive en vivo y en directo. Me senté sobre una caja vacía que había detrás de una pantalla gigantesca que proyectaba las reacciones del público. No podía ver a la gente, pero sí escucharla. A mi lado también esperaban distintos miembros del equipo técnico y de montaje.

En el mismo instante en que el concierto terminó Mal se abalanzó sobre Anne y se frotó contra mi hermana todo sudoroso, como si quisiera acostarse con ella ahí mismo; algo que a Anne no pareció importarle, todo sea dicho. Después de aquello no nos quedamos por allí mucho tiempo, sino que fuimos directos al hotel. Por lo visto habían hecho todas las entrevistas y encuentros con los seguidores antes del concierto.

Ben me vio y me saludó con un gesto de barbilla, pero eso fue todo.

La fila de lujosos Lexus negros se detuvo al llegar a la entrada trasera del suntuoso hotel en el que nos alojábamos. Numerosas manos golpeaban los cristales mientras los admiradores trataban con todas sus fuerzas de acercarse lo suficiente para pegar la cara en el cristal y ver a sus ídolos detrás de las ventanillas tintadas.

Era una locura.

Dave y Ev, que iban en el primer vehículo, lograron acceder al hotel enseguida. Ben, Lena y Jimmy salieron del Lexus que iba delante de nosotros. El cantante y Lena corrieron por el pasillo formado por el equipo de seguridad hacia el refugio que proporcionaba el hotel, pero Ben se paró a firmar autógrafos y estrechar unas cuantas manos.

Había tanta gente allí fuera. Una marea de mujeres y hombres que gritaban, lloraban y armaban un escándalo considerable. Sabía lo famosos que eran, pero una cosa era saberlo y otra ser testigo directo. Incluso pude ver algunas cámaras de televisión.

—Mierda —murmuré, encorvándome.

—Hay gente que no sabe guardar un secreto —comentó Anne, sentada entre su marido y yo en la parte trasera del vehículo.

Mal se encogió de hombros.

—El lugar donde nos alojamos siempre termina filtrándose. Señoras, será

mejor que os vayáis acostumbrado.

Un guardaespaldas vestido de negro abrió la puerta. Al instante sentí como si el clamor me diera una bofetada en plena cara. Madre mía, era ensordecedor. Empecé a sudar por la espalda y se me secó la boca. Anne me dio un ligero codazo e hizo un gesto hacia la puerta, hacia la enloquecida multitud que había fuera. Tragué saliva y asentí. Quisiera o no (¡no!, ¡no quería!) tenía que salir de allí. Normalmente, mi agorafobia (o *enoclofobia*, si queremos ponernos en plan técnico) no me suponía un problema grave a la hora de hacer mi vida diaria, aunque eso no quería decir que me encontrara cómoda ante una masa enardecida de gente.

Salí con cuidado del Lexus, pero en el momento en que puse un pie en el cemento me cegaron los flashes de las cámaras.

Mierda.

La multitud se precipitó hacia adelante y el equipo de seguridad luchó por contenerlos. La gente gritaba un sinfín de cosas aunque no conseguí entender nada, pues los desaforados latidos de mi corazón me embotaron los oídos. Coreaban un nombre; a juzgar por el movimiento de sus labios tenía que tratarse de Mal.

Me quedé petrificada, intentando respirar, totalmente paralizada. Joder, no. No podía hacerlo. ¿Y si alguien me empujaba... o tropezaba sin querer y me caía y le hacía daño a mi lentejita?

Sin embargo, antes de que pudiera dar media vuelta y meterme de nuevo en el vehículo, un musculoso brazo me rodeó y me atrajo hacia la seguridad de su cuerpo.

—Te tengo. —Noté su cálido aliento en la oreja.

No podía articular palabra.

Ben me guio por el estrecho pasillo de seguridad hasta el edificio, protegiéndome con ambos brazos y sosteniéndome con fuerza hasta que no le quedó más remedio que soltarme para presionar el botón del ascensor. El aire golpeó mi acalorado rostro mientras trataba de recuperar la respiración. Dios, qué imbécil había sido. ¿Cómo había perdido el control de ese modo? Menuda madre y psicóloga iba a ser.

Mal y Anne se habían quedado atrás, prácticamente invisibles entre la

multitud.

—Vamos. —Ben me agarró de la mano y me metió dentro del ascensor.

—¿No les esperamos? ¿Qué hacen?

Las puertas del ascensor se cerraron.

—Con Mal, quién sabe. No te preocupes, no les pasará nada.

Estiré el cuello (un gesto que tenía que hacer sí o sí para poder mirarle a la cara). El pelo le había crecido un poco más y ahora lo llevaba recogido en uno de esos pequeños moños que se hacían los hombres. La barba cuidadosamente recortada. Dios, seguía tan atractivo como siempre. Llevaba una camiseta negra con una postal de Arizona impresa en la parte delantera que le quedaba perfecta, ni ajustada ni demasiado suelta. Despedía un ligero olor a sudor, y también a cerveza, a pesar de lo cual me habría encantado poder enterrar el rostro en su pecho y aspirar hondo una y otra vez. Quería estar tan cerca de él como fuera posible. Seguro que algún día todo lo que sentía por ese hombre desaparecería. Ahora solo podía rezar para que ese día llegara pronto.

Sin soltarme la mano, bajó la vista y me miró con una sonrisa tensa que no le llegó a los ojos. En realidad me dio la impresión de que estaba nervioso.

—Siento haberme asustado tanto ahí fuera —dije.

Las puertas se abrieron con un ligero sonido digital.

—No te preocupes por eso. —Me soltó la mano y me puso la palma sobre la espalda, para empujarme suavemente y que saliera. Se movía sin ningún problema, con paso firme. Por mucho que hubiera bebido, no estaba para nada ebrio—. Venga.

Caminamos por una alfombra de color crema que amortiguó nuestros pasos, bajo la luz de elegantes arañas. Aquel hotel no era muy diferente del de Las Vegas, despedía el mismo aire de lujo y opulencia. Vi a otros dos guardaespaldas paseando por el pasillo, vigilando que no hubiera ningún problema.

—¿Todo este despliegue no molesta al resto de clientes? —pregunté.

—Tenemos reservada toda la planta para el grupo. Tú estás dos puertas más allá, en la *suite* de Anne y Mal. —Sacó una tarjeta y la introdujo en la ranura del lector. Cuando se iluminó una pequeña luz verde, empujó la puerta

para abrirla—. Si quieres puedes quedarte un rato aquí.

—Está bien. —No fue la más calurosa de las invitaciones, la verdad. Qué incómodo era todo aquello.

Una vez dentro eché un vistazo a su *suite*. Era grande, con una vista muy bonita y un montón de sofás en distintos tonos de beis que parecían bastante cómodos. La mesa auxiliar estaba repleta de una colección de botellas de alcohol; la única prueba visible de que allí se alojaba una estrella del *rock*. Por lo demás, la habitación estaba imaculada.

De todos modos, lo que hubiera pasado o hecho la noche anterior no era de mi incumbencia.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. —Nos sentamos el uno frente al otro—. Las náuseas matutinas han desaparecido.

—Estupendo.

—Sí.

Un gesto de asentimiento.

—Gracias por los mensajes de texto —dije—. Has sido muy amable.

—No es nada.

Por las mañanas y por las noches me mandaba la misma pregunta escueta e impersonal: «¿Todo bien?» y yo le contestaba con un «¡Muy bien!», «¡Fenomenal!» o «¡Estoy perfecta!», acompañado de alguna que otra carita sonriente. No quería contarle que había estado vomitando toda la mañana, o que me había pasado tres días fuera de combate, que tenía las emociones a flor de piel, que me dolían los pechos o que las hormonas me estaban haciendo papilla el cerebro. Ambos nos habríamos sentido muy incómodos con una sinceridad tan brutal. Además, Ben debía de tener mil cosas en la cabeza estando en plena gira. Así que me desahugué con Anne y mi hermana fue lo suficientemente buena como para no decirme que todo aquello era única y exclusivamente por mi culpa. Sí que es cierto que de vez en cuando me lanzó alguna mirada acusadora, pero no le hice caso. ¿De qué me servía autocompadecerme? No tenía sentido mirar hacia el pasado, había que mirar hacia delante... o en mi caso hacia mi creciente abdomen.

Me llevé la mano hacia la pequeña protuberancia de mi vientre, apenas

visible bajo la camiseta azul que llevaba. Un gesto que a Ben no le pasó desapercibido. Se frotó los labios con el canto de la mano. Me miró el abdomen con los ojos llenos de miedo. No podía soportarlo.

—¿Tienes un poco de zumo? —pregunté.

—Claro. —Se levantó de su asiento de un salto, visiblemente aliviado por alejarse de allí. Fue hacia un armario que había en un lateral donde se ocultaba el minibar. La habitación estaba sumida en un silencio tal que cuando abrió la botella de zumo, el ruido que hizo el tapón me sobresaltó.

—Será mejor que me vaya. —Me puse de pie—. Te dejaré en paz.

—Pero el zumo...

Entonces la puerta de la *suite* se abrió de golpe y se hizo la fiesta. No hay otra forma de describirlo. Risas, cervezas y un sinfín de hombres y mujeres irrumpieron en la estancia hasta que prácticamente no cupo un alfiler.

—¡Menudo concierto! —gritó un tipo alto y desgarbado con el pelo largo y una mujer pegada a su cadera.

Él y Ben chocaron los cinco.

—Sí, ha estado bien.

Comenzaron a hablar pero sus voces quedaron amortiguadas por la música de Metallica. Otro tipo alto y lleno de tatuajes sacó una cerveza de un paquete de seis latas y me la puso en la mano. La agarré por instinto. Estaba helada.

—Hola —me saludó con una deslumbrante sonrisa. Era pelirrojo, llevaba el pelo peinado de punta y tenía que reconocer que no estaba nada mal—. Soy Vaughan.

—Hola, yo soy Lizzy.

—Anoche no estabas por aquí. De haberte visto seguro que te recordaría.

Vaya, estaba ligando conmigo. Tenía que ser por las tetas. No podía quejarme de mis conquistas pasadas, pero no me consideraba un imán para los hombres. Sobre todo cuando estaba en una habitación llena de mujeres que parecían modelos de ropa interior y vestían como tales.

—No. He llegado esta misma tarde.

Vaughan se hizo con otra cerveza y dejó el paquete en la mesa de café.

—¿Eres una fan o tienes algo que ver con el grupo?

—Supongo que ambas cosas.

—¿Ambas? —Me miró con curiosidad—. Bueno, estás en la habitación de Ben, así que entiendo que eres una de sus amigas.

Me limité a sonreír.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Soy el bajo del grupo telonero, Down Fourth.

—¡No me digas! Os he oído. Sois muy buenos —Aplaudí entusiasmada. Cualquiera diría que era la primera vez que conocía a un músico famoso.

Su sonrisa se hizo aún más amplia. «Bien hecho, Liz.»

—Me encanta la canción de... Mierda...

Soltó una carcajada mientras empezaban a arderme las mejillas.

—No me acuerdo del título. —Sentí una mezcla de vergüenza y frustración—. Lo tengo en la punta de la lengua. Pero si no paré de escucharla el otro día.

—No pasa nada.

—No me lo digas. —Cerré los ojos, tratando de recordar. Mi cuerpo se estaba rebelando contra mí, transformándome poco a poco en una incubadora andante incapaz de conectar dos neuronas. Qué injusticia—. Solo dame un minuto.

Continuó riéndose.

—No hay manera. ¡Estúpidas hormonas del embarazo!

De pronto el blanco de los ojos de Vaughan se hizo más grande. Ahí estaba otra vez, la mirada de miedo en un hombre. No sé por qué, la verdad. Ni que existiera la más mínima posibilidad de que fuera su hijo. No entendía cómo un fanático del *death metal* podía acojonarse de esa forma por una simple mujer embarazada.

De todos modos, vaya una bocazas que era. ¿Así quería guardar un secreto? Nada más decirlo, quise darme una torta. Eso o ponerme un bozal. Hasta ahora había mantenido mi embarazo lejos de la opinión pública y tenía toda la intención de que siguiera así.

—Preferiría que esa información quedara entre nosotros —dije, bajando la voz y acercándome un poco más a él—. Todavía es muy pronto y no...

—¡Vaughan! —Ben se acercó y le estrechó la mano con desmedido entusiasmo masculino—. ¿Qué tal?

—Hola, Ben. Bien.

—Veo que has conocido a Liz. —Me puso el zumo que le había pedido en la mano que tenía libre y me quitó la cerveza de la otra. Luego abrió la lata y le dio un buen trago.

—Sí, estábamos hablando —explicó Vaughan. Gracias a Dios la cara de miedo a los bebés había desaparecido y volvía a esbozar su cálida sonrisa. Con un poco de suerte no diría nada—. Resulta que es una fan.

—¿Ah, sí?

—Sí —reconocí—. La semana pasada estuve escuchando todo el rato *Stop*.

¡Bingo!

—Mira tú qué bien. —La sonrisa de Ben parecía tan natural y cómoda como un traje de pana en pleno verano. No supe lo que estaba pensando, pero seguro que nada bueno. Aunque no tardó mucho en confirmar mis sospechas, porque de pronto me rodeó el cuello con un brazo y me atrajo hacia sí; no como lo harías con tu novia o amante. No, nada parecido—. Liz es la nueva cuñada de Mal, ¿verdad, preciosa?

—Sí.

Qué curioso. Siempre me había gustado que me llamara de ese modo, pero en esa ocasión sonó diferente.

Bebí un sorbo de zumo, intentando no perder los nervios.

Vaughan nos miró con el ceño fruncido, obviamente confundido.

—No me había dado cuenta.

—Sí. Siento amenazarte con la cólera de Mal, pero nadie puede ponerle un dedo encima. ¿Entendido, amigo? —Entonces me dio un beso en la coronilla y se atrevió a ir todavía más lejos haciendo lo impensable: me revolvió el pelo como si fuera una mocosa—. ¿Puedo hablar un momento contigo en el dormitorio, Liz?

—Claro, Ben —respondí entre dientes.

Volvió a ponerme una mano en la espalda y me empujó a través de la multitud. La puerta del dormitorio estaba cerrada; seguramente por eso estaba vacío.

Mientras entrábamos y cerraba la puerta, no dije ni una sola palabra. Y

luego tampoco dije nada.

Lo que hice fue tirarle el zumo directamente a la cara.

—¡Pero qué cojones! —rugió antes de limpiarse los ojos.

—¿Cómo te atreves a revolverme el pelo como si fuera tu hermana pequeña o algo parecido? —Se me cayó el vaso vacío a la alfombra—. ¿Cómo te atreves?

—Te estaba haciendo un favor.

—Y unas narices.

Ben dejó la cerveza y se paró frente a mí todo lo alto que era.

—El tipo es un mujeriego, Liz. Desde que empezamos la gira, prácticamente ha estado con una mujer diferente cada noche.

—¿Pero qué mierda me estás contando?

—Lo digo en serio. Estaba ligando contigo, intentando colarse en tus bragas. Es lo que suele hacer.

—No estoy hablando de él.

Ben parpadeó un par de veces.

—Tú y yo no estamos juntos, ¿recuerdas? Si me apetece ligar con un hombre, lo haré. No es asunto tuyo.

—Estás embarazada de mi hijo. —Cualquier mujer medianamente inteligente se habría apartado al ver la furia en su mirada. Que le dieran. Me puse de puntillas y le miré directamente a los ojos. Bueno, lo más cerca que pude teniendo en cuenta la diferencia de estatura. La próxima vez que discutiéramos usaría una escalera.

—Es verdad, Ben, estoy embarazada de «nuestro» hijo —dije, casi sin aliento—. Y estoy en esta gira para que podamos llevarnos lo mejor posible y aprender a ser padres juntos. Algo que implica un respeto mutuo.

—Y yo te respeto, Liz. Lo que no puedo es quedarme de brazos cruzados mientras un tipo intenta camelarte para llevarte a la cama.

—¿Ah, no? Dime que no te has acostado con ninguna de esas mujeres medio desnudas y maravillosamente liberales de ahí fuera. Convénceme de que no estás usando una doble vara de medir conmigo.

No pudo. Cerró la boca y retrocedió, poniendo una considerable distancia entre nosotros. No debería haberme dolido, pero lo hizo. Los corazones son

así de tontos. Por lo menos no se inventó ninguna excusa.

—¿No dices nada? —insistí.

Silencio.

—No estamos juntos —repetí—. No tienes ningún derecho a decirle a nadie que no puede estar conmigo. Ni por supuesto a tratarme de esa forma, como si fuera una cría, revolviéndome el pelo y llamándome «preciosa» con ese tono... —Me escocían los ojos, empezaban a humedecerse. Ni hablar, no iba a echarme a llorar—. ¿Cómo has podido?

Tendría que haber salido corriendo de allí. Era lo que quería. Pero la idea de derrumbarme en medio de toda esa gente me detuvo. Tenía que haber otra opción. Algo que me diera unos minutos; el tiempo suficiente para recobrar la compostura e ir a mi habitación más tranquila.

—Necesito ir al baño.

Apenas me quedaba dignidad. Tan poca como el espacio que había en mi vejiga desde que tenía creciendo en mi interior a la lentejita. Tenía ganas de orinar a todas horas. Así que tampoco le estaba mintiendo del todo, a pesar de que estaba a punto de ponerme a llorar. Putas hormonas. Y también putos hombres y su esperma. Entré en el inmenso baño y cerré de un portazo. Una lágrima resbaló por mi mejilla, seguida rápidamente de otra.

Y la chica al otro lado del espejo seguía sin resplandecer. Qué injusticia más grande.

Hice lo que tenía que hacer en el inodoro y después me lavé las manos y la cara. Dentro de mí bullían un montón de emociones que amenazaban con volver a explotar. La situación con Ben me estaba volviendo loca. Así que hice lo que cualquier universitaria sensata con veintiún años y embarazada hubiera hecho: me metí en la enorme y vacía bañera para calmarme y replantearme mi vida. En realidad era bastante cómoda. A lo lejos, oía los murmullos y la música proveniente de la fiesta. Uno se habría imaginado que, para ser un hotel de lujo, tendrían unas paredes un poco más gruesas.

Estuve allí unos diez minutos, respirando hondo y haciendo un balance de la situación. Tal vez fuera mejor que Ben y yo no nos hablásemos durante un tiempo. No teníamos por qué ser amigos ni criar a nuestro hijo juntos; de hecho, lo último no iba a pasar. A nadie le sorprendería que un buen día

cambiara de opinión sobre lo de ser padre. Duro, pero cierto.

Daba igual. Hiciera lo que hiciese, me las arreglaría yo sola.

—¿Dónde está Lizzy? —preguntó una voz amortiguada en la habitación de al lado. Era una voz masculina y brusca. La de Jimmy Ferris. No tenía ni idea de por qué me buscaba.

—En el baño —respondió Ben—. ¿Qué quieres?

—Ya que Mal y Anne están ocupados recuperando el tiempo perdido, Lena ha pensado que tal vez le gustaría pasar un rato con ella.

—Ahora mismo estamos en medio de una conversación. Luego se lo pregunto.

Jimmy resopló.

—Una conversación de lo más tranquila, ¿verdad? Por eso estás empapado y hay un vaso tirado en el suelo. Inténtalo de nuevo, Ben.

—No es asunto tuyo.

—Tienes razón. No lo es. Pero, joder...

Durante unos segundos no oí nada, y eso que agucé bien el oído.

—La estás cagando con ella a base de bien —continuó Jimmy, poniendo fin al silencio—. De una forma u otra, esa chica va a formar parte de tu vida de ahora en adelante. Y tal y como te estás comportando, no creo que sea en buenos términos.

—¿Qué sabrás tú? —espetó Ben.

—¿Me estás preguntando que qué sé de arruinar las cosas con las chicas? ¿En serio?

No hubo respuesta.

—¿Cuántas veces has hablado con Lizzy este último mes?

—Sí que hemos hablado.

—No en persona o Mal nos lo habría contado. Otra cagada que tienes que solucionar.

—Estoy en ello —dijo un Ben bastante cabreado—. Lo arreglaré con él.

—Lo creeré cuando lo vea.

—No me vengas con sermones sobre meter la pata con el grupo. ¿Dónde te metiste durante el último ensayo antes del concierto en Seattle, eh?

Jimmy soltó una risa irónica.

—Estaba con Lena, en la cita que tuvo con el obstetra. No tienes ni puta idea de lo que es eso, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Estás yendo con Liz a sus citas? ¿Estás cuidando de ella? Claro que no. Porque si lo hicieras, el resto de los componentes del grupo te tendrían bastante más respeto del que te tienen en ese momento.

—Estamos en plena gira —señaló Ben.

—Hay cosas más importantes, por Dios. Como por ejemplo, cuidar de la mujer que está embarazada de tu hijo.

—Jim...

—¿Cuántas veces te has dignado a llamarla desde que empezó la gira?

—¿Pero qué...? ¿Es que ahora te dedicas a la terapia de parejas?

Jimmy se echó a reír.

—Bueno, mi mujer no me tira bebidas a la cara, así que en lo que a ti concierne, puede que te venga bien mi «terapia».

—Ella no es mi mujer.

—Es la chica a la que dejaste embarazada, gilipollas. Y si está pasándolo la mitad de mal que Lena, entonces eres el mayor hijo de puta que me he cruzado en mucho tiempo por permitir que se enfrente a esto ella sola.

Supuse que Ben tampoco tenía una respuesta para aquello.

Tenía que admitir que me sentía mal por él. Quería a sus compañeros de grupo como si fueran sus hermanos y hasta ahora me las había apañado bastante bien sola. Y sí, también me sentía un poco culpable por escuchar aquella conversación, teniendo en cuenta que estaban hablando de mí...

—El embarazo le provoca constantes cambios de humor. Tan pronto está toda deprimida, preocupada por cómo nos las arreglaremos teniendo un hijo y convencida de que todo se irá a la mierda, como que está feliz de la vida y súper emocionada porque va a ser madre.

Una pausa.

—Para Lena está siendo difícil. Todos esos cambios... Y sé que acojona bastante.

—Jim.

—No, calla y escucha. Casi he terminado. —El cantante soltó un fuerte

suspiro—. Ninguno de vosotros planeó esto. Pero tienes que dejar de comportante como el capullo del año antes de que sea demasiado tarde.

—Está bien. Hablaré con ella.

—Piensa, Ben. Solo piensa. ¿Cómo demonios vas a explicar a tu hijo dentro de cinco o diez años que su madre no te habla porque te pasaste todo el embarazo detrás de una botella, recibiendo mamadas de las *groupies*?

Se me hizo un nudo en el estómago. Ahí estaba. Estaba segura de que había estado con otras mujeres, pero aun así dolía.

—No es como lo cuentas —explotó Ben.

—Es exactamente así. No me tomes por tonto, hombre. Que no participe en tus juegos nocturnas no significa que no sepa lo que está pasando aquí. Joder, cualquiera puede verlo.

Ben volvió a quedarse callado.

—No sé si la quieres o no. Pero te lo digo desde ya: si sigues así vas a perderla, a ella, a tu hijo y a cualquier pizca de autoestima que te quede. Tus padres eran un desastre, igual que los míos, así que ya sabes lo que se siente. Soluciona esta catástrofe.

Oí cómo se abría la puerta de la habitación; los ruidos de la fiesta se hicieron más fuertes.

—Si Lizzy quiere pasar un rato con Lena, llévala a nuestra habitación. Es bienvenida a cualquier hora.

Ben no respondió.

La puerta se cerró y la música y los murmullos volvieron a bajar de volumen. Entonces oí un fuerte bum. Una, dos, hasta tres veces. Miré la puerta del baño sorprendida; también con un poco de miedo. Habían sonado demasiado fuerte.

Tal vez había llegado la hora de salir de allí.

—Liz, ¿puedo entrar?

—No está cerrado —dije en dirección a la puerta.

El pomo se movió muy despacio. Entonces Ben asomó la cabeza con cautela, como si estuviera esperando que le lanzara más proyectiles, líquidos o de otra índole.

—Tranquilo, no te voy a tirar nada.

—Hola.

—Hola.

No dijo nada. Lo que hizo fue irse hacia el lavabo y se lavó la cara y el cuello. Supongo que debí de darle de lleno con el zumo porque se quitó la camiseta de Arizona y la tiró al suelo. A continuación se lavó también las manos.

Solo cuando terminó se acercó a mí.

—¿Te importa si me meto ahí contigo?

Me encogí de hombros.

—Es tu bañera.

Soltó un suspiro y se sentó en frente de mí, en el lado opuesto. Doblé las piernas y las recogí todo lo que pude, asegurándome de que quedaba espacio suficiente para que no tuviéramos que tocarnos, pero él estiró las suyas todo lo largas que eran y las colocó al lado de las mías sin dejar de mirarme. Vaya una imagen que debíamos de dar; yo completamente vestida en una bañera vacía y él con los *jeans* y sus enormes botas negras. Joder, tenía un torso estupendo. Hice todo lo posible para no fijarme en él, pero había cosas que escapaban a mi control. Y Ben medio desnudo era una de ellas. No obstante, sí que me preocupaba la pelea que acababa de tener con Jim. Solo había que mirar los nudillos en carne viva de su mano derecha. A estos chicos les encantaba descargar su frustración en las paredes. Recordé que Mal había hecho lo mismo en una ocasión. Hombres. Siempre tan violentos.

Porque, claro, yo no acababa de tirarle nada a nadie...

—Supongo que nos has oído discutir a Jimmy y a mí.

—Era muy difícil no hacerlo.

Asintió con la cabeza.

—Tenía razón en una cosa. Hace un montón de tiempo que no hablamos. Me refiero a hablar de verdad.

—Sí.

Ambos permanecemos en silencio unos segundos. Desde luego no iba a ser yo la que empezara. En ese momento no tenía el coraje suficiente para hacerlo.

—Yo... mmm... he estado muy liado con la gira. —Apoyó los brazos en

el borde de la bañera, intentando ponerse lo más cómodo posible teniendo en cuenta las circunstancias del lugar y de la situación en la que nos encontrábamos—. Adrian nos ha hecho hablar con todos los putos periodistas del país. Ha sido una locura.

—Ajá.

—Los productores creen que la música se hace sola. Que en cuanto Dave compone una canción, solo hacen falta un par de sesiones en el estudio para tenerla lista. Pero eso es una gilipollez. Se tarda horas, a veces incluso días, para obtener el sonido correcto. —De pronto tenía un brillo especial en los ojos y no precisamente por el alcohol, sino porque estaba hablando de algo que le apasionaba: la música—. Dave también solía ser un perfeccionista al respecto, pero ahora todos ellos tienen la cabeza en otra parte, no dejan de mirar el reloj porque están deseando volver a casa con sus mujeres. Y yo soy el único que me quedo allí, con Dean y Tyler, hasta altas horas de la madrugada para asegurarme de que todo está como tiene que estar.

—Parece un montón de trabajo.

—Lo es. Jimmy y Mal lo dan todo en el escenario, Dave sigue siendo el poeta, el que compone todas las canciones. Pero ahora el grupo depende de mí para que el sonido sea perfecto. —Se rascó la barbilla—. No quiero parecer uno de esos genios de la música que se creen imprescindibles, pero es importante, ¿entiendes? Necesito saber que hemos dado el cien por cien en todo lo que publicamos, que es lo mejor que podíamos sacar.

—Sí, te entiendo.

—No te estaba evitando, Liz, pero tampoco he hecho mucho por verte. Seguro que te has dado cuenta.

—Cierto.

—Creía que era mejor esperar a que las cosas con Mal y Anne se calmaran un poco. Aunque supongo que eso también es otra excusa.

Clavó sus oscuros ojos en mí, como si pudiera traspasarme con la mirada hasta tocar mi alma. ¿Quién sabía? Tal vez pudiera. Con él siempre me había sentido demasiado vulnerable, demasiado transparente. Todas esas sensaciones y deseos que había despertado en mí me estaban volviendo loca. No sabía si lo que sentía por él era amor o simple lujuria, pero fuera lo que

fuese era un asco.

—Lo siento, Liz —dijo con una voz suave y profunda que inundó todo el baño—. Te dije que estaría a tu lado y no lo he hecho. He vuelto a desaparecer y esta vez estabas atravesando una situación bastante difícil. Muy complicada.

Hombre...

—Jimmy tiene razón —continuó—. No deberías pasar por esto tú sola.

—Tampoco ha sido tan difícil. —Me volví un poco. Demasiadas emociones en un solo día—. Tenía a Anne.

—Sí, pero se trata de nuestro hijo y Anne no soy yo.

Respiré por la nariz y expulsé el aire por la boca con calma, despacio, intentando frenar mi acelerado corazón. Era verdad. Su ausencia me había herido profundamente y ningún discurso de ánimo frente a un espejo podía cambiar ese hecho.

—¿Lo es? —quiso saber él.

—No, Ben, no lo es.

Asintió despacio, como si acabáramos de tomar una decisión.

—¿Y ahora qué?

—Habla conmigo. —Tamborileó con los dedos sobre el borde superior de la bañera. No tenía ni idea de si era porque estaba nervioso o por cualquier otra cosa. Por lo menos ya se le había secado la sangre de los nudillos de la mano derecha.

—¿De qué?

—De todo lo que tendría que haber oído este último mes. —Tenía el semblante serio. Mucho—. Basta ya de mensajes que no sirven para nada, Liz. Habla conmigo. Ahora, cara a cara. Ayúdame a demostrar que Jim se equivoca.

Darle otra oportunidad.

Le miré perdida, buscando en mi cerebro las palabras adecuadas, pero cualquier información que se me ocurría no era trascendental o ponía en entredicho mi dignidad. Aunque, ¿podía confiar en él y contarle todas mis debilidades y miedos? Esa era la verdadera cuestión.

—Venga. ¿Cómo has estado de verdad? ¿Qué ha pasado? —presionó. Le

miré con el ceño fruncido y él hizo otro tanto—. Por favor, Liz.

Resoplé, capitulando.

—Está bien. Esto es un asco.

—¿Por qué?

—Por muchas razones. —Me retiré el pelo de la cara. Hora de dejar de esconderse—. El embarazo es un coñazo. ¿Que es lo más natural del mundo? Y unas narices. Por fin he dejado de vomitar, pero estoy todo el rato cansada. Llevo fatal haber tenido que dejar el café. Con este par de tetas que tengo ya no me queda bien nada de lo que me pongo y me duelen constantemente. Tengo que ir al baño cada treinta segundos. Y por si fuera poco lloro cada vez que veo el anuncio de Healthy Hound. Es totalmente absurdo.

A ambos lados de su nariz aparecieron unas pequeñas arrugas.

—¿Lloras por el anuncio de una marca de comida para perros?

—Sí. Los cachorritos intentan llegar hasta donde está su madre, moviendo la colita... Es tan bonito.

Se quedó mirándome.

—Sé que es de locos, Ben. Créeme, soy plenamente consciente.

—No, no, está bien. —Se llevó una mano a la boca para ocultar la sonrisa que tenía en los labios. Demasiado tarde, capullo.

—Ya me gustaría verte a ti lidiando con estas putas hormonas. Mierda. Pu...ñeteras. ¡Eso! Puñeteras hormonas.

—¿Puñeteras?

—Sí, estoy intentando no decir palabrotas —expliqué—. ¿Quieres que la primera palabra que diga nuestro hijo sea un taco?

—No. Entiendo. —Se le daba terriblemente mal disimular la risa—. Nada de palabrotas.

Imbécil. Le miré con ojos entrecerrados, tratando de reprimir mi propia sonrisa.

—No me estoy riendo de ti. Te lo prometo.

Pero qué mentiroso. Aunque me gustaba verle sonreír y oír su profunda risa. Por lo menos ya no estaba con el ceño fruncido.

—Y tengo los tobillos gordos e hinchados —continué—. Es horrible.

—¿Qué? Enséñamelos. —Una zarpa gigante me agarró de la pantorrilla y

colocó mi pie sobre su regazo. Después, sin más preámbulos, me subió la pernera de los *jeans* y me quitó la sandalia antes de tirarla al suelo—. Yo los veo bien. No tienes nada raro.

—Retengo líquidos. Es horrible.

Con la mano libre, se retiró unos mechones de la cara y me miró un tanto incrédulo.

—Por favor, devuélveme el pie. No quiero que lo veas.

Negó con la cabeza muy despacio.

—¿Eso es lo que has estado haciendo el último mes? ¿Comiéndote la cabeza por tonterías que no son verdad y llorando por un anuncio de comida para perros?

—Sí que tengo los tobillos más gordos, Ben. Y ya te he explicado lo del anuncio. Devuélveme el pie.

—No. —Metió una pierna debajo de la otra y apoyó mi pie encima de ella. Después, empezó a masajearme los dedos de los pies. ¡Oh, Dios mío, qué gusto! Tenía unos dedos muy fuertes. Probablemente porque tocaba el bajo. Cuando clavó los pulgares en mi arco, prácticamente me derretí. Estaba en el cielo, había alcanzado el nirvana... Podía conseguir todo lo que quisiera, siempre que no dejara de hacer eso que me estaba haciendo.

—Qué bien —suspiré feliz, hundiéndome un poco más en la bañera.

Soltó un gruñido, que casi podía interpretarse como un asentimiento.

—¿Cómo tienes la mano? —pregunté después de un rato.

Me miró bajo aquellas cejas oscuras, con los labios cerrados. Sus mágicos dedos se detuvieron durante un instante, pero enseguida continuaron con el masaje.

—Puede que haya hecho un par de agujeros en la pared después de que Jim se fuera.

—Vaya.

—Tenía razón. Has tenido que enfrentarte a esto tú sola desde el principio y yo lo único que he hecho ha sido soltar dinero, con la esperanza de que desapareciera el problema. —Me masajé el talón, teniendo mucho cuidado con el tobillo hinchado—. Prefería no saber nada, Liz. Por eso guardé las distancias. Solo quería que todo siguiera igual, fingir que nada de esto había

pasado.

—Yo también. Pero mi cuerpo no está por la labor. —Me reí, a pesar de que el asunto no tenía la más mínima gracia—. No somos tan diferentes, Ben. Todo esto nos ha dejado completamente descolocados... y me estoy quedando corta.

—No intentes justificarme —masculló.

—De acuerdo, eres un capullo y me has decepcionado. Otra vez. ¿Te sientes mejor?

Su sonrisa se hizo mucho más amplia.

—Creía que no íbamos a decir más palabrotas.

—¡Huy! —Era increíble lo bien que podía sentarle a mi estado de ánimo un simple masaje. En ese momento hubiera podido abrazar a todo el mundo. ¿Enfadarme yo? En la vida.

Me agarró el otro pie, volvió a subirme la pernera y me quitó la sandalia. Ni se me ocurrió llevarle la contraria.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije.

—Dispara.

—¿Por qué no querías tener hijos?

—Porque soy como soy, Liz. Lo que ves es lo que hay. Me gustan las cosas tranquilas, sencillas. Pero entre tú y yo nada ha sido fácil. Desde el primer momento en que te vi fue complicado. Primero con Mal, luego porque eras más joven, más seria... y ahora el embarazo. —Negó con la cabeza—. A algunas mujeres les importa una mierda que vaya y venga. Les parece bien. Pero contigo y el bebé... Necesitáis más de mí que eso. Y os merecéis mucho más.

—Estamos alterando tu estilo de vida.

Me miró detenidamente.

—Es más que eso. Mierda. Nunca he intentado explicar esto a nadie. Cuando eras pequeña, ¿tenías algún juego que te entusiasmara? ¿Y a veces no te despertabas por las mañanas sabiendo que ese día lo único que ibas a hacer era divertirme con ese juego? ¿A que en ese momento tenías la sensación de que la vida no podía ser más perfecta? Pues así es mi vida. Todos los días me levanto para tocar música, para crear algo.

Asentí con tristeza. Por fin lo comprendía. Ben era un hombre que estaba viviendo su sueño. Y nadie podía competir con aquello. Puede que yo le gustara. Pero en realidad nunca habría espacio para mí en su vida.

—Cuando los chicos están ocupados, puedo subirme a cualquier avión y tocar con algún otro grupo —continuó—. Reemplazar a un músico o colaborar en algún disco. O incluso subirme al escenario de un bar de mala muerte con gente que no conozco ni sabe quién soy. Esa es mi vida. Todos los días tengo la oportunidad de hacer algo nuevo, de aprender... Y es increíble. No hay nada comparable.

—Suenan muy bien.

—Claro —admitió—. Por eso nunca pensaba tener hijos. Incluso una novia me parecía demasiada distracción. No me malinterpretes, me gustan las mujeres. Pero siempre me pareció más fácil encontrar a alguien con quien pasar la noche que comenzar algo que me impidiera ser quien soy, hacer lo que más me apasiona en este mundo.

Asentí. ¿Qué podía decir? Empezar una relación con la esperanza de que la otra persona cambiara era una estupidez. Ben y yo habíamos terminado antes de comenzar. Lo que sucedía era que no me había dado cuenta hasta ese momento. Era evidente que yo le gustaba, pero no lo suficiente.

—Eso no significa que no vaya a estar ahí para ti y nuestro hijo. Dijiste que podíamos ser amigos. ¿La oferta sigue en pie?

Sí, ser amigos era lo mejor. Así que me tragué la decepción que sentía y esboqué una sonrisa.

—Por supuesto.

—Entonces me encantaría que lo fuéramos.

Bueno, pues al final seríamos la lentejita y yo. Pasara lo que pasase, estaría allí para mi niña. Que su padre hiciera lo que le diera la gana. Aunque si seguía dándome esos masajes en los pies, sería la mejor amiga que tendría nunca, a pesar de tener el corazón roto.

Bajó la cabeza, completamente concentrado en el masaje. Mis pies no eran tan fascinantes, la verdad. Tal vez tenía un fetiche con los pies. Me frotó el tobillo con los dedos, en círculos, muy reconfortante, antes de volver a clavarse en el arco. Estaba extasiada. Casi podía sentir las hormonas

ronroneando, ofreciéndose a él en bandeja de plata mientras le susurraban cosas como «papito» y guarradas varias. Lo que las manos de este hombre me hacían no era normal. Cada célula de mi ser flotaba maravillada. Hasta tuve un escalofrío.

Un segundo. Mierda, me estaba excitando de verdad.

Por lo visto un corazón herido no tenía nada que hacer al lado de una vagina con ganas de marcha. Esta necesidad de espermatozoides no tenía ningún sentido. ¡Ya tenía un bebé a bordo! Mis descarados pezones, decidieron llamar la atención y se irguieron orgullosos bajo la camiseta, rogando que los labios de Ben se ocuparan de ellos. La situación entre mis piernas no era mucho mejor. ¿Cuándo se habían convertido mis pies en una zona tan erógena y sensible? Sus hábiles manos le hicieron el amor a mis pies con suavidad, transformando mis músculos en gelatina. Abrí las piernas en una tácita invitación. Lo hice de manera inconsciente, os lo juro. No tenía ningún control. Me sentía increíblemente bien.

Madre mía. Nadie me había avisado de que el embarazo podía ponerte tan cachonda.

A pesar de mi estado de éxtasis total, no pude evitar fijarme en que entre la planta de mi pie y el bulto que Ben tenía entre los pantalones apenas había diez centímetros de distancia. Si quería tocarlo me bastaba con flexionar un poco el pie. Podía rozarle brevemente con los dedos y después soltar un jadeo y fingir que había sido un lamentable (y maravilloso) accidente. «¡Vaya, qué torpeza la mía, acariciando con el pie los genitales de un pobre hombre desprevenido! ¡Qué vergüenza! Aunque le puede pasar a cualquiera, ¿verdad?»

No.

Y precisamente esa era esa la razón por la que, según mi experiencia, los amigos no se masajearan los pies, a menos que hubiera algo más. Ese hombre ya me tenía lo suficientemente confundida, no hacía falta empeorarlo, gracias.

De pronto, sin querer, solté un pequeño gemido que reverberó en todo el baño.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí.

—Has hecho un ruido un poco raro.

—No es verdad.

Arrugó ligeramente la nariz.

—Si tú lo dices.

—Bueno, eso que me has hecho ha sido una gozada —dije, volviendo a colocar los pies sobre la bañera (unos pies que podían ponerme a mil, según acababa de comprobar)—. Gracias, has sido muy amable. Creo que seremos grandes amigos.

Me miró durante un buen rato.

—Cuando quieras. Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo. Es la única forma de que esto funcione.

—De acuerdo.

Necesitaba su cuerpo desnudo a mi plena disposición. ¡YA!

—Quiero honestidad total por tu parte, ¿de acuerdo?

—Honestidad total, sí.

Quería saltar sobre él y montarlo durante semanas.

—A partir de ahora hablaremos —dijo—. A todas horas. Blablablá...
Comunicación absoluta.

—Por supuesto.

—Estupendo —La manera en que movió los labios al pronunciar esa palabra hizo que le diera un significado mucho más intenso que el que realmente tenía. Puede que fuera mi imaginación, pero estaba convencida de que tenía las pupilas el doble de grandes de lo normal. Eran como dos estanques de oscuro y sensual rocanrol, de un pecaminoso deseo, que me invitaban a zambullirme en ellos y abandonarme al placer. De repente, me costaba respirar... creo que hasta pensar con claridad. No tenía ni idea del efecto que ese hombre tenía en mí para que me volviera tan poética, pero tenía que parar cuanto antes.

—Será mejor que me vaya.

—Es una puta locura... —masculló él.

—¿El qué?

—Tú.

Solté un resoplido de vergüenza.

—Venga ya, dame un respiro. Ya te he explicado lo del anuncio. Y oye, que quede entre nosotros. No te atrevas a contarlo por ahí.

—No estaba hablando de eso. —El atisbo de sonrisa que mostraron sus labios me produjo pensamientos nada castos.

—¿Entonces de qué? —Quería saberlo, aunque también tenía un poco de miedo.

Vaciló un poco, ocultando otra medio sonrisa detrás de la mano lesionada.

—Honestidad total, ¿recuerdas? Venga, suéltalo —insistí.

—Estoy seguro de que no quieres que te hable de mi polla.

—¿De tu... mmm... polla?

—Sí.

—Vaya. ¿Cuánto has bebido?

—No lo suficiente para esto, te lo aseguro. —Me regaló una sonrisa que me puso al límite. El hecho de que además viniera enmarcada por aquella pulcra barba hizo el resto. Sabía perfectamente cómo se sentía aquel vello facial contra mi piel. Era tan estimulante... Nunca había deseado con tanta intensidad frotar la mejilla u otra parte de mi anatomía contra la cara de alguien. Cuando se trataba de nuestra famosa noche en Las Vegas, tenía una memoria demasiado gráfica.

—Antes me preguntaste si me había acostado con alguien desde que me enteré de lo del bebé —dijo—. La respuesta es no.

—Sí, claro. —Me reí.

—Hablo en serio. Nada desde esa noche. Ni siquiera algo que se le pueda acercar.

Vaya.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que he perdido la libido. —Se rascó la barbilla—. Ya no me interesa. Es solo que... nada.

—¿No se te levantaba? —pregunté medio horrorizada y quizá con demasiada curiosidad. Ben siempre me había parecido tan viril.

—No quería que se me levantara —explicó él—. Hay una gran diferencia.

—Ajá. Pero Jimmy dijo...

—Jimmy no lo sabe todo —indicó molesto mientras movía el cuello para estirar los músculos—. Ojalá no hubieras oído la conversación.

No podía estar de acuerdo. La discusión que había mantenido con Jimmy había resultado ser muy esclarecedora.

—No estaba interesado en follarme a nadie porque estaba preocupado por ti y el bebé —señaló—. ¿Sabes? Lidiar con todo esto no ha sido fácil.

—Qué me vas a decir. Las consecuencias del sexo pueden llegar a ser un coñazo. —Sonreí—. Supongo que Anne siempre me ha protegido mucho. Ella siempre se ha ocupado de hacer frente a los problemas importantes. Pero ahora es imposible. Ahora me toca a mí.

—Y a mí.

—Sí.

El tiempo lo diría.

—Bueno —continuó—, pensé que te haría gracia.

—¿El qué? ¿Qué sufras disfunción eréctil? No veo qué tiene de gracioso, Ben.

—No tengo disfunción eréctil, Liz —protestó herido—. No digas tonterías.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo siento.

—Solo estaba entumecido. Llevaba una temporada en que había perdido todo interés en el sexo.

—Muy bien. Entumecido.

—Da igual —dijo con el ceño fruncido. Los hombres y sus egos. Qué sensibles—. Pero en cuanto te he vuelto a tener cerca, mi polla ha decidido salir del período de hibernación. Menos mal, joder. Me preocupaba no volver a tener ganas hasta que naciera el bebé.

—Sí, menos mal. —Estuve meditando un rato sobre aquella información. No tenía que ser necesariamente una buena noticia; al menos para mí. El resto de mujeres del mundo estarían encantadas—. Bueno, hemos estado hablando de nuestros problemas, así que supongo que es normal que te sientas mejor.

Hizo una mueca.

—Preciosa, no me estoy refiriendo a que seamos amigos, aunque eso está muy bien. Lo que quiero decir es que me excitas. Desde el día en que te

conocí. Me pones físicamente.

—¿En serio?

—Sí. Ahora solo tengo que canalizar ese interés en otros lugares.

Abrí la boca pero fui incapaz de pronunciar palabra alguna. Le ponía. Dios, si él supiera lo mucho que todavía me excitaba. Pero no podía albergar ninguna esperanza. No podía permitirme el lujo de liarme con él. Sentía demasiado por ese hombre y era obvio que para él solo era una diversión, una forma de pasar el rato. Sí, ahora no me cabía la menor duda.

—Ben, ¿estás seguro de que no has tenido una especie de bloqueo mental? ¿Que todo ha sido por la preocupación propia del embarazo y de cómo va afectar a tu vida en vez de que te sientas atraído por mí físicamente?

Enarcó una ceja.

—Mira —continué—, he visto a alguna de las mujeres que hay ahí fuera. Son impresionantes. Y si todas las noches has estado de juerga con chicas así, no creo que de verdad te exciten mi incipiente barriga y mis tobillos hinchados.

Se pasó la lengua por el interior de la mejilla. Aunque no dijo nada, sus ojos brillaron divertidos.

—Estoy intentando ser racional —agregué.

—El problema es que esto no tiene nada que ver con lo racional.

Mmm.

—Las pollas no son racionales. Por eso los hombres nos metemos en tantos líos.

En eso tenía que darle toda la razón. Aunque las pollas tampoco tuvieran sentimientos, las muy desgraciadas.

—El caso, Liz, es que tenías razón. Estaba celoso. Te deseo. Pero no voy a hacer nada porque las cosas son de por sí bastante complicadas y estamos intentando ser amigos. Es lo mejor para el bebé.

—Es verdad. —No podía tener más razón. Aun así, mi vagina se sumió en una profunda depresión. A mi corazón tampoco le sentó muy bien.

—El mundo de la música es lo peor para las relaciones... con eso de estar tanto tiempo separados. Las parejas no duran mucho tiempo. Lo he visto miles de veces. No quiero que nuestro hijo tenga que ser testigo de una

ruptura traumática. Y te aseguro que tú tampoco quieres.

—¿Qué? —Ladeé la cabeza—. ¿Hablas en serio? ¿Pero qué pasa por ejemplo con David y Ev?

—El tiempo lo dirá.

Abrí los ojos asombrada.

—Creo que eso que dices es muy triste, Ben.

—Confía en mí, Liz. Lo mejor que podemos hacer ahora por nuestro hijo es construir una amistad que dure a largo plazo. Eso y esforzarnos por aprender a ser padres juntos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... supongo.

—Sé que no soy el que estudia psicología de los dos, pero creo que sería de mucha ayuda que no te enrollaras con mis amigos o con ninguna de las personas con las que trabajo. Nunca. Eso... mmm... complicaría aún más las cosas.

—Sí. Me parece bien.

—Y yo tampoco me acostaré con ninguna de tus amigas. Jamás.

—Gracias.

Asintió con la cabeza.

—Vaya, creo que se nos está dando de fábula esto de sentar las bases de nuestra amistad —dije.

Recibí una sonrisa como respuesta.

—Va a funcionar a la perfección. —Por desgracia para mí.

—Sí, eso espero.

—Tal vez es mejor que no volvamos a hablar de tu pene ni de sexo en un futuro. Podríamos bajar un poco el nivel de honestidad total, ¿no te parece?

Otra mueca.

—Cierto. *Mea culpa*. No necesitamos más confusiones.

—No pasa nada.

Me tendió su enorme mano, con los nudillos lastimados y los dedos llenos de callos por tocar el bajo.

—¿Amigos?

—Por supuesto. Ser amigos va a ser estupendo.

CAPÍTULO 8

Ser amigos era un asco.

En total, la gira constaba de treinta y cinco conciertos: una primera tanda de diecisiete, antes de irse a Europa, y luego retorno a casa para terminar en los estados del norte. Prácticamente cambiábamos de ciudad cada dos noches. Ben había tenido razón en lo que dijo, solo tenía que preocuparme por el embarazo y por subir y bajar de los aviones; del resto se encargaban los diferentes servicios de habitaciones, dispuestos a satisfacer todos mis deseos.

La rutina era la siguiente: llegábamos a una nueva ciudad y nos dirigíamos al hotel mientras los admiradores gritaban y se desmayaban. A veces, los chicos tenían el resto del día libre, que solían dedicar a sus parejas. O, en el caso de Ben, a tocar con los teloneros, Down Fourth, con una o dos cajas de cerveza.

No es que los miembros del grupo no pasaran tiempo juntos, pero parecía que lo que más hacían las parejas durante su primer año de relación era follar. Y armando mucho escándalo. Jim y Ben solían ir al gimnasio y en alguna que otra ocasión todos se juntaban para cenar, aunque como Mal seguía negándose a tener una relación con Ben fuera de lo estrictamente profesional, esas cenas eran, por decirlo de una manera suave, un poco incómodas.

La mayor parte del tiempo lo dedicaban a promoción. Programas de televisión, emisoras de radio, periodistas... nombrad uno cualquiera, y sí,

también habían hablado con él. Por no hablar de los ensayos, pruebas de sonido y reuniones varias. Puede que Stage Dive se hubiera recorrido el país entero una o dos veces, pero os aseguro que apenas habían hecho turismo. Cuando los chicos no estaban practicando sexo, estaban liados con asuntos del grupo. Lo que me dejaba un montón de tiempo para ponerme al día con mis estudios de cara al curso siguiente, si no estaba con Ben viendo cómo podíamos hacer que nuestra amistad funcionara. Y el que mis hormonas cachondas se pusieran en pie de guerra con solo mirarlo, no me ayudaba mucho, la verdad. Pasé muchas horas divirtiéndome con la mano después de sus visitas. Qué triste. El embarazo era una locura.

En Albuquerque pudimos tomar algo juntos por la mañana. Una infusión para mí y casi cuatro litros de café solo para él. La conversación no fue muy fluida, sobre todo porque Ben solo había dormido tres horas la noche anterior.

¿Por qué? No quise saberlo.

En Oklahoma intentamos comer juntos en su habitación. El problema fue que un fan demasiado entusiasta logró burlar los controles de seguridad, accedió a la planta y se esposó a la palanca de la puerta que llevaba a las escaleras de emergencia que había enfrente de la *suite* de Ben. Entre los gritos que daba y que consiguió hacer saltar la alarma de incendios, al final evacuaron el hotel y tuvimos que cancelar el almuerzo.

En Wichita tratamos de dar un paseo, pero apenas habíamos salido cuando tuvimos que regresar corriendo al hotel. Puede que a Ben no le reconocieran en Portland, pero en otras ciudades, y con la previsión de un concierto de Stage Dive, no hubo tanta suerte.

Detesto admitirlo, pero cuando llegamos a Atlanta creo que ambos empezamos a darnos por vencidos. No hicimos planes. Además, yo tenía un buen resfriado.

En Charlotte el resfriado decidió ponerse en plan serio y tuvimos que llamar a un médico que, no me cabía la menor duda, debió de costar un montón. Para lo que hizo... Yo misma podría haberme recetado reposo y continuar tomando las vitaminas prenatales por mucho menos dinero. Tenía la nariz completamente roja y moqueaba igual que un río. Estaba preciosa. A

Anne fue a la única a la que dejaron hacerme compañía. El resto no podía permitirse el lujo de contagiarse con mis gérmenes. Que Mal le metiera la lengua a mi hermana siempre que podía no pareció importarle a nadie. Adrian, el representante del grupo, me puso en cuarentena de inmediato. Me prohibieron incluso asomar la cabeza por la puerta de mi habitación.

Menudo gilipollas, como si me quedaran fuerzas para hacerlo.

BEN: ¿Estás bien? Lena dice que no puedes recibir visitas.

YO: Sí. Solo es un resfriado.

BEN: Vaya un asco. ¿Es muy grave? ¿Te ha visto algún médico?

YO: Sí. La lantejita y las náuseas matutinas han hecho que esté un poco más débil de lo normal. Tengo que beber más zumos y todo ese rollo y seguir con las vitaminas prenatales. Por lo visto mi sistema inmunológico la está protegiendo más a ella que a mí.

BEN: De acuerdo. ¿Necesitas algo?

YO: No, gracias. He vuelto a oír su corazón. Late con mucha fuerza.

BEN: ¿Ya se le puede oír el corazón? Joder, es alucinante.

YO: ¿A que sí?

BEN: Podría ser un niño.

YO: No te metas con la intuición de una madre.

BEN: Ni se me ocurriría.

YO: No sabía que hubiera tantos tipos de zumos distintos. Gracias.

BEN: Cualquier cosa que necesites solo tienes que decírmelo.

YO: Lo haré. Gracias.

YO: Gracias por las flores.

BEN: De nada. ¿Te encuentras mejor?

YO: No. Soy la Reina de las Flemas. Me han recetado un antibiótico. Debería ponerme mejor pronto.

BEN: Bien. ¿Necesitas algo?

YO: No, gracias. Que se te dé bien el concierto. Mucha mierda o lo que sea que os decís los músicos.

BEN: Tómatelo con calma. Y descansa.

YO: ¿Te ha dicho Mal que me tengo que quedar aquí?

BEN: ¿No vienes a Nashville?

YO: No. No quieren que vuele. ¿No te lo ha contado Mal?

BEN: No.

YO: Vaya. Lo siento.

BEN: No importa. ¿Sigues mal? ¿Cómo de mal?

YO: Nada serio. Solo quieren asegurarse. Además, no podéis contagiaros.

BEN: Te llamo.

YO: Estoy afónica. Me duele al hablar.

BEN: Mierda. ¿Seguro?

BEN: ¿Qué te dijo exactamente el médico?

YO: Que es un resfriado común. Dolor de cabeza y congestión. Que mientras que no me suba la fiebre no hay que preocuparse. Todo normal.

BEN: Tal vez deberíamos pedir una segunda opinión.

YO: No te preocupes. Anne se queda conmigo. Estaré perfecta en unos días. Nos vemos en Memphis.

BEN: Manténme al tanto. ¿Necesitas algo?

YO: Lo haré. Solo dormir. Hasta luego.

BEN: ¿Cómo te encuentras hoy?

YO: Los mocos son menos verdes.

BEN: Bien. Me tienes preocupado.

YO: Estoy mejor. Me paso el día durmiendo y viendo la tele.

BEN: Estupendo. Tómalo con calma.

YO: Con Anne haciendo de enfermera de *Alguien voló sobre el nido del cuco* no me queda otra.

BEN: Jaja. La familia.

YO: Exacto.

BEN: ¿Necesitas algo?

YO: Nada.

BEN: Siento no haber visto tu llamada. ¿Pasa algo?

YO: Solo quería desearte suerte para el concierto. ¿Cómo es Memphis? ¿Has podido ver al Rey?

BEN: Todavía no. Pero seguro que está por aquí en algún sitio. ¿Y tú qué tal?

YO: Mucho mejor. Aburrida. Estoy deseando salir de la cama. El médico me ha dicho que todavía me quedan un día o dos. Tenía la presión sanguínea un poco baja y me mareé un poco, pero nada grave.

BEN: ¿Te has desmayado? Dime lo que está pasando.

YO: No, solo me he mareado. No pasa nada. Tengo que tomar más hierro.

BEN: Dios, ¿seguro?

YO: Sí. Por favor, no te preocupes. Todo va bien.

BEN: Joder. De acuerdo. Me gustaría verte.

YO: A mí también. Estoy harta de estar enferma. ¿Nos vemos en San Luis?

BEN: Hecho.

YO: Anne me ha dicho que la has llamado. Eres todo un valiente.

BEN: Quería asegurarme de que estabas bien.

YO: Lo sé. Pero te lo estoy contando todo.

BEN: Sí. Solo estaba preocupado.

YO: El médico dice que todo va bien. Si hay alguna novedad te aviso. Te veo pronto.

YO: Ahora mismo soy la orgullosa propietaria de una extensa colección de pijamas súper cómodos y la mayor colección de películas de zombis.

BEN:

YO: Eres el mejor.

BEN: Los pijamas son idea de Lena. Los zombis, mía.

YO: Pues los dos me habéis alegrado el día. Gracias.

BEN: ¿Qué película estás viendo?

YO: El amanecer de los muertos.

BEN: ¿La antigua o la nueva?

YO: La nueva. Me encantan los actores que salen.

BEN: Bien. Nunca la he visto.

YO: No es Romero, pero está bien.

BEN: Tienes que ponérmela algún día.

YO: Hecho.

YO: Ya he llegado. Me voy a dormir.

BEN: ¿Todo bien?

YO: Sí. Solo estoy cansada. Suerte con el concierto.

BEN: Gracias. Te veo por la mañana.

Sí, la triste realidad era que Ben y yo nos comunicábamos mejor por medio de mensajes de texto que cara a cara. Excepto la noche en Las Vegas. Ah, y el rato que pasamos en su camioneta. Y en la bañera de su *suite* cuando discutió con Jimmy, aunque ahí había bebido un poco.

El caso es que el vuelo me dejó muy cansada y cuando Anne y yo llegamos al hotel de San Luis, me fui directamente a la cama. Aunque no logré dormir mucho.

—¡Qué te den, hombre! —Me despertó una voz—. No vas a entrar ahí y punto.

—Aparta de mi camino —dijo otra voz más grave y enfadada.

—Tranquilos. —Otra voz de un hombre diferente.

—Ben, sé razonable. Todavía está durmiendo. —Esa era Anne, intentando apaciguar los ánimos.

—Es la una de la tarde. Dijo que se encontraba mejor, ¿por qué cojones sigue durmiendo?

No, ahora ya no dormía.

—Anne, Ben tiene su parte de razón. ¿Alguien ha entrado a ver cómo estaba en las últimas horas? —Esa debía de ser Lena, aunque no tenía ni idea

de por qué estaba allí.

—Algo va mal. Quiero que venga un médico ahora mismo —exigió Ben.

—Dejadle que entre aunque solo sea un momento. Estamos preocupados por ella. —¿Sería Ev?

Mierda, parecía que estaban todos ahí fuera.

—Te lo dije, mierda —espetó Mal—. No te quiero en mi habitación. Puede que no me quede más remedio que trabajar contigo, pero aparte de eso no quiero saber nada de ti.

—Por el amor de Dios.

—Traicionaste mi confianza.

—Lo sé. —Ben soltó un suspiro—. Y lo siento. Pero ahora mismo necesito comprobar si se encuentra bien.

—Lo estoy —dije, saliendo de la habitación—. Hola a todos.

Y cuando dije «todos» me refería exactamente a eso. Allí estaban David y Ev, Lena y Jimmy y, por supuesto, mi hermana y Mal, con los que seguía compartiendo la *suite*. Por suerte llevaba puestos unos cómodos pantalones azules de pijama a juego con una camiseta de tirantes a rayas entre los que asomaba mi incipiente barriguita.

—¡Liz! —Ben se acercó corriendo y me envolvió entre sus fuertes brazos.

—Hola —murmuré contra su enorme pecho, cubierto por la típica camiseta. Sí, prácticamente me había quedado congelada porque normalmente no nos saludábamos así, pero oye, me gustaba bastante. Hasta mi pobre y debilitado cuerpo se estremeció de la mejor manera. Estar desesperada no era nada agradable.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, estudiando mi rostro.

—Sí. Solo me he quedado dormida. Siento haberos preocupado a todos.

Frunció el ceño. Sus manos me enmarcaron el rostro y lo giró con dulzura a uno y otro lado para inspeccionarme.

—No tienes buen aspecto. Pareces cansada.

—Anoche no pude dormir mucho, pero estoy bastante mejor del resfriado. Ya no soy la Reina de las Flemas.

—¿Seguro? —Me miró no muy convencido.

—Eh, amigo, dame un respiro. ¿No ves que estoy resplandeciente?

El muy capullo me miró avergonzado.

—Lo siento. Me tenías preocupado.

—Por lo visto tenía el hierro un poco bajo. Me han mandado unas pastillas para compensarlo y estoy comiendo más. Volveré a estar en plena forma en unos días. De verdad, estoy bien. ¡Me siento estupendamente! Por fin puedo salir de la cama y moverme un poco.

—¿Por qué no pudiste dormir anoche?

No tenía ningún problema en la boca, pero al estar recién levantada todavía tenía el cerebro embotado como para inventarme una excusa plausible. Y lo que era aún peor, me empezó a arder la cara. Mierda. De todas las preguntas del mundo, esa era la que menos me apetecía responder en ese momento.

—¿Por qué? —insistió.

—No lo sé. No podía.

—Liz.

—Ben.

—Dime por qué —bramó.

—Porque las paredes son muy finas, ¿de acuerdo? Se oía mucho ruido. Basta de preguntas. Tengo mucha hambre.

—¡Ja! —gritó Mal con cara de triunfo y las manos en las caderas—. Tus putas juergas nocturnas no dejaron que pegara ojo.

—Estoy en el otro lado de la planta —sentenció Ben—. ¿Cómo cojones va a oír algo desde aquí?

—Pero entonces, si no fuiste tú... —Anne alzó las cejas despacio y se tapó la boca con la mano—. Oh, Dios mío. Lo siento, Liz.

Hice un gesto de asentimiento, incapaz de mirarla a la cara.

—¿Qué? —preguntó Mal confundido—. ¿Qué pasa?

Jimmy soltó un resoplido. Segundos después, su hermano hizo lo mismo. Por lo menos Ev y Lena se guardaron su reacción para ellas. Qué chicas más majas.

Nunca tendría que haberme enterado de que a mi hermana le gustaba gritar. Jamás. Que Mal también lo hiciera me dejó un tanto traumatizada. Ojalá se pudieran borrar de la memoria determinados recuerdos con solo

pulsar un interruptor. Me hubiera venido de perlas.

—¿Calabaza? Cuéntamelo.

Anne se acercó a Mal y le susurró algo al oído. Entonces él empezó a reírse.

—No tiene gracia —dijo Anne.

—Un poco sí.

Mi hermana hizo un gesto de negación y se cruzó de brazos.

—¡El Dios del sexo ataca de nuevo!

—¡Cállate!

Con una sonrisa de oreja a oreja, Mal le dio un beso en los labios.

—¿Entonces has podido dormir esta mañana? —preguntó Ben, haciendo caso omiso de la discusión que mantenía la pareja.

—Sí, gracias.

—Será mejor que te consigamos algo para desayunar ¿Qué te apetece?

—Mmm. —Mi estómago rugió sonoramente, aunque me dio igual—. Me apetece la tortilla más grande del mundo.

—Hecho.

Bajó la mirada hasta mi cintura y después posó la mano en mi vientre. La lentejita todavía estaba en una fase muy temprana de gestación. La protuberancia podía deberse al embarazo o a una mala postura. Pero sabía que ella estaba allí, creciendo y moviéndose en mi interior. Era pura magia.

—¿Te importa si...? —preguntó él.

—Adelante.

Noté el calor de su palma en la piel. Los callosos dedos me acariciaron suavemente (excitándome, ¡cómo no!) El lateral de su pulgar frotó la zona con delicadeza, haciendo que se me pusiera la carne de gallina. De hecho, toda yo me estremecí. Daba igual donde pusiera las manos. Y ahí fue cuando tuve la desagradable sospecha de que le había echado de menos la última semana. A su voz, a su presencia, a él en general. Alcé la vista fascinada para mirarle a la cara. Sentir algo por Ben me resultaba tan natural como respirar. En ese momento no me preocupaba en absoluto lo que hubiera podido hacer en mi ausencia. ¿Era posible que tuviera un corazón tan estúpido?

El que se mantuviera callado empezó a ponerme nerviosa.

—Quince semanas —terminé diciendo yo.

—Vaya. —Sonrió. Hice otro tanto y me quedé perdida en su mirada, como siempre.

—Supongo que debería vestirme.

—No hace falta. No te preocupes. Ven conmigo a mi habitación y pediremos tu tortilla. Así me pones al día mientras desayunas, aunque sea a estas horas.

—De acuerdo. Me gusta la idea.

Nos dimos la vuelta, dispuestos a marcharnos, pero entonces nos percatamos de que todos nos estaban mirando. Por lo visto los habíamos mantenido muy atentos con nuestra conversación. Había estado tan ensimismada con Ben, que se me olvidó que teníamos público.

—Venga, hombre —dijo David, dando una palmada a Mal en el hombro.

—¿Qué? —Mi cuñado frunció el ceño.

—Tenéis que terminar con este mal rollo —anunció Jimmy—. Ya. Hora de darse un besito y hacer las paces, idiotas.

—Que te den, Jimbo.

Ben me soltó la mano y dio un paso al frente.

—Tienes razón. ¿Qué tengo que hacer?

Con aire dolido, Mal se volvió hacia Anne. Mi hermana esbozó una sonrisa y asintió.

—Lo que hice estuvo fatal. Te di mi palabra y debería haberla cumplido. —Ben se acercó a Mal con las manos a los costados—. Somos amigos desde niños. Nunca debí darte una razón para que dudaras de mí. Lo siento.

—Y la dejaste embarazada —escupió Mal.

—Sí, pero no voy a pedir disculpas por eso. No quiero que mi hijo crea que no es querido.

Mal entrecerró los ojos y miró detenidamente a Ben.

—Esto no es bueno para Liz —continuó Ben—. Estar en medio de un conflicto entre nosotros dos. No le viene bien todo este estrés. —Soltó un profundo suspiro y alzó la barbilla—. ¿Cuántos?

—Tres —dijo Mal.

—No en la cara —pidió David mientras se acercaba a los dos—. ¿De

acuerdo?

—Tiene que estar guapo para las fotos —bromeó Jimmy.

—Muy bien. —Mal estiró las muñecas y cerró la mano derecha en un puño—. Tampoco quiero fastidiarme estas preciosas manos.

—¡Esperad! —En cuanto comprendí lo que iba a pasar corrí hacia ellos—. No estáis hablando de pegarle, ¿verdad? Sobre mi cadáver.

Las otras mujeres contemplaban el espectáculo con una mezcla de resignación y preocupación. Pero vi en sus ojos que ninguna intervendría. Que les dieran a todos ellos.

Ben se volvió, me agarró del brazo y me empujó hacia atrás.

—Quédate aquí, no vayas a llevarte ningún golpe.

—Ben. No.

—Es necesario.

—No vas a dejar que te peguen.

—Liz...

—¡Lo digo en serio!

—No pasa nada, preciosa —dijo suavemente pero con expresión determinada—. Tranquila. Somos amigos desde hace mucho tiempo. Tienes que dejar que solucionemos las cosas a nuestro modo.

Y una mierda.

—¡Anne, ayúdame!

Mi hermana se limitó a hacer una mueca.

—Puede que tenga razón. Deberíamos mantenernos al margen.

—Si se tratara de Mal, ¿te quedarías de brazos cruzados? —La idea de que le hicieran daño y que fuera precisamente Mal el que se lo hiciera me puso enferma. Me entraron ganas de vomitar—. Mal, ponle un solo dedo encima y te juro que no volveré a hablarte en la vida.

El imbécil solo puso los ojos en blanco.

—Por favor. He visto la cara de felicidad que pones cuando le miras. Ya se encargará él de que cambies de opinión.

Entonces, antes de que Ben pudiera prepararse para el golpe, Mal hundió el puño en su estómago. Cuando oí el sonoro jadeo que soltó, me estremecí por dentro. Se inclinó hacia delante; un gesto instintivo de protección, pero

Mal no esperó y le asestó un segundo golpe en el costado. Ben gruñó y se tambaleó hacia atrás y Mal aprovechó el movimiento para propinarle un tercer puñetazo en el vientre. Mi propio vientre se contrajo en solidaridad con él. Lo había hecho. Mal lo había hecho de verdad.

El silencio que siguió a continuación fue ensordecedor. Los resuellos de Ben inundaron la estancia mientras Mal le tendía la mano. Se había terminado.

En lo que llevaba de vida, había sido testigo de dos peleas. Una especialmente virulenta en un barrio durante mi etapa más rebelde y la otra, por supuesto, la noche en que anuncié mi embarazo. Por lo menos esta vez no se había derramado sangre alguna. La violencia nunca era la solución. Mal no había esperado a que Ben estuviera listo. Le había pegado antes de que le diera tiempo a prepararse para el golpe. Había hecho daño al hombre que me importaba (mucho)... La emoción se apoderó de mí y tomó el control. No sabía si ponerme a llorar o empezar a dar golpes a diestro y siniestro.

Putas hormonas y putos chicos.

—¿Todo bien? —preguntó Mal.

—Sí. Has empezado con un buen golpe. —Ben se incorporó despacio, con cara de dolor. Después, estrechó la mano de su compañero de banda.

Cuando vi cómo los cuatro empezaban a darse palmadas en la espalda y las mujeres sonreían aliviadas decidí que estaban todos como una puta cabra.

—Floto como una mariposa y pico como una abeja —dijo Mal con los puños en alto y saltando como un boxeador—. Venga, Lizzy, pequeña. Son cosas de hombres. No lo entenderías, hermanita. Solo tienes que asumirlo y listo.

—Tú... —Busqué en mi mente, pero no encontré una palabra lo suficientemente dura, un insulto lo bastante contundente. Estaba poseída por la violencia. Le iba a borrar esa sonrisa de la cara. Con el labio superior torcido en una mueca, me abalancé sobre él con la mano abierta, preparada para atacar.

Por desgracia, Ben también estaba preparado.

—De ninguna manera. —Me alzó en brazos, acunándome contra él—. Se acabó.

—Bájame.

—Tienes que desayunar, ¿recuerdas? Vámonos.

Empecé a soltar una retahíla de tacos; olvidándome por completo de la regla de no decir palabrotas. ¿Qué puedo decir? Estaba en uno de esos momentos álgidos.

—Vaya —dijo Mal con los ojos como platos—. Es una auténtica fiera.

En el otro extremo de la habitación, Ev abrió la puerta y fuimos directos a ella (yo de forma involuntaria, todo sea dicho).

—No. Ben...

—¿Qué quieres en la tortilla?

—Bájame.

—¿Y qué me dices de un zumo? ¿Te apetece también un zumo?

—No seas tan condescendiente. No soy una niña.

—Créeme, preciosa, lo sé. A pesar de la rabieta que acabas de tener.

—¡No es ninguna rabieta! Es la forma que tengo de demostrar lo indignada que estoy porque Mal te haya hecho daño.

La puerta se cerró a nuestra espalda y salimos al largo pasillo tan típico de los hoteles. En esta ocasión la alfombra era roja, con las paredes llenas de espejos estilo *art déco*. Las largas piernas de Ben nos alejaron de la *suite* de Mal y Anne tan rápido como les fue posible. Instantes después, se detuvo frente a una puerta y me bajó al suelo con cuidado, pero sujetándome en todo momento la cintura para, no me cabía duda, evitar cualquier intento de escape por mi parte. Deslizó una tarjeta por el lector y abrió la puerta antes de darme un ligero empujón para que entrara en la dirección adecuada.

Una vez dentro, cerró la puerta, se apoyó contra ella y me miró detenidamente.

—¿Qué? —refunfuñé, cruzándome de brazos.

Esbozó un atisbo de sonrisa.

—No me hace gracia. No me puedo creer que dejaras que te hiciera daño.

Soltó un profundo suspiro y, sin dejar de mirarme, levantó los brazos y entrelazó los dedos por encima de su cabeza.

—Esto no debería haber pasado —continué—. Y ha sido por mi culpa. Uno de tus amigos de toda la vida te ha hecho daño por mi culpa.

Parpadeó y se puso serio.

—No. Dejé que Mal me diera un par de puñetazos porque es uno de mis mejores amigos. Joder, es más que eso. Es mi hermano. Cuando el año pasado las cosas se pusieron tensas entre Dave y yo, él fue el que se encargó de hablar con Dave para que se calmara. Yo le di mi palabra de que no te tocaría y no la cumplí. Me merecía que se cabreara y lo hemos solucionado entre nosotros. Punto.

—No estoy conforme.

—No tienes por qué estarlo. Es algo entre Mal y yo.

—¿Entonces mi opinión no cuenta?

—No, en este caso no —dijo, mirándome directamente a los ojos.

Capullo. Le di la espalda; necesitaba un momento para recobrar la compostura. Mi interior era un puro caos.

—Ninguna mujer me ha protegido nunca de esa forma —murmuró—. Mal tenía razón, eres toda una fiera.

Alcé la barbilla y me volví para enfrentarme a él.

—Y también terca. Y leal.

Me encogí de hombros.

—Y tengo mucha hambre.

Se rio, se alejó de la puerta y vino hacia mí. A continuación me dio un beso en la coronilla. Me apoyé en él sin pensarlo. De algún modo, Ben representaba el calor, la seguridad. Una especie de hogar para mí y la lentejita, a pesar de todos mis esfuerzos por mantener una cierta distancia entre nosotros. Tal vez el hogar no se limitaba a una cuestión del corazón, sino a algo mucho más profundo. Habíamos concebido un hijo juntos; era normal que me sintiera unida a él. Eso no significaba que me dejara llevar.

No tenía nada claro.

Lo que sentía por él no me había convertido en la mujer más inteligente del mundo. Me presionaba constantemente, y me inducía a tomar una dirección distinta cada vez, confundiéndome. Lo que sí sabía era que lo que sentía por él y por la lentejita era extraordinariamente grande. Nunca pensé que en mi corazón hubiera espacio suficiente para albergar tanta emoción. Hubiera sido feliz si simplemente pudiera pegarme a él. Tal vez le gustara

tener una lapa como animal de compañía. ¡Ja! Seguro que aquello no era más que otro de esos impulsos hormonales que desaparecería en cinco minutos. La esperanza era lo último que se perdía, ¿no?

—¿Estás bien? —preguntó con una sonrisa.

—Sí.

—¿Me haces un favor?

—¿Cuál?

—Mantente alejada de las peleas. Cuida de nuestro bebé.

—Sí, no te preocupes.

—Soy un tipo grande, Liz. Confía en mí, puedo cuidar de mí mismo, ¿entendido? No soy de los que dejan que nadie les pegue. Voy a diario al gimnasio con Jim. No soy una flor delicada que tengas que proteger.

—De acuerdo.

Me puso las manos en los hombros y me miró.

—Y te entiendo. Yo también lo haría. Lo de hoy era complicado, pero si alguien te pusiera un dedo encima, también me pondría hecho una furia. Pero vas a tener que superarlo y perdonar a Mal. Antes hablaba en serio. Esto no es bueno. No más peleas en nuestra familia. Quiero que esto termine.

Asentí con la cabeza.

—Haré un esfuerzo. Pero no voy a volver a vivir con ellos. Por un montón de razones. Es hora de tener mi propia habitación.

—Liz, has estado lo suficientemente enferma como para estar metida en la cama toda una semana. Anne dijo que la tensión podría darte problemas durante una temporada. No creo que sea el momento más apropiado para quedarte sola. ¿Y si te pasa algo?

—¿Qué otra opción tengo? Jimmy y Lena también necesitan estar solos. No quiero ser ninguna molestia.

Otro suspiro profundo.

—Sí, tienes razón. Será mejor que te vengas conmigo.

—¿Contigo? —pregunté sorprendida.

—Sí, bueno. —Abrió los brazos—. Tengo una *suite* con dos habitaciones porque me gusta tener mi espacio. Hay sitio de sobra para ti.

—¿Y tus juergas nocturnas? No quiero ser ninguna aguafiestas, pero...

—Que se vayan a otro sitio. Joder, Vaughan y Down Fourth pueden organizarlas en sus propias habitaciones. No es ningún problema.

Dejé caer los hombros aliviada, aunque también fui capaz de ocultar lo entusiasmada que estaba. Ben y yo viviendo juntos. ¡Madre mía!

—Me parece estupendo.

—Estupendo. —Dio una palmada y se frotó las manos—. Esto va a ir de maravilla. Vamos a estar juntos, esforzándonos en eso de ser amigos... y además, no tendré que preocuparme porque estés sola.

—Sí amigos. Qué bien.

Tenía que tomarme esa palabra con más alegría. Asimilarla como algo bueno. Ben y yo seríamos amigos. «Amigos, amigos, amigos.»

—¡Choca esos cinco, amiga! —exclamó, levantando su inmensa mano.

Obedecí, golpeando con entusiasmo la mano sobre la de él. Y no veáis cómo dolió.

CAPÍTULO 9

A San Luis le siguió Washington D.C. y después vino Filadelfia. Justo el tiempo que tardé en que se me pasara el enfado y perdonar a Mal. Mejor dicho, empezar a perdonar a Mal. Por mucho que todos intentaran racionalizarlo, el recuerdo de él propinándole ese puñetazo en el estómago a Ben seguía demasiado nítido en mi memoria. Tenía tantas ganas de darle una torta que me picaba la mano cada vez que lo tenía cerca. No podía remediarlo.

Que Ben y yo estuviéramos compartiendo habitación no supuso el enorme paso hacia el brillante y romántico futuro que mi ingenuo y estúpido corazón había esperado.

Pero ese era mi problema, no el de Ben.

Tampoco hubo más abrazos. Como compañero de cuarto era educado... y casi no le veía el pelo. Sí, Ben era un tipo muy ocupado. Salía a las nueve de la mañana de su habitación despeinado y con su habitual aspecto imponente y desayunábamos juntos (algo que me gustaba bastante). Durante una hora más o menos hablábamos sobre tortitas, huevos Benedict o lo que fuera que estuviéramos desayunando. A menudo nuestras conversaciones trataban sobre mi salud y la película que había visto la noche anterior. Y después desaparecía a hacer «cosas del grupo». No sé exactamente lo que hacía, pero por lo visto le llevaba todo el día y buena parte de la noche. Yo me quedaba

viendo la televisión, a la espera de poder hablar con él cuando llegara, pero al final terminaba despertándome en la cama por la mañana.

Todo era en plan muy amistoso. Solo tenía que hacerme a la idea. Y esa noche estaba decidida a asimilarlo de una vez por todas. Esa noche pensaba poner fin a mi enamoramiento por ese hombre. No me quedaba otra. Ben ejercía un efecto devastador en mi corazón y alma.

—Recuérdame otra vez por qué estamos aquí —dijo Anne. Me rodeó los hombros con un brazo.

—Para disfrutar de la fiesta.

—¿Para disfrutar de la fiesta?

—¿Acaso lo dudabas? —Alisé la amplia camiseta negra que llevaba sobre la pequeña protuberancia de mi vientre.

—Mientras que no hayamos venido para espiar a Ben...

—¿Por quién me tomas? —me burlé.

—Porque ya lo has superado, ¿verdad?

—No lo sabes tú bien. Lo tengo híper mega superado. Somos amigos.

—Los amigos no dejan que sus amigos espíen a sus otros amigos.

—Pero tú y yo no somos amigas, somos hermanas. Es completamente diferente. —Abrí la boca en un enorme y prolongado bostezo. ¡Uf! Tener un bebé creciendo en tu interior te dejaba fuera de combate—. Tienes que aguantarme y apoyarme en cualquier chorrada que se me ocurra.

—Compartís la misma *suite*, pero no la misma habitación, ¿verdad?

—¿En serio quieres saberlo? —inquirí con curiosidad.

Anne soltó un suspiro.

—Estás embarazada de su hijo. Me doy por vencida. De todos los hombres que me hubieran gustado para ti, Ben no estaba incluido en la lista ni por asomo. Pero al final eres tú la que tiene que decidir.

Asentí, satisfecha.

—Solo quiero que sepas que tienes otras opciones —continuó. Enroscó un mechón de mi pelo alrededor de su dedo y tiró de él en un gesto que solíamos hacer de pequeñas. Yo respondí como siempre, dándole un manotazo—. Mal y yo hemos estado hablando. Hagas lo que hagas, estaremos encantados de apoyarte. Ya sea viniéndote a vivir con nosotros o haciendo cualquier otra

cosa.

—Gracias.

—Y si Ben y tú no termináis juntos no tienes que preocuparte por el dinero.

—Ben nunca se desentendería de mí de ese modo, Anne.

—Solo estoy diciendo que...

—Lo sé. Pero confía en mí, no tengo que preocuparme por el dinero.

—No. Por supuesto que no.

—No, de veras. —Me volví un poco para mirarle a la cara—. Transfirió una suma de seis cifras a mi cuenta antes de que la gira empezara.

—Oh. —Mi hermana abrió los ojos asombrada—. Eso mejora mi opinión sobre don Barbas.

—Mmm... —Bueno, por lo menos había dejado de referirse a él como «Esperminator».

Estábamos sentadas, pegadas la una a la otra sobre un diván, contemplando la fiesta de después del concierto. Cuando me fui a la *suite* de dos habitaciones de Ben, las juergas empezaron a celebrarse en la habitación del cantante de Down Fourth, que compartía una pequeña *suite* con su novia, la batería del grupo. Cuando habíamos llamado a la puerta, la chica nos recibió un poco sorprendida aunque enseguida esbozó una cálida sonrisa de bienvenida.

Sin embargo, tenía el mal presentimiento de que Anne tenía razón. Que no debería haber venido. Ni a esa habitación, ni a la gira, ni a ningún lado. Y encima tenía el ánimo por los suelos. ¡Menuda puta mierda! No, espera... ¡Menuda mierda! Tampoco. ¡Menudo asco! Sí, «menudo asco» encajaba mejor con la promesa que me había hecho de no decir palabrotas.

—Odio que tengan que cuidar de mí, que de pronto ya no sea yo misma, sino un estado, una máquina de hacer bebés. —Apoyé la cabeza sobre Anne con un suspiro de «qué lástima doy»—. Debería haberme quedado en Portland y seguir trabajando en la librería. No encajo aquí.

—Pues claro que encajas. No seas tonta.

Esbocé una medio sonrisa.

—Soy patética. Corre, pégame con un besugo o algo parecido.

—Si tuviera uno a mano... Esté bebé te está convirtiendo en alguien muy interesante con quien pasar el rato. Nunca sé con qué ánimo voy a encontrarte.

—No tienes ni idea. Necesito una buena sesión de sexo ya mismo. Mis sueños se están convirtiendo en una sucesión interminable de películas pornográficas.

—Está... bien. Bueno, háblame de él. Intentaré ser lo más receptiva posible.

—No hay mucho que decir.

—Se os veía bastante cómodos juntos cuando irrumpió en el castillo para rescatarte de tus malvados hermana y cuñado.

Alcé ambas cejas.

—Lo siento —se disculpó—. Cuando entró en la habitación porque le tenías preocupado (un punto para él por eso) parecía que lo vuestro iba bien. Aunque supongo que ya no es así pues ahora se te ve triste y estamos aquí, esperando a que haga acto de presencia.

—Tenemos una relación muy cordial. Siempre nos estamos mandando mensajes, está pendiente de mí en todo momento y si le necesito, ahí está. Pero... no sé. En realidad no hablamos mucho. Compartimos el mismo espacio, pero hay una enorme distancia entre nosotros. Él hace lo suyo y yo lo mío. Se levanta, se marcha y vuelve a altas horas de la madrugada después de haber bebido con estos tipos.

Anne frunció el ceño.

¿Cómo podía explicárselo? Era un lío.

—El caso es que no puedo olvidarme de él si estoy viviendo con él. Que estemos tan cerca no me está ayudando nada. Todo lo contrario, me está convirtiendo en una especie de perversa descontrolada por las hormonas del embarazo que se dedica a oler su ropa sucia.

—¿Has oído su ropa sucia? —Me miró de forma muy significativa.

—Solo una de sus camisetas.

Se aclaró la garganta.

—De acuerdo. Sigue.

—Tal y como están las cosas no me siento bien. Acepté el ofrecimiento

que me hizo de irme con él y he invadido su espacio personal. Ahora sé que me equivoqué. Así que he estado pensando en irme a casa o conseguir mi propia habitación.

—No te vayas. Vuelve con Mal y conmigo. Te prometo que mantendremos bajo control los gritos.

—Ni hablar. Todavía tengo pesadillas con esa noche y me despierto aterrorizada, creyendo que va a atacarme algún mono aullador sobreexcitado. —Aunque hubiera querido, no hubiera podido reprimir el ataque de risa que me dio, así que no lo hice.

—Qué graciosa —repuso mi hermana con tono cortante.

—Gracias. A mí sí que me ha parecido divertido.

—Odio que te quedes sola.

—Lo sé. Pero voy a ser madre soltera, Anne. Y voy a estar sola, así es la vida. Ya es hora de que me vaya acostumbrando. —Me encogí de hombros—. Sé que tú y Mal queréis ayudarme en todo lo posible y os lo agradezco un montón. De verdad. La lentejita tiene mucha suerte. Va a tener una extensa y maravillosa familia con todos vosotros.

—Sí que la tiene.

Le di un cariñoso apretón en la rodilla.

—Me alegro de que hayamos hablado de esto. He echado mucho de menos nuestras charlas.

—Siento haberme comportado como lo hice. Me costó mucho asimilarlo, con los planes que teníamos para que estudiaras y todo eso.

—Sí, lo sé.

Estábamos tan cerca la una de la otra que casi podía sentarme en su regazo. Después de los últimos meses, creo que lo necesitábamos.

—No paro de decirme que él y yo solo seremos amigos —expliqué. Quería contarle cómo me sentía, confesarle mi triste historia—. Pero una parte de mí, que no puede ser más estúpida, no se da por vencida y todavía alberga esperanzas. No puedo quedarme sentada en su habitación, esperando que aparezca y suceda algo mágico entre nosotros que lo arregle todo. Nunca seremos pareja. Ahora solo tengo que aceptarlo.

Mi hermana se quedó mirándome.

—Sientes algo por él de verdad, ¿no?

Resoplé. Parecía mentira que, después de todo lo que había pasado, todavía lo pusiera en duda.

—Lo siento —dijo—. Supongo que siempre he creído que solo te habías encaprichado de él, pero veo que no.

—No, pero es hora de que lo supere y siga con mi vida. Tenías razón. Estamos aquí, esperando a que aparezca. Así lo veré en acción, tonteando con mujeres súper atractivas y con un poco de suerte podré entender el alcance de mi estupidez. Entonces le diré que ha llegado el momento de hacerme mayor y conseguir mi propia habitación o irme a casa. —Tomé el vaso de limonada que tenía en la mesa de café y le di un sorbo.

Anne ladeó la cabeza y estudió mi cara.

—¿Estás enamorada de él?

Buena pregunta.

—Puede que verle en acción no sea lo mejor —contempló—. Creo que poner las cartas sobre la mesa sería mucho más eficaz.

—¿Y exigirle que me quiera? No creo que eso funcione.

—Mmm. Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Estás enamorada de él?

—Ni siquiera estoy segura de si sé lo que es el amor.

—¿Te duele?

Tuve la súbita sensación de que la habitación se estaba quedando sin oxígeno. Miré a mi hermana, confundida por la pregunta pero a la vez entendiendo perfectamente a lo que se refería. En realidad no quería responder. Necesitaba centrarme en mis prioridades. La lentejita. Ser madre. Cosas por el estilo.

—¿Y bien? —insistió ella.

—Sí. —Y lo odiaba. La verdad era un asco.

Anne asintió despacio, había desaparecido cualquier atisbo de diversión de su rostro.

—Lo siento.

—Da igual. —Mi sonrisa no pudo ser más falsa. Fue un milagro que no se me cayera a trozos—. Cuando Ben entre por esa puerta, hablaré con él.

Mientras tanto, ¡viva la fiesta! Tengo el presentimiento de que la noche va a ser larga.

—Es casi media noche. Me sorprende que hayas aguantado tanto.

—Solo lo dices porque llevo toda la semana durmiéndome a las ocho de la tarde.

Sonrió.

—Espera y verás. Después nos desmelenaremos en plan bestia y beberemos chupitos de leche calentita. Va a ser una juerga épica.

—Viviendo al límite.

—Sí, ¿verdad? —Me volví para mirar sobre mi hombro a mi nueva sombra perenne—. Sam, te dejaremos hacer los honores y que nos los sirvas.

—No veo la hora, señorita Rollins. —El hombre de seguridad hizo un gesto seco de asentimiento sin apartar la vista de la estancia. Qué capullo. Con los miembros del grupo gastaba bromas y se reía. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos no me lo hubiera creído. Ya caería...

Desde fuera de la habitación nos llegó el inconfundible aullido de «el que no debía ser nombrado». Los Stage Dive por fin habían llegado. O al menos algunos de ellos. Mal irrumpió en la *suite* y enseguida buscó con la mirada a su pareja, mientras Ben entraba de forma más tranquila y se ponía a hablar con un tipo al que no reconocí. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y la barba tan pulcramente recortada como siempre. Me imaginé que se había cambiado después del concierto, porque iba con una camisa negra sin ninguna arruga, con las mangas subidas hasta los codos y los primeros botones de arriba abiertos.

Estaba divino. Joder, parecía el mismísimo dios del amor con harpas y querubines alrededor. Pero cómo podía ser tan tonta. Tenía que empezar a controlarme o terminaría perdiendo la cabeza.

De repente, en la habitación parecía no haber ni un alma más. Supongo que muchos habían estado esperando en el bar del hotel a que las estrellas llegaran.

El batería se paró delante de mi hermana, clavó una rodilla en el suelo y le tendió la mano. Anne la tomó con una sonrisa.

—¿Quién es esta criatura etérea que tengo frente a mí? —preguntó—. Es

usted deslumbrante, misteriosa desconocida. Necesito saber quién es de inmediato.

—Soy tu mujer.

—Ya decía yo que su rostro me sonaba. —Le dio un beso en el dorso de la mano y se volvió para apoyar la espalda contra el diván, colocándose entre las piernas de mi hermana—. Vaya noche más larga, joder. Adrian nos tenía preparada una entrevista después del concierto. La próxima vez que esa comadreja haga algo parecido, recuérdame que lo mate.

—Hecho.

—Por favor, Calabaza, dame un masaje en los hombros —pidió, estirando el cuello—. Me duelen.

Anne empezó a frotarle la nuca.

—¿Quieres que te pida una cita para el masajista mañana?

—Eres la mejor. —Me dio una palmadita en la rodilla—. Hola, Lizzy, ¿vas a hablarme hoy?

—Todavía no lo he decidido.

—No es tan difícil, mamaíta. Será mejor que te des prisa —sonrió—. ¿Sabe Benny que estás aquí?

—No tengo por qué decirle dónde voy en todo momento —escupí.

Mal se puso a reír.

—¿Ah, no? Esto se va a poner muy interesante.

—Díselo, Sam. —Volví a dar un sorbo a la limonada.

—La señorita Rollins es una adulta independiente y responsable —recitó él hombre de seguridad con eficiencia.

—¡Por favor! —exclamó Mal—. Cincuenta dólares a que Ben la saca de aquí en los próximos cinco minutos.

—Acepto. —Sam le estrechó la mano.

Que les dieran a ambos. Aunque si tenía que escoger, me decantaba por Sam. Sin mucha agilidad, pero completamente decidida a lograr mi propósito, me puse de pie como pude.

—Voy al servicio.

—¡Venga ya! No vale esconderse —se quejó Mal—. No es justo.

Me limité a esbozar una sonrisa.

—¡Eh, Benny, mira a quién tenemos aquí! ¿Pero si es la dulce y pequeña Lizzy? Y parece que ya se le ha pasado la hora de irse a la cama. ¿No crees que deberías hacer algo?

El muy imbécil... Ya que no podía decir palabrotas, le saqué el dedo corazón. No iba a permitir que ganara la apuesta. Hablaría con Ben cuando estuviera lista. Con la decisión tomada, agaché la cabeza y fui hacia el cuarto de baño. Lo «mejor» del embarazo era que tenías que ir a orinar cada dos por tres. Era un pasatiempo de lo más entretenido. Cuando llegué, abrí la puerta y la cerré mientras Sam se quedaba fuera haciendo guardia.

Alcé la vista y... ¡Huy!, el baño estaba ocupado.

—Hola —saludé, levantando una mano.

—Anda, hola, Liz —rio Vaughan, apresurándose a tapar con una mano sus abundantes atributos—. Creo que se me olvidó echar el cerrojo.

Me ardía la cara.

—Sí, eso parece. Siento interrumpir.

—No, no, ha sido culpa mía. Pero me alegro de verte.

—Yo también me alegro. —Y de ver tanto de él. Me había quedado atónita. Vaughan tenía un cuerpazo. El impacto que tuvo en mis ya de por sí calenturientas hormonas era para preocuparse—. Sí. Ja.

—Llevo mucho tiempo queriendo coincidir contigo. ¿Qué tal estás? —Se frotó el pelo húmedo con la mano que tenía libre.

—Bien.

—He oído por ahí que has estado enferma.

—Solo un resfriado. Ya me he recuperado. Estoy perfecta. —Y cachonda. Muy cachonda. El pobre no se podía ni imaginar lo cerca que estaba de sufrir un ataque.

—Qué mal. Me alegro de que estés mejor.

—Gracias. —Mientras clavara la vista en su cara no pasaría nada. Llevaba mucho tiempo sin ver a un hombre desnudo. No hacía falta que me pusiera roja como un tomate, no tenía que comportarme como una colegiala por verle así. Estaba claro que a él no le importaba estar como Dios le trajo al mundo—. ¿Cómo va la gira?

—De maravilla. Muy muy bien.

—Estupendo. —Me puse a mirar el suelo—. Bueno, será mejor que me vaya.

—No, por favor, quédate. A saber cuándo tendremos otra oportunidad de hablar.

—Ah, sí, claro. ¿No quieres ponerte una toalla alrededor de la cintura o unos pantalones?

—Sí, enseguida. Pero primero quiero preguntarte algo. —Me fijé en el atisbo de hoyuelo que apareció brevemente en su mejilla. Era muy guapo. Y me gustó saber que era pelirrojo natural. Que conste que no miré adrede, fue sin querer. Un vistacito de nada cuando entré al baño. En cuanto vi a un hombre desnudo delante de mí, sonriéndome de forma alentadora, mi cuerpo perdió toda noción de la realidad. Estúpidas hormonas.

—Dispara —dije, de nuevo roja por pensar en su pene. Mierda.

—¿Estás embarazada de verdad?

—Sí. —Volví a alisar la camiseta sobre mi vientre. Dentro de poco no habría forma de ocultarlo.

—Vaya. ¿Y supongo que el padre es Ben?

Me quedé callada.

—No es difícil de adivinar. —Se hizo con una toalla y se la puso alrededor de las caderas—. Notábamos mucha tensión entre él y Mal, pero nadie decía por qué. Y luego viniste a la gira.

Me encogí de hombros. Yo no era quién para reconocer nada en nombre de Ben. Bastante tenía con que Vaughan se hubiera enterado del embarazo por ser una bocazas.

—No le hizo ninguna gracia la última vez que hablamos —señaló.

—Cierto. —¿Pero quién podía explicar la mitad de las cosas que Ben decía y hacía cuando de mí se trataba? Dudaba que incluso él mismo pudiera.

—Y de pronto trasladamos las fiestas aquí porque te mudaste a su habitación. Incluso yo podría darme cuenta, y eso que por lo visto no soy el más perspicaz del mundo.

Le miré con los ojos entrecerrados, indignada por el comentario.

—¿Quién te ha dicho eso? Yo creo que eres un tipo estupendo.

—Gracias. —Sonrió con las manos en las caderas,

¿Era mi imaginación o se le estaba empezando a caer la toalla? Si pudiera dejar de mirarle ahí abajo. Mi mano y yo necesitábamos pasar un tiempo a solas. Otra vez.

—Yo también creo que eres una chica estupenda —confesó Vaughan. Su mirada se suavizó cuando me miró—. Es una lástima que las cosas estén como están.

—Sí. —¿De verdad? ¿Cuántas veces me había mirado así un hombre tan atractivo y tan bien dotado?—. En realidad no estamos juntos, lo que se dice juntos. No tengo pareja. Pero sí, estoy embarazada.

De pronto, alguien llamó a la puerta y ambos nos sobresaltamos.

—Liz, ¿estás ahí dentro? —tronó la voz de Ben al otro lado de la puerta.

Vaughan y yo nos miramos. Sentí un extraño malestar en mi interior. Dios, ¿era culpa? No tenía por qué sentirme culpable. Ni lo más mínimo. Aunque explicar cómo había terminado por accidente en el baño, con Vaughan desnudo, podía esperar para más tarde. O para siempre.

—Salgo en un minuto —grité.

—De acuerdo.

—¿Te trata bien? —preguntó Vaughan, bajando la voz.

—Creo que será un buen padre.

—No te he preguntado eso. —Se acercó y estudió mi cara detenidamente. Fuera, alguien decidió poner la música a todo volumen. Qué oportuno.

No supe qué decir. O qué pensar.

—Esto... te agradecería mucho que no contaras a nadie lo del bebé, al menos por ahora.

—Por supuesto.

—Será mejor que me vaya.

—Claro —dijo él—. Ben te está esperando.

—Sí. Me voy. —Busqué a tientas el pomo que había a mi espalda mientras esbozaba una sonrisa aturdida.

Vaughan se colocó a un lado, fuera de la línea de visión de la puerta. Vaya un encuentro más raro que acaba de tener. Debía de tratarse del resplandor del embarazo. Sí, seguro que era por las tetas. Si era esa la atención que iba a recibir de ahora en adelante, puede que cuando naciera el bebé me planteara

colocarme unos implantes. Era broma. ¿O no?

En el momento en que puse un pie fuera, me topé con Ben. Mi cuerpo se puso alerta al instante. Levanté la vista hacia su rostro, tratando de descifrar su estado de ánimo, de leer su expresión corporal (impaciente y con un ligero toque de «no saques al cascarrabias que llevo dentro»). No podía negar que Vaughan estaba como un tren. Una tenía que llevar dos días muerta para no excitarse al tener delante a un tipo así desnudo, pero no me afectaba de la misma manera que el bajista de Stage Dive. Supe que estaba perdida en cuanto entré en la órbita de Ben Nicholson. Era incapaz de resistirme a su magnetismo. ¿Cómo podía tener un corazón y una vagina tan tontos? Mi cerebro era más sensato, pero no querían escucharle.

La habitación estaba completamente abarrotada y la música no podía estar más alta. Ben se inclinó y me susurró al oído:

—Anne me ha dicho que quieres hablar. Vamos a la habitación, ¿te parece?

Asentí.

—¿Todo bien? —preguntó.

Dios, no dejaba de repetirme esa pregunta una y otra vez. Y ya estaba harta de responderle lo mismo con una sonrisa en la cara.

—Mejor hablamos arriba.

Me rodeó con un brazo y me guio a través de la atestada habitación. La gente bailaba, bebía o hacía Dios sabía qué. Era la típica fiesta de estrellas del *rock*. Salimos y esperamos en silencio la llegada del ascensor. Cuando por fin llegó, estaba vacío.

—¿Qué tal esta noche? —pregunté mientras entraba.

—Aclárame algo —dijo. Me apoyó contra la pared más cercana.

—¿El qué?

Colocó sus musculosos brazos a ambos lados de mi cabeza y me miró con ojos entrecerrados.

—En el baño me ha parecido oír otra voz. La voz de un hombre.

No iba a mentirle. No tenía ninguna razón para hacerlo.

—Sí, estaba hablando con Vaughan.

—¿Estabas hablando con Vaughan en el baño? —Bajó la cabeza hasta que

nuestras narices quedaron a escasos milímetros. Sus ojos brillaban con furia. No era broma. Ahí estaba la inequívoca llama de los celos.

—¿En serio? —pregunté confundida porque no me podía permitir el lujo de ponerme eufórica. En cualquier momento haría lo de siempre: salir corriendo. Como sucedió la noche que hablamos en su camioneta. O en Las Vegas. No tenía fuerzas para afrontar otra de sus huidas. No en ese momento. Mi vida ya era lo bastante inestable con los rápidos cambios que estaba sufriendo mi cuerpo.

—Muy en serio —espetó claramente malhumorado—. Le advertí que no se acercara a ti.

—Pero tú y yo solo somos amigos, ¿recuerdas?

Parpadeó sorprendido. Durante un instante, su cólera se disipó.

—Ya mantuvimos esta discusión y eso fue lo que querías que fuéramos —continué—. ¿Y ahora te comportas como si quisieras mear en mi pierna para marcar territorio? —Negué con la cabeza—. ¿Qué te pasa?

—Tenemos que hablar.

—Sí, me parece bien.

—¿Te ha tocado?

—Suficiente —mascullé—. Ben, voy a pedir mi propia habitación. Así podrás tener tu espacio y yo tendré el mío. Creo que, a largo plazo, nos llevaremos mejor así. Eso es lo que queríamos, ¿verdad? Pues eso es lo que va a pasar. Ya está, decisión tomada.

—¿Es por Vaughan? —preguntó entre dientes.

—Vaughan no tiene nada que ver con esto. Es porque vamos a tener un hijo. Por nosotros y este círculo vicioso en el que estamos, en el consigues que me haga ilusiones para luego salir corriendo, escudándote en eso de ser amigos. Me estás volviendo loca. Y eso no es sano. —Apoyé las manos sobre su pecho y le di un empujón para que se hiciera a un lado—. ¿Sabes? Te las das de ser un tipo fácil, tranquilo, sin ataduras ni compromisos, que vive al estilo del rocanrol. Y oye, me parece perfecto, Ben. Bien por ti. Pero si eso es lo que quieres, no me impongas ninguna norma porque entonces serías un puto hipócrita.

Y eso que no quería decir palabrotas.

Apretó la mandíbula bastante cabreado. O la barba. Da igual.

—Buenas noches —me despedí. Las puertas del ascensor se abrieron y salí a paso tan ligero que prácticamente corrí. Hora de hacer las maletas. Si no había otra habitación libre en el hotel, pasaría la noche en la de Anne y Mal y ya buscaría otra solución por la mañana. Dios, estaba tan cansada. Los brazos y las piernas me pesaban horrores. Si era cierto que empezaba a resplandecer con el embarazo, no era precisamente en ese momento.

—¡Nunca quise tener una relación! —gritó desde el otro lado del pasillo.

—Pues estás de enhorabuena porque no la tienes. —Para no proferir ningún insulto, terminé la frase sacándole el dedo corazón.

—¡Joder, Lizzy! ¡Espera!

Deslicé la llave por el lector de tarjetas y me apresuré a entrar en la habitación. No cerré la puerta, aunque ganas no me faltaron. Pero supuse que uno de los dos tenía que comportarse como un adulto. Corrí a través de la sala de estar hasta llegar a mi habitación y saqué la maleta del armario. Estaba medio llena. Si no vas a estar más de dos noches en un hotel, no tiene mucho sentido deshacerla del todo. En las perchas colgaban unas pocas prendas: un abrigo y un par de vestidos (el resto estaba en la lavandería). Solo me quedaba recoger el maquillaje y algunas pertenencias personales en el baño contiguo y un par de zapatos tirados en el suelo y podía salir de allí. ¡Habitación desalojada!

—Te estás yendo —dijo desde el umbral de la puerta.

—Sí.

—¿Mmm?

Me volví, esperando que soltara la siguiente tontería con la que intentara convencerme. Pero el gran hombre se quedó en silencio, con el rostro rígido.

Sin decir nada.

—Es lo mejor —dije—. En este momento no creo que ninguno de los dos pueda decir nada que nos sirva de ayuda. Vamos a tranquilizarnos cada uno por su lado y mañana hablamos, ¿de acuerdo? —Era un plan perfecto. Metí en el neceser el cepillo de dientes, el peine y demás artículos de higiene y lo introduje en una esquina de la maleta. Después fueron mis Converse, las bailarinas y las que tenía más elegantes con tacón. Y al final lo que había

dentro del armario—. ¿Sabes? Creo que si cada uno tenemos nuestro propio espacio, habrá más probabilidades de que funcione lo de ser amigos.

Silencio.

Cerré la tapa y empecé a tirar de la cremallera. Llamaría a alguien para que me ayudara a llevarla; dudaba que Ben estuviera de humor para cooperar y todo el mundo me había advertido innumerables veces que no debía levantar ningún peso «en mi estado». Iría a recepción y...

La mano de Ben me rodeó la mandíbula para sujetarme y presionó los labios contra los míos. Ya tenía la boca medio abierta así que no le costó mucho meter la lengua y enredarla con la mía. Fue un beso duro, firme, dominante. Dios, creo que lo sentí hasta en la punta de los dedos de los pies; unos dedos que doblé con fuerza, al igual que mis entrañas. Su barba me rozó la cara; usó la mano libre para clavármela en las nalgas, atrayéndome más hacia sí. Se estaba poniendo duro, imposible no notarlo. Era tan grande y le estaba haciendo cosas tan maravillosas a mi cuerpo y tan...

Aquello estaba mal.

—¿Q...Qué estás haciendo?

La respuesta que recibí fue una húmeda y ardiente caricia de su lengua en el cuello. Todas las terminaciones nerviosas de esa zona estallaron en llamas. Me puse de puntillas, apretándome contra él.

No. Chica mala. Se suponía que no debíamos hacer aquello.

—Oh, Dios. Quizá deberíamos hablar ahora.

Tenía unas manos tan diestras. Antes de percatarme de lo que estaba sucediendo, me levantó el dobladillo de la falda y me metió las manos entre la ropa interior para apretarme las nalgas. Entonces empezó a mordisquearme el cuello y soltó un medio gemido, gruñido que me dejó sin aliento. De pronto me veía incapaz de respirar.

—Se supone que tendría que estar saliendo de aquí,

Si hubiera podido mantener las piernas cerradas, habría tenido alguna oportunidad de ganar esa batalla, pero teniendo en cuenta el despliegue de su artillería, las perspectivas eran bastante malas. Una mano bajó un poco más, acariciándome entre las piernas, mientras la otra me agarró de la nuca, para sujetarme con firmeza. Ahora sí lo sabía: estaba perdida. Dios, qué poca

fuerza de voluntad tenía. De acuerdo, estaba demasiado excitada para pensar con claridad y mis hormonas habían decidido rebelarse contra mí. Sacrifiqué cualquier pensamiento coherente y racional sobre el altar de la propia lujuria. ¡Mierda!

—B...Ben.

Con un movimiento que demostraba por qué era considerado un dios del rocanrol, le dio una patada a mi maleta con su enorme bota negra, tirándola de la cama, antes de avanzar por la parte delantera de mis bragas para frotarme el clítoris con una habilidad que me hizo ver las estrellas. Madre mía. Estaba más que preparada para él. Lo de Las Vegas no había sido nada comparado con esto.

Alguien tenía que concederle un premio; algún galardón por su capacidad para realizar múltiples tareas y su destreza en el área del sexo.

Mi espalda tocó el colchón, mientras Ben se cernía sobre mí, colocándose entre mis piernas. Joder, era magnífico. Con esos pómulos marcados y el brillo oscuro y salvaje en su mirada prometiéndome una buena sesión de sexo. Sí, me costaba respirar, pero no me importó. Que mis tetas tocaran su pecho lo compensó con creces. En ese momento tenía los pezones más felices de toda la creación. Estaban tan sensibles.

¿Quién dijo que el embarazo no podía ser divertido?

Me cubrió la boca con la suya, besándome una vez más. Qué bien sabía. Me di cuenta de que se apoyaba sobre un codo, para evitar ejercer cualquier presión sobre mi vientre. Pero lo que me hizo mientras tanto con su mano libre fue una absoluta delicia. Me acarició la parte externa del muslo, para luego ir ascendiendo bajo el dobladillo de la camiseta hasta llegar a las costillas. Un momento... No podía ponérselo tan fácil. Qué vergüenza. Hacía unos instantes había tomado una decisión y tenía que llevarla a cabo.

—Me estaba yendo. Estaba...

La única respuesta que obtuve por su parte fue que empezó a frotar su erección hacia delante y hacia atrás entre mis piernas. El único problema era que había un par de *jeans* y unas bragas entre medias.

Solté un jadeo.

—No creo que los amigos que son solo amigos deban hacer este tipo de

cosas.

Sin decir palabra, se sentó y se quitó la camisa sin desabotonar por la cabeza. Menudo pecho tenía. Tan grande, tan musculoso... y tan capaz de reducir mi cociente intelectual al mismo número de pie que calzaba. Aquella máquina sexual con barba me transformaba en una cría estúpida y balbuciente. Triste, pero cierto.

—Ben no puedo abrirme de piernas cuando a ti te dé la gana.

Se apoyó sobre los tobillos, me agarró de ambas piernas y las sostuvo contra él. Me quitó los zapatos y las bragas en menos de un segundo.

—Espera.

No lo hizo.

—¿Has pensado que a lo mejor no quiero acostarme contigo? —Una mentira flagrante, pero necesitaba desesperadamente que se comunicara conmigo en un plano que no fuera solo físico.

Me taladró con la mirada. Levantó las bragas y se las llevó a la nariz.

—¡Oh, Dios mío! ¡No las huelas, Ben!

Esbozó una lenta sonrisa.

—Es asqueroso. ¿Me ves haciendo este tipo de cosas? ¿A que no? —Lo único bueno de que ya no llevara bragas era que no podían arder en llamas debido al sofocante calor que ahora sentía en la entrepierna. ¡Qué suerte la mía!

Ben dejó a un lado mi empapada ropa interior.

—Bueno, sí. Tengo la vagina fuera de control. Pero eso no demuestra nada.

Depositó un beso en mi tobillo hinchado y lo miró de cerca.

—Y no me mires los tobillos. Ya sabes cómo me siento al respecto. — Intenté retirar las piernas, pero él me las rodeó con ambos brazos y las mantuvo contra su cálido torso—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Empezó a masajearme los dedos de los pies lentamente. Sí, me gustaba mucho, pero quería respuestas.

—Di algo.

—Hace un momento has dicho que nada de lo que dijéramos nos serviría de ayuda —murmuró. Su ardiente y húmeda boca trazó un sendero por el

lateral de mi pie, haciéndome cosquillas con la barba—. Pensé que era mejor que te demostrara por qué tienes que quedarte.

—¿Por el sexo?

—Parece que es lo que ahora mismo quieres.

Solté un bufido.

—Has empezado tú.

El muy cabrón sonrió con suficiencia.

—Aclárame un poco más eso de que tienes el coño fuera de control. Me interesa mucho.

—No. —Yo y mi estúpida boca—. No hay nada que aclarar.

Sentir sus cálidos y suaves labios junto con la barba resultó una combinación letal para mi libido. El calor y la fuerza que irradiaba su cuerpo. Hubiera jurado que cada vez que me tocaba la piel me echaba chispas; diminutas luces que me quemaban de la forma más sensual posible. ¿Cómo se suponía que podía luchar una pobre chica como yo contra aquello? Ese hombre poseía superpoderes sexuales y yo era simplemente yo, alguien disfuncional en el mejor de los casos.

—¿Por qué quieres que me quede? —pregunté con una ligera nota de súplica en la voz. Ni siquiera sabía la razón. Me rodeó los tobillos con los dedos, acariciándolos con delicadeza—. ¿Por el bebé?

—No —respondió él—. Por todo.

—¿Y por todo te refieres a...?

Arrugó la frente.

—No lo sé. Cuando te dije que nunca he querido tener una relación me refería exactamente a eso. Pero tú tampoco querías tener un hijo tan joven. Supongo que ambos vamos a tener que averiguar cómo lidiar con todo esto.

—Mmm, no... —Cerré los ojos con fuerza—. Ben, ya hemos estado en este mismo punto antes. Primero crees que quieres algo conmigo pero luego piensas que es demasiado complicado y sales corriendo. Y está bien. Está bien que te centres en tu música, que lleves una vida fácil y sin ataduras y que no quieras tener una relación estable. Lo que no está bien es que vuelvas a darme falsas esperanzas, porque después la caída es muy dura.

Y esa era mi opinión profesional como estudiante de psicología.

—Liz.

—No. No puedo volver a pasar por esto.

Se quedó callado.

Las emociones me sobrepasaron, dividida entre las necesidades de mi cuerpo y mis sentimientos. Joder, cómo dolía. Me aparté de él y empecé a arrastrarme fuera de la cama. Quería ponerme a llorar como una loca. Sí, un buen llanto debajo de una ducha de agua caliente era precisamente lo que necesitaba. Además de un orgasmo. El hotel tenía un cabezal de ducha excelente y tenía toda la intención de hacer un buen uso de él. Tal vez me tomaría también un poco de helado; un remedio único para un corazón roto.

—Espera. —Me detuvo con su fuerte brazo, atrayéndome hacia su cuerpo. Me dejé llevar. Tenía demasiados músculos para ponerme donde le diera la gana; lo había demostrado en numerosas ocasiones. Que me encantara estar en sus brazos no tuvo nada que ver.

—¿Por qué? —grité—. Venga, Ben. Dame una razón de peso. ¿Por qué debería quedarme?

—Por esto. —Extendió su inmensa mano sobre mi vientre. Su piel más morena en claro contraste con la mía—. Por nosotros. Porque hemos hecho un bebé, Liz. Tú y yo.

—Ben.

—Shh... Relájate. Dame un minuto.

Qué fácil que era para él decirlo; cómo se notaba que no estaba sufriendo otra crisis emocional. Tampoco ayudó el que le deseara con cada fibra de mi ser. Estaba acostumbrada a la frustración sexual, pero no podía arriesgarme a que volviera a destrozarme el corazón.

—No me había dado cuenta de lo mucho que te ha crecido la tripa. —Me acarició el vientre con ternura—. Solo ha pasado una semana.

—Sí —sollocé—. He debido de explotar.

Me frotó el cuello con la nariz, depositando dulces besos por el camino.

—¿Alguna vez has visto algo más asombroso que nuestro hijo creciendo en tu vientre?

Hice un gesto de asentimiento y cubrí su mano con la mía.

—¿Verdad?

—Entonces compártelo conmigo. Quiero verte todos los días. Saber cómo estáis los dos y formar parte de esto. —A pesar de sus tranquilizadoras palabras, no pude evitar ponerme tensa entre sus brazos—. Estás preciosa, relájate.

—Intenta relajarte tú con una erección enorme a la espalda. Estoy intentando romper contigo... no es que hayamos estado juntos nunca... y tu pene no me está ayudando.

Se rio pero no hizo nada por apartar dicha erección de aquella zona tan cercana a mi trasero.

—Tienes que dejar de ponerte celoso —continué—. Con el tiempo, terminaré conociendo a alguien. No te puedes poner como un cavernícola cada vez que hable con algún hombre. Con bebé o sin él, no tienes ningún derecho.

—Entonces dámelo.

—¿Para que te asustes y salgas corriendo? No.

—Mierda. Mira, no puedo olvidarme de ti, Liz. Ese es el problema. —Apoyó la cabeza sobre mi hombro—. Eres la única chica con la que deseo estar.

Me quedé completamente inmóvil. Excepto por las cejas al fruncir el ceño.

—Esto no tendrá nada que ver con tu disfunción eréctil, ¿no? Porque ahora mismo no parece tener ningún problema.

—No tengo ninguna disfunción eréctil. Tengo un Lizproblema. Por lo visto mi polla piensa que tú eres su dueña. Pero no se trata solo de eso...

—Las pollas no piensan. Ya discutimos sobre eso.

—Pues nos equivocamos.

—Ya. ¿Entonces tengo un pene por mascota? Muy bien, continúa. —La curiosidad se había impuesto a la determinación—. ¿Qué más?

Enterró la cara contra mi cuello y sentí su calor.

—No puedo soportar la idea de que alguien más te toque.

Puse los ojos en blanco. Qué neandertal. Y aunque sus dos argumentos me resultaron muy interesantes, no tenían el peso suficiente para cambiar nuestro estado actual de «solo amigos».

—No es solo por el bebé —masculló él.

—No lo tengo tan claro —dije, recostando la cabeza contra él. Era una tonta, sí, pero estaba tan a gusto acurrucada contra él. Además, él me había abrazado primero.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Demuéstralo.

—¿Que lo demuestre? ¿Cómo demonios se supone que tengo que hacer eso?

—No lo sé.

—Jesús. Está bien. Solo usé a Sasha... —El resto fue una retahíla ininteligible, pues tenía pegada la boca a mi cuello mientras pronunciaba las palabras.

—¿Qué has dicho?

Más murmullos.

—Ben, habla más claro.

Se quejó y levantó la cabeza y se inclinó a un lado para mirarme a los ojos.

—Usé a Sasha para olvidarme de ti. Sabía que no podías ser solo una aventura de una noche y Mal no dejaba de preguntarme qué había pasado en Las Vegas, si me había liado contigo o qué. Entonces empezó a decir que estabas saliendo con alguien y que tal vez lo llevaras a la cena.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—Sí.

—¿Por qué narices te dijo eso?

—¿Por qué crees?

—Dios, ese tipo es un puto liante. —Otra moneda para el tarro de las palabrotas. Al paso que llevaba habría ahorrado lo suficiente para pagar la educación de la lentejita y su primera casa en un año. Y quizá también para un viaje a Europa.

—Siempre lo ha sido y siempre lo será. Así que invité a Sasha a esa cena para quitármelo de encima. Te echaba de menos, no querías hablar conmigo y creí que irías acompañada.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—No sé si solo lo hice porque intentaba ponerte celosa o porque una parte

de mí quería olvidarte y seguir adelante. Era una chica estupenda.

Alcé la barbilla.

—¿Crees que era estupenda?

—¿Tú no?

—No mucho —repliqué sin sonar demasiado esnob. Ni siquiera un poquito.

—¿No?

—Me pareció un poco sabelotodo. Arrogante. Y tenía el pelo tan... azul.

—Aquel pelo no podía ser más original, pero ni loca iba a reconocerlo delante de él.

El silencio a mi espalda fue ensordecedor.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —respondió él con un tono que implicaba todo lo contrario.

—Oh, cierra el pico —suspiré—. De acuerdo, sí que era bastante maja. — Sin darme cuenta me había puesto a jugar con sus dedos, tocándolos, enredándolos con los míos. Ese era el problema con Ben: no me costaba nada intimar con él.

—Da igual —dijo él—. Eso fue antes de que supiera lo del bebé.

—Y te comportaste con ella como un cabrón inmaduro.

—Sí —reconoció muy serio.

—No me extraña que le sentara tan mal.

Asintió mientras me acariciaba la mejilla con ternura.

—Si yo hubiera sido ella te habría cortado las pelotas.

Frunció el ceño y me miró con gravedad.

Me limité a encogerme de hombros. «Cada uno cosecha lo que siembra, guapo.»

—Tuvimos que pagarle para que no contara nada sobre ti. Adrian y los abogados se encargaron de todo.

—¡No! ¡Menuda zorra!

—Mmm.

Resoplé con sorna.

—Bueno, hemos dejado claro que nos hemos comportado como dos adolescentes en pleno instituto. ¿Y eso qué demuestra?

—Que tenemos que ver adónde nos lleva esto.

—Creía que eso era lo que estábamos haciendo.

Me ahuecó la mandíbula con una mano.

—No me refiero a luchar contra esto. Ya estoy cansado de hacerlo. Lo que quiero decir es que tenemos que tomarnos las cosas con calma y descubrir qué es lo que pasa entre nosotros.

Supe que no podía tener más arrugas en la frente. Y mi corazón no estaba en mejor estado.

—¿Preciosa?

—No me fio de ti, Ben. Lo siento. Me gustaría poder sentirme de otra forma, pero llevo todo este tiempo intentando resolver lo nuestro; pensaba que tú también estabas igual pero...

—Pero no he dejado de cagarla una y otra vez.

—Sí.

Creí que dejaría que me marchara, que volvería a la fiesta a lamer sus heridas... o a alguien más. Pero no lo hizo. En lugar de eso se apoyó contra el cabecero de la cama y tiró de mí, para colocarme en su regazo. No me opuse.

—¿Estas enfadado? —pregunté desconcertada.

—A ver cómo te lo explico... —Sus cuerdas vocales emitieron un gruñido grave que fue puro sexo para mis oídos. Os lo juro—. Lizzy, cuando dices que no te fías de mí, me entran ganas de perder los estribos y ponerme a destrozar cualquier cosa que se me ponga por delante.

—Una respuesta bastante comprensible, aunque un tanto violenta.

—Pero lo nuestro es todo menos sencillo. —Frotó la boca y la barba contra mi nuca. Me estremecí de la cabeza a los pies. Oh, sí. A partir de ese momento llevaría el pelo recogido todo el tiempo. Me encantaba—. Y como has dicho, vamos a tener un bebé.

—Cierto.

—Pero ya no voy a salir corriendo. Piensa lo que quieras. Machácame cuanto te plazca. Me voy a quedar.

—¿De veras?

—Sí. —Me separó las piernas con las manos, acariciándome los muslos con sus ardientes dedos. ¡Dios!, cómo me gustaba.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, al borde del jadeo.

—Nada.

Me recorrió los muslos internos con el dorso de los dedos, trazando un sendero con los nudillos. Casi me puse a llorar cuando se detuvo a escasos centímetros de mi sexo para volver a centrarse en los muslos.

—No te creo.

Me levantó la falda con cuidado, dejando al descubierto la entrepierna. Su pecho dejó escapar un lujurioso sonido cuyas vibraciones sentí a lo largo de toda la columna.

—Joder, Liz. Mírate. Me encanta tu coño. Lo he echado de menos.

—Mmm. —Tensé los hombros, elevándolos un poco—. Ben...

—Tranquila.

—Es peligroso.

—No. Es como tiene que ser —murmuró. Me mordisqueó la oreja—. Ya tienes mi polla. Podrías tener el lote completo.

—¿Qué significa eso?

—Que he renunciado a olvidarte y que ahora voy centrarme en tenerte.

—Ninguna de esas declaraciones me reconfortan en lo más mínimo, Ben. —Eché la cabeza hacia atrás y la levanté hacia un lado para poder verle la cara. Parecía sincero, pero en el pasado había cometido el error de creerle un par de veces—. Explícamelo en un lenguaje menos roquero, por favor.

—¿Y tú eras la que se quejaba de Sasha? —Torció los labios—. Significa que voy a conseguir que vuelvas a fiarte de mí.

¿Qué pretendía que respondiera a aquello?

Sin dejar de mirarme, se llevó dos dedos a la boca y los humedeció. Después, con mucha calma, los bajó hasta mi vulva y me penetró con ellos. Solté un jadeo. Todo lo que tenía de cintura para abajo saltó de alegría. Qué Dios me ayudara, si ese hombre llegaba a enterarse de hasta qué punto le pertenecía, estaba perdida.

—Joder, preciosa. Es verdad que estás fuera de control. Apenas te he tocado.

—Es por las hormonas del embarazo. Son unas auténticas psicópatas.

Esbozó esa sonrisa suya que tanto me atraía. No me fiaba de él, cierto,

pero ¡era tan guapo! El corazón y las entrañas me estallaron en llamas. Una intensa emoción me atravesó por completo y ahí fue cuando me di cuenta de que seguramente estaba enamorada de ese capullo con barba.

—¿De verdad quieres que confíe en ti?

Trazó varios círculos sobre mi clítoris antes de volver a penetrarme con la punta de un dedo. Estaba jugando conmigo, tentándome. Era una tortura exquisita.

—Sí —contestó—. De verdad.

—¿Lo de antes iba en serio? Me refiero a lo nuestro.

—Sí. —Sin perder el contacto visual, deslizó un dedo en mi interior—. Estás muy mojada.

—Sí. ¿Sabes? Me resulta muy difícil hablar sobre una posible relación contigo tocándome de ese modo.

—Podemos hablar de todo lo quieras más tarde. Lo haremos, te lo prometo.

—De acuerdo. —Se me escapó un gemido lastimero. Apreté los músculos internos en torno a ese dedo. Las manos se me transformaron en garras, clavándose en aquellos duros y potentes muslos.

—En Las Vegas te excitaste enseguida. Pero esto... joder, cariño, esto es increíble.

—Me masturbo. Mucho.

—Pues eso se acabó —sentenció él—. Voy a cuidar de ti, Liz. No te decepcionaré de nuevo.

El dedo que tenía en mi interior buscó un punto particularmente sensible y empezó a masajearme con pericia. Y así, con esa facilidad, volvió a ponerme a mil. Fue un milagro que no perforase la tela de la camiseta con los pezones. Desde luego estaban duros como piedras. Eché los hombros hacia atrás, empujándolos contra su sólido pecho mientras me frotaba el clítoris con el pulgar. De pronto vi estrellas, fuegos artificiales y toda esa parafernalia. Mi mundo entero se convirtió en una luz cegadora.

Me las arreglé para reprimir un grito. O al menos parte de él. ¡Uf! Me recosté jadeante sobre su regazo, con la frente y la espalda empapadas de sudor. Había sido perfecto.

Me ahuecó el sexo con ternura.

—Todavía estás palpitando.

Me estiré y bostecé, bajando poco a poco a la Tierra. Estaba sumida en un estado de dicha total.

—Se ve que lo necesitabas de verdad.

—Sí. —Me di la vuelta y me acurruqué contra su pecho. Aunque tuve que quedarme un poco de lado para dejar espacio suficiente para el vientre. Ben era de lo más cómodo a la hora de descansar, tan grande, tan calentito... y también era de mucha utilidad a la hora de los orgasmos. Tenía que reconocer que sus dedos eran mucho mejores que los míos.

—¿No me digas que te vas a quedar dormida encima de mí? —preguntó incrédulo.

Asentí y cerré los ojos. Olía muy bien. Deberían hacer un perfume con su sudor. Compraría una tonelada. Sentí su erección contra mi cadera. «Mala suerte, chico, estoy agotada.»

—¿No querías tomarte las cosas con calma?

Respondió con un gruñido hosco.

—¿En serio quieres ser mi novio? —pregunté, medio abriendo un ojo.

Me alisó con una mano la falda antes de recostarse un poco más sobre el colchón para que estuviéramos más cómodos.

—¿Tu novio? Pues... —Su grave y profunda voz vibró a través de mí, provocándome aún más sueño—. Nunca he sido el novio de nadie.

—¿No?

—No.

Me tenía entre sus brazos, su barba me hizo cosquillas en la frente mientras continuaba acomodándose entre los cojines.

—Tu novio —continuó con tono pensativo.

—Es una decisión importante. Tómate tu tiempo para pensarlo y avísame cuando estés listo para hablar de ello.

Frunció el ceño.

—Seguro que tú estás más tranquila

Sí y, sinceramente, ya era hora. Además, perseguir a un hombre hasta ahora no me había traído nada bueno. Una no podía estar todo el rato dándose

de bruces contra un muro de ladrillos; llegaba un punto en el que tenías que parar y buscar una nueva táctica.

Me encogí de hombros, le metí la mano debajo de la camiseta y me acerqué un poco más a él. Tenía una piel muy suave y acariciarle el vello del pecho era una auténtica delicia. Seguro que el día que le viera las uñas de los pies también me volvería loca con ellas. Pero ahora no quería ponerle las cosas demasiado fáciles.

—¿Liz?

—¿Mmm?

—Lo de ser novio... ¿incluye también algunos beneficios?

—Puede.

—¿Podré dormir y ducharme contigo?

—Sí.

Respondió con un gruñido de satisfacción.

—¿Y qué me dices de meterte mano? ¿Podré tocarte cuando quiera?

—También, dentro de lo razonable.

—Preciosa, tengo que reconocer que siempre he creído que tienes un cuerpo increíble. Pero es que ahora estás que te sales.

—¿En serio? —Alcé la vista y le miré con curiosidad—. Pues yo me siento inmensa e hinchada.

Su enorme mano me ahuecó la mejilla, acariciándomela con el pulgar.

—Joder, no. Estás llena de sensuales curvas y llevas a mi hijo en tu interior. Nunca pensé que eso me pondría tanto, pero no te imaginas lo mucho que me excita, cariño.

—Mmm.

—¿Qué más conlleva la mierda esa de ser novio?

—¿La mierda esa de ser novio? ¿En serio?

—Lo siento. Ya sabes a lo que me refiero. —Me dio un apretón—. ¿Qué más? Venga.

—Está bien. Déjame pensar. —Enredé los dedos en su barba, deslizándolos hacia atrás y hacia delante. Podría quedarme allí toda la noche, completamente feliz, escuchando los fuertes latidos de su corazón y la respiración acompasada de su pecho. Simplemente tumbada allí con él,

sabiendo que ese hombre que yo creía tan especial estaba vivo y que en ese momento solo quería estar conmigo. Me parecía estar en el mismísimo paraíso—. ¿Sabes? No estoy muy segura —murmuró—. Hasta ahora tampoco he tenido ningún novio oficial. Pero supongo que tenemos que ayudarnos mutuamente, estar ahí cuando el otro nos necesite y hablar. No creo que pueda funcionar de otra forma.

—Mmm.

—Y por supuesto mantendríamos una relación exclusiva.

Un gruñido.

—Si decides que es lo que quieres, entonces supongo que nos lo tomaremos con calma y ya veremos cómo funciona.

—Sí. —Frotó suavemente la palma contra mi espalda, liberando cualquier rastro de tensión que todavía tuviera.

—Ben, no quiero quitarte tu libertad. Solo quiero tener cabida en tu mundo. Ocupar un lugar importante.

Estiró el cuello, obligándome a alzar la barbilla para que pudiera mirarlo.

—Preciosa, has sido importante desde el primer día. La única chica a la que siempre vuelvo. Nunca he conseguido sacarte de mi cabeza, por muy lejos que corriera. Jamás me había sentido así con otra mujer.

—¿No?

—No.

Me masajé el cuello, deshaciendo los nudos que tuviera. Permanecimos en silencio unos segundos.

—Quiero ser tu novio, Liz.

No hubiera podido reprimir la sonrisa que esbozaron mis labios ni aunque lo hubiera intentado.

Me apartó el pelo de la cara y me miró.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

CAPÍTULO 10

Esa noche dormí muy bien. Los bajistas tatuados y con barba eran mucho más cómodos que las almohadas de cualquier hotel. Dormimos en ropa interior, por eso de que queríamos tomarnos las cosas con calma. Nunca había pasado la noche entera con ningún hombre, sexualmente activa o no. Pero Ben consiguió que algo que podría haberme resultado embarazoso, me pareciera lo más normal del mundo. Había pasado a formar parte de mi vida como si siempre hubiera estado allí.

Mis sueños tuvieron su punto de perversión, lo que tampoco era nada nuevo. Pero lo que sí supuso todo un cambio fue despertarme con la cabeza de un hombre entre las piernas lamiéndome los labios vaginales. Arqueé las caderas y abrí los ojos como platos.

—Ben, ¿qué haces? —jadeé con el cerebro todavía embotado.

—Disfrutar del coño de mi novia —explicó—. Beneficios, ¿te acuerdas?

Me mantenía las piernas bien abiertas con las manos, clavándome los dedos en los muslos. Me miró y volvió al ataque. Gemí y me retorcí, intentando zafarme, aunque en realidad no quería porque aquello era... Joder. El Nirvana.

—Sigue. —Solté un suspiro de felicidad.

No puedo explicar con palabras lo que se siente al tener la barba de un hombre en tus partes privadas. Un auténtico placer para el tacto. Suave,

delicado e increíble en todos los sentidos. Tensé los músculos e hiqué los talones sobre el colchón. No tenía ni idea de dónde podían estar mis bragas, aunque tampoco me importó. Sin embargo, lo que mi novio me estaba haciendo, centró todo mi interés. Su lengua se movió alrededor de mi clítoris antes de dedicarse a succionarme los pliegues con los labios. Ben era una eminencia en lo que al sexo oral se refería. Extremadamente detallista y muy entusiasta (estaba famélico y yo era su cena). Empujé la vulva contra su cara, necesitando y aceptando todo lo que me ofrecía.

Fui incapaz de contener la energía que se acumulaba entre mis caderas, en la parte baja de mi columna. La maravillosa sensación fue en aumento, inundando mi cuerpo, iluminando cada uno de mis miembros. Llegué al orgasmo gritando su nombre, disfrutando de un placer tan intenso que me partió en dos. La cabeza me daba vueltas. Era todo y nada a la vez. Me sentía como si estuviera flotando en una nube, disfrutando del subidón de adrenalina.

Pero él no había terminado todavía,

Se colocó sobre mí, se bajó los *boxer* con una mano y bombeó su dura polla una vez, dos, tres veces, derramando su esperma sobre mis pechos y abdomen, antes de apoyar la frente sobre la mía. Sentí su cálido aliento sobre los labios.

—Hola —murmuré. Todavía estaba intentando normalizar la respiración.

Me besó con intensidad, cubriendo mis labios con los suyos y sumergiendo la lengua en mi interior. Su delicioso sabor me llenó la boca mientras me acariciaba el vientre con los dedos y frotaba su semen contra mi piel.

—Buenos días —susurró, apoyado sobre un codo. Aquellos pómulos perfectos, los húmedos y carnosos labios llamaban a gritos a mis dedos. Hubiera podido pasarme el día entero tocándole.

—Ben.

—¿Mmm? —Volvió a besarme, esta vez con más dulzura.

Estaba tumbada debajo de él, devastada. Había tantas cosas que podía decirle, que quería decirle. Pero «despacio» era la palabra clave. No podía describir lo que me provocaba en el corazón y en la mente, cómo me

desbordaba el alma. Era aterrador.

—Buenos días.

—Nada de masturbarte más —me ordenó con voz ronca—. De ahora en adelante tus orgasmos corren por mi cuenta. Si me necesitas, llámame. Estaré aquí lo antes posible, ¿de acuerdo?

—Sí.

Se dedicó a besarme un rato más hasta que la cabeza empezó a darme vueltas.

—¿Estamos yendo lo suficientemente despacio para tu gusto? —preguntó.

—Sí.

Sonrió. Dios bendito, lo único que pude hacer fue mirarle embobada. ¿Existiría sobre la faz de la Tierra algún hombre tan atractivo como él? No. Estaba completamente centrado en mi persona; una atención que me resultó embriagadora. Sus ojos oscuros no se apartaron de mí ni un segundo, como si estuviera intentando memorizar cada milímetro de mi rostro.

—Lo estamos haciendo muy bien, Liz. —Me cubrió el vientre con la mano mientras me daba un beso en la mejilla.

—Sí. —No tenía palabras. No cuando se comportaba de esa forma.

—Venga, vamos a la ducha —dijo con una medio sonrisa en los labios.

Todavía estaba en el baño, terminando de arreglarme el pelo y poniéndome un poco de corrector y máscara para las pestañas para realzar el supuesto resplandor del embarazo, cuando oí a Ben hablando en el salón de la *suite*. No tenía intención de escuchar nada, simplemente sucedió.

—El grupo ya está lo suficientemente tenso con Mal comportándose como lo está haciendo —comentó Ben—. No sé si es buena idea que venga con nosotros.

Un momento, ¿estaban hablando de mí? Aunque en realidad yo ya estaba con ellos en la gira. No tenía sentido.

—Quiero a Marta, pero todos sabemos cómo es —continuó Ben.

—Parece que las cosas se han calmado un poco. Además, a ella también

podría venirle bien —dijo Sam—. Nunca sentará la cabeza mientras siga viviendo por su cuenta, derrochando dinero y actuando como la reina de la fiesta de Nueva York.

—No sé.

Sam se quejó por lo bajo.

—Los medios todavía hablan de ella de vez en cuando. Desde el punto de vista de la seguridad, sería mucho más fácil si les tuviéramos a todos cerca o incluso bajo el mismo techo. El embarazo terminará filtrándose a la prensa y nos vendría mejor que no estuvieran cada uno por su lado. Solo lo digo por eso.

—¿Seguro que tu preocupación por Marta no obedece a algo más personal?

—No sé de qué me habla, señor Nicholson.

Decidí entrar e interrumpir el duelo de miradas que estaban teniendo. Sí, lo reconozco, me picaba muchísimo la curiosidad.

—Hola, chicos, ¿pasa algo?

Ben negó con la cabeza.

—¿Para qué están las hermanas si no es para joderte la vida de vez en cuando?

—Solo piénselo. —Sam le palmeó el hombro y se dirigió hacia la puerta—. Hasta luego, señorita Rollins.

—Adiós. —Me volví hacia mi novio y tiré con cariño de su camiseta para acercarlo a mí y darle un beso—. ¿Algo de lo que tengamos que hablar?

—No. —Sonrió con dulzura y me besó con más ternura aún. Pero inmediatamente después me propinó una buena palmada en el trasero—. Ve a hacer tus cosas de chica. He quedado con Jim para correr un rato.

Intenté devolverle el golpe, pero fallé por unos cuantos metros.

—Sí, será mejor que corras, muchacho.

Se rio y salió por la puerta.

Yo me quedé sonriendo como una tonta durante mucho tiempo.

—Supongo que todas os estáis preguntando por qué os he llamado hoy — empezó Lena, mientras conseguía que una botella de agua mineral mantuviera el equilibrio sobre su estómago. ¡Menudo truco!

Era cerca del mediodía. Las cuatro: Lena, Evelyn, Anne y yo, estábamos sentadas, pasando el rato en la lujosa *suite* que compartían Jimmy y ella. Sobre la mesa de café, teníamos una variedad de elaborados sándwiches, pasteles, frutas y surtido de quesos. No había *cake pops*, pero sí pastas de té y magdalenas que, tenía que reconocer, estaban igual de buenas.

Ev se limpió una miga de la comisura de la boca.

—Pensé que estábamos tomando un aperitivo.

—No nos hubiera dicho eso si solo se tratara de un tentempié —indicó Anne mientras se echaba azúcar en el té.

—Cierto.

Lena estaba sentada sobre un diván de damasco, mirándonos de una en una a través de sus modernas gafas de carey. Estaba embarazada de un mes más que mis dieciséis semanas. Que Dios me ayudara cuando estuviera tan redonda. Ben tendría que moverme rodando.

«Los embarazos. Tan naturales como la vida misma», pensé con ironía.

—No, no estamos aquí solo para comer —continuó—. Aunque también estamos comiendo y no precisamente poco. Estamos aquí para entrometernos en la vida de Lizzy, porque la queremos y nos importa. También porque estar de gira termina siendo un aburrimiento así que, ¿qué narices?

—Oh, bien. —Tomé otro sorbo de mi descafeinado (más bien leche caliente ligeramente beis).

—¿Os habéis fijado en el chupetón que tiene en el hombro? —preguntó Eve, alzando sugestivamente las cejas.

—Aquí no hay nada que ver —dije, y me subí el cuello de la blusa—. Por favor, circulen.

—Esta mañana tiene un brillo especial, ¿verdad? —Qué bonito. Mi propia hermana también estaba metida en el ajo. Traidora.

—Sí, me he dado cuenta. —Lena tiró de un hilo de su camiseta premamá de Stage Dive. Una camiseta que no tenía que formar parte de la tienda oficial porque proclamada con orgullo y con letras muy llamativas: «Jimmy

Ferris, yo le echaría un buen polvo». No me imaginaba al cantante del grupo aprobando un diseño como ese en la vida—. ¿Y sabéis qué? Cuando Ben ha venido esta mañana a por Jimmy para salir a correr, parecía un barbudo muy, muy feliz.

Fruncí el ceño.

—Sin comentarios.

—Ya era hora —suspiró Ev—. Últimamente ha estado muy irascible.

—Pero ya no lo está. Lizzy ha conseguido que el muchacho tenga el corazón contento y lleno de alegría.

—¿Creéis que le habrá hechizado con su vagina? —preguntó Eve, lanzándome una mirada absolutamente lasciva.

—Creo que sí.

—No tiene gracia —dije sin sonreír—. Anne, haz que paren.

Mi hermana se metió su brillante pelo pelirrojo detrás de las orejas y negó con la cabeza con tristeza.

—Ah, cariño. No puedo. Ahora eres parte de la familia Stage Dive. Ya sabes, el círculo más cercano y todo eso. Será mejor que te vayas acostumbrando.

—Pero Ben y yo no estamos casados. Ni siquiera sé si estamos realmente juntos.

—¿A qué te refieres con lo de «realmente»? —quiso saber Anne. Se inclinó hacia delante en su asiento—. Todavía no sé qué pasó anoche, después de que ambos os fueseis de la fiesta.

—Estuvimos hablando. No hay mucho más que contar. —No estaba preparada para hablar de ello. Los cambios eran demasiado recientes. Todavía no me había dado tiempo a asimilarlo del todo, a tenerlo claro; suponiendo que pudiera tenerlo claro.

Estaba confundida.

Mis palabras fueron recibidas con un coro de abucheos y algún silbido que otro. Una persona a la que no nombraré (Lena), incluso se atrevió a tirarme un bollo cubierto de azúcar glaseado a la cabeza. Pasteles como proyectiles... nunca se me hubiera ocurrido. Por suerte lo atrapé antes de que me diera de pleno. Mmm... y venía relleno de cereza. Qué rico.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Tranquilas. —Menudo genio se gastaban las damas (apreciad el tono irónico cuando digo lo de «damas»)—. Lo cierto es que no sé muy bien lo que está pasando entre nosotros.

—Bueno, ¿tú qué crees que está pasando? —preguntó Anne, robándome la mitad del postre. Tenía suerte de que la quisiera tanto.

—Buena pregunta. Creo que hay varias opciones. —Hice una pausa para dar un bocado a una deliciosa tartaleta de hojaldre que me supo a gloria (la tercera que me comía). Por lo visto el sexo no era lo único en lo que no podía controlarme. Sería mejor que tuviera más fuerza de voluntad o al final del embarazo tendría el trasero más grande que la tripa. Pero es que esas tartaletas me hacían tan feliz... ¿Y no era eso a lo que teníamos que aspirar en la vida? ¿A ser lo más felices posible?

Seguro que estaban todavía más ricas con un poco de beicon encima.

—Continúa —me animó Ev dando palmadas con aire regio—. Cuéntanoslo todo.

—De acuerdo. La primera opción es que puede que solo lo esté usando para tener sexo. —Aquella declaración provocó varias exclamaciones y sonrisas traviesas—. No puedo evitarlo. Las hormonas del embarazo me han convertido en una especie de ninfómana y él es tan atractivo... Eso sí, Ben empezó. Esta vez no fui detrás de él. Además, no os podéis imaginar el placer que provocan las barbas. La sensación de todo ese pelo sedoso, ascendiendo por el interior de mis muslos y...

—¡Eh! —Anne se tapó las orejas—. ¡Para!

—Lo siento.

—Ojalá me hubiera vuelto yo también una ninfómana —intervino Lena—. A mí me ha dado por obsesionarme aún más con las tartas. No es justo.

—Mmm.

—Menos mal que Jim es un hombre de pechos. Se comporta igual que un crío la mañana de Navidad, todo el tiempo jugando con este par de melones. No puede mantener las manos alejadas de ellos.

—Son impresionantes. —Me limpié las manos en una servilleta—. Los míos me molestan un montón. Antes no solía llevar sujetador, pero ahora tengo estas dos manzanas colgando y no es nada cómodo.

—¿Cuál es la segunda opción de lo tuyo con Ben? —inquirió Ev.

—Oh. Bueno, la segunda es que puede que estemos intentando entablar una relación de pareja, aunque tomándonoslo con calma. Pero tampoco lo tengo muy claro, porque tiene la mala costumbre de cambiar de parecer cada dos por tres en lo que a mí respecta. —Me quedé mirando al vacío, perdida en mis pensamientos pero sin llegar a ninguna conclusión—. Y la tercera es que dentro de unos meses vamos a ser padres, y eso es lo más importante de todo. Es evidente que he clasificado las opciones en orden ascendente. En todo caso, si vuelve a romperme el corazón en mil pedazos, entonces podríamos tener un problema. Así que, ya que habéis insistido en entrometeros en mi vida, os lo pregunto. ¿Creéis que debería intentar ser algo más que amigos con Ben?

—¿Te rompió el corazón en mil pedazos? —preguntó Ev con ojos brillantes—. Qué mal.

—Sentía... Siento algo muy fuerte por él. Y cada vez que decidía que no quería intentar nada más conmigo me dolía mucho. —Me recosté sobre la silla para que mi estómago pudiera digerir todo lo que había comido—. Los chicos son un asco. Pero así es la vida, qué se le va a hacer.

—Hablas como toda una estudiante de psicología —señaló Ev como una sonrisa.

—Gracias.

La rubia dio un ligero tirón a su coleta. Un gesto que hacía siempre que estaba nerviosa.

—Siento mucho que te hiciera daño. No debería haberte dado su número. Sabía que no le iban las relaciones.

—No lo sientas —la reprendí con suavidad—. Si te soy sincera, estaba un poco obsesionada con él. Tarde o temprano, hubiera vuelto a verle. Estoy loca por él. Nunca creí que tuviera un tipo de hombre, pero supongo que él es mi tipo. De la cabeza a los pies.

—Pues debería haber pensado qué era lo que quería antes de acercarse a ti con su esperma. —Anne entrecerró los ojos de esa forma letal que tan bien conocía.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Lena, ladeando la cabeza.

Miré al techo, estaba hecha un lío.

—Bueno, ya os he dicho que siento algo muy fuerte por él.

—¿Y ese «algo» es amor?

—No quiero responder a esa pregunta.

—¿No? —Ev dejó su taza sobre la mesa y apoyó los codos en las rodillas.

Estaba rodeada de amigas llenas de buenas intenciones. Ahora entendía por qué Anne las adoraba. Eran auténticas, amables y divertidas. Y aunque aquello me reconfortaba, saber que me estaban haciendo todas esas preguntas porque se preocupaban por mí hizo que me revolviere un poco en mi asiento, incómoda ante la idea de tener que airear los trapos sucios de Ben y los míos (por no hablar de la colada entera) delante de ellas. Apenas entendía lo que estaba pasando entre nosotros. Y con «apenas» quiero decir que no tenía ni la más remota idea.

—Porque no estoy preparada —respondí, mirando la araña que pendía sobre nuestras cabezas. La luz del sol se reflejaba en las paredes a través de los cristales de la lámpara, prismas que transformaban la luz blanca en pequeños trozos de arcoíris.

—No hay prisa. —Anne me dio un apretón en la mano—. Poco a poco.

—Sí, poco a poco.

La puerta de la *suite* se abrió de repente y Jimmy y Ben entraron en ella, empapados de sudor. Ben llevaba unos pantalones de deporte cortos que le caían sobre las caderas. Se había quitado la camiseta y se estaba limpiando la cara con ella.

—Hola, cariño. —Lena levantó una mano y Jimmy se la agarró, colocándose detrás de la silla en la que estaba sentada para darle un beso en la mejilla.

—Llevas una camiseta muy bonita. ¿Cómo están mis chicas? —preguntó, cubriéndole el vientre con una mano.

—Muy bien. En plan tranquilo, como ordenó el médico.

—¿Chicas? —Ev puso los ojos como platos.

—Creo que ya no hay secreto —rio Lena.

—¡Una niña! ¡Qué emoción!

Lena no respondió; estaba demasiado ocupada intercambiando saliva con

Jim. Vaya, menudo lote se estaban pegando. No tuve tan claro eso de que el embarazo solo le había traído una mayor obsesión por los dulces.

—Hola. —Ben se arrodilló a mi lado con la camiseta colgando de su ancho hombro, esbozando una deslumbrante sonrisa que iba dirigida exclusivamente a mí y que me derritió por dentro. Ese hombre tenía un poder incalculable sobre mi persona. Debería darle vergüenza.

—Hola —sonreí a mi vez—. ¿Se os ha dado bien la carrera?

—Sí. Incluso Dave decidió unirse. Ha sido muy divertido.

Ev se puso de pie como si acabaran de tocar una campanilla. Ni los perros de Pavlov hubieran sido más eficientes.

—Entonces mi marido debe de estar en la ducha. Hasta luego, chicos.

Y antes de darnos cuenta se había ido.

—Mmm, sí. Se levanta la sesión —consiguió decir Lena entre beso y beso.

Anne lanzó una última y siniestra mirada a mi nuevo novio y se puso de pie.

—Será mejor que vaya a ver qué está haciendo el mío. No le puedo dejar solo demasiado tiempo. Es peligroso. Nos vemos en el avión para Nueva York.

—Hasta luego —me despedí de ella.

—¿Es que también voy a tener que dejar que tu hermana me pegue? —se quejó Ben con voz ronca.

—Terminará entrando en razón.

—Creí que si Mal se salía con la suya, se solucionaría todo.

—Se preocupa por mí. —Le aparté los mechones de la cara. Ahora podía tocarle siempre que quisiera, así que, sudoroso o no, le acariciaría hasta hartarme—. Dale tiempo.

Frunció el ceño.

—¿Qué? ¡No! —bramó Jimmy desde el diván.

—Solo un poco —suplicó Lena, con una mano en su cara.

—No me voy a dejar crecer la puta barba. Las barbas pican.

—Pero...

—Además, ¿de dónde demonios has sacado la idea? —Jimmy me taladró

con la mirada—. ¿Habéis estado hablando de barbas?

Puse mi mejor cara de inocencia, pero no coló. El cantante negó con la cabeza.

—Chicas, no deberíais hablar de sexo, por el amor de Dios. Pero si ya vivimos tan cerca los unos de los otros que apenas tenemos privacidad.

—Liz solo ha mencionado lo mucho que las barbas mejoran el *cunnilingus* —contempló Lena con voz calma—. Y tú quieres que sea feliz, ¿verdad?

—Ya te mantengo plenamente feliz. —Jim se frotó la nuca.

—Por supuesto que sí, cariño. Solo te lo he comentado por si te apetecía dejártela crecer. Ya sabes, por probar algo diferente.

Con una sonrisa de satisfacción en los labios, Ben decidió apoyar la causa. Más o menos.

—Solo los hombres de verdad se dejan barba. Tú todavía no lo eres, Jim. No te sientas mal por eso.

—Que te den, alegría de la huerta —Jimmy ocultó una sonrisa—. Ahora, fuera los dos. Por lo visto tengo que demostrar a mi chica mis progresos en el sexo oral... otra vez.

—Lo siento. Ha sido por mi culpa —dijo Lena, en absoluto arrepentida.

Ben se puso de pie riendo y tiró de mí para que nos marcháramos. Me gustó ir de la mano con él. Pero me produjo aún más regocijo que no me soltara. Cuando abandonamos la *suite* y oímos el golpe de la puerta al cerrarse a nuestras espaldas, Ben preguntó:

—¿Qué les dijiste? Pensaba que todo lo relativo al sexo era de índole privada. —Me guio hasta nuestra habitación.

—Lo siento. Estábamos teniendo una charla de chicas y me dejé llevar por el momento.

—Mmm. —Frunció el ceño. No parecía muy contento.

—¿Te ha sentado muy mal? —inquirí, bastante preocupada. Las relaciones eran tan complicadas. Mi boca y yo tendríamos que ir con más cuidado y no hablar de las bondades de su vello facial.

—No. Ha merecido la pena, aunque solo sea por ver la cara de cabreo que tenía Jim. —Se echó a reír.

—Oh, menos mal.

—Nos quedan dos horas antes del vuelo —dijo, comiéndome con la mirada—. Tiempo de sobra para practicar eso de «tomarnos las cosas con calma».

Toda la sangre del cuerpo se me bajó a la entrepierna. Ese hombre sabía cómo ponerme a mil en un abrir y cerrar de ojos y no dudaba en usar ese conocimiento en cuanto se le presentaba la oportunidad. Mi novio era un experto en las lides del sexo y he de reconocer que le admiraba por ello.

—Supongo que tenemos que seguir conociéndonos el uno al otro —dijo.

—¿Ah, sí?

Pasó la llave por el lector de tarjetas y abrió la puerta.

—Anoche te masturbé con la mano y esta mañana lo he hecho con la boca. Si ir despacio significa que por ahora no va a haber penetración, entonces, preciosa, necesito que te apiades de mí. Me muero por que me pongas la mano alrededor de la polla.

—Eso me encantaría.

—Te aseguro que no he dejado de pensar en eso todo el día. Tú sentada desnuda sobre mi regazo, masturbándome mientras juego con tus tremendas y maravillosas tetas. Me apuesto lo que sea a que puedo hacer que te corras solo con eso. ¿Quieres que probemos a ver si tengo razón?

Todo mi cuerpo vibró con sus palabras; se me aceleró la respiración. Os juro que casi tuve un orgasmo al escucharle hablar de una forma tan lasciva. Ben tenía muchas habilidades ocultas.

—De acuerdo.

—Esa es mi chica. ¿Quién sabe? Puede que acabes escribiendo una tesis que demuestre mi teoría.

Me puse a reír.

—Eso ya no lo tengo tan claro.

Esbozó una sonrisa y me quitó por la cabeza la amplia camiseta que llevaba.

—¿No te quedan bien los pantalones? —preguntó, al ver la goma de pelo que unía el ojal con el botón. Era la única forma de llevarlos abrochados, ya que no podía cerrar la cremallera. Y eso que eran los más holgados que tenía y los de talle más bajo.

—No mucho desde que mi vientre decidió explotar.

—Necesitas ropa de premamá como lleva Lena. Jim dice que ha encontrado prendas que están muy bien. También tienes que comprarte sujetadores nuevos; el que llevas ahora te queda un poco apretado y se te desbordan las tetas. No es que no me guste, pero no tiene que ser muy cómodo para ti.

—¿Tú y Jim habláis de ropa de chicas?

Me miró taciturno.

—Jim solo me estaba dando algunos consejos, como Lena está de más semanas que tú...

—La ropa no es ningún problema. No me molesta mucho y puedo llevarla un poco más de tiempo.

—Pero es que no tienes por qué hacerlo. Quiero que estés cómoda.

—¿No íbamos a disfrutar del sexo? —Me crucé de brazos sobre mi abundante pecho y me dediqué a contemplar la habitación. En ese momento no me apetecía mirarle a la cara.

—¿Has usado el dinero que transferí a tu cuenta?

—Todavía no. No lo he necesitado.

—Pues es evidente que sí lo necesitas. —Se cruzó de brazos también. Claro que los suyos eran mucho más grandes que los míos y su gesto pareció más categórico. Aunque sus músculos y los tatuajes me alegraron la vista. Además, se le veía tan disgustado como yo—. ¿Qué pasa Liz?

—Nada. Lo que ya de por sí es un problema. Pensé que íbamos a enrollarnos.

Me miró.

—¿Qué? —pregunté.

Soltó un profundo suspiro. A continuación, sus dedos me quitaron la goma de los pantalones y en menos de dos segundos la prenda cayó a mis pies.

—Arriba —ordenó, levantándose del suelo.

Sexo, por fin. Le rodeé con los brazos y las piernas. Volvía a ser feliz.

—¿De verdad has estado pensando en mí todo el día?

—Sí. Y ahora también estoy pensando en ti. —Arrugó la frente—. Así que dime, ¿qué tontería es esa de no usar el dinero que te di? Lo hice para que

compraras lo que necesitaras y está claro que te hace falta ropa.

—Es para la lentejita.

—Es para las dos.

—No me siento cómoda usando tu dinero.

Soltó un gruñido de protesta.

—Yo te lo di, tú no me pediste nada.

—Da igual.

—De acuerdo. Está bien. —Me agarró el trasero y me masajeó las nalgas con los dedos—. No quiero que te sientas incómoda con esto. Además, en una relación ambas partes tienen que hacer concesiones, ¿no?

—S...Sí. —Me olía algo.

—Mañana saldremos de compras y pagaremos todo lo que necesites con mi tarjeta de crédito.

—¡Pero eso no es ninguna concesión!

—No te gusta gastar el dinero que te transferí, no lo hagas. De hecho no tienes que tocar ni un solo céntimo de mi dinero. El único que lo gastará mañana seré yo.

—Ben.

—Mira, Liz. Lo más seguro es que nunca consigas tener ni la décima parte del capital que poseo. Desde que el grupo empezó a ganar dinero no he hecho nada más que invertirlo. No soy como Jim, con sus costosos trajes, o como Mal, con sus mansiones en la playa y las fiestas que celebra. No necesito mucho, me gustan las cosas sencillas. Conduzco una vieja camioneta. Solo tengo un gasto que excede más que el resto, pero está bajo control. —Me atrapó con la mirada—. Has dejado clara tu postura. Y jamás se me ocurriría pensar que estás conmigo por el dinero, ¿de acuerdo? No quiero tener que discutir contigo cada vez que necesites algo. Tú y el bebé sois míos y yo cuido lo que es mío.

Tomé una profunda bocanada de aire.

—¿Todo arreglado? —preguntó.

—Lo intentaré.

—Haz algo más que intentarlo. Confía en mí. Estoy aquí para ocuparme de ambos.

—Eso ha sido muy dulce por tu parte. —Se me humedecieron los ojos. Putas hormonas—. Supongo que no crecí con mucho dinero... y me parece raro poder disponer de tanto sin tener que esforzarme para conseguirlo. Es como si lo estuviera robando.

—Preciosa, no me estás robando dinero. Me has robado a mí. El dinero viene conmigo. ¿Estamos?

—Sí. —Una lágrima rodó por mi mejilla—. Me gustas, Ben. Mucho.

—Jesús, ¿por qué lloras? Anda, dame esa boca.

Obedecí. Después de aquello, hice de todo menos llorar.

CAPÍTULO 11

Cuando me desperté a la mañana siguiente en Nueva York, Ben ya se había marchado. Como iban a dar tres conciertos en la ciudad, nos quedaríamos allí una semana. Una de las ventajas de estar de gira es que podías levantarte tarde (al paso que iba, cuando regresara a casa me habría transformado en un oso perezoso). La noche anterior habíamos cenado todos juntos, a pesar de las quejas de Jimmy por la falta de privacidad. Creo que su eterno mal humor en el fondo ocultaba una inmensa ternura. Sí, era una opinión estrictamente profesional. En unas cuantas ocasiones le sorprendí acariciándose la barbilla mientras miraba a Lena pensativo. No me extrañaría nada que en un futuro cercano Stage Dive tuviera otro componente con barba.

Con mi cercana transformación a oso perezoso en mente, quedé con Anne en el gimnasio y estuvimos pedaleando durante media hora en un par de bicicletas. El último ginecólogo al que había ido me dijo que hacer un poco de ejercicio me vendría bien. Excepto por algunos antojos raros y la fiesta de pastelitos del día anterior de Lena, no había hecho demasiados excesos. Había estado comiendo muchas ensaladas y verduras y... algún que otro viaje al lado oscuro a la hora de los postres. Eso de seguir una dieta estricta no iba conmigo. Al fin y al cabo una lentejita saludable y una mamá feliz eran mucho más importantes que el tamaño de mi trasero.

Los chicos se habían ido a realizar una prueba de sonido y luego tenían

que hacer varias entrevistas para la televisión antes del concierto. La compra de ropa premamá podía esperar, aunque no mucho tiempo. Un periodista de una conocida revista especializada en música había decidido unirse al grupo. Al parecer estaba escribiendo un artículo que se titularía «La gira de Stage Dive: Lo que sucede detrás del escenario». En un primer momento, a Ben no pareció convencerle aquella iniciativa, pero después cambió de opinión. Le gustaba tomarse su tiempo para sopesar las cosas.

Lo que me parecía muy bien.

Yo, sin embargo, era más impulsiva, más alocada. Aunque teniendo en cuenta el acervo genético del que proveníamos Anne y yo, era un milagro que ninguna de nosotras hubiera terminado como una de esas solteronas locas por los gatos a los dieciocho años. Lo que no quiere decir que estuviera buscando excusas o sugiriendo que transferir la culpa por el comportamiento de una persona estuviera bien. Pero para mí, el aura de calma y franqueza que despedía Ben era algo bueno. Las personas con baja autoestima temen al amor (sí, la estudiante de psicología ataca de nuevo). Dudan que otras personas puedan llegar a quererlos porque creen que no tienen valor alguno. Yo sabía que me merecía algo bueno. O por lo menos que no me conformaría con menos.

Con los pantalones de yoga enrollados por debajo de la cintura, una camiseta de tirantes demasiado pequeña para contener mis pechos y vientre y una coleta húmeda por el sudor, entré en nuestra *suite*; en esta ocasión decorada en tonos grises y pizarra. También tenía una vista increíble de Manhattan. Bastante agradable.

Lo que me esperaba allí, no tanto.

—¡No me jodas! —bramó una extraña, con la vista clavada en mi abultado vientre.

Me llevé una mano al estómago y me detuve en seco.

Era alta, morena e iba impecablemente vestida. Debía de tener unos treinta años; difícil saberlo por la mueca que desprecio que deformaba su cara de modelo y los labios pintados en un tono rojo cereza. Supuse que sería alguno de los ligues que Ben tenía en Nueva York. Qué situación más incómoda. Pero ¿cómo demonios había entrado en la *suite*?

—¿Y tú eres? —pregunté con un tono un poco agudo.

—Lo llevas claro si crees que vas a recibir un puto centavo de él sin una prueba de paternidad. E incluso si es el padre, luchará por la custodia.

Qué interesante. Esa mujer creía que conocía muy bien a mi novio, cuando en realidad no tenía ni idea.

—Tu nombre, por favor —insistí.

—No eres la primera ramera que intenta estafar a alguno de ellos, y seguro que tampoco serás la última. —La mujer, de ahora en adelante conocida como «la zorra», me miró de arriba abajo desde su considerable altura gracias a los zapatos de tacón de aguja que llevaba—. No sé por qué Adrian no me ha puesto al tanto.

¿De modo que era amiga de Adrian? Pues aquello no era muy buena señal. Por lo que había visto y oído, el representante del grupo debía de ser uno de los mayores capullos del planeta.

—¿Te está esperando Ben? —Si era así, no me había comentado nada de ninguna visita.

—No hace falta que me espere, aquí siempre soy bien recibida.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo has conseguido entrar? Te lo pregunto por simple curiosidad.

—Los miembros de seguridad me conocen. —Se echó el pelo hacia atrás en un gesto desafiante. Dios, esa mujer era como todas esas chicas odiosas que había conocido en el instituto. Era increíble como algunas dejaban de madurar a partir de una cierta edad.

Por fuera intenté mostrarme lo más calmada posible, pero por dentro estaba que hervía de ira. ¿Qué mierda estaba haciendo en nuestra habitación? Supuse que Ben no había tenido la oportunidad de romper con ella. Qué suerte.

—¿Te apetece un zumo? Me muero por un zumo.

—Déjame adivinar: eres una putita barata con ansias de dinero que pensaba que colándose entre bastidores y chupándole la polla a uno de los chicos llegaría muy lejos.

No, no parecía que tuviera mucha sed.

—Una no se queda embarazada chupando pollas. No soy una experta en

biología, pero de eso sí que estoy segura.

La muy zorra se me quedó mirando. De acuerdo, aquello no iba precisamente bien.

—Lo siento —dije. No lo sentía en absoluto—. No quería interrumpir tu perorata. Sigue, por favor. Estoy impaciente por oír lo que viene a continuación.

Con el ceño fruncido de tal forma que parecía el trasero de un gato, tuvo la audacia de acercarse a mí con los puños cerrados. Esa mujer estaba completamente loca. El corazón me latía desaforado, cada uno de mis instintos de protección se pusieron en alerta. ¿Sería capaz de pegarme y hacer daño a la lentejita? Esperaba que no. Por suerte, el mueble bar me ofrecía un surtido considerable de armas. Mi favorita: una botella de Chivas. Me hice con ella y la sopesé entre las manos. Estaba dos tercios llena. Serviría de sobra. Ni hablar de jugar limpio con esa arpía.

—¡Marta! —gritó Sam. El miembro de seguridad me acababa de alegrar el día. No sé cuándo había entrado, pero estaba inmensamente feliz de verle. En cuanto se me presentara la oportunidad, le cubriría la cara de besos—. Ponle una mano encima y tu hermano nunca te lo perdonará. Te lo aseguro.

La zorra se quedó inmóvil.

—Hola, Sam. ¿Te apetece un Chivas? —pregunté, ofreciendo la botella al musculoso guardaespaldas vestido de negro.

—Estupendo. Voy a quitarle esa botella, ¿de acuerdo, señorita Rollins? —Volvió a dejar el Chivas entre la costosísima selección de bebidas alcohólicas que ofrecía el hotel.

—Así que eres la hermana de Ben —dije antes de dar un sorbo a mi zumo de manzana—. Qué interesante.

Sam se llevó el teléfono a la oreja con ojos preocupados. Era la primera vez que le veía mostrar el menor indicio de miedo. Ese día se estaba volviendo de lo más extraño. Y menuda bruja era la hermana de Ben. Recé en silencio porque esos genes en particular se saltaran una o dos generaciones. No me extrañaba que Dave hubiera terminado con ella. ¡Uf!

—Es imposible que se haya tragado la mierda que esta tipa le está intentando colar —escupió Marta.

—Señor Nicholson —dijo Sam a su teléfono—. Su hermana ha venido a visitarle.

—Deja que hable con él —ordenó Marta, extendiendo la mano,

Sam le lanzó una mirada que... ¡Madre mía! Incluso la misma Marta se sorprendió y volvió a quedarse inmóvil. No sabía lo que había sucedido entre aquellos dos, pero tenía que ser toda una historia.

—Sí, la señorita Rollins y ella ya se han conocido —informó Sam—. Justo las he interrumpido cuando estaban «intercambiando» unas palabras. La situación se estaba poniendo un poco tensa.

Se quedó callado, escuchando lo que Ben le estuviera diciendo. Entonces se volvió hacia mí.

—Señorita Rollins, el señor Nicholson quiere saber si se encuentra bien.

—Estoy en perfecto estado de salud, gracias Sam. Todo bien. —Sonreí de oreja a oreja. Hacía más de seis años que no me metía en ninguna pelea. La gente crece y deja de comportarse como un crío. Pero si Marta quería desafiar a mi instinto de protección maternal, le daría el gusto encantada.

Ben y Sam estuvieron hablando un rato. Las frases de Sam consistieron en un cúmulo de «sí» y «sí, señor».

—Señor Nicholson —terminó diciendo—, creo que podría resolver la situación si tuviera una pequeña charla con su hermana.

Tras unos segundos, un final «sí, señor» acabó con la llamada.

—Señorita Rollins, ¿sería tan amable de dejarme un momento a solas con Marta?

—Por supuesto, Sam. —Me fui tranquilamente hacia el dormitorio con el zumo en la mano. Sin embargo, dos milésimas de segundo después de cerrar la puerta, pegué la oreja a ella. Escuchar las conversaciones de los demás estaba fatal, pero ni muerta iba a perderme aquella.

—¿Pero qué demonios te pasa? —empezó Sam en voz baja y letal—. Llevo años viéndote dinamitar la relación de Dave con tu hermano. Les has tocado las narices hasta tal punto que tuvieron que mandarte al otro lado del país para que dejaras de causar problemas.

—¿Quién es esa chica?

—La chica que tu hermano cree que es todo su mundo y que, además, está

embarazada de su hijo. Tenía pensado presentártela mañana, después de ponerte al tanto de la situación —explicó Sam—. Hasta esperaba que pudieras ayudarla a comprar ropa premamá ya que conoces mejor la ciudad.

La zorra resopló airada.

—¿Me tomas el pelo?

—No. ¿Y sabes qué es lo más triste de todo? Tu hermano sigue creyendo en ti, piensa que has cometido un par de errores pero que has aprendido de ellos y que has madurado. No tiene ni idea de la zorra amargada y egoísta que eres. —Por lo visto no tenía mucho que objetar a aquello porque no dijo nada—. Pero es lo que tiene el amor, que es ciego. Y tu hermano te quiere, a pesar de todas las putadas que le has hecho a lo largo de los años.

—Solo quiero protegerle —dijo ella con la voz temblando de furia—. Lo está engañando. Solo quiere su dinero. Ben nunca ha tenido intención de formar una familia, lo sabes tan bien como yo. Es uno de esos millonarios que viven su vida sin sentar la cabeza. Es incapaz de ver más allá del siguiente ensayo y de una botella de cerveza.

—La gente cambia.

—Bueno, si está enamorado de ella es que no está pensando con claridad. Es un buenazo, Sam. Tú y yo vemos el mundo tal y como es. Sabes que la gente siempre intenta aprovecharse del grupo. Y esta chica no es diferente. La he calado en cuanto la he visto.

No podía estar más equivocada.

Sam maldijo con vehemencia.

—Tienes razón en que vemos las cosas como realmente son. ¿Qué es lo que te asusta de verdad, Marta? ¿Te preocupa que tu hermano tenga una relación, una mujer y un hijo a los que cuidar y que no quiera seguir costeando tu lujoso estilo de vida?

Silencio.

—La única que se aprovecha de alguien aquí eres tú, Marta. Siempre lo has hecho.

—Que te den. Es mi hermano.

—Sí, tu hermano, no tu cajero automático. Deberías aprender la diferencia.

No podía ser. Madre de Dios. Así que ese era el gasto al que Ben se refirió la noche anterior: que su hermana siguiera llevando el estilo de vida al que debía de haberse acostumbrado cuando vivía con el grupo. La única familia que tenía le estaba sangrando. Menuda perra. Daba igual lo que dijera, dudada mucho que algo que involucrara a esa sanguijuela estuviera bajo control. Cómo me hubiera gustado volver a tener la oportunidad de tirarle algo sobre su bonito cráneo. Pero era su dinero y su familia, no la mía. En realidad nada de aquello me incumbía. Aunque no iba a dejar de escuchar ni de imaginarme todas las formas en que podía hacer desaparecer a esa mujer. Qué extraño, proteger a Ben y a la lentejita sacaba mi lado más violento y salvaje. Con lo pacífica que había sido siempre. Os lo juro.

—Esa chica...

—Quiere a tu hermano. Y él a ella. Nunca lo he visto comportarse así con ninguna otra. Y ella es una buena influencia para él. Pasa menos tiempo solo, habla más, interactúa con los demás. Es feliz, Marta.

—Por favor. ¿Qué diablos sabrás tú? Solo eres un empleado.

—No seas ingenua. Si de verdad fueras tan estúpida ni siquiera habiéramos mantenido esta conversación.

—No puede estar tan loco por ella. No he visto ningún anillo en su dedo.

—Lo tendrá. Pero están tan ocupados con lo del bebé que no les ha dado tiempo a formalizar nada —señaló Sam. El martilleo de mi corazón estuvo a punto de ahogar sus palabras—. Como les provoques el más mínimo quebradero de cabeza te juro que haré todo lo posible para que no vuelvan a aceptarte en el grupo. Tu exclusión será permanente.

—Son mi familia —dijo horrorizada.

—Entonces actúa en consecuencia. Deja de gastarte el dinero de tu hermano y sé autosuficiente. Trata bien a Lizzy y al resto de las mujeres del grupo.

No respondió.

—Nunca conseguirás que Dave vuelva contigo. Vuestra relación forma parte del pasado. Asímelo. Y haz lo que te digo, si no quieres perder también a tu hermano.

Segundos después oí un portazo.

A continuación, unos nudillos llamaron a mi puerta, haciendo que me diera un golpe en la cabeza. ¡Ay! El espionaje era un pasatiempo peligroso.

—Ya puede salir, señorita Rollins.

Entré en el salón, bebiendo lo poco que me quedaba del zumo y fingiendo no haberme enterado de nada de todo aquel melodrama.

Sam me miró con un brillo de diversión en los ojos.

—Es de mala educación escuchar las conversaciones de los demás.

—No sé de qué me hablas —dije con la barbilla bien alta.

—Por supuesto que no.

Bajé la barbilla antes de que me rompiera el cuello.

—¿De verdad crees que le hago feliz?

El guardaespaldas sonrió. Fue una sonrisa muy fugaz, pero suficiente para que me percatara de ella.

—Usted es la estudiante de psicología. Piense en ello. Cada uno de los chicos desempeña un papel en el grupo. No tocan solo un instrumento, sino una pieza del rompecabezas que les hace empezar a trabajar. Dave es el poeta sensible, Mal el payaso bocazas, Jimmy el cabrón taciturno. Pero a Ben solo le interesa su trabajo, dedicarse a lo suyo. Es el único por el que no tengo que preocuparme cuando se pone delante del público. No le interesa llamar la atención. Pasa desapercibido, ¿entiende a lo que me refiero?

—Sí, supongo que sí.

—Los otros chicos se han comprado mansiones y un montón de cosas. Él no. Ha ido a su rollo, viviendo en hoteles, tocando su música. —Me miró por encima de su nariz torcida. Solo Dios sabía la de veces que se la debían de haber roto—. Usted le ha dado un lugar al que pertenecer, la oportunidad de hacer planes de futuro, una vida fuera de todo este mundo. El idiota no se había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba, pero lo hacía. Le ha proporcionado estabilidad. Algo que no tenía desde hacía mucho tiempo.

—Eres todo un filósofo, Sam.

—Qué va. —Otra sonrisa que duró un milisegundo—. Solo uso los ojos. Al fin y al cabo es para lo que me pagan.

Ahora fue mi turno de sonreír, aunque mi sonrisa duró un poco más.

—Si Marta regresa, llámeme. No creo que se atreva a causarle más

problemas, pero con ella nunca se sabe.

—Lo haré.

Algo me despertó a la una de la madrugada. La luz de un lector electrónico, por extraño que pareciera.

—¿Ben? —Bostecé, rodando para acurrucarme contra él y sentir su cálido y fuerte cuerpo—. Hola, ¿cuándo has llegado?

—No hace mucho. —Me apartó el pelo de la cara y me masajé el cuello—. No quería despertarte. ¿Quieres que me vaya a leer al salón?

—No. —Froté la cara contra sus costillas, aspirando su viril aroma. Olía de maravilla. Hasta el olor a jabón del suave vello de sus axilas me ponía. En cuanto a la estrecha franja de vello que descendía desde su ombligo hasta desaparecer debajo de sus *boxer*... Qué os voy a contar. Fui incapaz de mantener los dedos alejados de allí.

—Te gusta acurrucarte, ¿eh? —Se rio.

—¿Te supone algún problema? —Hasta ese momento no se me había pasado por la cabeza que la necesidad de estar pegada a él como una lapa pudiera molestarle.

—No. Me encanta tenerte cerca. Significa que me mantendré alejado de cualquier problema.

Apoyé la barbilla sobre su pecho.

—¿Y eso qué significa?

—Me han contado el enfrentamiento que has tenido hoy con Marta. ¿De verdad ibas a pegarle con una botella de *whisky* escocés de veinticinco años?

—Si hubiera seguido acercándose a mí y a la lentejita con la mano levantada, sí. Por lo visto estos últimos días tengo una cierta tendencia a la violencia, lo que es un poco preocupante. Pero no voy a quedarme de brazos cruzados mientras alguien intenta hacerme daño a mi o a lo que es mío.

—Mmm.

—Yo no empecé la pelea, Ben.

—Lo sé. —Curvó hacia abajo las comisuras de su magnífica boca—. Y lo

siento muchísimo, preciosa. No esperaba que fuera a reaccionar de esa forma. Sabía que pensaría lo peor, ha presenciado con sus propios ojos cuánta gente ha intentado engañarnos a lo largo de los años, pero tenía la esperanza de estar presente y poder controlar su mal humor.

Oculté el rostro en su costado. No había muchas formas de decirle a alguien de manera educada que la única familia que tenía era una gilipollas de la peor calaña.

—Esperaba que os hicierais amigas —agregó.

Ni hablar.

—¿Qué estás leyendo? —pregunté, optando por un tema de conversación menos peliagudo.

—Me lo ha dado Jim. Tiene un montón de libros sobre bebés.

—¿En serio?

—Sí. —Ben sonrió y puso el lector frente a su rostro—. ¿Sabías que las contracciones son como las olas de las profundidades del océano que envían energía a todo tu cuerpo? Debes recibirlas con entusiasmo y abrirte como una flor al sol de la mañana para que tu hijo pueda nacer.

—Eso me suena a una tontería monumental.

—Sí, no creo que este libro merezca la pena. Lo intentaré con otro.

—No he leído mucho sobre el parto, pero básicamente me lo imagino con dolor, drogas de por medio y muchos gritos a cualquiera que esté cerca.

Soltó un resoplido.

—Y los niños necesitan un montón de cosas —siguió—. Será mejor que nos pongamos manos a la obra. Jim ha contratado a un especialista que para que les ayude a él y a Lena a decorar la habitación y comprar todo lo que necesiten.

—Vaya.

—Sí. Tal vez deberíamos hacer lo mismo, como todavía estaremos de gira un tiempo....

Froté la barbilla contra sus pectorales, meditando.

—Es una idea estupenda, pero apenas estamos empezando una relación. Ni siquiera sabemos si viviremos en mi apartamento o en cualquier otro sitio.

—Cierto. —Dejó a un lado el lector y me puso una mano sobre la cadera

—. He leído en algunos libros que el yoga va fenomenal para el embarazo y ayuda con la preparación al parto. Recuerdo que, cuando estabas estudiando, dijiste que te gustaba practicarlo pero que no tenías ni tiempo ni dinero. Así que... y por favor no te enfades porque no tienes por qué hacerlo si no quieres... he pensado que estaría bien que Lena y tú tuvierais algún monitor que os diera clases cuando os apeteciera.

Abrí la boca asombrada.

—¿En serio?

—Jim dijo que a Lena le gustaría y yo creo que podría ser divertido. Pero es vuestra decisión —continuó—. Ah, y Jimmy hizo mucho hincapié en que te dijera que esto no tiene nada que ver con que esté preocupado por el tamaño de tu trasero ni nada por el estilo. Creo que tienes un trasero espectacular. Y si se hace más grande, mejor, así tendré más para acariciar. Solo he pensado que sería bueno por ti. Sé de buena tinta que las giras a veces pueden resultar un poco aburridas. Además...

Alivié sus preocupaciones, sentándome a horcajadas sobre él y besándolo con pasión. Y luego seguí besándole con el mismo ímpetu otro rato más porque había estado pensando en mí. Mientras estaba ocupado en sus cosas, sin ninguna conexión conmigo, en algún momento del día, se había acordado de mí. Le importaba. Y era lo más dulce que me había pasado en la vida.

Mi novio se separó de mí un instante, esbozó una lenta sonrisa y me preguntó con la respiración entrecortada:

—¿Te gusta la idea?

—Me encanta. Muchas gracias.

—Mañana, saldremos de compras, ¿de acuerdo? Te lo prometo.

—Muy bien. —Sentí una calidez tal en el pecho y un cúmulo de sensaciones —todas ellas provocadas por él—, que creí que mi corazón se desbordaría por la emoción. Íbamos a conseguirlo. Sí, lo lograríamos. Ben, la lentejita y yo seríamos la mejor familia del mundo. Nuestra hija siempre sabría que era una niña querida y deseada.

—Siento muchísimo lo de mi hermana, preciosa. No tendrías que haberte enfrentando a una situación así en la vida.

—Ahora mismo no quiero hablar de ella —dije, descendiendo por su largo

cuerpo.

—¿No?

—No, tengo hambre. —Enterré la cara en su cuello, volviendo a aspirar su aroma. Que Dios me ayudara, Sam tenía razón. Estaba enamorada de este hombre. Podía evitar decirlo en voz alta y negarlo todo lo que quisiera, pero la verdad era otra bien distinta. Despacio. Si nos lo tomábamos con calma, podría funcionar.

—¿Qué te apetece? Voy a pedir algo al servicio de habitaciones.

—Me apeteces tú.

—¿Yo? —Su voz cayó al menos una octava.

Primero besé uno de sus pezones oscuros; después, el otro. Luego me tomé mi tiempo para jugar con la lengua con cada uno de ellos.

—Ajá.

Con la ayuda de los pies, fui bajando la sábana poco a poco, descubriendo cada costilla y los músculos de su tórax. La hendidura de su ombligo y los oblicuos de las caderas. Antes de darme cuenta estaba frente a su enorme erección, encerrada bajo los *boxer* de algodón negro. Os juro que, mientras me miraba, sus ojos estaban en llamas.

No dijimos nada, aunque tampoco hizo falta.

Me fijé en sus tatuajes. En el lado izquierdo llevaba una calavera mexicana con unos detalles y colorido impresionantes. En la parte derecha, frases de una vieja canción de Led Zeppelin. Era una auténtica obra de arte andante.

Con su habitual predisposición a ayudar, levantó las caderas para que pudiera bajarle la ropa interior hasta la mitad de los muslos. Hasta ese momento, nunca me había detenido a contemplar su pene. Una omisión lamentable. Era grueso, largo, estaba surcado de venas y tenía un glande ancho que pedía a gritos un lametazo. Pero por ahora me limité a deslizar el pulgar sobre la sedosa piel, recreándome en la suave curvatura donde se encontraba uno de los puntos más sensibles de los hombres.

Cuando empecé a acariciárselo, Ben inhaló con tanta fuerza que se le marcaron las costillas. Dios, era tan atractivo. Con esos ojos tan intensos, los pómulos cincelados, la boca perfecta y esa barba... Esa barba me volvía loca.

La de maravillas que podía hacer. Si alguna vez se la afeitaba, no volvería a acostarme con él hasta que se la dejara crecer de nuevo.

—¿En qué estás pensando? —murmuró con voz ronca.

Le apreté la polla, disfrutando de la sensación de tenerla tan tersa y caliente en la palma de la mano. Deslicé la mano hacia arriba y abajo una vez, dos veces.

—En nada.

—¿Sabes? Eres una persona muy buena y amable, pero también puedes ser una chica muy mala. Me gusta.

—No sé de qué estás hablando. —Me incliné muy despacio y di un prolongado lametón a su glande. Mmm... el sabor salado del líquido preseminal. Delicioso.

—Pues para empezar, de la forma en que estás jugando conmigo.

—¿No te gusta? —Lamí el frenillo con la punta de la lengua antes de meterme el glande en la boca. Por lo menos esa parte encajaba perfectamente.

—Joder —dijo entre dientes, alzando las caderas para hundirse más profundamente.

Succioné con fuerza, chupando y tragándomela como si me fuera la vida en ello. Antes no le había mentido, tenía mucha hambre. Y dar placer a mi novio era el primer plato del menú. Me metí su pene todo lo que pude, intentando aflojar la mandíbula. Teniendo en cuenta su tamaño, seguramente tendría que practicar unas cuantas veces más. Aunque dudaba que a Ben le importara.

Y allí, encima de él, vestida solo con una fina camiseta de tirantes y las bragas, lo di todo. Si mi técnica era un poco caótica o deficiente, se abstuvo de hacer cualquier comentario. Recorrí con la lengua toda su longitud, lamiendo las venas y jugueteando con el frenillo. Luego volví a metérmelo hasta donde pude; no mucho, pero sí lo suficiente para que valiera la pena. Esa fue una de las ocasiones en las que la succión fue sinónimo de amor. Un montón de amor. El sabor salado que noté en la lengua junto con sus gemidos y las palabras de aliento a mi esfuerzo que inundaron mis oídos así lo atestiguaron.

Hacer a Ben una mamada fue una gozada.

Aquel enorme barbudo estaba completamente a mi merced. Empezó a embestir con las caderas (un gesto evidente de que no podría contenerse por más tiempo) y yo succioné con más fuerza. Gritó, enredó las manos en mi pelo y tiró lo suficiente para que sintiera un ligero escozor en el cuero cabelludo; una punzada de dolor que me resultó de lo más excitante. Entonces me sujetó la cabeza y empujó una última vez antes de alcanzar el orgasmo. Tragué su semen lo más rápido que pude y limpié las gotas restantes con la lengua y los dedos. Ben me pertenecía y cuidar de él era una recompensa por sí sola.

Me miró con asombro, con las mejillas sonrojadas y todavía jadeante. Nunca me habría imaginado que lo que acababa de hacerle fuera algo tan extraordinario, pero me alegré de que le hubiera gustado. Desde luego, ese hombre sabía cómo sacar mis ganas de complacer. Estaba absolutamente adorable después de correrse. Tan aturdido y con una expresión relajada y de paz absoluta.

Volví a tumbarme sobre él, de costado y apoyada en su pecho. Me envolvió de inmediato en sus brazos, apretándome contra sí,

—Siento haberte agarrado del pelo de esa manera. —Todavía le costaba respirar—. Es la primera vez que lo hago en mi vida.

—No pasa nada.

—No volverá a suceder. No sé qué demonios me ha pasado.

—Oye. —Me apoyé en un codo para poder verle la cara. Me miraba con un brillo en los ojos cercano al pánico—. Ben, me gustó. Me sentí muy halagada al ver que estabas disfrutando tanto, que yo era la culpable y que podía hacerte perder el control, aunque solo fuera un poquito.

Se quedó mirándome.

Esboqué una sonrisa y rodé hacia un lado.

—Voy a por agua —dije—. ¿Quieres?

Asintió con la cabeza.

—¿De verdad no te ha importado?

—Me gusta ser tierna contigo. En serio. Pero creo que también podemos divertirnos sacando nuestro lado más salvaje. Sé que ahora estamos un poco limitados por el bebé. —Me di una palmadita en el vientre—. ¿Pero

después...?

Volvió a asentir, pero esta vez con mucho más entusiasmo, tanto que me preocupó que terminara con un traumatismo cervical. Se notaba que también le gustaba ponerse en plan juguetón.

—Muy bien —dije.

Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía estar con un roquero tan impresionante y descomunal si no podías disfrutar con él de todas las maneras posibles? Sería otra forma de descubrir los límites de nuestra relación. Estar en la cama con él me producía muy buenas sensaciones. Me daba esperanza.

—No veo la hora de que llegue. —Le guiñé un ojo.

Se me daba muy bien lo de ser novia. Sí, señor.

CAPÍTULO 12

—¡Lizzy! —exclamó Mal, acercándose hacia mí con Anne de la mano.

—Hola, chicos. —Estaba sentada, esperando con impaciencia en la cafetería del hotel. Hacía tiempo que había desaparecido el helado de chocolate con nata y sirope que me había pedido. No es que estuviera molesta porque me hubiera dejado plantada. No pasaba nada. Seguro que no se había olvidado de mí, algo le habría entretenido. Confiaba en él.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó Anne.

—Ben me va a llevar a comprar ropa premamá.

—¿Cuándo?

Esboqué una medio sonrisa.

—Pronto.

—¿No debería estar Sam o alguno de sus gorilas contigo? —inquirió Mal, metiéndose un mechón de su largo pelo rubio detrás de la oreja.

—No hace falta. Ben estará aquí enseguida.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Eso ya me lo has dicho. —Mal frunció el ceño—. Sé más precisa.

Oí sonar el teléfono en el bolso.

—Mira, seguro que es él.

Pero no lo era. Qué raro, la pantalla mostraba el nombre de mi ex

compañera de cuarto, Christy. No habíamos hablado desde que me dejaron sola en el Steel.

—¿Hola?

—No sabes cuánto lo siento. ¿Es verdad? —preguntó de forma atropellada.

—¿Es verdad el qué? —quise saber.

—Que estás embarazada —dijo ella—. No quería darles ninguna foto, pero Imelda dijo que no pasaría nada. Que todo el mundo se merecía sus quince minutos de gloria. Ellos me dijeron que estaban escribiendo un artículo sobre la vida en el campus. Creí que no te importaría. No pensé que la fueran a usar de esa forma.

—¿Quiénes son ellos? —pregunté, con un nudo en las entrañas a medida que el pánico crecía en mi interior.

—Un periodista de *The Daily*.

—Mira en la web de *The Daily* —le dije a Anne, que sacó inmediatamente su teléfono para hacer lo que le pedía—. Christy, ¿qué foto les diste?

La oí tragar saliva al otro lado de la línea.

—Bueno, en realidad solo me pidieron permiso para usar las fotos que tengo en Facebook. No me paré a pensar en las imágenes que había subido. Esperaba que usaran esa en la que salimos las dos en lago del Cráter; ya sabes lo mucho que me gusta esa foto. Pero al final escogieron esa que te hice en la fiesta hawaiana que el año pasado dio una de las hermandades; en la que sales hablando con unos tipos de Economía. Lo siento mucho.

Sabía a qué imagen se refería. Todas las chicas iban en bikini y con pareos o faldas de paja. Yo decidí ir con unos *jeans* cortos, que me tapaban un poco más y con los que me sentía más cómoda. Ya sabéis, para gustos los colores. La gente bebía cerveza en vasos rojos de plástico decorados con las típicas sombrillas y rodajas de piña en el borde; una mezcla de sabor interesante. Uno de los jugadores del equipo de fútbol hizo una apuesta y fue con un *mankini* tipo Borat. Fue muy gracioso. Buena música y muchas risas. En un momento dado, mientras charlaba con unos chicos con los que estaba tomando unas copas, nos hicimos una foto en la que uno de ellos me rodeaba con el brazo. Estábamos riendo y divirtiéndonos en una fiesta. ¿Qué interés

podía tener para un periodista?

Anne frunció el ceño y me pasó su teléfono:

«Universitaria embarazada de Stage Dive deja su carrera. Según parece, lleva un tiempo acudiendo a todo tipo de fiestas con sus innumerables amigos varones. Hay una gran preocupación por la salud del feto. Se prevé una enconada disputa por la custodia y una demanda exorbitante para la pensión de alimentos. Personas cercanas al grupo nos han hecho saber que sus miembros están consternados. Ben Nicholson se ha negado a hacer ningún tipo de declaración.»

Con los dedos entumecidos colgué a una todavía balbuceante Christy.

«Según parece.» «Gran preocupación.» «Se prevé.» Lo habían redactado de forma despiadada, para que, junto con la foto, la gente llegara a la peor conclusión. Capullos. No sabían nada de mí. Y lo que era aún peor, les importaba una mierda. Cualquier mentira vendería. Menos mal que no tenía antecedentes penales en los que pudieran hurgar. Aunque si les daba por preguntar a algunas personas sobre aquel año salvaje de mi adolescencia... Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies. Y si Ben y yo rompíamos y terminábamos mal, ¿podría reclamar la custodia de la lentejita usando aquello en mi contra?

Dios mío.

Y cuando buscara trabajo, ¿qué? ¿Quién querría llevar a sus hijos a una psicóloga con un historial como el mío?

A mi alrededor todos se pusieron a hablar, pero no entendí lo que decían. Era como si estuviera debajo del agua y solo me llegara un galimatías. Como si tuviera los oídos llenos de burbujas y no pudiera escuchar nada.

De pronto, unas manos me sostuvieron la cara y me obligaron a mirar hacia arriba. Y entonces ahí estaba él, con sus oscuros ojos clavados en mí.

—¿Preciosa?

Las burbujas explotaron, dando paso a la realidad.

—¿Ben?

—Vamos a la habitación.

—Sí. —Acepté la mano que me ofrecía y dejé que me guiara, que me protegiera con su cuerpo. Los miembros de seguridad nos rodearon. Todo sucedió muy rápido. Se comprende que los *paparazzi* habían seguido a Ben, con la esperanza de que los condujera hasta mí: la embarazada ligera de cascos y hambrienta de dinero que se dedicaba a ir de fiesta en fiesta en bikini.

Mal y Anne nos siguieron de cerca y entraron con nosotros en el ascensor. Una apacible música de flautas de Pan inundó el aire. Nadie dijo nada. Y lo que era aún más preocupante, ninguno parecía demasiado sorprendido. Aparte de mí, claro. Mis ojos consternados y el rostro pálido se reflejaban perfectamente en las relucientes puertas de metal del ascensor. Cuando estas se abrieron, Anne me tiró del brazo.

—Deja que hable con ella.

—Luego —dijo Ben—. Ahora lo que necesita es tumbarse y relajarse antes de que se derrumbe.

—No me voy a derrumbar. —Aunque me aferré a su mano por si acaso—. Estoy bien.

Anne dejó que me fuera sin protestar. Mejor. No quería agobiarla con todo aquello. Todavía era una recién casada en un estado de felicidad perpetuo y no sería yo la que pusiera fin a aquello. Ya había cumplido de sobra con sus obligaciones de hermana mayor acompañándome a las consultas de los ginecólogos e incluso quedándose conmigo en Portland cuando la gira empezó.

Después de toda la conmoción de la planta baja, nuestra *suite* me pareció un remanso de paz, aunque los ruidos todavía resonaban en mis oídos y no podía dejar de pensar en lo sucedido. Más allá de los enormes ventanales, la vida continuaba. Jesús, aquello había pasado de verdad.

—Ven y siéntate. —Ben me llevó hasta el sofá de ante.

Me zafé de su agarre, temblando por una emoción que no supe identificar, todavía.

—No. No quiero sentarme.

Ben se dejó caer en el sofá y se cruzó de piernas, apoyando el tobillo sobre

la rodilla. Después, extendió los brazos sobre el respaldo del asiento y me miró pasear de un lado a otro. Mi interior era un hervidero de palabras luchando por salir fuera. Necesitaba pensar con claridad. No tenía sentido tomármelo como algo personal, los periodistas y fotógrafos solo hacían su trabajo. Aunque eso no excluía que fueran una panda de capullos chismosos de tomo y lomo.

—Me siento tan... impotente.

—Lo sé.

—Han hecho que pareciera una alcohólica que participa en orgías los siete días de la semana. —Me froté las manos contra los costados de los *jeans*, que continuaba cerrando con el truco de la goma. Aunque en este momento la ropa era el menor de mis problemas.

—Pero no lo eres —señaló él completamente convencido.

—Mis «innumerables» amigos varones —espeté con sorna.

—Bazofia.

—¿Por qué los medios siempre sexualizan todo lo relativo a la mujer? ¿Con cuántas chicas te has acostado? —pregunté con las manos en las caderas—. ¿Y bien?

Movió la lengua por el interior de la mejilla.

—Yo... pues... En realidad no llevo la cuenta.

—¿Lo ves? No te han tratado como si fueras una fulana, cuando seguramente te has costado con docenas de personas más que yo.

Me miró con cautela.

—¿Cientos? —me aventuré.

Se aclaró la garganta, volvió la cabeza y se rascó la barba.

—Está bien. Da igual. Pero yo soy la puta porque soy mujer. Como si a alguien le importara con quién me acuesto o si salgo a tomar una cerveza de vez en cuando. Nunca se me ocurre conducir cuando bebo. Si mis amigos y yo nos vamos de fiesta, siempre nos organizamos para que uno no tome alcohol y se encargue de llevar al resto. Y si decido irme con alguien a casa, no es de la incumbencia de nadie. Esos hipócritas hijos de puta me están condenando de antemano. Lo que hagan dos adultos en privado y de mutuo acuerdo no tiene que convertirse en el entretenimiento del público. Y

tampoco dice nada del carácter de una persona.

—Liz.

—Cabrones de mierda. —Di a mi vientre una palmadita de disculpa—. Lo siento, cariño.

—Liz.

—Esa doble vara de medir según seas hombre o mujer me pone de los nervios.

—Sí, ya lo veo. —Esbozó una medio sonrisa—. ¿Quieres que les demande por difamación? Puedo decir a los abogados que se pongan de inmediato con ello. Ver qué pueden hacer. Aunque seguramente poco. La prensa se cebó con Jimmy y nunca conseguimos que se retractaran, ni siquiera de las burradas más flagrantes que escribieron. Pero si es lo que quieres...

Solté un suspiro y volví a pasear de un lado a otro.

—Ya lo han publicado. Da igual lo que pase luego, ahora todo el mundo puede leerlo.

Asintió despacio.

—Sí, preciosa. Así es.

—Es solo que... Nunca pensé que esto podría afectar a mi futuro de esa manera. Sabía que tendría que relegar los estudios a un segundo plano durante algunos años. —Me retiré el pelo de la cara con un enérgico tirón—. Que la lentejita iba a ser mi prioridad. Pero tenía la esperanza de que algún día...

—Pues claro que vas a sacarte la carrera y dedicarte a la psicología. No permitas que ejerzan ese poder sobre ti. —Se sentó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas—. Siempre habrá algún cretino que diga algo y que intente arrastrarte por el fango para ganar dinero o porque se cree con el derecho de hacerlo. Porque en el fondo llevan una vida patética. No puedes dejar que ganen.

—Pero lo están diciendo en Internet, con una audiencia potencial de millones de personas, Ben.

—Da igual —replicó con un brillo de furia en los ojos—. No dejaras que esos gilipollas ganen. Eres mil veces mejor que ellos. Más fuerte.

Lo miré asombrada.

—¿De verdad lo crees?

—No lo creo, lo sé. Desde que te enteraste de que estabas embarazada, no buscaste a nadie a quien culpar. Tomaste las riendas de la situación y enseguida te pusiste a pensar en el futuro del bebé.

Me erguí todo lo alta que era y lo miré. Fue como si me sintiera más fuerte simplemente porque él lo creía.

—¿Y bien? —preguntó.

—Si te soy sincera sí que estuve un poco molesta con tu pene y testículos. Incluso puede que dijera algunas cosas horrendas sobre tu esperma.

Se puso a reír.

—¿Sí? ¿Y qué piensas ahora de mis órganos reproductores?

De pronto sentí la imperiosa necesidad de deshacerme de todos los nervios que tenía acumulados.

—Pienso que me encantaría foll... montármelo contigo.

Volvió a recostarse y a extender los brazos sobre el respaldo mientras esbozada una lenta y lasciva sonrisa.

—Qué casualidad, a mí también me gustaría que me montaras.

—Proposiciones subidas de tono pero con palabras aptas para menores. Suena bastante inapropiado. —Me acerqué a él, quitándome las bailarinas. Después, desenganché la goma para poder librarme de los *jeans*. Me deshice de la camiseta y el sujetador en menos de un segundo, dejando las bragas para el final.

Durante todo ese tiempo, Ben se quedó sentado, mirándome con los labios entreabiertos.

—Joder, eres preciosa. Y me encanta cuando te indignas de esa forma.

—Mi hermoso barbudo.

Se rio y me agarró de las caderas.

—A sus órdenes, dulzura.

—Te tomo la palabra. — Me senté a horcajadas sobre su regazo, completamente desnuda y feliz por estarlo. Le estaba ofreciendo confianza ciega, entregándome por completo. No había marcha atrás—. Se acabó el ir despacio.

Sus fosas nasales se abrieron mientras inhalaba con fuerza.

—Lo que quieras.

—Te quiero a ti. Solo a ti.

Nuestras bocas se encontraron, nos besamos con suavidad y dureza; con dulzura y pasión. Deslicé las manos por debajo de su camiseta y tiré hacia arriba para liberarle de ella. Me sentó fatal tener que separarme de su boca el microsegundo que tardé en quitarle la molesta prenda. Pero era un sacrificio necesario si quería sentirlo piel con piel. Y menuda piel tenía Ben Nicholson, con esos tatuajes que eran puro arte y los marcados músculos. Subió las manos hasta mis pechos, masajeándomelos con ternura.

—¿Más o menos? —preguntó.

—Un poco más. —Jugueteó con mis pezones, excitándome al máximo—. Así.

Froté mi sexo desnudo contra el bulto que sobresalía de sus *jeans*. ¿Quién fue el iluminado al que se le ocurrió inventar la ropa? Vaya un imbécil. Mis hormonas se desataron, se me erizó la piel por el cúmulo de sensaciones. Sus callosos dedos descendieron hasta mi redondeado vientre.

—Estás muy guapa llevando a nuestro hijo en tu interior.

—Me alegra que pienses así.

—Ah, preciosa. No tienes ni idea. Me vuelves loco.

Enredó una mano en mi pelo, inmovilizándome para volver a tomar posesión de mi boca. Me besó hasta que la cabeza me dio vueltas, explorándome con la lengua, jugueteando conmigo e incitándome. De no ser por el vacío y la lujuria que se habían apoderado de mis entrañas, me habría pasado todo el día besándole encantada, pero necesitaba más. Noté cómo uno de sus pulgares se entretenía con mi empapado clítoris, frotándolo hacia atrás y hacia delante y recordándome lo excitada que estaba. Como si necesitase que echasen más leña al fuego. Tenerlo dentro de mí era en lo único que en ese momento podía pensar. La ardiente fricción de sus *jeans* me resultó... de lo más agradable. Sin duda ya le había dejado una mancha de humedad que lo atestiguaba. Pero ahora necesitaba con desesperación lo que había debajo.

Me enderecé todo lo que me permitieron las rodillas y empecé a tirar de la hebilla de su cinturón.

—¡Quítatelos! ¡Ya!

—¿Pero qué modales son esos, cariño? ¿Qué clase de ejemplo vas a dar a nuestro hijo?

Refunfuñé entre dientes.

—Por favor, Ben, ¿puedes quitarte los pantalones? Es bastante urgente.

—Claro, Liz. Gracias por pedirlo de una forma tan educada. —Se retorció un poco, desabrochando el cinturón y los pantalones mucho más rápido de lo que yo hubiera logrado. Antes de darme cuenta tenía su grueso glande empujando contra mi húmeda apertura—. Con calma. Hace mucho desde la última vez.

—No creo que ahora vayamos a tener ningún problema. —Estaba tan empapada que la única preocupación que tenía era manchar el lujoso sofá de ante. Aunque tampoco es que aquello me fuera a detener. Me importaba bien poco lo que hubiera costado aquel mueble.

Me deslicé con lentitud por toda la longitud de su miembro. Los hinchados labios de mi vagina se abrieron gustosos, permitiendo que su ancha polla se alojara en las profundidades del lugar al que pertenecía.

—Oh, Dios mío, me siento en la gloria —gemí.

—Sí.

Sus dientes me rasparon la piel del cuello, enviando un escalofrío por toda la espina dorsal. Al final logré sentarme sobre sus muslos desnudos; la cintura y cremallera de sus pantalones me arañaron las nalgas. Me prometí que la próxima vez sería en el dormitorio y con los dos completamente desnudos. Porque sí, habría una próxima vez, y además, pronto.

Le agarré del pelo por la parte superior de la cabeza, donde lo llevaba más largo, y tiré un poco de él, echando a perder su moderno peinado de estrella del *rock*. Abrió la boca y me mordisqueó los labios con una sonrisa. A los dos se nos daba muy bien incitar.

—¿Quieres jugar, Lizzy?

—¿Contigo? Siempre.

—Me estás matando.

Me lamió el labio inferior, succionándolo. Después, sus fuertes manos me agarraron de las nalgas y tomó el control, obligándome a levantarme antes de dejarme caer de nuevo hacia él. Ambos gemimos. Dios bendito, estaba en el

paraíso. Su polla era como una varita mágica. Pero no me malinterpretéis, solo él me afectaba de esa forma. Ben era el único capaz de incendiar cada célula de mi cuerpo con un sinfín de sensaciones. Me encantaba estar con él.

Otro detalle que no me pasó desapercibido fue que, a pesar de sus provocaciones y de la fuerza que tenía, se mostró extremadamente cuidadoso conmigo. Incluso delicado. Nadie me había tratado así jamás, haciéndome sentir tanpreciada. Solo él.

Volví a la acción, subiendo y bajando con su ayuda, cabalgándole con ímpetu. Que te traten con delicadeza está bien, pero una chica sabe lo que necesita en cada momento y ahora yo lo necesitaba a él en todo su esplendor. Ben llenaba mi cuerpo por completo, dándome lo que requería como nunca lo había conseguido nadie, ni mis propios dedos. Y en lo que al aspecto emocional se refería, también ganaba a mis manos por goleada. Jamás habría podido provocarme esta sensación de calidez y seguridad. Me clavó los dedos en las nalgas, mientras me investía con el pene. Le rodeé el cuello con los brazos, aferrándome a él, disfrutando de su barba raspándome la mejilla. Entonces apoyó la boca en la comisura de mis labios y susurró:

—Estás a punto de correrte, puedo sentirlo.

—Ben —jadeé. Debería haberme avergonzado de que alguien pudiera hacerme llegar al clímax tan rápido, pero ya sabéis, tenía las hormonas descontroladas y... Nada de excusas, le deseaba tanto que era incapaz de resistirme a él—. Lo necesito... Ya...

—Venga, preciosa. Enséñame lo mucho que lo necesitas.

Se deslizó un poco más abajo, dándome más espacio para subir y bajar en su regazo y que pudiera moverme mejor sin que nada ejerciera presión sobre mi estómago. Apoyé una mano en el hombro de Ben y la otra entre mis piernas y me puse manos a la obra. Trabajé con los muslos al cien por cien, acompasando sus dulces envites.

—Joder, joder —masculló él—. Nunca en mi vida he estado tan cachondo.

Su lenguaje durante el sexo dejaba mucho que desear. Más tarde, después de llegar al orgasmo, tendría una charla con él al respecto. Mientras tanto...

—Más fuerte —ordené/supliqué. No sé exactamente qué. Con tanto jadeo era difícil saberlo.

La enorme sonrisa de Ben fue toda una recompensa.

—Esa es mi chica mala.

Me sujetó con fuerza de las caderas y me empujó sobre su polla. Centré toda la atención sobre el clítoris. Estaba tan cerca. Sentía como si estuviera a punto de estallar. Un cúmulo de energía se concentraba en la base de mi columna, alrededor de la zona en donde estábamos unidos. Quería alcanzar el clímax con un ansia feroz; casi con la misma intensidad que deseaba que aquello no acabara nunca. Entonces, su pene alcanzó un punto en mi interior que me hizo auténticas maravillas y grité de placer. Una potente luz me cegó y todo mi cuerpo se tensó antes de alcanzar la ansiada liberación. Instantes después, apoyé la cabeza sobre su hombro, temblando de los pies a la cabeza.

Ben continuó sujetándome con fuerza, arqueando las caderas mientras se hundía todo lo posible en mi interior hasta tener su propio orgasmo. Fue increíble.

Entonces morí. O interpreté una excelente imitación de algo así, cayendo sobre él, completamente inerte. Puede que decidiera echarme una siesta allí mismo, con él todavía dentro de mí. Desde luego no me apetecía en lo más mínimo moverme. Con un poco de suerte, si seguíamos así pegados, no habría ninguna fuga de fluidos corporales compartidos. Aunque, como ya os dije antes, me daba absolutamente igual.

Ben me acarició la espalda, trazando con los dedos cada protuberancia de mi columna vertebral, masajeándome las nalgas y frotándome los muslos. Y así, una y otra vez. Tocó cada parte de mí que pudo alcanzar. No sé si lo hizo para tranquilizarme o como una forma de reclamarme, pero me encantó igualmente. Nuestro aroma flotaba en el aire mientras nuestros cuerpos sudorosos permanecían pegados el uno al otro. Si me quedaba un poco de lado tenía espacio de sobra para mi abultado vientre.

—¿Estás cómoda? —preguntó—. ¿Tienes suficiente calor?

Asentí.

—Siento que esos buitres te hayan convertido en su objetivo, que hayan dicho todo eso de ti.

—No pasa nada. —Solté un suspiro—. Merece la pena con tal de estar contigo.

—Preciosa. —Me besó en la coronilla y en la mejilla.

No hacía falta decir más; no en ese momento. Algún día se lo diría todo. Aunque si todavía no se había dado cuenta, conmigo prácticamente intentando meterme en su piel con tal de estar lo más cerca posible de él... entonces es que no era tan listo como creía. Mis sentimientos hacia Ben Nicholson eran increíblemente fuertes. Épicos. En cuanto a los suyos, por la forma en que se preocupaba por mí y por cómo me acariciaba, también debían de ser reales. Sí, tenían que serlo.

Muy pronto seríamos una familia. De hecho ya éramos el hogar el uno del otro.

Al final, Ben tuvo que pagar una cuantiosa factura por la limpieza del sofá, aunque según él mereció la pena cada centavo.

CAPÍTULO 13

—Demasiada coincidencia —dijo Jim antes de añadir más salmón y brócoli al plato de Lena.

—Gracias, cariño —repuso ella, lanzándose directa a probarlo.

Resultaba de lo más tierno ver la atención que le prestaba el cantante. Estaba claro que aquella mujer era su mundo. En cuanto Lena ponía los ojos en algo, él se lo servía sin que hiciera falta decirle nada. Que se movía en su asiento, Jim corría a ponerle más cojines en la espalda. Ni una reina hubiera recibido mejor trato. Claro que ella no se quedaba atrás. El amor que reflejaban sus ojos y las sonrisas que esbozaba cada vez que le miraba me llegaban al alma. Compartían un amor tan intenso, tan transparente y sincero. Al igual que las personas, cada relación es un mundo. Y nadie ajeno a la pareja puede entender realmente cómo funciona. Aunque la gente siempre está dispuesta a juzgar, en realidad no tiene ni idea. De todos modos, no sentía la necesidad de ser el centro del mundo de Ben. Pero me conocía y sabía que sí necesitaba ocupar un lugar en su vida, por lo menos igual de importante que su música, ganarme su confianza.

Un día Ben y yo llegaríamos a ese punto. No me cabía duda.

Todas las parejas de Stage Dive eran una variación de lo mismo. Tal vez así era como los músicos y artistas amaban, cómo se comprometían. O todo o nada. Su trabajo les obligaba a estar en contacto con sus pasiones, por lo que

esas pasiones terminaban desempeñando un papel fundamental en sus vidas.

Durante el concierto de esa noche, habíamos tenido la oportunidad de escuchar por primera vez en directo una de las nuevas canciones del grupo. No se trataba de una balada lenta, pero sí una que hablaba de amor. En plan amor ardiente, salvaje, a lo *rock and roll*, de esas de «me fascina hacerlo con mi chica». Un poco incómodo cuando conoces al chico y a la chica en cuestión, la verdad. A David le encantaba escribir canciones sobre su mujer y lo hacía de fábula. El público había enloquecido.

La banda había tenido libre el día anterior. Y como justo el día antes saltó la noticia de la fulana calculadora y caza fortunas (es decir, una servidora), Ben y yo decidimos quedarnos en el hotel. Estuvo bastante bien. Dormimos hasta las diez y luego desayunamos en la cama. Incluso me armé de valor y me ocupé de todas las llamadas perdidas de mi madre. Hubo algunos gritos y llantos por su parte y me repitió muchas veces eso de «¡qué pensarán de ti los vecinos!», pero lo cierto era que mi madre hacía tiempo que había dejado de interesarse por nosotras y tenía que dar gracias al cielo porque la hubiera dejado volver a mi vida. Me importaba bien poco lo que pensara sobre lo que hacía o dejaba de hacer, así que permití que me soltara su perorata durante cinco minutos exactos y después le dije que me tenía que ir y colgué. Mi vida ya lo era lo suficientemente complicada como para que ella echara más leña al fuego. No quería hacerle daño, pero tampoco iba a consentir que ella me lo hiciera. Punto.

Ben y yo vimos varias películas y nos pusimos al día en el asunto del sexo. Por la tarde llegaron un montón de bolsas y cajas de A Pea in the Pod, Neiman Marcus y de una tal *boutique* Veronique. Todas de ropa premamá. No me atreví a preguntar cuánto le había costado todo porque Ben me lanzó «La Mirada». Respetaría la necesidad que tenía de cuidar de mí y de la lentejita y fui lo suficientemente inteligente como para dejarlo estar. Además, esa noche, con mis diecisiete semanas de gestación, estaba bastante mona con los *jeans* para embarazadas y una túnica negra que, para variar, me quedaban perfectamente.

Pero volvamos a la conversación de la cena.

—Marty puede ser una auténtica perra cuando se lo propone —dijo Mal,

con el brazo apoyado en el respaldo de la silla de Anne—. Nunca creí que fuera capaz de azuzar a la prensa en contra de nadie, pero como ha dicho Jimmy, me parece demasiada coincidencia que la noticia salte justo el día después de su visita.

Estábamos todos sentados alrededor de la enorme mesa de caoba de la *suite* de Ev y David, compartiendo una magnífica y cuantiosa cena. Los chefs de los hoteles de lujo sabían cómo hacer su trabajo y podían provocarte innumerables orgasmos culinarios.

—No creo que fuera ella. —David se recostó sobre el respaldo de la silla y se pellizcó los labios—. Sabe que eso también perjudicaría a Ben y, a pesar de sus muchos defectos, quiere a su hermano. Nunca volvería a joderle de esa forma.

—No ha sido ella —señaló Ben sin ningún género de duda. A juzgar por el ceño fruncido y los labios apretados, estaba un poco molesto.

Le toqué el muslo con la mano y le miré con una sonrisa en los labios. Jamás habría puesto la mano en el fuego por esa zorra psicótica, pero en ese momento Ben necesitaba que estuviera a su lado. Sin ninguna prueba en su contra, sería prudente y no la condenaría antes de tiempo.

—¿De verdad importa quién lo hizo? Lo hecho, hecho está.

Anne me miró especulativamente.

—Se iba a terminar sabiendo tarde o temprano, sobre todo estando de gira —dijo por fin mi hermana, echándome un cable—. Dios sabe cuántas personas la han visto entrando y saliendo de las habitaciones de Ben o les han visto juntos. Y ahora ya se le nota el embarazo. Al final alguien sumaría dos más dos y... Este tipo de historias vende mucho y más si hay fotos de por medio.

—Exacto. No creo que Marta esté deseando hacerme una fiesta por la llegada del bebé, pero no llegemos a ninguna conclusión hasta que no conozcamos más detalles.

Ben me apretó la mano agradecido.

—Calabaza tiene razón. Solo era cuestión de tiempo que saliera a la luz. Lo más seguro es que nunca sepamos quién fue el desgraciado que delató a Lizzy. —Mal giró la copa de vino tinto antes de bebérsela de un trago—. Y

ahora a disfrutar. La noche es joven.

La declaración fue seguida de varios murmullos de asentimiento. Menos mal.

—He oído que los Down Fourth se separan después de la gira —comentó Ben, con una mano agarrando la mía y la otra sujetando una cerveza.

—¡No jodas! —Jim le dio a Lena una fresa cubierta de chocolate.

—Aparta eso de mí o me pondré como una ballena —dijo después de comérsela.

—Gestar bebés requiere mucha energía.

—Al cantante le han ofrecido un contrato en solitario y el batería se va a unir a los Ninety-Nine —continuó Ben.

—Lo siento por Vaughan y Conn —se lamentó David.

—Ya sabes cómo funciona este mundo. Algunos grupos no son más que un paso intermedio a otro proyecto. Aunque también me ha sorprendido. Llevan mucho tiempo juntos. —Tamborileó con el índice y el pulgar sobre la mesa—. El otro día oí tocar a Vaughan con sus amigos y me di cuenta de que es un guitarrista estupendo y que no tiene mala voz. Creo que al limitarse a tocar el bajo para el grupo no ha desarrollado todas sus habilidades como músico. Tal vez la ruptura termine viniéndole bien y encuentre algo mejor.

—No hay nada malo en tocar el bajo —espetó Ben, mirando indignado al batería.

—Seamos sinceros, Benny, tampoco es la bomba. —Mal sonrió de oreja a oreja—. ¿Es verdad eso que dicen de que los bajistas no sois capaces de contar más de cuatro tiempos?

—Lo dice el gilipollas que lo único que hace es sostener dos palos.

—Basta —exigió David, alzando la barbilla—. Las chicas querían una cena tranquila y sin peleas, para variar.

—Soñar no cuesta nada —rio Mal—. Ahora en serio, que una banda se separe es lo más normal del mundo. No es tan fácil llevarse bien con gente con la que al final tienes que convivir prácticamente las veinticuatro horas del día.

—¿Esta es tu manera de decirnos que te marchas del grupo? —bromeó Jim.

—Joder, tío —dijo Ben con expresión seria—. Vamos a echarle mucho de menos.

—Espera, ¿cómo decías que te llamabas? —preguntó David, rascándose la cabeza.

Mal les sacó el dedo corazón a todos.

—Qué graciosos. Sois unos cabrones que no servís para nada. Estaríais perdidos sin mí.

David le tiró un trozo de pan.

—¡No! —gritó Ev—. Nada de lanzarse comida. A ver si, por una vez, podemos comportarnos como personas adultas.

—Eres una aguafiestas, mujercita —se quejó Mal, volviendo a dejar en su plato un profiterol.

En ese momento entró un camarero vestido de punta en blanco con una bandeja de plata en la mano que contenía una sola magdalena con una cobertura blanca como la nieve. A continuación, se detuvo al lado de Lena y con gran pompa y boato le ofreció el dulce.

—¿Qué es esto? —preguntó ella a Jimmy, señalando el postre como si estuviera envenenado—. Ya lo hemos discutido.

—Sí y yo no estuve de acuerdo.

—Pues en esto no puedes discrepar. —Lena arrugó ligeramente la nariz—. Preguntaste y te dije que no. Fin de la discusión.

Con expresión imperturbable, Jimmy se recostó en la silla y se cruzó de piernas, apoyando un tobillo sobre la rodilla.

—Claro que voy a discrepar. Ponte el anillo, Lena.

Mierda, ¿cómo no me había dado cuenta? Encima de la magdalena había un anillo con un pedrusco enorme y brillante. Dios bendito, hasta Liz Taylor se hubiera muerto de envidia al verlo.

Lena le miró con ojos entrecerrados.

—Dije no. Y sigo diciendo no.

—No hay problema, cariño. No quieres casarte, no nos casaremos, pero llevarás ese anillo.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante? —preguntó con un mohín de frustración. O tal vez, estaba demasiado impresionada por el tamaño de la

joya. Y yo que pensaba que los anillos de Anne y Ev eran inmensos. Pero este era de los que tenías que tener cuidado con que no se te salieran los ojos de las cuencas.

—Porque eres mía y yo soy tuyo. Y quiero que todo el mundo lo sepa. — Jimmy se inclinó hacia delante y le lanzó una mirada feroz—. Te quiero, Lena. Ahora ponte el puto anillo.

—Ponte el puto anillo —murmuró la embarazadísima morena, haciendo una imitación perfecta del cantante. Después, en una discreta muestra de emoción, sorbió por la nariz—. Ni siquiera me lo has pedido por favor.

Jimmy puso los ojos en blanco.

—Por favor, Lena.

—Está bien —refunfuñó. Arrancó el anillo de la magdalena, lamió los restos de glaseado y se puso el gigantesco diamante en el dedo—. Llevaré esta estupidez. Pero no nos vamos a casar. Da igual lo que digas. Solo hace medio año que nos conocemos.

—Lo que quieras, Lena.

Ella resopló.

—Sí, eso mismo.

El resto contemplamos la escena mudos de asombro. Jimmy se puso a beber un poco de agua mineral y Lena empezó a comerse la magdalena de la discordia, como si no hubiera pasado nada.

Después de unos segundos, David Ferris se aclaró la garganta y rompió el silencio.

—¿De verdad acabáis de comprometeros?

Lena se encogió de hombros.

—Sí, eso parece —respondió Jimmy.

Ben levantó su cerveza y, sin disimular la sonrisa, exclamó:

—Felicidades, chicos.

David, Mal, Anne y yo hicimos lo mismo. Ev soltó un jadeo y se llevó las manos a la boca, con los ojos brillantes por la emoción.

—No hace falta montar tanto alboroto —apuntó Lena—. Solo es un anillo. Al paso que voy con la retención de líquidos, seguro que la semana que viene no me entra.

Jimmy dobló los puños de su camisa blanca.

—No pasa nada. Te he comprado un bonito collar a juego para que te lo pongas mientras tanto.

—Estás en todo.

—Por ti cualquier cosa, Lena.

Ella le lanzó una mirada mordaz.

—Y vosotros, ¿qué? —preguntó Mal, inclinando su copa de vino en nuestra dirección.

—Ahora sois los únicos que quedáis —señaló David, mirando con diversión a Ben.

Mi novio se puso rígido al instante, soltándome la mano. Luego se lamió los labios y se removió en la silla, visiblemente incómodo por ser el centro de atención. No me extrañaba. De las diecisiete semanas que llevaba de embarazo, solo habíamos estado juntos dos semanas. Y apenas nos habíamos conocido unos meses antes de la milagrosa concepción. Desde luego, no era el momento de meter presión con el asunto del matrimonio.

—No sé si me va mucho eso de casarme —reconoció con una risa ronca que no mostró ninguna alegría.

Mierda.

De pronto, todos menos él me miraron, a la espera de mi reacción. Ben podía haber usado mil y una tretas para salir airoso de la situación. Si hasta le hubiera bastado con una simple sonrisa. Bajé la vista, intentando concentrarme en mi plato casi vacío. Se me contrajo el estómago, produciéndome una leve sensación de náuseas. Mientras tanto, la habitación se había sumido en un silencio sepulcral.

El teléfono de Ben puso fin al mutismo. Una llamada a la que contestó con un gruñido. ¿De verdad quería casarme con alguien que respondía al teléfono con un gruñido? No lo tenía muy claro. Aunque por lo visto tampoco me vería en la tesitura de tener que decidirlo. Porque a él no le iba eso de casarse. De repente, toda la seguridad que creí haber encontrado con él me pareció excesivamente frágil. El precipicio en el que se encontraba nuestra relación empezó a desmoronarse bajo mis pies.

—Sí... claro. Déjala entrar. —Se volvió hacia mí, claramente aliviado por

el cambio de tema—. Marta está aquí. Quiere disculparse contigo por lo del otro día.

Me quedé mirándole.

—Te parece bien, ¿verdad? —preguntó. Se estaba refiriendo a su hermana, por supuesto. Por desgracia, yo todavía estaba tratando de digerir su anterior declaración.

La puerta se abrió, dando paso a una Marta que entró decidida y con la cabeza bien alta con un bolso de charol grande colgando del hombro. Un destello de dolor cruzó por su mirada cuando vio a David; con Ev, sin embargo, hizo un gesto de desagrado.

Ben echó hacia atrás la silla y se levantó para ponerse al lado de su hermana.

—No metas la pata —le ordenó en voz baja.

Como si en ese momento tuviera el más mínimo interés en recibir una disculpa de esa mujer. En lo único que podía pensar era en las palabras de Ben. Sí, nunca habíamos hablado del matrimonio. Aunque supongo que en el fondo de mi corazón siempre había soñado con el final feliz añorado por toda chica. Ya sabéis, eso de ir de blanco, el tul, el amor eterno. Una o dos palomas. La tarta.

En realidad no pedía mucho. Necesitaba salir de allí. Estar sola para poner en orden mis ideas, ahora que mi brillante futuro se estaba yendo por la taza del váter.

Vi cómo Marta sacaba un par de hojas del bolso y me señalaba con ellas.

—¿Quieres que crea que no estas usando a mi hermano y a este niño para forrarte? Demuéstramelo. Firma esto.

—Marta... —le advirtió Ben con ojos consternados.

—¿Qué es? —pregunté. Mi voz sonó como si estuviera muy lejos de allí.

—El contrato que Ben mandó que redactaran los abogados en el que se estipula todo lo relativo a la custodia del niño y una más que aceptable pensión por alimentos... previa prueba de paternidad, por supuesto.

—Por supuesto.

—No debería suponerte ningún problema firmarlo. —Se acercó un poco más, todavía con los papeles en la mano—. Tu propia hermana firmó un

acuerdo prematrimonial, ¿lo sabías?

—Porque Anne quiso que se hiciera así. Y tú no tienes ningún derecho a hablar de ello, Marty. —Mal se incorporó lentamente, con la mano en el hombro de mi hermana—. Adrian es un imbécil por habértelo contado.

—No me lo contó —siseó la arpía—. Pero a su nueva secretaria le gusta hablar y, por desgracia para ella, no es ninguna lumbrera.

—Fuera de aquí —exigió David—. Ahora, Marta.

—Tú no pintas nada en esto —replicó ella sin molestarse en mirarlo. Con la vista clavada en mí, continuó—: ¿Quieres demostrarme que estás enamorada de mi hermano? ¿Qué solo buscas lo mejor para él? Fírmalo.

Solo podía mirar los papeles perpleja.

—¡Marta! —David se puso de pie dando una patada a su silla.

—¿Cuándo? —pregunté a Ben. Hice todo lo posible por mirarle a los ojos, pero fallé. A lo máximo que llegué fue a clavar la vista por encima de su hombro, hacia las luces de la ciudad más allá de la ventana. Todo aquello me resultaba tan cruel, me dolía tanto—. Estuviste de acuerdo en solucionarlo por nuestra cuenta justo veinticuatro horas después de enterarte de que estaba embarazada. Así que, ¿cuándo exactamente pediste que redactaran el contrato?

Me miró sin moverse.

—Déjame adivinar, ¿decidiste tenerlo «por si acaso»?

—Lizzy. —Tragó saliva.

—¿Pensaste que no entendería tu necesidad de protegerte?

—La primera vez que te lo planteé no te hizo mucha gracia.

—En realidad no me diste la oportunidad de hacerme a la idea —exploté—. Por Dios, Ben. Casi todo el mundo se habría mostrado receloso si le hubieran amenazado con echarle a los abogados encima, ¿no crees?

—De todos modos, ¿cuál es el problema? —preguntó, apretando la mandíbula con rabia—. No te pedí que los firmaras.

—No te hagas el tonto con ella, Ben —escupió Marta—. Adrian te mando una copia hace unas semanas. Su secretaria me dijo que la semana pasada él le pidió que comprobara si todavía la tenías. No entendía por qué tanta demora.

Ben miró a Marta furioso, pero no lo negó.

—Por si acaso —repetí. Me abracé con fuerza—. ¿Por qué estamos intentando nada, Ben? En serio. Me mentiste. Estás esperando que esto se vaya a pique, ¿verdad? ¿Que no te va lo de casarte? Sinceramente, creo que ni siquiera te van las relaciones. Desde el primer momento has estado haciendo todo lo posible por evitar cualquier tipo de compromiso. Y yo he sido una imbécil por no darme cuenta.

—¿Lo ves, Ben? —dijo Marta en voz baja e hipnótica—. Esto es lo que pasa cuando ven peligrar el dinero. Sacan las garras y muestran sus verdaderas intenciones. —Se volvió hacia mí—. Venga. Monta todas las escenas que quieras, pero todo el mundo se ha dado cuenta de lo que eres.

—Dios, eres... —No había suficientes insultos para describir a esa zorra. Le quité el contrato de un tirón y lo dejé en la mesa con un golpe. Por extraño que pareciera era muy fino, apenas tres páginas—. ¡Dadme un bolígrafo!

Marta rebuscó en su bolso.

—No —espetó Ben con los dientes apretados.

Tomé el bolígrafo que Marta me ofreció. Qué curioso, ahora ya no se la veía tan satisfecha. En todo caso su expresión reflejaba confusión... cautela. Como si me importara lo que sintiera esa bruja. No quería volver a tener nada que ver con ella en la vida.

Aparté mi plato y pasé las páginas hasta encontrar la jugosa cifra con la que pretendían comprarme. Por el amor de Dios, si ya me había transferido medio millón de dólares. Era absurdo. Sin pensármelo dos veces taché el número y escribí un nítido y enorme cero. Después leí el documento, deteniéndome en lo referente a la custodia y otros detalles importantes. Ambos tendríamos la custodia compartida de la lentejita. Si la mediación fallaba, cualquier disputa se resolvería en los juzgados de familia. Bien. Todo parecía normal.

Perfecto. Leído y firmado.

Si necesitaban alguna otra cosa de mí que me lo pidieran más tarde. En un momento más apropiado, cuando no estuviera a punto de sufrir un colapso emocional con vómitos incluidos.

Su hermana se apresuró a hacerse con el contrato y a corroborar que todo

estaba en orden.

—Te agradecería que me dieras una hora para poder sacar todas mis cosas de la habitación antes de volver allí —dije a Ben. Esta vez ni siquiera fingí mirarlo.

—Liz, tenemos que hablar.

—Lo has firmado —declaró Marta—. Y tachaste el dinero. —Su expresión de asombro me habría resultado graciosa si no hubiera estado intentando recoger los trozos de mi destrozado corazón. Tenía las cejas tan alzadas que puede que no volvieran a recuperar su lugar natural.

—Me importa una mierda ese contrato —rugió Ben, agarrándome la mano.

—Si eso fuera cierto, ese documento nunca habría existido. —Me zafé de él—. Y no habrías llevado ninguna copia encima.

—Preciosa...

—No. Nunca más. Jamás... Me niego a volver a pasar por esto contigo. —Respiré hondo—. No te sientas mal, Ben. Al fin y al cabo, me lo advertiste. Pero fui una estúpida al creer que podía importarte tanto como tú a mí. Es culpa mía.

Marta seguía mirando el contrato aturdida.

—Me importas —replicó él, respirando con dificultad.

—Pero no lo suficiente. No lo suficiente como para ser sincero conmigo. No lo suficiente como para contarme esto, para hablarme de tus miedos... Dios, ¿de verdad pensaste que sería como ella? —Señalé a la abominación que tenía por hermana—. ¿Que te engañaría? ¿Que te usaría para conseguir dinero, jugando con tu vida?

—Quiero a mi hermano —gritó Marta.

—¡Cierra la puta boca! —Las lágrimas corrían por mis mejillas. Pero no me importó. En realidad ya no me importaba nada. Me toqué el vientre, sintiendo ese extraño cosquilleo de nuevo. Parecía que a la lentejita sí que le importaba que gritase. Bajé el tono de voz al instante—. Ya me encargaré de ti cuando esté lista y en mejores condiciones.

Marta se calló, todavía con cara de asombro.

—Nunca intenté cambiarte —continué, sacando fuerzas de donde pude

para mirarle a la cara—. Solo quería que me dedicaras un poco de tu tiempo, de atención. Quería formar parte de aquello que es importante para ti.

Sus ojos oscuros eran un pozo de profunda pena.

—Quedan unas seis semanas para que termine la gira. Hasta entonces no quiero saber nada más de ti. —Le di la espalda—. Procuraré que recibas todos los informes médicos. Necesito... necesito tomarme un descanso. Apartarme de todo esto.

—¿Vas a volver a Portland? —preguntó, visiblemente descontento.

Vaya por Dios, había herido sus sentimientos. Qué lástima.

—Sí.

Como era de esperar, Anne se puso de pie y abrió la boca dispuesta a apoyarme (siempre lo hacía), pero la detuve con una mano.

—Después.

Mi hermana asintió.

A continuación, me volví hacia Marta y luché contra el impulso de cruzarle la cara con el primer objeto sólido que encontrara.

—No tengo mucha familia y, por desgracia, tu hermano parece dispuesto a tolerar el trastorno límite de la personalidad que tienes. Pero nunca trataras a mi hijo con nada que no sea amor y comprensión. ¿Está claro?

Asintió estupefacta.

—Bien.

Anne me dio la mano. Solidaridad entre hermanas y todo eso. Y no sabéis lo mucho que se lo agradecí. En ese momento la necesitaba desesperadamente. Juntas, abandonamos la habitación con Mal siguiéndonos de cerca.

CAPÍTULO 14

—¿Estás segura? —preguntó mi hermana, no por primera vez; ni siquiera por enésima vez.

—Sí.

—No me gusta que estés tan segura.

—Lo sé. —Me senté en la cama de la habitación extra de su *suite* y contemplé cómo terminaba de hacer mi maleta. Prácticamente había ordenado mi ropa interior por orden alfabético—. Y te adoro por eso.

Soltó un suspiro y dobló una de mis camisetas premamá por tercera vez.

—Yo también te quiero. Siento muchísimo que terminara así. Parecía sentir algo por ti. Estaba convencida de que al final superaría sus miedos.

—Supongo que hay personas que son espíritus libres. Que están mucho mejor solos. Necesitan su independencia más que el amor o una compañía. Mejor haberme dado cuenta ahora que continuar con una relación que desde el principio estaba condenada al fracaso porque es incapaz de confiar y comprometerse con nadie. —Esbocé la misma sonrisa valerosa de «qué se le va a hacer» que llevaba pegada a la cara las últimas veinticuatro horas. Me dolían las mejillas. Un poco más y se me congelaría el rostro.

—No digas tonterías —suspiró.

Sonreí un poco más.

—Deja de simular que te lo estás tomando tan bien. Sé perfectamente que

ese gilipollas te ha arrancado el corazón del pecho y te lo ha pisoteado con sus enormes botas negras.

—Qué imagen más agradable.

—Le odio. La próxima vez que cenemos todos juntos le clavaré un tenedor.

—No vas a hacer eso. —Le di una palmadita en la mano—. Serás la educación en persona y te comportarás como siempre.

Entrecerró los ojos y me lanzó una mirada testaruda que dejaba claro que no iba a dar su brazo a torcer.

—Hazlo aunque solo sea por Mal —traté de convencerla—. Iré a casa y me dedicaré a preparar la habitación del bebé. Estaré bien, Anne. En serio.

—Deja que me vaya contigo.

—No. —Negué con la cabeza determinada—. Ni se te ocurra. Nunca has estado en Europa y llevas meses esperando este viaje. Serán solo seis semanas. Me las arreglaré sola. Además, si te soy sincera, ahora mismo necesito tener mi propio espacio.

Dejó caer los hombros en señal de derrota.

—Prométeme que me llamarás si lo necesitas.

Levanté la mano.

—Lo juro solemnemente.

—Mmm....

—*Killer* y yo nos lo vamos a pasar muy bien juntos.

—Sí, desde luego estará encantado de salir del hotel para mascotas. Es lo único bueno de todo esto. Las últimas veces que lo he llamado, se ha negado a hablar conmigo.

—Anne, es un perro. No puede hablar.

Frunció el ceño.

—Pero antes solía hacer esos pequeños gruñidos y me ladraba. Sabes a lo que me refiero. Me preocupa que se sienta abandonado. Es un animal muy sensible. En el fondo, es como Mal.

—Es un lunático que se persigue la cola en círculos hasta que cae agotado —repuse yo—. Sí, tienes razón, es como Mal.

—Cierto —acordó Anne, mirándome pensativa.

—Bueno, te prometo que haré uso de todos mis conocimientos de psicología para solucionar su posible sensación de abandono antes de que volváis. —Bajo mi punto de vista, solo hacía falta un paquete de galletas para perros y dejarle morder a su antojo una de las Converse de Mal para que *Killer* fuera feliz. Y acababa de robar del armario una de las zapatillas nuevas de mi cuñado con ese propósito. El animal volvería a su habitual estado de meneo de cola/alegría total en un abrir y cerrar de ojos.

Por desgracia, mi sensación de abandono tardaría un poco más en curarse.

Al día siguiente, Stage Dive viajaría a Montreal y de ahí a Europa. Yo por mi parte, un poco antes, y sin que nadie lo supiera, regresaría a Oregón. Esa misma noche todos irían al concierto para oírles tocar en directo otra nueva canción. Supongo que habían creado una nueva tradición con eso de presenciar el estreno de las canciones. Parecía que a David le había venido bien estar de gira a la hora de sacar su faceta más creativa. Pues bien, mientras todos estuvieran fuera, llevaría a cabo mi salida furtiva. Anne no sabía nada de mis planes, creía que me marcharía por la mañana. Pero al final lo entendería. Ya habíamos tenido suficiente drama. Una despedida en plan emotivo no ayudaría a nadie. Al menos no a mí. Estar en la misma ciudad que Ben las últimas veinticuatro horas me había puesto de los nervios. Quería apartarme cuanto antes de él y de su mundo. No porque fuera tan ingenua como para pensar que el dolor que sentía no subiría conmigo en el avión, sino porque tenía la sensación de que no podría seguir con mi vida hasta que no viera aquella ciudad disminuyendo hasta desaparecer por la ventana del avión. Esa sería la única forma de pasar página que tendría.

Además, Seaside, la pequeña localidad situada en la costa de Oregón, era una maravilla en esa época del año. Y un lugar en el que nadie esperaría encontrarme, mucho menos la prensa. Iría hasta allí con mi Mustang y conseguiría una habitación con vistas al océano. Un paisaje tan imponente como aquel me ayudaría a recomponerme, a superar aquel desengaño y prepararme para ser una madre soltera. La lentejita y yo estaríamos bien allí. Y *Killer*, por supuesto.

—¿Entonces te vas a ir directa a la cama? —preguntó Anne mientras cerraba la cremallera de mi maleta y la bajaba de la cama.

—Sí, primero me daré una ducha y después a dormir. Gracias por ayudarme con el equipaje. Será mejor que te vayas. Queda poco para que los chicos suban al escenario y ya sabes cómo es el tráfico de Nueva York.

Me dio un beso en la coronilla antes de volverse loca y revolverme el pelo con las dos manos como hacía cuando teníamos catorce años.

—Dios, ¿cuándo vas a crecer? —me quejé, retirándome los largos mechones de la cara.

—Buenas noches —se despidió con una sonrisa de oreja a oreja. El matrimonio con Mal le había devuelto la infancia que no pudo disfrutar gracias al egoísmo de nuestros padres. Era fantástico, aunque a veces un poco molesto también. La próxima vez que la viera me resarciría estirándole por sorpresa las bragas hacia arriba.

—Buenas noches.

Salió de la habitación agitando la mano.

Me quedé sentada en silencio, a la espera de que sonara el clic de la puerta al cerrarse. Después, para asegurarme, esperé otros diez minutos más. Entonces... sí. La operación «Salir por patas» estaba en marcha.

Me puse las bailarinas negras, me recogí el pelo, me coloqué una gorra de béisbol negra y agarré el mango de mi maleta con ruedas. Perfecto. Ya tenía reservado el billete de ida a casa. Lo había hecho durante una visita particularmente prolongada al baño. Por lo visto, el inodoro era el único sitio en el que ningún alma preocupada me interrumpía cada dos minutos con preguntas tales como: «¿Tienes hambre?» No. «¿Te apetece beber algo?» No. «¿Quieres recordar los terribles acontecimientos de anoche antes de una buena sesión de llanto sobre mi hombro?» Para nada, pero gracias por preguntar.

Adoraba a esas chicas. Os lo juro. Pero ahora necesitaba alejarme de todo el mundo.

Asomé la cabeza por la puerta. Nada. Ningún miembro de seguridad a la vista. Normal; les había prometido quedarme en mi habitación y solo se podía acceder a la planta con una llave especial. Fui hacia el reluciente ascensor. Una vez abajo, crucé a toda prisa el atestado vestíbulo tirando de la maleta. El vuelo salía en poco más de dos horas. Incluso con los increíbles atascos de

Nueva York, tenía tiempo de sobra de llegar al aeropuerto y pasar los controles.

En la calle, la brisa nocturna era cálida, llena de luces y vibrantes colores. Sin duda, Nueva York se merecía el apodo de «la ciudad que nunca duerme».

—¿Puedo ayudarle en algo, señorita? —preguntó el amable portero. Extendió la mano enguantada hacia la maleta.

—Sí, gracias. Necesito un taxi que me lleve al aeropuerto JFK.

—Por supuesto, señorita. —Levantó una mano y un taxi apareció como por arte de magia.

Antes de darme cuenta, mi equipaje estaba en el maletero y yo instalada en el asiento trasero con el cinturón de seguridad abrochado.

Y ahí fue cuando todo empezó a torcerse.

La puerta del vehículo se abrió y un hombre alto que olía a sudor se sentó a mi lado. Si hay algo en el mundo de la música que rara vez se comenta pero que es una verdad como un templo de grande es que, del mismo modo que los *cowboys* huelen a caballo y estiércol, las estrellas del *rock* apestan a sudor después de un concierto. Punto. Qué decepción, ¿verdad? Aunque en este caso me proporcionó una importante pista sobre quién podía tratarse.

—Hola, Liz.

—¿Vaughan?

—¿Qué tal?

Parpadeé sorprendida. Y después volví a parpadear porque todavía seguía ahí, fastidiando mi plan de escape. Mierda.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sin molestarse en responder, Vaughan le pidió al taxista que nos llevara al estadio donde esa noche tocaba Stage Dive. El billete de cien dólares que le pasó mientras le daba las instrucciones captó por completo la atención del hombre. Yo ya no tenía ni voz ni voto.

—¿Se puede saber por qué estás secuestrando mi taxi? —pregunté.

—Iba a venir Conn, pero resulta que no le conoces. Así que pensamos que te asustarías menos si me encargaba yo.

—Sí, de acuerdo —asentí—. Pero eso no contesta mi pregunta.

—Bueno, los chicos están ahora mismo en el escenario, así que tenía que

hacerlo uno de nosotros. —Se echó hacia atrás el pelo empapado de sudor con una mano y me miró con una sonrisa—. Hay algo que quiero enseñarte.

—¿El qué?

—Ya lo verás. —Se rio por lo bajo.

Yo también solté una risita.

—Qué lástima. Voy a echarte mucho de menos después de matarte y tirar tu cadáver por el puente de Brooklyn.

—Venga, no seas así. Si no te gusta lo que ves, te prometo que me aseguraré personalmente de que llegues al aeropuerto a tiempo para embarcar en tu vuelo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Apoyé el codo en el borde de la ventana, intentando mantener la calma aunque sin mucho éxito. Fuera, las luces de la ciudad volaban a nuestro paso.

—Por la misma razón que sabía que te ibas a escapar del hotel —explicó él—. Por Sam.

—Ah. —Tenía que haber imaginado que el súper agente secreto iría un paso por delante de mí. Imbécil.

—Da igual. El caso es que pensaron que si me encargaba yo, tendría más posibilidades de convencerte.

—¿Ah, sí? —Le mostré los dientes. El gesto podía haberse malinterpretado como una sonrisa, pero como ya os dije, Vaughan no era tonto.

—Liz, por favor. Si creyera que no mereciera la pena, no hubiera dejado que me metieran en esto. No tengo ningún interés en que me odies.

Solté un sonoro suspiro.

—Mira —dije, usando el tono de voz más serio que tenía—. Lo único que quiero ahora mismo es dejar atrás todo esto lo más pronto posible. Estoy cansada de estar aquí. Cansada de la banda, del rocanrol y harta de estar sonriendo todo el rato. Creo que eres un chico muy mono y te felicito por lo que sea que estás intentando hacer. Pero esto se acabó para mí. No aguanto más.

—Bah —Se recostó en el asiento y sonrió mirando a través de la ventanilla, hacia las luces de Manhattan—. Supongo que crees que yo soy

todo lo contrario a ti, ¿verdad? Estás harta y no ves el momento de largarte de aquí. Pues para mí también se ha terminado, solo estoy intentando arañar unos segundos más a mis quince minutos de gloria. Tu estrategia parece mejor. Aunque también es normal, teniendo en cuenta que estás estudiando psiquiatría.

—Psicología —le corrigió con aire ausente. Se me había olvidado que no era la única que estaba pasando por una ruptura—. He oído que os vais a separar, pero no creo que esto sea el fin de tu carrera, ¿no? Te he visto en el escenario, eres todo un artista.

Vaughan sonrió con tristeza.

—No sabes cómo funciona esto del rocanrol, ¿verdad? Has sido testigo de las mieles del éxito pero sin ver los entresijos de la industria. Por cada Stage Dive que triunfa hay un centenar de Down Fourth que se la pegan. Mil. Hemos tenido un par de éxitos y nos ha apoyado un grupo de renombre, sí. Si nos hubiéramos aferrado a eso y hubiéramos conseguido un contrato con una gran discográfica, ¿quién sabe? Tal vez habría funcionado. Estrellas del *rock*, discos de platino, una portada en la revista *Rolling Stone*. Pero no hemos podido permanecer unidos. Demasiados egos y discusiones de mierda nos han llevado a un punto en el que apenas nos soportamos. Lucas se va a un proyecto más importante, seguro que lo consigue. Pero los demás tendremos que empezar desde cero. Y al final, los últimos diez años no habrán servido para nada. Estoy cansado, Liz. Cansado de dormir en hoteles de mala muerte, pasarme todo el día en la carretera y tocar de pueblo en pueblo para ganar el dinero suficiente para conseguir un poco más de tiempo en un estudio de grabación. Quiero volver a casa con mi familia, despertarme y saber dónde estoy. Quiero encontrar una forma mejor de hacer esto sin que me cueste la cordura y sin joderme el hígado cada noche de la semana.

—Tienes razón, nunca lo había visto de esa manera.

Se frotó la cara con las manos y volvió a esbozar la misma sonrisa alicaída.

—La música es mi pasión. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Pero puede que no esté hecho para esta presión constante para conseguir ser lo bastante importante como para tocar en un estadio.

—Puede que no.

—Puede que al final encuentre una chica que todavía no esté embarazada y que cuando me sorprenda desnudo no me pida que me tape.

Me eché a reír, cubriéndome la cara con las manos.

—Espero que la encuentres, Vaughan. Eres un tipo estupendo. Te mereces lo mejor.

—Gracias. Bueno, ya basta de hablar de mis desdichas. Ven conmigo al concierto —dijo con voz queda—. Tal vez sea la última locura que hagas con un roquero y la última que haga yo como roquero. —Sonrió, pero sus ojos seguían tristes.

Se le veía resignado.

Poco a poco, yo también me fui resignando. Respiré hondo por la nariz y expulsé el aire por la boca.

—Será mejor que no pierda ese vuelo, Vaughan.

—Ven conmigo. Y si algo de lo que ves u oyes no te gusta, me lo dices y al instante te meto en la limusina de Stage Dive para que te lleve directa al aeropuerto, ¿trato hecho?

—¿Sabes? Deberías dejar el rocanrol y dedicarte a la psicología —mascullé—. Trato hecho.

Detrás del escenario todo seguía igual. Un montón de gente de un lado para otro y equipos por doquier.

Pasamos el control de seguridad sin ningún problema. Uno de los hombres de Sam se colocó detrás de mí y nadie nos hizo preguntas. Vaughan se encargó de llevar mi maleta; creo que más que para echarme una mano para evitar que saliera corriendo. Nunca imaginé que volvería a encontrarme en esa situación: acceso a todas las áreas y escoltada por los pasillos y escaleras hasta un lateral del escenario. Ya no era la novia de ningún miembro del grupo. No era nadie.

Así que, ¿de qué demonios iba todo aquello?

El grupo estaba tocando *Last Back*, uno de los grandes éxitos de un álbum

anterior. Anne, Ev y Lena estaban en el lateral opuesto. Qué raro. Yo me quedé donde me dejaron, prácticamente sola, excepto por algunos técnicos y Pam, la fotógrafa oficial de la gira. Era una mujer muy simpática que estaba casada con Tyler, uno de los técnicos de sonido favoritos de la banda. Ambos llevaban años trabajando con Stage Dive.

Cuando Anne me vio alzó la cabeza curiosa y me saludó con la mano.

Yo le devolví el saludo, pero me quedé donde estaba.

La canción fue *in crescendo* hasta alcanzar un volumen ensordecedor antes de terminar con un frenesí de acordes atronadores. Un final que penetró a quemarropa por mis tobillos, haciendo vibrar toda mi columna vertebral. El público enloqueció.

—Damas y caballeros —ronroneó Jimmy con su voz más seductora. Iba vestido con unos pantalones negros y una camisa del mismo color arremangada, mostrando alguno de sus tatuajes—. Esta noche tenemos preparado algo especial.

El estadio al completo se puso a gritar enardecido. Me tapé los oídos, pero no fui lo bastante rápida. Dios bendito. Volví a sentir esa extraña sensación en el vientre.

Seguro que no era nada.

—Benny, nuestro bajista, quiere decir unas palabras.

Y yo que había intentado no mirarle con todas mis fuerzas. Los ojos me ardían y picaban y tenía la sensación de que la cara se me resquebrajaría de un momento a otro. Ben pasó a uno de los técnicos su bajo favorito, el Gibson Thunderbird. Su mirada se desvió en mi dirección mientras se acercaba al micrófono. Sabía que estaba allí. A pesar de la oscuridad que reinaba fuera del escenario, me vio.

Jimmy le dio un apretón en el hombro y se hizo a un lado. Ben extendió una mano para sostener el micrófono; aunque tenía el rostro girado hacia la multitud, clavó la vista en mí. Cerré los puños, tenía las palmas sudorosas y no precisamente por la cálida temperatura de la noche.

De acuerdo, todo estaba controlado. Seguro que no se trataba de nada especial. Una especie de despedida a lo roquero. Estos chicos siempre hacían las cosas a lo grande. Puede que hasta hubieran escrito una canción de

«siento que todo se fuera a la mierda» especialmente dedicada para mí. Qué bonito.

Ben llevaba sus típicas botas negras, *jeans* azules y una descolorida camiseta gris con el nombre de alguna banda. Su habitual uniforme. Si hubiera dejado de mirarme, todo habría sido más fácil. Pero sus ojos me paralizaron. No podía moverme. Apenas podía respirar.

—Hola —dijo. Su voz, amplificadas mil veces más, inundó el ambiente. El público volvió a enloquecer. Algunos empezaron a corear su nombre, gritando un sinfín de «te quiero» y cosas por el estilo. ¿Quién podía competir con aquello? La admiración de las masas. Que una multitud de esa magnitud lo idolatrara. Supe que nunca había tenido la más mínima oportunidad.

—Sé que últimamente se han publicado un montón de noticias sobre mí en los medios. Rumores sobre que iba a ser padre. —Cualquiera que fuera el producto que se había echado para domar su cabello había fallado. Mechones de pelo oscuro le caían por la cara, rozándole la barba—. Esta noche quiero arreglar las cosas.

Más gritos frenéticos por parte del público.

No podía estar más confundida. Todo aquello podía haberlo hecho sin contar con mi presencia. Joder, hasta podía haber convocado una rueda de prensa al día siguiente, cuando yo estuviera en la otra punta del país lamiéndome las heridas e intentando reconstruir mi vida. ¿Qué necesidad había de aquello? Ya me había dejado pisotear bastante.

Me di la vuelta, dispuesta a irme, pero Vaughan me agarró del brazo y me detuvo.

—Dale un minuto —dijo.

—Venga ya, ¡joder! —Me volví de nuevo, tratando de contener la rabia. Ni siquiera me preocupó haber soltado el taco. Puto Ben Nicholson. Bien podía irse a la mierda. Claro que podía. Y sin necesidad de soltar ninguna otra palabrota.

Volví a prestar atención al escenario y me lo encontré mirándome, taladrándome con esos intensos ojos oscuros a pesar de la distancia. Un minuto. Solo le daría un minuto. Y si se había percatado de la determinación con la que apreté los labios, él también lo sabía.

—Te quiero, Lizzy —dijo.

Todo a mi alrededor se paró. Como si todo el mundo estuviera conteniendo el aliento. Al menos yo lo hice. Me había quedado atónita.

—He sido un completo imbécil por no habértelo dicho antes. —Los nudillos de la mano con la que apretaba el micrófono se pusieron blancos y las arrugas que marcaron su expresión dejaron claro la tensión que estaba sintiendo—. Pero todo iba tan rápido que... que me asusté.

Toma declaración a lo grande. Dios mío. El mutismo en el que se había sumido el público llegó a su fin. Los gritos y silbidos de apoyo estuvieron a punto de ahogar sus palabras.

Por mi parte, apenas podía creerme lo que escuchaban mis oídos.

—Puedes tener mi tiempo. Y mi atención —señaló despacio y con sumo cuidado—. Puedes tener todo lo que quieras, preciosa. Te lo prometo. Lo que necesites. No más contención. No más temores. Y si todavía necesitas subirte a ese avión esta noche, entonces nos iremos juntos.

Tomé una profunda bocanada de aire, en busca del oxígeno que mi cuerpo necesitaba con tanta desesperación. Los puntos blancos que entorpecían mi visión se desvanecieron y volví a verle nítidamente, delante de mí, ofreciéndome todo lo que había soñado. Me tambaleé hacia atrás; la extraña sensación en el vientre que tuve antes se hizo más intensa, más contundente. Vaughan y el chico de seguridad me agarraron de ambos brazos, enderezándome.

Ben se acercó corriendo, me rodeó la cintura con un brazo y me llevó hasta el escenario, bajo el calor de las brillantes luces de los focos. Podía oír el clamor de la multitud, pero sonaba distante, como si viniera de otro planeta.

—¿Qué pasa? —preguntó Ben aterrorizado.

—Se está moviendo —dije, con una mano en su hombro y otra en mi abdomen—. La niña se está moviendo, Ben. La siento. Nuestra hija se mueve.

Enterré la cara en mi pelo y me atrajo hacia sí, sosteniéndome.

—Había tenido esta sensación antes, pero no sabía de qué se trataba. Es ella. ¿No te parece increíble?

—Sí, es alucinante.

—Tu voz se oía tan fuerte que ha debido de reconocerte. —Le sonreí fascinada.

Me levantó en brazos y me llevó hacia el centro del escenario.

—Es estupendo, Liz. De verdad. Pero, preciosa, necesito saber si tú también has oído lo que te he dicho.

Hice un gesto de asentimiento y le acaricié la cara, disfrutando de su barba.

—Sí, lo he oído.

—¿Y qué dices?

Me detuve un momento a pensarlo. Las decisiones cruciales que te cambian la vida merecen al menos un segundo de reflexión.

—Que no hace falta que subamos a ese avión.

—De acuerdo —soltó un fuerte suspiro y sonrió.

—Y que yo también te quiero.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Sé que voy a cagarla de vez en cuando, pero no me dejes, ¿de acuerdo? No quiero hacer nada sin ti. Ir a ningún sitio sin ti. Nunca más.

—Vamos a lograrlo.

—Sí. —Me cubrió los labios con los suyos y me besó hasta dejarme sin aliento—. ¡Gente! —dijo al micrófono tras unos segundos. Su voz volvió a llenar el estadio—. Esta es Liz, mi chica. Saludadla. Vamos a tener un hijo.

Y así fue como sucedió todo.

EPÍLOGO

—¡Sácala! ¡Ya!

—Tranquila, preciosa —dijo Ben, sujetando mi sudorosa y tensa mano—. Solo respira.

—No me llames preciosa. Tu pene fue el que me hizo esto.

La obstetra, la doctora Peer, me miró por encima del borde de su mascarilla, impertérrita ante la escena que estaba montando. Gilipollas. Ella no era la que estaba tumbada en una cama, con las piernas abiertas sobre unos estribos y la vagina expuesta para que la viera cualquiera que pasara por allí, ¿verdad? No. No era ella. Era yo. Y ya llevaba de parto veintiuna putas horas, así que alguien tenía que empezar a hacer algo más pronto que tarde. Cuando transcurrieron las primeras quince horas, decidí pedir la epidural. El mejor invento del mundo. Pero ahora se me estaba pasando el efecto y mi felicidad se esfumaba sin que pudiera remediarlo.

—Puedes hacerlo, sé que puedes —dijo Amy, una enfermera increíble.

—¿Tú has pasado por esto? —gruñí.

—Bueno... no.

Dejé que mis ojos le dijeran exactamente lo que pensaba.

La mujer retrocedió un paso.

—Relájate —dijo Anne, sujetándome valerosamente la otra mano.

—Liz, parece que la cabeza del bebé se ha quedado atascada en el canal

del parto —informó la doctora—. Por ahora no hay signos de sufrimiento fetal, así que podemos continuar como hasta ahora y con un poco de suerte la expulsarás por el método tradicional, o podemos acelerar el proceso con una ventosa.

—He leído algo sobre ese método. —Tenía la vista clavada en la pantalla del monitor que tenía al lado que medía los latidos del bebé.

—¿Es peligroso? —preguntó Ben.

—Cualquier procedimiento implica un riesgo, pero en este caso es mínimo. Lo más normal es que la cabeza del niño presente una pequeña protuberancia parecida a una ampolla de sangre durante un par de días. Nada más.

—¿Qué quieres hacer, cariño? ¿Aguantar un poco más? —Ben tomó una toalla húmeda y me limpió el sudor de la cara.

—Estoy tan cansada —sollocé—. ¿Por qué tienes una cabeza tan grande? Si fuera más pequeña esto no estaría pasando.

—Lo siento. —Después de la decimocuarta hora, Ben había dejado de intentar defenderse. Seguramente fue lo mejor, porque a esas alturas era imposible razonar conmigo.

—Me doy mucha pena —sollocé un poco más.

—Viene otra contracción —anunció Anne, observando el monitor.

—Señorita Rollins, ¿por qué no la preparamos para la extracción? Solo por si acaso —señaló la siempre tranquila doctora Peer.

—De acuerdo —lloriqueé.

—Oh, por favor —dijo la voz de la última persona a la que quería ver en ese momento—. ¿Alguien me puede contar qué pasa? ¿Sabéis lo aburrido que es estar esperando ahí fuera a que este bebé nazca?

—Marta, no puedes estar aquí —masculló Ben entre dientes, lanzándole una mirada asesina.

—Fuera de aquí, zorra —dijo Anne, tan elocuente como siempre.

La mujer se acercó a un lado de la cama, evitando mirarme los genitales expuestos en todo su esplendor, con una expresión de disgusto en su perfecto rostro.

—Liz, por Dios, estás hecha un asco.

Ben apretó la mandíbula.

—Marta....

Ella apoyó una mano sobre su brazo y le miró fijamente.

—Cálmate. Estoy aquí porque tengo que desempeñar un papel crucial que todo el mundo cree que me viene como anillo al dedo. Me he presentado voluntaria para soportar sus insultos. Supongo que tú ya estás agotado. Y teniendo en cuenta que sus gritos se oyen desde la sala de espera...

—Aquí viene la contracción —advirtió Anne.

—¡Quiero a esta perra fuera de mi vista! —exclamé.

—¿Ese es el mejor insulto que tienes? —replicó Marta con un bostezo—. Creí que a estas alturas estarías hecha una furia.

—Eres la última persona que quiero ver aquí.

—Venga ya. —Se sentó a mi lado y me dio una palmadita en el hombro—. Has estado diciéndole cosas peores a Ben y a Anne y ellos son unos santos comparados conmigo. Desahógate. Saca toda tu rabia.

—Eres asquerosa.

—¿Sabes? Llevo horas sentada ahí fuera, soportando cambios de pañales malolientes y el llanto de las angelicales gemelas de Jimmy. Si vuestra hija es como ellas, no contéis conmigo para hacer de niñera —señaló con una mano en la cadera.

—Como si fuera a dejar que mi hija se quedara sola contigo —contrataqué.

—Aunque me gustan sus nombres. Lori y Jean. Mucho más bonitos que el que has elegido. Lo va a pasar fatal cuando vaya al colegio.

—¡Dios, cómo te odio! —grité, tensando cada célula de mi cuerpo y agotando las pocas energías que me quedaban.

—¡Dime algo que no sepa!

—¿Sabes por qué pensaste que nunca firmarías ese contrato? —bramé—. Porque eres tan miserable que crees que todo el mundo es tan avaricioso y egoísta como tú. Eso se llama proyección.

—Eso está mejor. Mordaz y completamente cierto. Creo que al final serás una buena psiquiatra.

—Psicóloga.

—Da igual —se encogió de hombros—. Puedes utilizar la jerga universitaria que prefieras, pero no has dicho nada que no haya oído antes.

—Sam está enamorado de ti, zorra desagradecida —grité.

Se puso lívida.

—¿Qué?

—Si no fueras tan ignorante y miraras más allá de tu ombligo, te habrías dado cuenta hace años.

—Empuja —ordenó Anne, apretándome la mano.

—Venga, preciosa —me ánimo Ben—. Tú puedes.

La doctora Peer y Amy esperaban entre mis piernas abiertas por si el bebé decidía salir. Entonces, todos empezaron a repetir el mismo mantra: «Empuja».

Pero fue Marta, que por lo visto se había recuperado de la pequeña conmoción que le causó mi declaración, la que terminó dando el todo por el todo.

—Basta ya de hacer el idiota, Liz. Trae a tu bebé a este mundo. ¡Ya!

—Eso intento.

—¡Pues inténtalo con más fuerza, pedazo de vaga! ¡Empuja! —me gritó—. ¡Venga!

—¡Ahhh!

Mi pobre e inocente vulva se abrió lo indecible, más de lo que la naturaleza debería permitir, y tras un pop, el resto del cuerpo de mi bebé salió de mi interior hacia los brazos de la doctora Peer. Segundos después, un sonoro llanto indignado inundó la habitación mientras unos diminutos puños se agitaban en el aire.

Mi bebé. Oh, Dios mío.

Me hundí en la cama aliviada, intentando recuperar el aliento. Anne estaba llorando emocionada. Ben miraba a nuestro hijo recién nacido con los ojos abiertos por el asombro. En cuanto a Marta... Marta me sonrió con aire de suficiencia. Bruja.

—Sabía que lo único que te hacía falta era un poco de motivación —dijo, contemplando su perfecta manicura—. El odio alimentado por la ira puede llegar a ser muy útil en algunas ocasiones.

—Zo...zopenca —espeté con las pocas fuerzas que me quedaban. Ambas nos miramos y sonreímos. No sé muy bien por qué.

El pediatra examinó rápidamente al bebé mientras retiraban la placenta expulsada.

Uf, madre mía. Nunca más. Jamás. Bueno... lo más seguro.

—Señoras, les presento a Gibson Thunderbird Rollins-Nicholson. —Ben colocó con cuidado a mi bebé, ahora envuelto en una manta, sobre mis brazos.

—Eh, pequeñín. Tranquilo, todo va bien. —Oh, Dios mío. La calidez que sentí, el amor más puro e incondicional que me inundó por dentro fue inmenso. Conseguí reducir su estridente llanto a ligeros gemidos. Tenía una nariz diminuta, una boquita perfecta y dos ojos azules que me miraban. Una pequeña pelusa de pelo rubio le cubría la cabeza—. Pero mírate. Eres maravilloso.

—¿Verdad? —dijo Ben. Dejó que Gibson envolviera uno de sus pequeños dedos sobre el suyo inmensamente más grande.

—Es un niño —indiqué todavía un poco atónita—. Vaya.

—Me preguntaba cuándo te darías cuenta.

—Y yo que estaba convencida de que serías una niña. —Negué con la cabeza.

—Es perfecto. —Anne le miraba con una adoración absoluta.

Al igual que Marta, por extraño que pareciera. Nunca creí que llegaría a ver una expresión tan dulce en su rostro.

—¿Le vamos a poner ese nombre por tu modelo favorito de bajo?

—Si no te importa. —Ben se inclinó sobre mí y me dio un beso en la frente—. Buen trabajo, preciosa. Has estado espectacular.

—Siento haber sido tan borde.

Se rio.

—No importa.

—Gibson Thunderbird Rollins-Nicholson. —Acaricié con un dedo su suave mejilla—. Te adoramos.

—Una gran verdad —dijo Anne, dándome un apretón en el hombro—. Chicos, os vamos a dejar un rato a solas.

—Sí. Nos vemos luego. Es un bebé precioso. —Marta siguió a mi hermana, con el ceño fruncido y expresión pensativa.

La médica y la enfermera también habían desaparecido. Agradecí al cielo la tranquilidad que ahora reinaba en la habitación. Me puse a pensar que, después de todos esos meses procurando cuidar mi lenguaje, Gibson había venido a este mundo rodeado de palabrotas. Bueno, no se podía tener todo en esta vida.

—Te quiero —susurró Ben, acariciándome el rostro con la nariz.

—Yo también te quiero. —Volví la cara y le besé la punta de la nariz—. Ahora somos una familia.

Sonrió.

—Lizzy, hemos sido una familia desde el día en que te conocí. Mi mejor amiga. Mi amante. ¿Te casarás ahora conmigo para hacerlo oficial?

Gibson empezó a llorar y movió la cabeza de un lado a otro, buscando algo que chupar. Era increíble. Tan guapo y perfecto.

—Aquí. —Ben le ayudó, colocándome a la altura del pecho y abriéndome un poco el cuello del camisón para que tuviera pleno acceso—. Supongo que ahora voy a tener que compartirlas una temporada.

—Qué sacrificio más noble de tu parte.

Frotó con una mano la espalda de su hijo y con la otra me alisó el cabello despeinado.

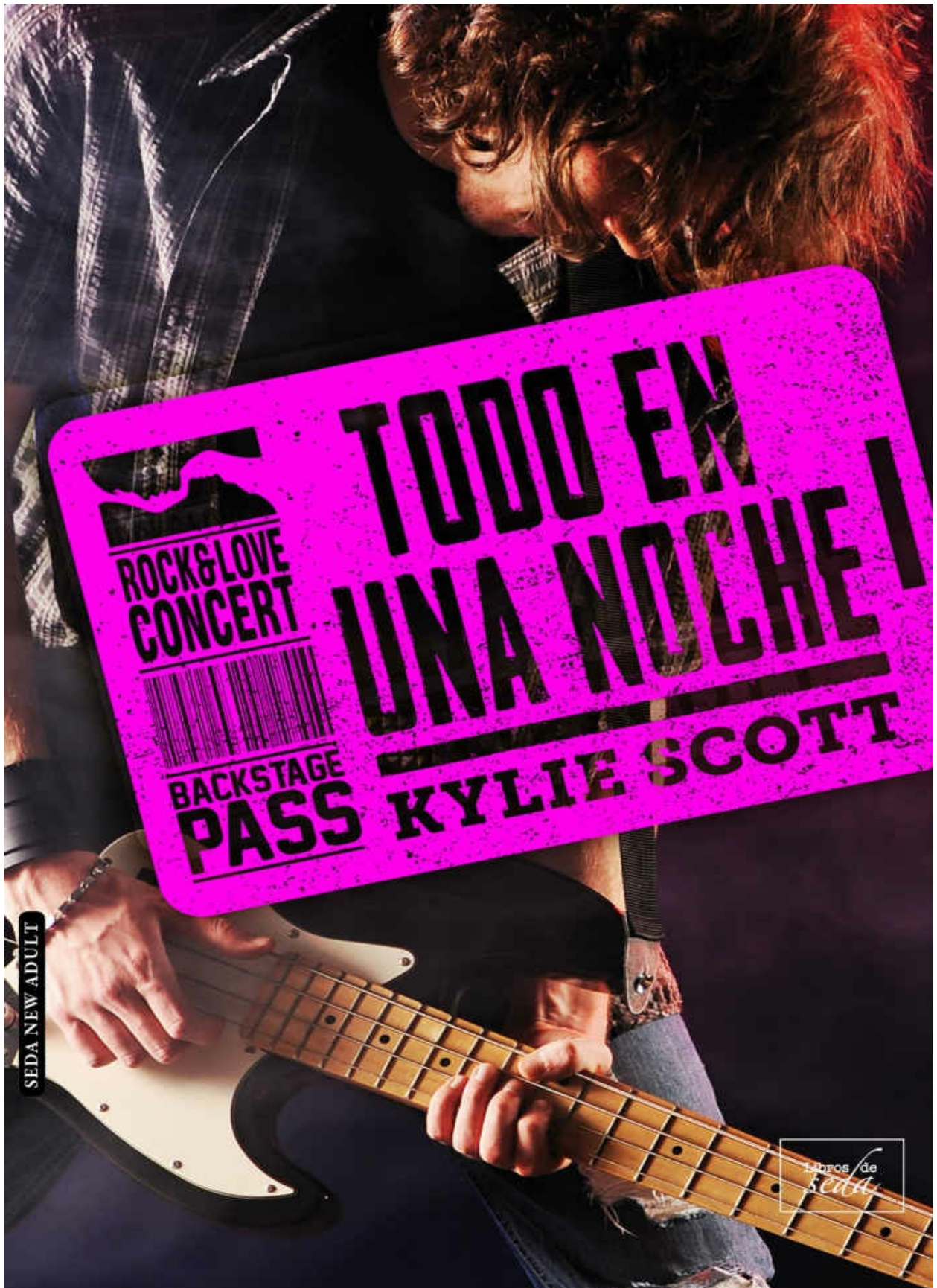
—No has respondido a mi pregunta. ¿Quieres casarte conmigo?

Con lágrimas de felicidad en los ojos, esboqué una deslumbrante sonrisa.

—Claro que sí. Me encantaría casarme contigo.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todos los lectores, críticos, bloggers, lectores beta, amigos, familia, editoriales, editores, asistentes editoriales, correctores, maquetadores, diseñadores, modelos de portada, fotógrafos, personal de prensa, recepcionistas, librerías, dependientes, carteros, bibliotecarios y a cualquier animal de compañía que puedan tener, por haberme acompañado en la aventura que ha supuesto *Stage Dive*. Sin vosotros esto no hubiera sido posible. Sois los mejores.



SEDA NEW ADULT



**ROCK & LOVE
CONCERT**



**BACKSTAGE
PASS**

**TODD EN
UNA NOCHE I**

KYLIE SCOTT

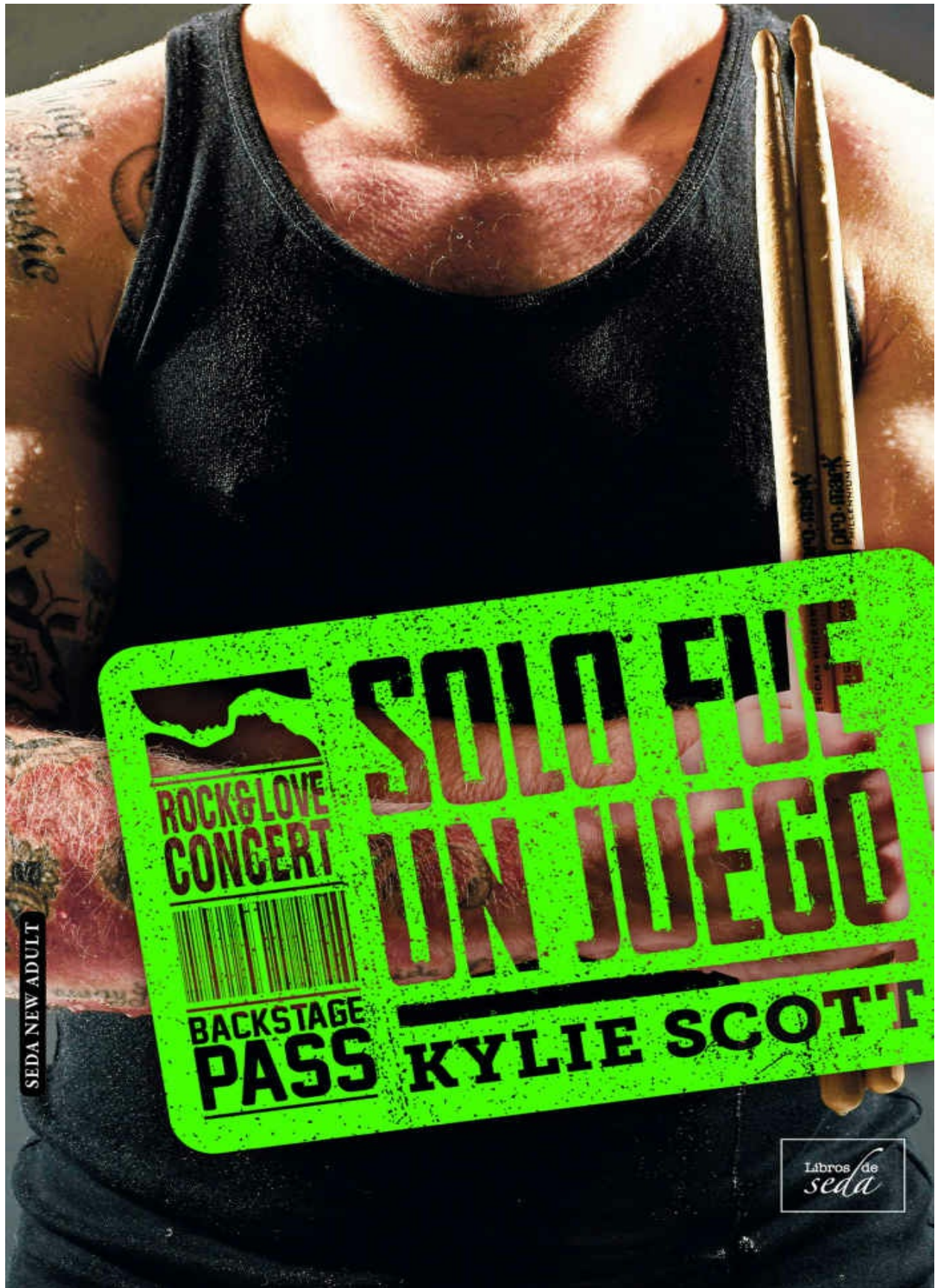


TODO EN UNA NOCHE

Casada sin preaviso: ¿y él es una estrella de la música?

Los planes de Evelyn Thomas para celebrar su veintiún cumpleaños en Las Vegas eran increíbles. Lo más. Pero en ellos no estaba despertar en el suelo de un cuarto de baño con una resaca peor que la peste negra y junto a un atractivo desconocido tatuado, además de con un diamante en el dedo anular que hubiera asustado al mismísimo King Kong. Si al menos pudiera recordar cómo sucedió todo...

Una cosa está clara: amanecer casada con una estrella del *rock* promete ser duro.



SEDA NEW ADULT

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

SOLO EN
UN JUEGO
KYLIE SCOTT

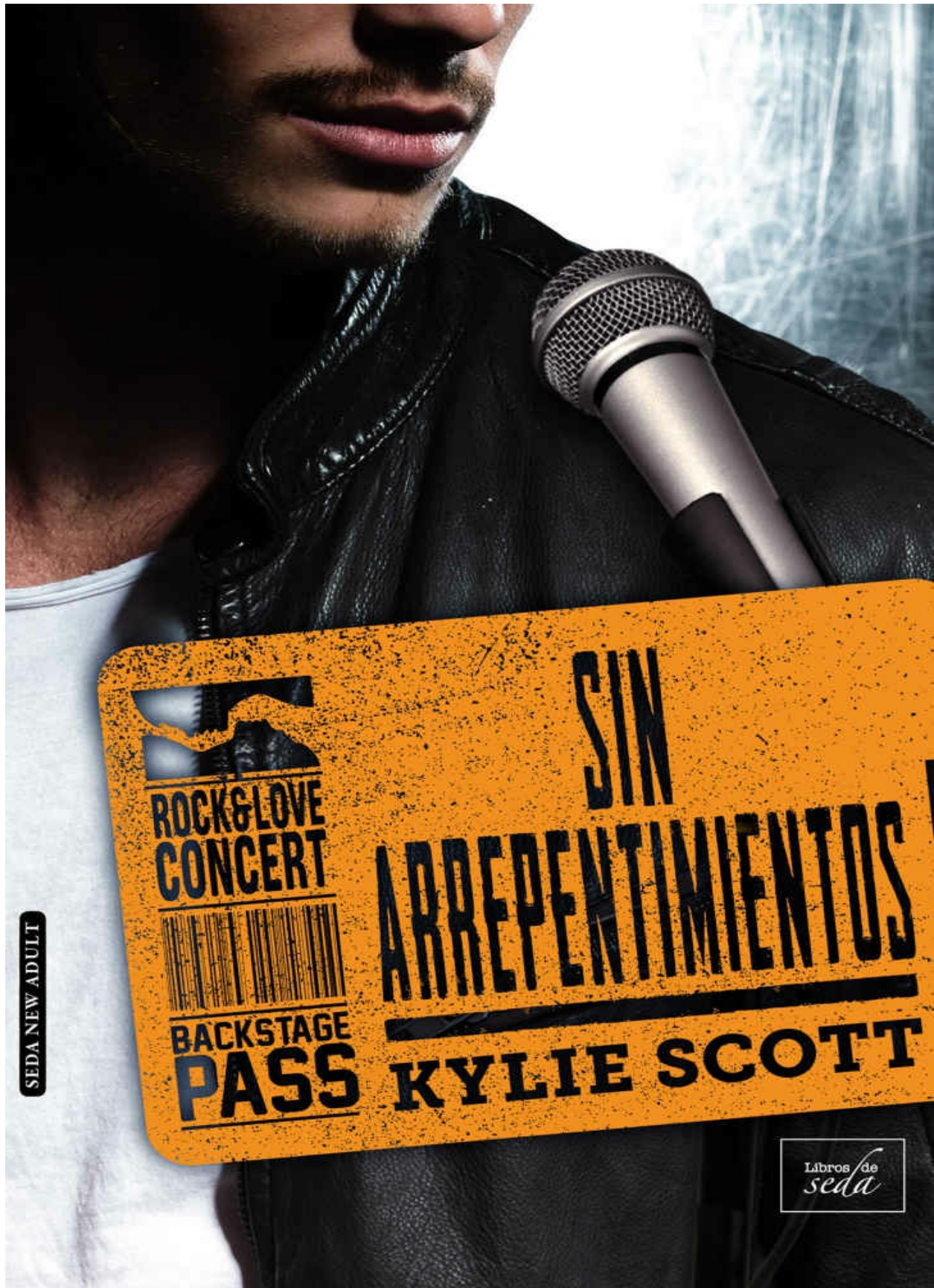
Libros de
seda

SOLO FUE UN JUEGO

¿Puede un acuerdo de conveniencia entre una buena chica y un chico malo de los Stage Dive salir bien?

Mal Ericson, el batería de Stage Dive, necesita limpiar su imagen y rápido, aunque solo sea durante un tiempo. Y para conseguirlo, nada mejor que llevar del brazo a una buena chica que le haga el trabajo. Lo que no espera es que este arreglo temporal se convierta en algo permanente.

Anne Rollins nunca pensó que conocería a una estrella del *rock* como las que colgaban de las paredes de su habitación... y mucho menos en esas circunstancias. Anne está mal de dinero. Muy mal. Pero eso de aceptar que le paguen para interpretar el papel de la novia buena que sale con el batería de un grupo no puede acabar bien. ¿O tal vez sí?



SEDA NEW ADULT

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

SIN
ARREPENTIMIENTOS

KYLIE SCOTT

Libros de
seda

SIN ARREPENTIMIENTOS

¿Y si ella fuera realmente la chica de tus sueños? ¿La dejarías escapar?

Jimmy, el cantante de los Stage Dive, está acostumbrado a conseguir lo que quiere y cuando quiere, ya sean drogas, alcohol o chicas. No obstante, un pequeño desastre que surge en forma de accidente le obliga a recapacitar: tendrá que replantearse la vida, ir a rehabilitación, y ahí conocerá a Lena, la nueva asistente que se encargará de evitarle problemas.

A Lena no le apetece la basura que puede ofrecerle el roquero sexi, y tiene muy claro que su relación con él será meramente profesional. Pero la química entre ambos le pide otra cosa... Sin embargo, cuando él va demasiado lejos, ella se marcha y es entonces cuando Jimmy se da cuenta de que, tal vez, haya perdido lo mejor que le había pasado nunca.

¿QUIÉNES SOMOS?

Libros de Seda nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como España, Estados Unidos, México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, El Salvador, Argentina, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web,

www.librosdeseda.com, o síganos por cualquiera de las redes sociales más habituales

